



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Vulnerabilidad y violencia contra las niñas en la narrativa rumana poscomunista: Florina Ilis, Doina Ruști, Nora Iuga y Liliana Corobca

Adina-Elena Mocanu



Aquesta tesi doctoral està subjecta a la llicència **Reconeixement- NoComercial – SenseObraDerivada 3.0. Espanya de Creative Commons.**

Esta tesis doctoral está sujeta a la licencia **Reconocimiento - NoComercial – SinObraDerivada 3.0. España de Creative Commons.**

This doctoral thesis is licensed under the **Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0. Spain License.**

Vulnerabilitat y violencia contra las niñas
en la narrativa rumana poscomunista:
Florina Ilis, Doina Ruști,
Nora Iuga y Liliana Corobca

TESI DOCTORAL
Adina-Elena Mocanu

DIRECTORAS

Dra. Helena González Fernández
Dra. Isabel Clúa Ginés

PROGRAMA DE DOCTORAT

Construcció i Representació d'Identitats Culturals

LÍNIA DE RECERCA

Pensament, literatura i altres discursos artístics

Universitat de Barcelona

2017



UNIVERSITAT DE
BARCELONA



A Sorina Sorescu

Índice

Agradecimientos	11
Abstract	11
Resumen	19
0. INTRODUCCIÓN: LA REPRESENTACIÓN DE LAS NIÑAS EN LA LITERATURA RUMANA	25
0.1. Hipótesis y objetivos	28
0.2. Metodología del análisis crítico y textual	32
BLOQUE 1: VULNERABILIDAD	43
1. REPENSAR LA VULNERABILIDAD EN LA INFANCIA: ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS	45
1.1. Los límites de la vulnerabilidad en la organización social	49
1.1.1. La dependencia y la relación con el otro	54
1.1.2. La vulnerabilidad como fuerza. La ambigüedad del cuerpo expuesto	55
1.2. De la infantilización comunista a la infantilización de la sociedad poscomunista.....	62
1.3. Transformaciones culturales después del comunismo. Repensar el <i>habitus</i>	65
1.4. ¿Qué significa ser niña?.....	71
1.5. ¿Quién tiene el poder?	74
1.6. Inocencia, control y exceso de protección	78
2. LA CONSTRUCCIÓN DEL CUERPO DE LA NIÑA EN LA NARRATIVA RUMANA POSCOMUNISTA.....	85
2.1. Una mirada crítica sobre las niñas desde los estudios sociológicos de la infancia y el género	87
2.2. <i>La cruzada de los niños</i> , de Florina Ilis: cuerpos en tránsito y <i>habitus</i>	95

2.3.	<i>Eliza a los once años</i> de Doina Ruști: el cuerpo de la niña en la sociedad rural	101
2.4.	Hai să furăm pepeni, de Nora Iuga: compartir espacios de vulnerabilidad ...	106
2.5.	Kinderland, de Liliana Corobca: los efectos de la emigración.....	110
3.	LA NIÑA ENTRE EL PODER Y LA INOCENCIA.....	119
3.1.	Los límites en la infancia. ¿Qué pasa cuando las niñas cuestionan lo establecido?.....	121
3.2.	La vulnerabilidad corporal como fuerza de atracción	129
3.3.	Experiencias que se repiten. La memoria como vínculo entre cuerpos.....	136
3.4.	El poder de la niña para repensar la estructura de la familia	142
4.	RENEGOCIAR LA VULNERABILIDAD. FACTORES DE DESESTABILIZACIÓN EN LAS NOVELAS.....	149
4.1.	Cuando la etnia interrumpe el orden. Sonia y el niño romaní.....	149
4.2.	La enfermedad de Lizoanca como evidencia de la vulnerabilidad de la comunidad	155
4.3.	La anciana y la niña romaní: cuerpos entre la responsabilidad y la protección excesiva	160
4.4.	La niña como madre. Desde el cuidado al deber.....	164
	BLOQUE 2: VIOLENCIA.....	169
5.	CUESTIONES TEÓRICAS SOBRE LAS PRÁCTICAS VIOLENTAS Y GÉNERO EN EL CONTEXTO SOCIAL DE EUROPA DEL ESTE. EL CASO DE RUMANÍA.....	171
5.1.	Violencia visible. La agresión cotidiana hacia las niñas.....	180
5.1.1.	El papel de la víctima. Entre sumisión y acción	186
5.1.2.	Sexualidad en la infancia. Hablar sobre los tabús.....	190
5.1.3.	La prostitución infantil a la merced del abuso y el desconocimiento...	194

5.1.4.	Aborto en la infancia. ¿Quién decide sobre el cuerpo de las niñas?	199
5.1.5.	Violación o placer sexual. Subvertir las normas	204
5.2.	Repensar la violencia invisible y sistémica en el caso de las niñas.....	208
5.3.	Problematizar la violencia simbólica	213
6.	MANIFESTACIONES DE LA VIOLENCIA FÍSICA Y SIMBÓLICA.....	223
6.1.	¿Las niñas tienen las armas? La ambigüedad de la relación entre víctima y heroína	224
6.2.	Alternativas para escapar de la violencia física. La cuestión de la prostitución y la pedofilia	235
6.3.	El cuerpo violentado. El aborto como experiencia violenta en la infancia.....	242
6.4.	Resistencia o victimización en <i>Kinderland</i>	249
7.	VIOLENCIA SISTÉMICA EN LA SOCIEDAD POSCOMUNISTA	257
7.1.	Las huellas de un sistema en tránsito. La violencia de la niñas como una reacción de la opresión del sistema en la novela de Florina Ilis.....	260
7.2.	La violencia institucional y simbólica hacia la niña en <i>Eliza a los once años</i> ..	268
7.3.	Hai să furăm pepeni: moralidad y medios de comunicación	278
7.4.	La violencia sistémica hacia las niñas sin protección parental	284
CONCLUSIONES: ROMPER BARRERAS. LAS NIÑAS NO SON INVISIBLES		291
CONCLUSIONS: BREAKING THE BORDERLANDS: GIRLS ARE NOT INVISIBLES		303
BIBLIOGRAFÍA CITADA		313

Agradecimientos

Esta investigación me ha cambiado y ha crecido al mismo tiempo que yo. No solamente por el aporte intelectual, sino también a nivel personal. Esta tesis significa vulnerabilidad y amistad. Sin el apoyo y el cariño de muchos de vosotros esta tesis no habría sido posible.

En primer lugar, quisiera dar las gracias a las fantásticas directoras de esta tesis, a Helena González y a Isabel Clúa. Desde el principio, depositaron un gran interés en mi tema y me han dado los mejores consejos y soluciones para poder llevar a cabo este trabajo. Quisiera mencionar sus palabras de ánimo y constante ayuda en los momentos de soledad. He aprendido muchísimo de vosotras a lo largo de estos años. Mi absoluto reconocimiento por haber aceptado ser las directoras de esta investigación.

En segundo lugar, me gustaría tener unas palabras de agradecimiento a todas y todos los investigadores del Centre Dona i Literatura con los cuales he compartido momentos de intensa reflexión, intercambio de ideas y mucho soporte emocional durante mi beca FI (Generalitat de Catalunya) en la Universitat de Barcelona. Soy muy afortunada de haber tenido vuestra generosidad y apoyo desde mis comienzos allí: Marta Font, Katarzyna Paszkiewicz, Laura López Peña, Andrea Ruthven, Dolores Resano, Jennifer Rodriguez, Wiosna Szukala, Hannah Becker, Helga Jorba, Esmeralda García Morales. No puedo olvidar el cariño y las palabras tan bonitas de ánimo de María Teresa Vera-Rojas, como profesora del máster en Construcció i representació d'Identitats Culturals (CRIC) y como compañera del Centre.

Mi gratitud también para Marta Segarra por haberme invitado a formar parte de dos proyectos de investigación durante mis tres años de beca: “Literatura y comunidades: una visión desde el género” y “Nuevas visiones de la comunidad. Nuevas identidades gitanas, híbridas y sexualizadas”, así como a Rodrigo Andrés por darme la oportunidad de participar en un ámbito muy prolífico en cuanto al debate y a la investigación. Hago extensivo mi reconocimiento al equipo investigador del proyecto con el que he tenido más contacto e intercambio de ideas: Joana Masó, Pablo Cáceres Silguero, Nieves Ibeas, Paloma Gay y Blasco y Eric Fassin.

A lo largo de estos años, también he participado en los debates y conferencias organizadas por el Grupo de Investigación Filosofia i Gènere (Universitat de Barcelona), y, por esto, tengo que dar las gracias en particular a Fina Birulés y Elena Laurenzi por sus

valiosos consejos y comentarios. A Rosa Rius y Georgina Rabassó les debo un agradecimiento especial por el Laboratorio de Tesis, que ha sido una experiencia realmente interesante durante un período crítico de elaboración de mi tesis. También quisiera manifestar mi más sincera gratitud a Maria Dolors Molas Font por su generosa propuesta de publicar un capítulo de esta tesis en el volumen *La infancia en femenino: las niñas*, así como su invitación para participar en los debates y coloquios en torno a la infancia de las niñas, organizados por Tàcita Muta-Grup d'Estudi de Dones i Gènere a l'Antiguitat.

No puedo olvidarme de Mariam Mariño Costales, del Consello da Cultura Galega, que me enseñó cómo hacer trabajos de documentación y digitalización en el proyecto *A Saia. Publicacions feministas galegas*.

Debo mencionar el importante peso que tuvo en mi investigación la estancia en el extranjero, en la Cornell University, y mis conversaciones con Holly Case, una investigadora impresionante y generosa que me ofreció su apoyo académico durante los meses pasados en Ithaca. Le doy gracias a Maria Flood, por su amistad durante los meses de mi estancia y también al equipo del grupo de debates East European Circle: Máté Rigo, Eliza Gheorghe, Aaron Law y a Radu Pârvulescu por los enriquecedoras debates y sugerencias.

Palabras de reconocimiento también para la directora del Instituto Cultural Rumano de Madrid, Ioana Anghel, que me ha ofrecido la oportunidad de participar en las actividades como investigadora, como profesora de rumano y como traductora.

Tengo que decir que las personas más importantes de este trabajo son las propias escritoras. Un especial agradecimiento para la escritora Doina Ruști por sus consejos, largas discusiones y debates en torno a su novela. Îți mulțumesc, dragă Doina, pentru toate conversațiile noastre pline de sfaturi prietenoase și observați fine pornind de la romanele tale! También debo mencionar a la escritora Florina Ilis que recibió con gran curiosidad mis observaciones de lectura. Florina, apreciez prietenia ta și îmi aduc aminte cu mare plăcere de întâlnirile noastre la Barcelona.

Un importante peso en mi vida lo ha tenido Xavier Montoliu. No solamente es un gran amigo sino un gran traductor y un impresionante gestor cultural (especialmente en lo que concierne a las relaciones culturales entre Rumanía y Catalunya). Cel mai frumos moment a fost cafeluța din prima zi și legătura soresciană! Îți mulțumesc cu tot dragul pentru tot!

También quisiera ofrecer unas palabras para mis amigas a mis amigas y amigos del CRIC (el máster Construcció i representació d'Identitats culturals): Mònica Rius, Aida Roldan, Olivia Estevez, María Stepanova, Maria Elisena, Pere Torra, David Fontanals, Alex Polzin, Laura Serodio y José Altafulla, por todo el cariño y generosidad durante estos años.

Ha sido emocionante compartir esta experiencia con mis fantásticas amigas Izaskun Arrese, Erica Consoli y Meritxell Joan, quienes me han apoyado con profesionalidad y amistad. ¡Os aprecio y admiro muchísimo! ¡Gracias por todos los momentos bonitos que hemos compartido juntas y los que vamos a pasar!

Soy muy afortunada de haber conocido personas que me han aportado tanto en el plan profesional y personal a lo largo de estos años. Quisiera agradecer a Edgar Straehle, Corina Tulbure, Camil Ungureanu, Sergi Solé e Ignacio Fradejas García por haberme ayudado en esta tesis con sus comentarios e ideas muy valiosas para poder llevar a cabo este trabajo.

No tengo palabras para hacer presentes a mis amigas y amigos de Rumania. Vă mulțumesc prietene și prieteni dragi pentru vorbele frumoase și ajutorul necondiționat! Le sunt pe deplin recunoscătoare Xeniei Negrea, Liei Boangiu, lui Marius Neacșu, lui Vlad Gândilă, Ralucai Vasilache, Luizei Mitu, Ralucai Ciortea, Andreei Dragomir, Andreei Petrache. Cu mare drag, îi sunt recunoscătoare și Ilincai Pop pentru coperta minunată! Le mulțumesc și prietenelor mele din copilărie, Alinei Peța și Loredanei Rebea.

Definitivamente, esta tesis no hubiera sido posible sin el apoyo constante de mi madre Eugenia, mi padre Ștefan y el cariño de Corina, mi mejor amiga y única hermana, y Alex, mi cuñado.

No quisiera acabar estos agradecimientos sin mencionar a dos personas muy importantes en mi vida. Muchas gracias a Víctor por haberme ayudado con esta tesis, dándome mucho ánimo y buenos consejos. Soy muy afortunada de haberte conocido, Víctor, y de haber aprendido todo lo que aprendí de ti.

Javier, me faltan las palabras para agradecerte todo lo he has hecho por mí. No sé si algún día te podré devolver lo que me has dado. Muchas gracias por el ánimo en los momentos difíciles, por tu amor y confianza, por creer en mí y estar disponible cuando te necesitaba.

Abstract

Romanian literature has started to gain visibility within the Hispanic context in recent years. However, there are not very many academic works in this field, and very few take gender issues into account. This dissertation aims to explore a selection of novels by today's most renowned Romanian female writers: *Cruciada copiilor*, 2005 (*La cruzada de los niños*, 2010, [The children's crusade]), by Florina Ilis, *Lizoanca la 11 ani*, 2009, (*Eliza a los once años*, 2014, [Lizoanca at age 11]), *Hai să furăm pepeni*, 2010 [Let's steal melons], by Nora Iuga and *Kinderland*, 2012, by Liliana Corobca. These authors have created, from their perspectives as women, literary universes that correspond to their own values, and they portray post-Communist Romanian daily life in unprecedented and particular ways. Through their writings, they describe the rulings and mentalities set out during the totalitarian regime that Romania experienced.

These literary works showcase the structures set by the power, and also the inequalities and injustices women had to endure, shedding light on some of the negative consequences generated by the post-Communist transition, such as dependence and underdevelopment. The perspectives put forward by these Romanian writers help to problematize stereotypes regarding women's lives, related to dependence, care and affiliation, or taboo subjects, such as sexuality, fantasies, desires, especially during childhood, an important stage for someone's development. In this sense, these writers disarticulate the ideological and aesthetic structures of conventional representations and bring attention the formation of female subjects that help to rethink childhood outside clichés.

It is worth noting that in each of these novels girls are portrayed in various situations of physical or moral violence, sexual abuse, labor exploitation, or economic and domestic work. My hypothesis is that despite the fact that these girls are in a situation of vulnerability and, thus, they are clearly in a position of disadvantage when it comes to asserting their rights and freedoms, each of them shows resistance or looks for alternatives in order to escape, partially or totally, the positions of subordination or submission in which society tries to put them. These girls do not have resources and they are more exposed to injury, since they always find themselves in situations of dependence, understood through various forms of paternalism (at both human and institutional levels) that continue to mark contemporary

societies and, more explicitly, the development of girls. Based on this premise, this thesis aims to offer a reflection on vulnerability and violence during girlhood, highlighting the conceptual complexity inherent to such situations under the post-Communist period in Romania, and also to discuss the different theoretical contributions for its conceptualization and analysis.

At the same time, another goal of this research is to show that previous statements about the perpetuity of stereotypes on girls (to do with patriarchy, sexuality, submission and obedience, among others issues) are not static, immovable, or even inalienable phenomena. On the contrary, I will demonstrate that the political, economic and socio-cultural changes and events that took place at this time, had, have, and will have an impact on the paradigm shift that they represent, in terms of exemplary or subversive behavior (depending on the approach) of future generations, hence showing the evolution of a society that had to go through important stages of deprivation of freedoms and rights. This approach opens new fields of interpretation, for the novels here analyzed bring into focus new reflections on childhood and help to deconstruct those topics in which girls are perceived as angelical, tender and invisible beings, or those in which they are constructed as perpetually passive or as victims.

The thesis is structured in two blocks: the first one proposes a theorization and an analysis of vulnerability during childhood, and the second one analyses the violence whose traces remain in the formation of the subject. The first part begins with the delimitation and justification of the corpus, and with a series of methodological explanations, which include the critical methods applied to the analysis of the chosen novels. As far as the methodology is concerned, this research is based on the inductive method, which means that the analyses I put forward are based on an attentive reading of the four novels that conform the corpus, to then move on to more general considerations. I have borrowed concepts and approaches from various disciplines and traditions of thought, such as: Gender Studies, Philosophy and Political theory, as well as Sociology, Cultural studies or Anthropology, among others.

The first part is dedicated to a rethinking of the concept of vulnerability in relation to the *habitus* (Bourdieu 1990) and to the construction of childhood, a stage in which girls understand their place in the world according to their gender stereotype. Based on several existing sociological studies on childhood (which demonstrate the lack of interest in

considering the figure of the girl beyond an object of study), the sub-chapters included in this part develop a reflection on the limits of vulnerability in relation to social organization, using Judith Butler's theorization on vulnerability (Butler 2004); as a result, the condition and the label of vulnerability are problematized. This first block is sustained on two key concepts: that of autonomy and that of dependence, taking into consideration how they unfold according to gender, class, age, and ethnicity factors. Vulnerability is also understood as a force that might signal resistance or be deployed as such. In this particular case, vulnerability becomes a form of opposition to the external pressures and aggressions that a girl may suffer, for example, because of her condition and/or situation.

The novels studied lend themselves to this conceptual approach, because girls are portrayed as going through various situations of vulnerability: we find both overprotected and battered girls who turn to prostitution as a way out of the brutality inflicted by their parents, and even girls acting a certain way as a consequence of adverse economic and political situations. This block also includes a revision of the concept of power and its relationship to the girl's body, a discussion that pays attention to how a girl can use her innocence as a manipulative weapon and to what extent she can subvert the "norms". All these concepts are carefully considered in relation to the texts' analyses.

The second part aims to analyze the concept of violence, from both a theoretical and a fictional point of view, in order to highlight the fact that girls are always under domination and that they fulfil the requirements that their vulnerable status give them (Cavarero 2009). As a consequence, they end up having to endure certain types of violence that are very difficult to avoid or combat. This part also includes a reflection on the violence exerted by girls, and on the relationship between victim and aggressor. In this sense, I pay attention to the tendency to label or categorize victims, which contributes to the creation of stereotypes and makes it difficult to identify the root of the problem, which is not helpful in eradicating violence. Also analyzed within this block are the following concepts: domestic violence, violence towards girls, and symbolic and systemic violence. These concepts are developed in relation to that of girlhood vulnerability (this includes references to sexuality, abortion, rape, or prostitution). Based on the four novels, and always within the Romanian context, I develop a reflection on the abuses that girls suffer during their childhood, abuses often provoked by the very same (paternalistic) line of protection directed towards them. These situations often lead the girls to rebel, respond, and reject their victim status, which in turn

can cause other types of abuse, either sexual or emotional, that might end up depriving them of their freedom and autonomy.

My interest in these topics and concepts lies mainly in the reading of the novels, which provide samples of how girls, people in transit to puberty or youth, are perceived in a society in transition, as reflected in these works. The authors in this analysis have broken the taboo of silence imposed by their patriarchal society and by the mental heritage of Communism. Through their fiction, they have dared to express what such a regime rendered hidden and obscure. The goal of this thesis is to identify and problematize aspects of female childhood that perpetuate stereotypes, mechanisms of control and subordination, and ultimately behaviors in Romanian society; to read contemporary Romanian literature written by women as a reflection of a society still in transition.

Resumen

La literatura rumana ha empezado a cobrar visibilidad en los últimos años, en las letras hispánicas, pero aún hay pocos trabajos académicos en este campo, especialmente desde un punto de vista de género. Esta tesis se propone abordar una selección de novelas de las escritoras rumanas más reconocidas: *Cruciada copiilor*, 2005 (*La cruzada de los niños*, 2010), de Florina Ilis, *Lizoanca la 11 ani*, 2009, (*Eliza a los once años*, 2014), *Hai să furăm pepeni* 2010 [Vamos a robar melones], de Nora Iuga y *Kinderland* 2013, de Liliana Corobca, autoras de universos que corresponden a sus propios valores, desde su perspectiva como mujeres, y retratan de una manera inédita y particular aspectos de la cotidianidad rumana poscomunista con matices que pueden explicarse a partir de la persistencia de las disposiciones y mentalidades construidas durante la época del régimen totalitarista.

Estas obras literarias ponen en evidencia las estructuras del poder y muestran desigualdades e injusticias cometidas contra las mujeres, sin olvidar los problemas generados por la transición poscomunista, la dependencia y el subdesarrollo. Las perspectivas que, desde la ficción, proponen las autoras rumanas, ayudan a problematizar estereotipos relacionados con la vida de las mujeres relacionados con la dependencia, los cuidados y la afiliación o temas tabú, como la sexualidad, las fantasías o el deseo, en especial en la infancia, un período importante en el desarrollo de las personas. En este sentido, las escritoras rumanas desarticulan las estructuras ideológicas y estéticas de las representaciones convencionales y destacan la formación de los sujetos femeninos que ayudan a repensar la infancia fuera de los clichés.

Se observa que, en cada una de las novelas, las niñas aparecen retratadas en diversas situaciones de violencia física o moral, abuso sexual, explotación laboral o económica y trabajos domésticos. La hipótesis parte del hecho de que estas niñas se encuentran en situación de vulnerabilidad y ocupan una posición de desventaja para poder hacer valer sus derechos y libertad y, sin embargo, cada una de ellas se resiste o busca alternativas para poder escapar parcial o totalmente de las posiciones de subordinación o sumisión a las que la sociedad las somete. No disponen de recursos y quedan más expuestas a ser heridas, ya que siempre se encuentran en una situación de dependencia, que se pone de manifiesto en diversas formas de paternalismo (a nivel personal e institucional) que siguen afectando a las sociedades contemporáneas y explícitamente al desarrollo de las niñas. A partir de esta premisa, esta tesis pretende ofrecer una reflexión en torno a la vulnerabilidad y la violencia en la infancia en

femenino poniendo de relieve la complejidad conceptual inherente a tales situaciones bajo el período poscomunista, y también tratar las diferentes aportaciones teóricas para su conceptualización y análisis.

El objetivo principal de esta investigación es demostrar que las anteriores afirmaciones acerca de la perpetuidad estereotípica en torno a las niñas (patriarcal, sexual, sumisión y obediencia, comportamiento predecible, entre otros) no son un fenómeno estático, inamovible o incluso irrenunciable, sino que, por el contrario, los cambios y acontecimientos políticos, económicos o socioculturales tuvieron, tienen y tendrán incidencia en el cambio de paradigma en lo que respecta al comportamiento modélico o subversivo (depende el enfoque) de las futuras generaciones, mostrando la evolución de una sociedad que le tocó atravesar importantes etapas de privación de libertades y derechos. Con este planteamiento se abren nuevos campos de interpretación, se ofrecen nuevas reflexiones sobre la infancia a partir de las novelas propuestas y se pretende deconstruir aquellos tópicos en los que la niña es percibida como un ser angelical, tierno e invisible, o en las que se encuentra en una posición de constante victimismo y pasividad.

Esta tesis se estructura en dos bloques: el primero tiene un enfoque basado en la teorización y el análisis de la vulnerabilidad en la infancia y el segundo analiza la violencia, cuyas huellas permanecen a lo largo de la formación del sujeto. En la introducción se proponen una serie de explicaciones metodológicas, la delimitación y justificación del corpus, la evidencia de los métodos críticos aplicados al análisis de las novelas elegidas. La metodología, se basa en el método inductivo a partir de una lectura atenta de las cuatro novelas propuestas se asciende de lo particular a lo general. Se recurre a diversas disciplinas y tradiciones de pensamiento: los estudios de género, la teoría política, además de disciplinas como la sociología y, evidentemente, los estudios culturales, entre otros.

El primer bloque se centra en el concepto de vulnerabilidad en relación con el *habitus* (Bourdieu 1990) y la construcción de la infancia, etapa en la cual las niñas ocupan su lugar conforme a un estereotipo de género. En los subcapítulos que componen esta parte se incluye una reflexión sobre los límites de la vulnerabilidad a partir de las reflexiones de Judith Butler (2004) en la organización social, problematizando la condición y la etiqueta de vulnerabilidad desde los estudios sociológicos existentes sobre la infancia. Estos ponen en evidencia el desinterés de considerar a la niña como un sujeto que merece una valoración que vaya más allá de un objeto de estudio. Se recurre a dos conceptos claves: autonomía y dependencia, y

su conjugación en función del género, clase, edad y etnia. También se pone el acento en la vulnerabilidad como una fuerza que puede indicar o suponer un tipo de resistencia, y en este caso concreto, una oposición a las presiones y agresiones externas que una niña puede sufrir solo por su condición y/o situación.

Esta aproximación conceptual es muy evidente en las novelas, en que las niñas atraviesan diversas situaciones de vulnerabilidad: desde niñas sobreprotegidas o niñas maltratadas que acuden a la prostitución como salida a la brutalidad infligida por los padres, hasta niñas que actúan de una manera determinada como consecuencia de situaciones económicas y políticas adversas. Asimismo, se incluye una revisión del concepto de poder, su relación con el cuerpo de la niña, y un acercamiento a cómo una niña, recurriendo a su inocencia, puede manipular o subvertir las “normas”. Todos los conceptos están atentamente pensados en relación a los textos analizados.

El segundo bloque se propone abordar el concepto de violencia, tanto a nivel teórico como a nivel de lectura de las novelas, para poner en evidencia que las niñas están siempre bajo el dominio del otro y cumplen con los requisitos que les otorga su condición de vulnerables (Cavareo 2009). Esto las hace propensas a sufrir ciertos tipos de violencia que resultan muy difíciles de eludir o combatir. También se reflexiona sobre la violencia que ejercen las niñas y la relación entre víctima y agresor. En este sentido, se subraya la tendencia a otorgar una determinada categoría o etiqueta a las víctimas que contribuye al establecimiento de estereotipos e implica un impedimento a la hora de identificar la raíz del problema, lo cual no ayuda a lograr la erradicación de la violencia. La parte dedicada al análisis de los conceptos mencionados comprende: violencia doméstica, violencia hacia/de las niñas, violencia simbólica y sistémica. Estos conceptos se desarrollan en relación con la vulnerabilidad de los cuerpos de las menores (aquí se hará la referencia a la sexualidad, el aborto, la violación o la prostitución). A partir de las cuatro novelas se propone una reflexión sobre los abusos sufridos en la infancia y en el contexto social rumano, a menudo provocados por la misma línea de protección (paternalista) que se dirige hacia ellas. Muchas veces, estas situaciones las lleva a rebelarse, responder y rechazar el *status* de víctimas, lo cual puede, a su vez, dar lugar a otros tipos de abusos (sexuales o emocionales) que finalmente pueden privarles de libertad y autonomía de su propia vida y madurez.

El interés por estos temas y conceptos se debe en gran parte a la lectura de las novelas que ofrecen muestras de cómo se perciben las niñas como personas en tránsito hacia la

pubertad o juventud y en una sociedad en transición, tal como reflejan estas obras. Las autoras que estudiamos han quebrantando el tabú del silencio impuesto por la sociedad patriarcal y el comunismo, se han atrevido a expresar lo oculto, lo insospechado, lo apartado y escondido para, a través de la ficción, evidenciar la necesidad de una reflexión social entorno a estos hechos, más allá del estereotipo de “lo femenino”. La intención de esta tesis es identificar y problematizar aspectos de la infancia que perpetúan estereotipos, mecanismos de control y subordinación; comportamientos, en definitiva, que, leídos a través de la literatura rumana contemporánea escrita por mujeres, actúan como un reflejo de la lectura de una sociedad todavía en transición.

0. Introducción: la representación de las niñas en la literatura rumana

El proyecto de esta tesis doctoral nace a finales del año 2012, en el marco del curso Género y Literatura impartido en el máster Construcció i Representacions d'Identitats Culturals de la Universitat de Barcelona, que me llevó a realizar un análisis sobre la novela *Lizoanca la 11 ani* (2009), de Doina Ruști como Trabajo de Final de Máster dirigido por la Dra. Isabel Clúa. En 2014 aparece la traducción al castellano de la novela, con el título *Eliza a los once años* precedida por un prólogo escrito por mí que recoge una parte de la reflexión propuesta en la tesina de máster. En aquel momento mi atención se centró en la problemática del cuerpo de una niña como elemento transgresor de identidades sociales y como factor que transforma tácitamente el sujeto, tanto física como sociológicamente. La novela de Ruști ha sido el principio de una reflexión sobre el cuerpo que me impulsó a la búsqueda de otras novelas en las que también se describe el cuerpo de la niña en relación a la sociedad, la política y las ideologías y, por tanto, esas ficciones llevan a cuestionarse qué significa y comunica un cuerpo en la infancia. Además, el hecho de leer mucho de lo que se había escrito con posterioridad a la caída del comunismo, me ayudó a darme cuenta de que en la literatura rumana realmente existía un interés muy significativo por dar más visibilidad a la infancia en el poscomunismo y, particularmente, por las niñas, en relación con la construcción de una nueva nación. La literatura rumana se consolida en el panorama internacional, resultando cada vez más atractiva y destacada tras una larga etapa de desconocimiento causada por el aislamiento del régimen. Esta es también la razón que justifica la falta de estudios contrastados en el ámbito académico sobre la literatura rumana en general y, por lo tanto, de una manera especial, producción escrita por autoras contemporáneas desde los estudios de género. La propia creación literaria ya resulta pionera en el escenario de la producción actual por lo que urge, que los estudios literarios aborden esta implosión de género y analicen las particularidades temáticas, fruto de la elección individual, que pueden llegar a conformar un imaginario y una conciencia común que refleja las carencias sistémicas en la sociedad y la mentalidad rumana.

La libertad de expresión, la aparición de una multitud de nuevos canales de televisión y un aumento relevante de la traducción de obras literarias son factores que contribuyeron a una innovación en la percepción y perspectivas que abría la literatura, así como un cambio profundo en la mirada autorial. En consecuencia, se puede afirmar que el año 2000 representa una nueva dirección en la literatura rumana con la aparición de una generación de escritoras

que irrumpieron en la escena literaria para impulsar un cambio textual integral, a nivel estético y temático (Mușat, 2008; Cordoș, 2012; Lefter, 2011). Teniendo en cuenta esto, las cuatro autoras y las cuatro novelas del corpus—*Cruciada copiilor*, 2005 (*La cruzada de los niños*, 2010), de Florina Ilis, *Lizoanca la 11 ani*, 2009 (*Eliza a los once años*, 2014), de Doina Ruști, *Hai să furăm pepeni*, 2009 [Vamos a robar melones], de Nora Iuga, *Kinderland* 2013, de Liliana Corobca¹— proponen captar imágenes de la realidad con “ojos de mujer”, integrando temas antes “prohibidos”, como la sexualidad de la niña, la denuncia de la opresión patriarcal o la búsqueda de la identidad. En sus ficciones retratan dichos aspectos a través de diversas figuras de niñas actuando en su contexto social desde una perspectiva innovadora y singular. La representación de estas niñas dan lugar a reflexiones y juicios críticos que propician alternativas para lograr relaciones más justas e igualitarias para ellas, que deben desenvolverse en un mundo que les llega ya configurado y atravesado por relaciones de poder, prejuicios, prácticas de discriminación y violencias de diversos tipos.

Este incipiente interés por la infancia se debía, en gran parte, al contexto social y cultural propiciado anteriormente por el presidente comunista, Nicolae Ceaușescu, quien consideraba la figura del niño (denominado *pionier*) como un modelo emblemático a seguir, según los valores totalitaristas. De esta forma, la infancia cobraba la consideración de etapa importante en la vida de cualquier ciudadana, porque era una herramienta que podía utilizarse para manipular y moldear a gusto a los futuros sujetos. En aquella época la literatura sobre la infancia tenía un marcado carácter propagandístico, en cuyo imaginario, por ejemplo, se consideraba al niño rumano como futuro pilar de la sociedad socialista. Las niñas participaban en todo tipo de actividades, no obstante, como prototipo de las representaciones públicas, el niño constituía la imagen central. Esta cuestión cobra una gran importancia después de la caída del comunismo debido a que aparecen textos literarios (poesía, novela o teatro) sobre la infancia masculina y también la femenina entrelazadas con los diferentes discursos sobre clase y/o etnia, pero me interesaba focalizar el análisis en la construcción del cuerpo femenino en la infancia, en especial, las características y particularidades de las niñas que aparecían en la narrativa rumana escrita por mujeres.

¹ Las novelas *Hai să furăm pepeni*, de Nora Iuga y *Kinderland*, de Liliana Corobca no están traducidas al castellano. La traducción de los fragmentos que aparecen en este trabajo es mía como también de todos los fragmentos que aparecen con títulos en rumano.

Escribir sobre el cuerpo femenino, en la infancia temprana, permite cartografiar un tema relativamente nuevo en la literatura rumana escrita por mujeres. En el canon literario de la época comunista existían pocos nombres de escritoras y estas únicamente tenían visibilidad si lograban una escritura sobria, que se asemejase a las obras de creación y/o los modelos de escritura disponibles, y, por tanto, masculinos. Las escritoras consideradas importantes por el discurso dominante como, por ejemplo, Hortensia Papadat-Bengescu, eran conocidas por su escritura de estilo masculino y soslayaban cualquier tipo de especificidad que diera a los lectores pistas, más allá del propio nombre de la autora, de que la narradora fuera mujer. Las escritoras que dejaban a la vista las huellas de la feminidad, o cualquier forma de sensibilidad, sentimentalismo o pasión, se consideraban autoras menores. Quienes encajaban en este último estilo de escritura eran las mismas que habitualmente escribían poemas para niños y niñas, como por ejemplo Ana Blandiana o Nina Cassian. Por el contrario, cuando se produce la caída del comunismo, surge un *boom* de escritoras que logran hacerse conocidas por no limitarse al canon y los modelos de escritura oficiales y se hacen populares en diversos ámbitos culturales con la ayuda de los medios de comunicación.²

En este sentido, estas autoras valoran la escritura como una forma de liberación que puede ir destinada a subvertir el orden establecido, o como un intento de representación de aspectos de la realidad social considerados tabús (cuestiones sobre la sexualidad, la enfermedad o la etnia). En esta investigación se analiza la problemática del cuerpo y la vulnerabilidad de la niña a través de su conexión con la sociedad en relación con el pasado comunista (no necesariamente vivido por cada una de las niñas, sino más bien transmitida por la familia, las instituciones educativas, el ámbito sociopolítico, o las mentalidades en general) y un presente que se pretende liberador pero que al final queda supeditado a otros poderes reguladores o sistemas de gobierno, e incluso tramas de corrupción.

Por lo tanto, la originalidad de esta investigación radica en ofrecer un recorrido por las problemáticas de la infancia en femenino, es decir, especialmente las que tienen relación con la vulnerabilidad y la violencia. La infancia, tal y como se analizará en las siguientes páginas, representa una fase dinámica en relación a los cambios culturales producidos, aunque

² Marta Petreu (2016) hace un recorrido interesante y bien pautado en ponencia presentada en mayo 2016, en el Centre Dona i Literatura de la Universitat de Barcelona. Su estudio sobre la literatura rumana escrita por mujeres, después de la caída del comunismo certifica la aparición de escritoras importantes que están marginadas en el canon oficial o simplemente no aparecen. La ponencia se publicó en la revista *Prăvălia culturală*.

al mismo tiempo también se halla mermada por las percepciones y creencias de las personas adultas e instituciones o ante nuevos retos que van en contra de las mentalidades arraigadas en el tradicionalismo. Desde esta perspectiva se percibe que la representación de la infancia subvierte, de alguna forma, todo aquello que antes había sido contaminado, oculto e ignorado por el comunismo. A ello se añade un hecho remarcable, y sobre el cual Gerardo Fuentes hace la siguiente consideración: “las niñas son el sujeto futuro, son la posibilidad de la continuidad, son la proyección de una escala de valores, y de una subjetividad que quiere verse mañana, que pretendemos construir hoy en relación a un proyecto de futuro” (2008: 3). En este sentido, las niñas deberían tener más visibilidad en la vida social permitiéndoles tener voz porque son personas que pueden expresar sus elecciones.

La lectura de estas novelas también abre un espacio que permite visualizar a las niñas como sujetos activos que pueden cuestionar y responder ante diversos tipos de violencia. Esta representación de la figura de la niña le otorga el carácter de agente social, dotada de capacidad de reflexión y acción en la sociedad. Los trabajos de Ariès (1981), Donzelot (1990), Shorter (1977) o Meyer (1977) muestran que características humanas comunes tales como la fragilidad, la inocencia, la pureza o la incompletitud, y que sugieren de por sí una “naturaleza infantil”, no son necesariamente naturales, inequívocas ni eternas. En este sentido, es necesario problematizar estas particularidades, habitualmente consideradas como propias de la infancia, y confrontarlas en un contexto sujeto a diferentes cambios sociopolíticos. Dicho de otra forma, generalmente todas las acciones realizadas por una niña son atribuidas y explicadas a partir de su “propia naturaleza o condición”, y por ello, no se tienen en cuenta los otros factores y actores que intervienen. Además, habitualmente es muy difícil visualizar el carácter contingente de las relaciones sociales cuando los sujetos en cuestión resultan ser niñas.

0.1. Hipótesis y objetivos

Se parte de la premisa de que la fragilidad, la vulnerabilidad, la falta de fuerza, o la carencia de conocimiento pueden ser factores que se presenten como justificación para que las niñas sean, indefectiblemente, consideradas dependientes de las personas adultas o de un grupo dominante. Si bien las niñas pueden, efectivamente, necesitar un cuidado especial, esa misma necesidad puede inmovilizarse, autogenerarse y fortalecerse gracias a la inercia estereotípica que esta idea conforma en el imaginario social, y por ende, la construcción de

esa etiqueta de vulnerabilidad quedará perpetuada, primero por los individuos de una sociedad, y luego reforzada con el paraguas de las leyes. Es aquí donde se dibuja esa fina línea entre protección, sobreprotección o desprotección previamente configurada en una sociedad dada y, en consecuencia, en una determinada línea familiar (Foucault 1976; Mayall 2000, 2002). Además, si se toman en cuenta las variables que dominan una sociedad en constante cambio, como el uso de diversos tipos de violencias (visibles o invisibles), tendremos discrepancias tangibles entre lo que se considera normal o anormal en lo que respecta al cuidado de niñas. Si durante el comunismo rumano existía una determinada concepción de la niñez, en épocas actuales se incorporan nuevas variables a la ecuación que conforma esa construcción social y que la terminan alterando a lo largo del tiempo, por ejemplo, con el fomento de los estudios superiores, la protección contra el trabajo infantil, las mejoras en la educación sexual y una mayor facilidad de obtención de métodos contraceptivos o incluso la posibilidad de viajar y cruzar fronteras ahora inexistentes.

En este análisis se intentará abordar y problematizar esas representaciones forjadas a partir de las construcciones estereotípicas para evidenciar el hecho de que habitualmente se produce una aplicación sistemática de los valores del patriarcado, y que sugiere una concepción negativa de la vulnerabilidad frente a todo aquello que concierne al uso de la fuerza. A partir de la reflexión hecha sobre la vulnerabilidad, se presta una especial atención a la noción de agencia de las niñas, con el fin de defender que deben ser concebidas como actores sociales y morales de pleno derecho. Se trata de sujetos que al encontrarse en diferentes contextos sociales pueden recibir y asumir diferentes responsabilidades. Y para hacer hincapié en este aspecto, se contrastará con la concepción tradicional de la condición de agencia de las niñas, que habitualmente se caracteriza por la atribución de pasividad, vulnerabilidad, ineptitud o incompetencia. Asimismo, también se analizará cómo la impunidad del poder y la secreta complicidad sostenida por el silencio obsecuente de las personas próximas, ahoga la vida de quienes experimentan las consecuencias de abusos de poder y de violencia.

Con esta investigación se pretende realizar, también, una exploración acerca de cómo se construyen las diferencias entre niñas y niños y qué significa para ellas ser mujer, las expectativas conductuales que se derivan de ello y cómo entienden el posicionamiento en tanto que persona en la realidad social. Por esa razón, los cuestionamientos desde el género son importantes en este contexto, ya que ponen el acento en el presente de las niñas e invitan a hacer un análisis sobre el conjunto de disposiciones que definen lo que una niña debe ser o

hacer; disposiciones que se transmiten a través de la socialización y que, entre otras cosas, muestran las pautas de dependencia y subordinación de las menores con respecto a los adultos. Cabe mencionar que los significados e implicaciones de los roles de género son diferentes en cada caso y que dependen también de los elementos contextuales.

Por esa razón, otro de los objetivos de este trabajo es reflexionar en torno a vulnerabilidad y la violencia desde presupuestos teóricos que rompen con los mandatos impuestos por los modelos hegemónicos de masculinidad y feminidad; modelos que, a su vez, ratifican el lugar de “no poder” que ocupan las niñas en la sociedad moderna. Habitualmente la diferencia sexual ha sido utilizada como herramienta de dominación y subordinación que busca servir a los intereses de un sistema construido, por lo general, sobre valores patriarcales. Esta situación propicia que se asienten como *habitus* las condiciones sociales requeridas para perpetuar la hegemonía de un grupo dominante logrando que ser considerado varón o mujer también suponga, entre otras cosas, organizar la sociedad desde las relaciones de género. Los profundos cambios sociales que han tenido lugar en Europa del Este, y en especial en Rumanía, ofrecen la oportunidad de generar, desde una perspectiva de género y respecto de la diversidad, nuevas condiciones propicias para la promoción de relaciones igualitarias para niñas y niños, con la consecuente mejora en el desarrollo de capacidades para ejercer sus derechos.

Los casos que se analizan en este trabajo ponen en cuestión instituciones como la familia, el Estado, la educación o el derecho, que han servido para mantener y reproducir el estatus inferior de las niñas, de las mujeres. Al mismo tiempo se vislumbran relaciones de poder que van en consonancia con las reflexiones de Foucault en *Vigilar y castigar* (1989). El pensador indica que a medida que el poder se vuelve más anónimo y funcional, aquellos individuos sobre los cuales se ejerce ese poder, se tiende a reforzar e incrementar su individualización, de manera que “en un sistema de disciplina el niño está más individualizado que el adulto, el enfermo más que el hombre sano, el loco y el delincuente más que el normal y el no delincuente” (Foucault 1989: 197). Aunque Foucault se refiere a un genérico “niño”, es muy importante analizar esta condición en relación al caso específico de las niñas en la medida en que facilite reflexionar aspectos como las situaciones de marginación que supone aplicar una determinada forma de actuar, por ejemplo, cuando se pretende corregir y delimitar su comportamiento “acorde a su género” y según lo que marquen la tradición y la normativa heteropatriarcal. Se trata de remarcar e individualizar

todo lo que no se enmarca dentro de la llamada “normalidad” social, todo lo que no representa un comportamiento tradicional u ortodoxo. Al mismo tiempo, el cuerpo se presenta como una fuerza disruptiva dentro de un esquema ordenado y disciplinado acorde a los lenguajes dominantes, y de esta forma, se da lugar a las experimentaciones y transformaciones que reclaman nuevos lenguajes y aproximaciones (Douglas 1988; McNagy 1992; Ramazanoglu 1993).

Finalmente, otro objetivo será retomar el concepto de vulnerabilidad y analizarlo en lo que concierne a las niñas especialmente en situaciones en las cuales estas se hallan en una posición de desventaja a la hora de poder hacer efectivos sus derechos y su libertad. Como se ha señalado, esta posición no implica necesariamente pasividad y sumisión por parte de las niñas sino que representa una reacción, o, dicho de otro modo, la realización de una acción por parte de ellas. La vulnerabilidad juvenil no solo se construye alrededor de una identidad formada ausente, sino que también queda reforzada cuando se carece de autonomía personal, en el sentido en que se actúa y se reacciona de acuerdo a una determinada dependencia establecida entre los miembros de un grupo.

Conviene destacar que se habla aquí sobre la construcción de sujetos femeninos atravesando su infancia temprana. Estas niñas aun no cuentan con identidades definidas, y, supuestamente, no pueden representarse a sí mismas debido a que no cuentan con una posición de enunciación propia que les permita salir del silencio, convertirse en sujetos. Spivak (1998: 15), en su conocido “¿Puede hablar el subalterno?” se refiere al estatus del sujeto subalterno que, aunque tiene visibilidad por su presencia física, no goza de ninguna posibilidad de expresarse, o ser escuchado. Las niñas de las novelas estudiadas son percibidas como los sujetos postcoloniales, quienes todavía no hablan el mismo *lenguaje* de vida que los adultos, poseen una limitada perspectiva debido a la inexperiencia propia de la infancia, y cuando les toca entrar en contacto con el mundo de la adultez, con las instituciones, o las políticas de la Unión Europea, se ven en la posición de tener que negociar su inocencia y su subjetividad, en especial en lo concerniente a la relación de dependencia que existe entre ellas y ese mundo. En este sentido, se analizará la representación de las niñas en relación a diferentes espacios contextuales y cómo esto las convierte en sujetos que emprenden un proceso de resistencia y oposición hacia un sistema de dominación en el cual se aprecian con facilidad los mecanismos de control empleados por personas o instituciones que pregonan un mensaje de cuidado, protección y responsabilidad, pero que en realidad acaban por demostrar

justamente lo contrario. Es importante no olvidar que la “colonización” comunista ha dejado, a nivel nacional, profundas huellas de carácter social, psíquico y emocional mientras que después del comunismo, y gracias a la libertad de expresión, se ha producido un acercamiento a los valores occidentales y norteamericanos, así como una infantilización de la sociedad (Buden 2010: 3). Sin embargo, al mismo tiempo, existe una pregunta sobre la invisibilización de los aportes de las niñas en la vida social, la restricción de su autonomía, la naturalización de formas de sometimiento por razón de edad y falta de poder político. En este sentido no se intenta negar los procesos biológicos asociados a la infancia, particularmente la vulnerabilidad física como condición de los primeros años de vida, sino problematizar el modo en que se “produce” la conceptualización de la infancia en relación a las niñas (James y Prout en Stephans 1995: 7): por una parte las niñas como sujetos que existen en todas las sociedades; por otra, una noción de infancia como conjunto de prácticas, saberes y contextos formulados desde las perspectivas de las personas adultas, en las que las niñas son entendidas como objeto de intervención (Saldarriaga, Saenz 2007; Martínez 2015).

0.2. Metodología del análisis crítico y textual

Esta tesis se estructura en dos bloques donde se analizan los conceptos de vulnerabilidad (primer bloque) y la violencia (a partir del capítulo 5, segunda parte) a partir de las situaciones en las cuales se encuentran las niñas de las cuatro novelas.

Hablar de la niñez recurriendo al pensamiento filosófico implica pensar en la constitución de los sujetos desde un punto de vista de género y al mismo tiempo reflexionar sobre su articulación en torno a la teoría social y a la sociología, sin olvidar tampoco problematizar las infancias o entender la necesidad de cuestionarse el conjunto de saberes, métodos o dispositivos que a menudo se emplean para constituir la subjetividad.

A partir de las ideas de teoría política de Judith Butler (2004) sobre consenso y vulnerabilidad, en este análisis se propone repensar la ontología del cuerpo para que la vulnerabilidad no sea opuesta a su agencia, sino más bien una materialización social que constituye una llamada a un compromiso ético, así como el reconocimiento de la distribución de la precariedad económica que produce formas de abuso, manipulación y control ya incorporados en el sistema. En las novelas estudiadas se aprecia claramente que, habitualmente, las niñas están subordinadas al control de las personas adultas, son consideradas débiles y se espera que actúen según los estereotipos de su género. Sin embargo,

en todos los casos esta debilidad es utilizada casi estratégicamente, ya sea por ellas mismas, ya sea por quienes se aprovechan de su situación. Las niñas de todas estas novelas reciben, independientemente del ámbito en el que hayan nacido, una educación y una protección que las lleva a buscar vías de escape alternativas a las decisiones que les son impuestas. Esa misma forma de actuar muchas veces las relega tanto a la desprotección, como a la sobreprotección. Según Teresa de Lauretis (1987) o Judith Butler (1990, 2002), el género es una construcción social y, por ende, el género se materializa en cuerpos concretos que se modelan social y subjetivamente. Asimismo, se representa, se simboliza y se predica a través de discursos y representaciones sobre lo femenino y lo masculino, desde el uso de esquemas de género de visión y división (Friedan 1963; Tuchman, Daniels, Benét 1978; Bourdieu 1991; Craig 1992), hasta la producción de identidades y categorías sociales presentes en el lenguaje.

En el subcapítulo 1.1.1 se habla sobre los límites de la vulnerabilidad en la organización social, se problematiza la condición y la categoría vulnerabilidad y se reflexionará a partir de los estudios sociológicos existentes sobre la infancia ya que ponen en evidencia la falta de interés en considerar a la niña como un sujeto que merece una valoración que vaya más allá de mero objeto de estudio. En el subcapítulo 1.1.2 se acude al concepto de dependencia y a la relación de la niña con el otro opuesto, sobre el cual se analiza hasta qué punto la niña es libre de tomar decisiones propias. Asimismo, también se evalúa cómo la vulnerabilidad se conjuga en función del género, clase, edad y etnia. En este apartado, se subraya la ambigüedad existente entre protección básica y cuidado, y el exceso de protección por parte de los padres, tutores, o instituciones, y además, cada caso debe ser interpretado conforme el contexto social, el *habitus*, que incluye las normas y costumbres de cada país. El subcapítulo 1.1.3 trata la vulnerabilidad como una fuerza que puede indicar o suponer un tipo de resistencia, y en este caso concreto, una oposición hacia las presiones y agresiones externas que una niña pueda sufrir, por ejemplo, solo por su condición y/o situación. Alessandra Chiricosta (2011: 22) sostiene que se debería pensar sobre la fuerza del cuerpo no en términos cuantitativos sino como una fuerza en una dimensión emocional, mental o social. Ahora bien, teniendo en cuenta que las novelas están escritas en el contexto de la transición poscomunista, las protagonistas menores ya no solo transitan el contexto natural de aprendizaje y asimilación propio de la infancia, sino que también se encuentran bajo unas circunstancias especiales debido a que, además, se las somete al cuidado y a las enseñanzas de adultos que tienen una mentalidad comunista y arraigada al pasado. Siguiendo esta línea de

análisis, el subcapítulo 1.2 reflexiona sobre la “infantilización” de la sociedad poscomunista, término utilizado por George Schöpflin (1994) y Boris Buden (2010) para denominar el momento histórico de la transición democrática, y que al mismo tiempo busca dejar en evidencia los problemas de sociedad, en especial la fragilidad y precariedad de los países que han estado sometidos, en algún momento, a un régimen comunista. Por lo tanto, se observa que el mundo capitalista occidental y aventajado económicamente se aprovechó, bajo diversas formas, de la debilidad y precariedad de una sociedad recién salida del comunismo, consternada y desubicada, una presa fácil para explotar.

Continuando esta línea de reflexión, en el siguiente subcapítulo 1.3 se aborda analíticamente las transformaciones culturales acontecidas después de la caída del comunismo analizando su relación con el concepto de *habitus* de Bourdieu (1980). Asimismo, también se analiza en los subcapítulos 1.4, 1.5 y 1.6 cómo queda representada la infancia en la comunidad, qué implica ser una niña en la sociedad actual, es decir, cómo se construyen los roles sociales, cómo debe actuar la niña en la sociedad actual, a partir de los estudios sobre la sexualidad de Michel Foucault (1998), Momin Rahman y Stevi Jackson (2012), y la distribución de la atención y cuidado en función del sexo de los niños conforme lo analizado por Eleanor Maccoby (1979), Sherrie A. Inness (1998) y Mindy Blaise (2010).

En las novelas elegidas tenemos, como personajes principales, niñas que atraviesan diversas situaciones de vulnerabilidad: desde niñas sobreprotegidas a niñas maltratadas que acuden a la prostitución como salida a la brutalidad infligida por los padres, e incluso niñas que actúan de una determinada manera como consecuencia de situaciones económicas y políticas adversas. Algunas, por ejemplo, llegan a ejercer de madres para sus hermanos, y otras, en una situación de indefensión total, se ven obligadas y presionadas a practicar un aborto. Si se tiene en cuenta que estas situaciones son frecuentes en la vida cotidiana en Rumanía, las autoras ponen en evidencia su capacidad de resistencia y transformación ante tales situaciones; dejan claro que las niñas pueden tomar decisiones y que pueden exponer otra perspectiva o lectura de los hechos. Por todo ello, los últimos dos subcapítulos (1.5 y 1.6) están dedicados al análisis de los conceptos de poder, control y exceso y sus relaciones con el cuerpo de la niña, sobre cómo una niña puede utilizar su inocencia para manipular, y hasta qué punto subvierte las normas. Para ampliar esta línea de análisis en otro apartado se tratará la inocencia de la niña como una manera de superar la construcción de la infancia idealizada.

Todos estos conceptos descritos serán manejados con atención en el capítulo 2, en el que analizo las novelas con mayor detenimiento. En ese capítulo se abordarán las condiciones que hacen que a las niñas se les atribuya la consideración de seres vulnerables, y qué capacidad tendrán para eventualmente protegerse de las agresiones, o incluso hasta qué punto se negocian las diferencias en la vulnerabilidad entre niñas y niños teniendo en cálculo los estereotipos de género. Nuestra atención se centra en analizar las situaciones que atraviesan los personajes, el vínculo que mantienen con su entorno, cómo se les impone actuar o jugar un determinado rol en la sociedad, qué efectos tendrán esos mismos roles en los cuerpos infantiles y cuáles fueron los motivos que podrían inducir a estas niñas a actuar de diferentes maneras y conforme un marco contextual específico. Se cuestiona cómo el *habitus* descrito en cada novela puede determinar el grado de vulnerabilidad de una persona debido a que está directa o indirectamente afectada por discursos o acciones que muchas veces son impuestas o están influidas por los diferentes sistemas de control. No obstante, dichas disposiciones mutan, evolucionan, o incluso chocan unas con otras.

En el subcapítulo 2.1 a partir de la novela *La cruzada de los niños*, de Florina Ilis, se analiza un caso en el que un grupo de las niñas y niños viajan en un tren bajo la vigilancia de sus tutores y conforman un *habitus* (cuestionado a lo largo de la narración) que les permite compartir las mismas afinidades y costumbres que dictan sus clases y roles sociales. En el subcapítulo 2.2, a partir de *Eliza a los once años*, de Doina Ruști, se analiza el contexto rural, donde una niña de once años tiene que desarrollarse y actuar según la exigente educación a la que está sometida, o por las presiones que derivan en las torturas físicas recibidas por parte de su padre; un contexto adverso que resulta decisivo para empujarla a buscar alternativas para sobrevivir. En el subcapítulo 2.3 reflexiona sobre dos personajes (una niña y una anciana), representados en la novela *Hai să furăm pepeni*, de Nora Iuga, que atraviesan dos contextos temporales y sociales diferentes pero que comparten un mismo tipo de experiencia (el aborto). En el último apartado, dedicado al análisis de la novela *Kinderland*, de Liliana Corobca, el subcapítulo 2.4, se estudia cómo una niña debe cuidar de sus hermanos, teniendo que hacer tareas propias de las personas adultas, debido a que los padres han tenido que emigrar para buscar trabajo. Como se puede observar en estas novelas, las conductas sociales y las prácticas individuales tienen un carácter automático incorporado desde la infancia. Por esto, nos interesa analizar cómo se construyen, cómo se adquieren de manera inconsciente en la infancia para que más tarde, a lo largo de la narración a través de encuentros,

interpelaciones o contactos entre los personajes se ponga bajo cuestión estas prácticas, percepciones, sentimientos y pensamientos.

A continuación, en el capítulo 3, y estudiando por el mismo orden las novelas, se analizará cómo resuelven las niñas la tensión entre poder e inocencia, o incluso cómo, en cada novela, logra conjugarse esta relación en lo que respecta al resto de comunidad y los otros personajes, sean niños o sean adultos. Por tanto, se reconoce y fundamenta la vulnerabilidad en el desconocimiento e inexperiencia propios de la edad, ya que es innegable que los sujetos son mucho más receptivos e influenciables a edades más tempranas, sin embargo también constituye un arma de doble filo, ya que expone a las niñas a manipulaciones y abusos de diversa índole. Por ello, en cada uno de los subcapítulos, 3.1, 3.2, 3.3 y 3.4, se muestra a las niñas actuando a través de diferentes tipos de reacciones. En la primera novela, *La cruzada de los niños*, veremos que la protagonista se enamora y convence a sus amigos para que rompan con las restricciones impuestas por los adultos, creando una nueva comunidad que ellos puedan liderar por sí mismos y también en qué manera se conjugan las relaciones de poder entre las niñas y los niños dentro de este nuevo espacio. En la segunda, *Eliza a los once años*, la niña escapa de los abusos de sus padres y busca “alternativas” para sobrevivir (la prostitución) sin saber que los hombres con quien se prostituye la utilizan para satisfacer placeres e intereses propios. En la tercera novela, *Hai să furăm pepeni*, el caso del aborto de la niña publicitado por los medios de comunicación da pie a una reflexión sobre el poder del cuerpo femenino en la infancia. Finalmente, en *Kinderland*, la conjugación entre inocencia y poder quedará determinada en función de una circunstancia dada, la ausencia de la madre y el padre durante los períodos más importantes de la infancia, hecho que propicia la constitución de un nuevo espacio coordinado y dirigido por una niña de tan solo doce años.

No obstante, al analizar todas estas problemáticas, me he dado cuenta de que en cada una de las novelas existe un elemento desestabilizador que influye e incide directamente en la vida de las niñas y su capacidad de reacción a los estímulos exteriores, y todo esto será analizado en el último capítulo de esta parte, el capítulo 4. La reflexión sobre el hecho de que la vulnerabilidad representa la condición ontológica de toda existencia, señala una forma de entender la subjetividad del otro, de abrirse a la posibilidad de ser querida, pero también de ser dañada. Esto me llevó a dedicar cada subcapítulo al análisis de la problemática del encuentro, el choque de clases sociales diferentes o diversas situaciones de exclusión en cada una de las novelas, ya que aparecen muchas situaciones de este estilo. Así, en la novela *La*

cruzada de los niños de Florina Ilis, estudiada en el subcapítulo 4.1, es relevante la importante influencia que el niño romaní tiene en la niña que finalmente organiza el motín del tren, y que es quien le otorga el rol de conductor del tren. En *Eliza a los once años*, de Doina Ruști, tratada en el subcapítulo 4.2, la enfermedad de la niña (la sífilis) pone en evidencia la vulnerabilidad de cada uno de los personajes en un momento dado. Por otro lado, en el subcapítulo 4.3, se toma en consideración la memoria y el legado común sobre las experiencias y abusos corporales, en donde algunas personas utilizan sus posiciones sociales para decidir por las víctimas, pero menosprecia su capacidad de decisión o de sentir lo que significa relegar de autoridad a unas personas por sobre otras. Finalmente, en la novela de Liliana Corobca, *Kinderland*, estudiada en el capítulo 4.4, la migración es a la vez una consecuencia de situaciones de marginalidad social y económica, pero también una circunstancia que lleva a repensar el papel de la madre y el papel de la niña dentro de una comunidad carente de fuerza trabajadora y poblada de niñas, niños, ancianas y ancianos.

El segundo bloque de la tesis se dedica al análisis de la violencia tal y como está representada en las cuatro novelas, y a la relación existente entre vulnerabilidad y violencia. Uno de los objetivos fundamentales de este trabajo consiste en desarrollar una reflexión sobre como la vulnerabilidad se encuentra condicionada por el contexto y el desarrollo de las relaciones sociales. Es importante intentar establecer un nexo entre lo que significa el hecho de que las niñas habitualmente hayan sido consideradas los seres vulnerables por excelencia, mientras que en la realidad sufren, como cualquier otro individuo, inseguridades y riesgos en cualquiera de las diversas circunstancias que su desarrollo personal pueda atravesar. A su vez, generalmente se encuentran en una situación de desventaja en lo que concierne al reconocimiento, goce y ejercicio de sus derechos y libertades. El capítulo 5 estará dedicado a la reflexión sobre el concepto de violencia en un sentido contextual, pero contemplando también las microviolencias en la vida cotidiana de la Europa del Este, la violencia física, la violencia visible, e incluso la violencia simbólica y estructural o violencia invisible (Fábian 2010). En las novelas propuestas, a nivel temático se observa la desigualdad persistente de género, discriminación, situaciones de vulnerabilidad y violencia que experimentan las niñas. La violencia es el imperativo para mantener el orden. Se podría decir que la violencia está incorporada en el esquema de pensamiento del sujeto que pone en evidencia la diferencia entre las personas a base de dominación. Se analiza también la violencia en relación con la sexualidad y se prestará atención a la prostitución, el aborto y la violación en la infancia

subrayando que el papel de víctima que a menudo se teoriza en términos binarios y bastante genéricos.

Siguiendo la línea de pensamiento de Cavarero (2009), se reflexiona sobre como niñas y niños, indefensos por naturaleza y siempre bajo el dominio del otro, cumplen con los requisitos que le otorgan la condición de vulnerable o inerme, y se encuentran en una condición de pasividad haciéndolos propensos a sufrir ciertos tipos de violencia que resultan muy difícil de eludir o responder. Dentro de esta unicidad, me parece oportuno pensar en las observaciones sobre la violencia de las mujeres tal y como es teorizada por María Xosé Agra Romero en el artículo “Con armas, como armas: la violencia de las mujeres” en donde sostiene que “la violencia de las mujeres no es normativa y, por consiguiente, hay que entenderla mejor como una ruptura del modelo, como transgresora de los estereotipos y de la subordinación de sexo/género” (2012: 55). En mi opinión, es importante pensar desde el discurso existente sobre la violencia de y hacia las niñas, y entender la negociación subsecuente entre niñas y niños teniendo en cuenta la feminidad normativa. En el capítulo 6 se habla sobre el papel de la víctima en el contexto en el que se presentan las novelas para poder llegar a entender el proceso de victimización. Para ello, también es preciso comprender el hecho de que toda persona es vulnerable y que la vulnerabilidad no necesariamente la convierte en víctima, sino que se hace necesario pensar este concepto desde la representación de la resistencia, y el poder de actuación. En este sentido, los subcapítulos 6.1, 6.2, 6.3 y 6.4 se reflexiona sobre la tendencia a otorgar una determinada categoría u etiqueta tanto a maltratadores como a víctimas, una acción que contribuye al establecimiento de estereotipos que representan un impedimento a la hora de identificar la raíz del problema, algo que, evidentemente, tampoco ayuda a lograr la erradicación de la violencia. María José Gámez Fuentes y Sonia Núñez Puente (2013) consideran que la concepción que se tiene de la víctima, y su representación en el consciente o inconsciente, se presenta como un requerimiento previo y necesario para lograr despertar la compasión de la audiencia.

El análisis de los conceptos mencionados en las novelas comprende: violencia doméstica, violencia hacia/de las niñas, violencia simbólica y sistémica se desarrollará en relación con la vulnerabilidad de los cuerpos de las menores (aquí entra la sexualidad, el aborto, la violación o el placer sexual). La violencia ejercida contra las niñas queda muy patente en las novelas analizadas, ya sea de una manera directa o indirecta, y se produce tanto a nivel personal, entre agresor y víctima, aunque también existe a un nivel estructural dirigido

contra el colectivo femenino. Hablar sobre la violencia hacia/de las niñas requiere una nueva articulación discursiva que abra un campo de interrogación a partir de cada caso en que se encuentra las niñas. Por eso, parto de las reflexiones de Adriana Cavarero (2009) y María Xosé Agra Romero (2012), que se dirigen al análisis de la hipervisibilización de la violencia ejercida por/hacia las mujeres en contraste con el silencio que conlleva la violencia de que ellas son objeto, puesto que la violencia perpetrada por mujeres es considerada transgresora, no normativa. En esta lectura se demuestra que a través de las imágenes que construyen actos de violencia hacia/de las niñas se subraya la crueldad, el desinterés, la falta de comunicación, la sumisión, la perpetuación de costumbres y mentalidades antiguas con respecto al desarrollo de las niñas en la sociedad rumana. En las novelas analizadas, el poder de decisión y actuación de las niñas por lo general se reduce a un “las menores simplemente deben obedecer”. Veremos que las nuevas influencias llegadas de occidente y la apertura de los mercados, sugieren de forma indirecta, y muchas veces directa, pautas de comportamiento sexual que a su vez refuerzan los estereotipos heredados. En Rumanía, el auge de los medios de comunicación y la incipiente libertad de expresión que surge una vez acabado el período comunista, constituyen una importante contribución en este sentido.

El capítulo 7 analiza la delgada línea que separa a las niñas de ser consideradas como víctimas o devenir en heroínas (Berger y Luckman 1988; Kitzinger 1997). Es decir, más allá de su inocencia y vulnerabilidad intrínseca, si logran escapar al control y la vigilancia de los padres, tutores o instituciones, obtienen más libertad de acción para luchar y evitar los abusos y funcionamiento equivocado del sistema que se excusan con el pretexto de prestar ayuda y cuidado a las niñas, y por ende podrían entonces ganar la consideración de heroínas y luchar contra la indefensión.

En los subcapítulos 7.1, 7.2, 7.3, 7.4 se reflexiona sobre los abusos sufridos en la infancia, a menudo provocados por la misma línea de protección que se cierne sobre ellas, y que muchas veces las lleva a revelarse, responder y rechazar el status de víctimas. Este es un hecho loable pero puede, a su vez, dar lugar a otros tipos de abusos (sexuales, emocionales) que finalmente las privarían de esa inicial sensación de libertad y autonomía. Se reflexiona en particular sobre el aborto en tanto que experiencia violenta en la infancia y sobre como una niña que atraviesa una situación tal puede, supuestamente, y según algunos adultos, dejar atrás ese trauma simplemente porque no entiende lo que pasa con su cuerpo. Además, se presta atención a la excepcional situación de la niña sin madre y padre que, aunque goza de

más libertad y dinero, queda a merced de la envidia y amenazas de sus amigos y otros vecinos que viven en situación de pobreza. En estos subcapítulos también se habla sobre la evidencia de los micromachismos incorporados en los comportamientos masculinos (Bonino en Corsi, 1995: 4).

En capítulo 7, también se aborda la violencia sistémica tal y como es entendida por Slavoj Žižek en *Sobre Violencia. Seis reflexiones marginales* (2009). Žižek utiliza esta clasificación para criticar las diversas formas de violencia existentes en las sociedades modernas capitalistas. La violencia, como constante universal, es una de las consecuencias principales del sistema neoliberal que domina en casi todo el mundo, incluida Rumanía. Este tipo de violencia es totalizadora, ya que incluye la violencia implícita y explícita, tanto a nivel de estado como de mercados globales, y eso trae consigo importantes consecuencias sociales, particularmente la exclusión social. Ana Martínez Pérez sostiene que “la violencia sistémica es todo y nada a la vez, resulta de una suma que es más que todas las partes porque unos dientes de engranaje mueven los siguientes con los que están conectados” (2008: 9). A esta altura, y teniendo en cuenta que las niñas se convierten en síntoma de una violencia sistémica basada en los desequilibrios sociales y del capitalismo, a las protagonistas de estas novelas les toca convivir con la maldad del mundo de los adultos, aquel que opera sobre ellas como una fuerza anónima.

En las novelas de Florina Ilis, Doina Ruști y Nora Iuga los medios de comunicación y las instituciones sociales y políticas se aprovechan del uso de la violencia física ejercida sobre los cuerpos de las niñas únicamente para su propio interés, pregonando una falsa sensibilidad ante la situación de las menores. En la novela de Liliana Corobca se intuye que los representantes de las instituciones del pueblo prefieren hacer caso omiso a los abusos que una parte de comunidad inflige a las niñas y en su lugar simplemente se aprovechan de la situación de necesidad y precariedad que conduce a la emigración de sus habitantes, hecho que se traduce en remesas económicas que sustentan una economía deteriorada.

En todas las novelas se retrata una sociedad en donde las niñas se perciben como seres vulnerables porque, más allá de su propia condición, en torno a ellas se construye una relación de dependencia hacia las personas adultas que a menudo es sobrevalorada y que no corresponde con un cuidado real de las mismas, sino que a menudo deriva en sobreprotección o desprotección, y, por ende, se agrava el deterioro del derecho de las personas sobre su propio cuerpo. En Rumanía, el cambio político hacia una democracia ha dado lugar a una serie de

problemáticas específicas y que durante el comunismo tenían otras connotaciones, desde la ocultación hasta espectacularización de la infancia. Estas autoras subrayan la evidente existencia de una nueva violencia sutil que asoma ya desde la temprana infancia, disolviendo la relación existente entre lo privado y lo público, y para ejemplificarlo, escogen casos concretos que, inspirados en la realidad, buscan mostrar la fragilidad de una nación nueva e infantilizada, recién salida de un sistema totalitario.

BLOQUE 1:
Vulnerabilidad

1. Repensar la vulnerabilidad en la infancia: algunas consideraciones teóricas

En este primer capítulo teórico, se reflexionará acerca de la vulnerabilidad en un contexto determinado, Rumanía desde 1989, que tiene como punto de referencia el corpus propuesto. Cada una de las novelas enfatiza las problemáticas existentes durante la infancia de las mujeres y pone en evidencia la importancia de un período de la vida que de por sí ya es considerado como el más susceptible a la vulnerabilidad, hasta el punto en el que muchas veces se manifiesta un exceso de cuidado o sobreprotección por parte de los seres más próximos o cercanos, o de sus pertinentes tutores.

En este punto es necesario hacer una reflexión sobre el concepto de vulnerabilidad, entendiéndolo como un factor esencial a la hora de relacionarse o crear vínculos con otras personas, y no solo entenderla como un concepto ontológico, sino también como un elemento esencial que contribuye a evidenciar la exposición de una persona o de un grupo determinado a ser herido, amenazado, o abusado por otras personas o agentes/entidades. Una persona vulnerable lo es por ser susceptible al daño, la dominación o la influencia que alguien o algo le inflige, de una manera u otra, bajo determinadas circunstancias contextuales.

Goodin sostiene que ser vulnerable significa estar expuesto a la imposición de los intereses del otro, y esta vulnerabilidad implica una relación esencial: en un momento concreto uno puede ser vulnerable a un agente en particular, entendiendo por particular todo tipo de amenazas a los intereses de una persona. Es muy importante mencionar que, aunque la infancia representa un período en el cual los cuerpos tienen de por sí una alta exposición a la vulnerabilidad intrínseca, y sobre los cuales tanto la familia como el Estado tienen ciertas responsabilidades en lo que concierne al cuidado de las niñas, la diferencia sexual no debería ser el criterio básico para potenciar (o menoscabar) el cuidado y las responsabilidades (1985: 6). Existe una relación preestablecida entre una persona vulnerable y aquello que le somete o hace sentir su condición de vulnerabilidad, le da forma, la construye y la pone en evidencia.

Son aquellos a quienes Butler (2004: 26) denomina agentes de vulnerabilidad. En esta relación ambas partes se retroalimentan e incluso pueden darse casos en que los roles o posiciones se inviertan, lo que lleva al cuestionamiento del sistema normativo impuesto. En sus reflexiones acerca de quien está en la posición de ser vulnerable, Butler afirma:

we assume that those who seek to expose others to a vulnerable position—or to install them there— as well as those who seek to posit and maintain a position of invulnerability for themselves all seek to deny a vulnerability by virtue of which they are obstinately, if not unbearably, bound to the ones they seek to subjugate. If one is tied to another against one`s will, even when, precisely when, a contract is the means of subjugation, the tie can be quite literally maddening, a form of unacceptably enforced dependency, as happened in slave labor and other forms of coercive contract. (2014: 113)

En palabras de Goodin, se busca determinar qué sujetos o factores juegan un papel en esta relación y de qué manera lo hacen:

References to vulnerability imply two other references. One is *to what* the persons or things are vulnerable. Where do their weaknesses lie? What mechanisms are capable of inflicting harm on them? The other is *to whom* the persons or things are vulnerable. Who can inflict harms on me? Who can protect me against them? One is always vulnerable to particular agents with respect to particular sorts of threats like the notions of power and freedom, that of vulnerability is inherent object and agent relative (1985: 112).

Desde esta perspectiva, es importante enfatizar que la vulnerabilidad es inherente a las relaciones humanas, dado que todos los seres humanos, al menos en algún momento de sus vidas, han estado expuestos a ella o han jugado a ser agentes de vulnerabilidad. Estos casos de vulnerabilidad provienen de nuestra propia corporalidad, de nuestras necesidades, de la dependencia de otras personas, de las estructuras sociales, y por supuesto, de las condiciones naturales de cada sujeto. La vulnerabilidad puede ser situacional y tener lugar en un contexto específico, y puede verse motivada por una situación personal, política, económica o ambiental de un individuo, grupo o entidad. En este sentido, la vulnerabilidad puede percibirse con gran facilidad en hechos excepcionales, tales como situaciones creadas por un desastre natural o la ruptura de un régimen político o económico, entre otros. También podría ponerse en evidencia cuando un sujeto experimenta la pérdida de un familiar que ofrecía apoyo, protección o soporte financiero a una familia.

Cabe mencionar la importancia de la relación que se crea entre los padres y sus criaturas, dado que esta tesis tiene como objeto primordial de investigación el análisis de la vulnerabilidad infantil, haciendo un especial énfasis en las niñas. Sin embargo, para poder explorar este campo de forma adecuada, se deben observar con atención los vínculos existentes en un plano más general, por ejemplo, entre las niñas y los niños y sus tutores, rol que, en la mayoría de los casos, ejercen los familiares, o los docentes de un sujeto en edad

escolar. Esta cuestión es muy importante porque en las investigaciones de la sociología de la infancia los análisis sociológicos con implicaciones de género son escasos. Se suele ejemplificar con un listado de diferencias entre niñas y niños, sin realizar ninguna investigación acerca de cómo se construyen estas diferencias o lo que implica para los sujetos (Megías y Ballesteros 2014).

La relación entre padres y niñas representa una problemática en sí misma, e implica también ambigüedad, dado que, con el afán de inculcarles ciertos valores, este sometimiento se suele caracterizar por ser una forma de explotación infantil amparándose en la relación de dependencia establecida con sus hijas.

Las niñas son un claro ejemplo de vulnerabilidad dada su fragilidad corporal, psicológica o intelectual, ya que son los sujetos que están en su edad más temprana de desarrollo, de aprendizaje y de asimilación de las normas establecidas en su plano contextual, incapaces de protegerse a sí mismas o atender a sus intereses de la forma más adecuada. Una situación evidente de vulnerabilidad en las menores queda expuesta cuando sus respectivas familias no les proporcionan la protección o el interés adecuado y, en lugar de hacerlo, las someten a abusos de diversa índole, ya sean emocionales, psicológicos, físicos o sexuales. Dada la complejidad existente en las relaciones entre las distintas personas de los casos que analizaremos, se hará especial hincapié en la vulnerabilidad y responsabilidad moral que tienen aquellos padres que no se encuentran en la posición de ofrecer protección a sus niñas cuando estas, a su vez, se ven sometidas a situaciones de abuso por parte de otras entidades o sujetos. Acerca de este caso de vulnerabilidad, Marilyn Friedman afirma que es: “openness to specified harm against which one is not fully capable of defending oneself” (2014: 75). Friedman se refiere en concreto a aquellos casos en que una madre vive con el constante miedo a ser abusada. Se trata de una situación de violencia doméstica en la cual tanto la madre como la niña son susceptibles de sufrir los daños y hace que la pensadora se pregunte sobre las responsabilidades morales que debe tener la madre en tales circunstancias: si sería capaz o no de conseguir proteger a sus hijas del daño que pudieran padecer.

En estos casos se entiende que la transferencia de vulnerabilidad se hace por línea materna, y que la responsabilidad será puesta en cuestión ante el hecho determinante de que las relaciones abusivas posicionan a las mujeres en una situación de debilidad, por lo tanto podrían ser excusadas ya que también se encuentren expuestas y en situación de vulnerabilidad. Del mismo modo, para reconocer que son vulnerables, debe considerarse que

se encuentran bajo una situación de abuso. Podemos encontrarla en las familias, donde es factible encontrar casos de cierto grado de vulnerabilidad que se encuentra asociada a una situación de precariedad heredada debido a causas diversas, como un estado o políticas deficientes, desempleo, exclusión social o racial, entre otras.

Ese “mundo exterior” transmitirá directamente una sensación de indefensión o resignación que la familia afectada traducirá como vulnerabilidad con respecto a ese mundo-contexto. Inmediatamente esas sensaciones se transmitirán hacia los niveles siguientes en la escala social, y en el caso de una familia tipo, las niñas y niños resultan indefectiblemente afectados por esta transmisión de vulnerabilidad. Resulta fácil imaginar situaciones como, por ejemplo, la de la pequeña Lizoanca, en la novela *Eliza a los once años*. En ella encontramos una familia en riesgo de exclusión social y un padre alcohólico, abusador, abocado a trabajos precarios y esporádicos, cuya desgracia se convierte en ira hacia su propia familia, hija y esposa. La hija crece en un ambiente violento, viendo a su madre en completa indefensión, preocupándose y afligiéndose por ella. El hecho de sentir un vínculo emocional con otra persona, especialmente en estas edades tempranas, implica de por sí un cierto grado de vulnerabilidad. Por ello podemos afirmar que existe transmisión de vulnerabilidad, o cuanto menos, podemos considerarla, autorreproducible.

Desde otro punto de vista, si se reflexiona sobre los valores que los padres desean que sean asimilados por los niños y las niñas, Mianna Lotz nos ofrece una perspectiva sobre las relaciones de poder y la relación de dominación como ejercicio ilegítimo. Lotz argumenta que:

The general fact of children’s vulnerability is thus properly understood to be nonexceptional and noncontingent. It is necessarily a condition of every child’s life is not in itself a matter of justice (although of course, questions of justice may well arise in relation to children’s vulnerability) (2014: 224).

Lotz sostiene que el poder que tienen los padres sobre las niñas crea la condición de dominación al inculcar valores que ellos consideran adecuados. Los privilegios “básicos” de los que gozan los padres al lado de sus hijas, como prioridad, proximidad, autoridad o acercamiento afectivo (2014: 260-261), constituyen las formas habituales de vulnerabilidad. Por eso, el problema de inculcar valores exclusivos se basa en cómo se explotan la desigualdad y los privilegios en la relación de dependencia entre ellos, a menudo sin reconocer la vulnerabilidad de las niñas.

Siguiendo esta concepción, las niñas se encuentran en un posicionamiento que facilita la dominación o explotación por parte de sus familiares. Lotz argumenta que:

what is illegitimate about a parent's efforts to directly inculcate their own substantive values is that it exploits the inequality and privileges of the dependency relationship and fails to give due recognition to the child's special and inevitable vulnerability to influence by her parent's values, including where those are only *inclusively* transmitted (2014: 262).

En esta misma dirección, en una sociedad liberal, la libertad de transmisión de valores se puede considerar un derecho y, consecuentemente, los padres intentan concluir exitosamente esta transferencia para cumplir su papel de “buenos tutores” y “educadores”, y a su vez conseguir trasladar a sus hijas todo aquello que ellos mismos no han podido conseguir o tener.

1.1. Los límites de la vulnerabilidad en la organización social

Judith Butler (2004: 23-24) considera que todas las personas son vulnerables, pero bajo diferentes circunstancias y siempre dependiendo de las particularidades de cada caso particular. La autora afirma que existe una distribución diferenciada de la vulnerabilidad que a menudo somete, a unas poblaciones más que a otras, a una violencia arbitraria y muchas veces completamente irracional, lo que eleva el grado de indefensión ante las agresiones y, por lo tanto, consigue una exposición mayor a la vulnerabilidad. También sostiene que a través de la vulnerabilidad se reconoce la presencia de otros cuerpos, la exposición al otro. De esta manera y por todo lo dicho anteriormente, se puede establecer una relación de vínculo tanto con las otras personas, como con el mundo y las diversas entidades que lo componen. Al reflexionar sobre esta situación, Butler añade:

Esta cuestión tiene implicaciones en el momento de comprender quiénes somos, como seres apasionados, sexuales y ligados a los otros por necesidad, pero también como seres que intentamos persistir, entendiendo que esa persistencia puede y está en peligro cuando las estructuras sociales, económicas y políticas nos explotan o nos malogran (2014: 53).

Exponerse ante el otro y abrirse al mundo representa una situación ambivalente porque implica la posibilidad, como seres humanos, de existir y relacionarse, pero también conlleva la posibilidad de ser dañado por el otro. Más allá de la individualidad que caracteriza a las personas, siempre existirán elementos contextuales que nos sugerirán quienes, cuándo y

cómo se nos considerará vulnerables en un plano más general, casi ambiguo. En esta línea, la sociedad construye el modelo de lo que considera vulnerable, de lo que se considera no vulnerable o lo que ya ha dejado de ser vulnerable. Establece un marco regulatorio mediante una normativa determinada y unas etiquetas atribuidas a cada colectivo o componente social; es decir, un marco regulatorio dado determinará que las niñas deben ser tuteladas y protegidas por las diferentes instituciones de autoridad (familia, escuela, estado y cuerpos de seguridad) hasta que alcancen la mayoría de edad. Luego deberán trabajar, formar una familia y pasar a proteger a otras personas. En otro tipo de marco regulatorio quizás no se protegerá tanto a la infancia y se permitirá que, ya desde niñas, puedan ser consideradas trabajadoras y que aporten al sistema de igual manera que un adulto. Este mismo concepto de contextualización de la vulnerabilidad que hemos observado en el ámbito de la institución familiar también lo encontramos en lo religioso, lo sexual, lo político o económico. En las sociedades occidentales, la duración de la infancia y el marco de reglas y normas que la considera “digna de ser protegida” es lo bastante homogéneo como para que la consideremos una etapa de vulnerabilidad. En consecuencia, quienes están en ella, son vulnerables.

La vulnerabilidad en la infancia es una condición que afecta a la existencia y, por lo tanto, desde esta perspectiva, las niñas se encuentran bajo la dependencia de las personas que deberían protegerlas. Las menores son vulnerables no solo por su exposición al daño, sino también por su condición intrínseca, es decir, tal y como sostiene Butler, “no podemos escogernos a nosotros mismos, así como tampoco somos escogidos por otros, por nadie (no importan cuán “planeados” algunos de nosotros hayamos podido ser)” (2014: 49). La infancia es una etapa en la que no podemos escoger a quienes nos protegen, mucho menos a progenitores o tutores.

Al pensar la vulnerabilidad y la relacionalidad entre cuerpos, Butler afirma:

bodies do not come into the world as self-motoring agents; motor control is established through time; the body is entered into social life first and foremost under conditions of dependency, as a dependent being, which means that even the first moments or vocalization and movement are responding to a changing set of conditions for survival (2014: 103).

Las cuatro novelas estudiadas presentan situaciones únicas que me llevan a cuestionar la particularidad de la vulnerabilidad bajo diferentes *habitus* (Bourdieu 1990: 289), y reflexionar acerca de la construcción de la infancia, etapa en la que las niñas deben, supuestamente, ser preparadas como sujetos racionales o independientes. Cada uno de los

casos presentado en las novelas constituye una interpretación diferente de la vulnerabilidad en una comunidad recién salida de una dictadura. Las niñas son retratadas como casos extremos de vulnerabilidad que articulan una definición sobre la manera en que se construye y redefine una nación en la sociedad poscomunista, sin dejar de tener en cuenta la dependencia y la protección ejercida por un estado totalitario durante más de cuarenta años. En estas condiciones, la pregunta clave podría ser: ¿en qué medida la vulnerabilidad se convierte en una fuerza para los que se consideran demasiados protegidos? Además, ¿cómo se construye esta relación entre la niña protegida, dependiente de sus padres y el contexto social, el mercado, la pobreza y el *habitus*? En estas circunstancias la figura de la niña que se analizará en las siguientes páginas tiene al menos dos interpretaciones principales, que se amparan en las percepciones estereotípicas que se tiene sobre las niñas y sobre la concepción negativa que se tiene sobre la vulnerabilidad.

Por un lado, se considera que las niñas forman parte del grupo más vulnerable, ya que necesitan una protección inmediata, atención minuciosa y dependencia de otra persona. Por el otro, todas estas “obligaciones” normativas pueden conducir al control corporal, psicológico u emocional. Se trata de situaciones en que la propia condición de inocencia de las niñas puede dejarlas a merced de una suerte de coacción “emocional”. Es decir, una persona adulta que bien podría aprovecharse y excusarse en un hipotético: “sé buena conmigo y yo seré bueno contigo”, pondría a una niña bajo una siniestra coacción emocional o un chantaje cuyo objetivo no es otro que lograr que la menor cumpla con los requerimientos de los adultos. De otra manera, también existen los personajes ficticios típicamente propuestos por los adultos: personajes de dibujos animados u otras personalidades que acostumbran a ver en los medios de comunicación. En definitiva, se trata de formas de aprovecharse de las niñas mediante el engaño o bajo la oferta de propuestas que serían totalmente inverosímiles para cualquier adulto.

Iskra Pavez Soto considera que las niñas son actores sociales que participan en la vida social, aunque de una manera diferente a la que acostumbran las personas adultas, y que también son sujetos que perciben el mundo a través de la interacción directa con los diversos ámbitos de aprendizaje. La socióloga piensa que:

justamente es durante la infancia cuando se acelera e intensifica el proceso de aprendizaje de los roles de género y las relaciones de poder entre los géneros. En la mirada funcionalista se espera e incentiva a que las niñas y los niños obedezcan a las personas adultas (madres, padres y docentes) porque ellas realizan la función de

socializar a las nuevas generaciones, es decir, tienen una autoridad para hacer cumplir con la reproducción del sistema social (2012: 86).

Las niñas están dentro de la estructura básica que en algunos países menos desarrollados todavía subyacen por el patriarcado en una dimensión simbólica. Bajo la autoridad del hombre, la mujer y la niña se consideran objeto de satisfacción para los deseos de los varones.

En esta relación se interpone un factor importante: la posición de las niñas en todas las representaciones mencionadas anteriormente. Florina Ilis, Doina Ruști, Nora Iuga y Liliana Corobca retratan las niñas desde una perspectiva innovadora e intentan cambiar la mirada habitual y confortable sobre lo que se entiende por infancia para proponer nuevas interpretaciones, aun sin contar con un lenguaje extendido o adecuado para expresarlo. No se puede asumir sin más que las niñas son frágiles, obedientes, sumisas, de irrenunciables cualidades y virtudes propias de la infancia en su consideración tradicional y no pensar en que también pueden generar cuestionamientos sobre el poder, la moralidad, la inocencia en el marco del género, tanto si las niñas son víctimas como si reinterpretan este papel, o ponen entre interrogantes la asimilación social de sus cuerpos a través de su rebeldía.

Paul Harrison subraya que la vulnerabilidad no representa algo que puede ser elegido o deseado y sostiene que:

vulnerability cannot be willed, chosen, cultivated, or honed and neither, therefore, does it necessarily or even primarily denote a weakness or a misfortune; rather, it describes the inherent and continuous susceptibility of corporeal life to the unchosen and the unforeseen its inherent openness to what exceeds its abilities to contain and absorb (2008: 427)

Dentro de esta explicación cabe mencionar que la mera existencia de un sujeto que adquiere el papel de vulnerable, algo no deseado o adquirido a voluntad, también implica la existencia y exposición de este hacia las entidades que lo someten a esa etiqueta y/o condición. En este sentido, la vulnerabilidad se ha percibido como fragilidad o debilidad, pero también se puede conceptualizar como apertura, susceptibilidad o receptividad. Por eso, para experimentar o tener conocimiento de la vulnerabilidad de un sujeto, se requiere un proceso de renegociación del propio ser encarnado y su relación con el mundo, con los lugares. Asimismo, con la llegada del sistema capitalista a Rumanía, se puede observar una propensión

a crear nuevas expectativas que permiten pensar en seres humanos independientes y no vulnerables.

En la infancia, entre las personas que se dedican al cuidado de las niñas, la mayor presión la experimentan generalmente los padres, que son quienes construyen esta relación a partir de las expectativas de todo un sistema; deben estar conectados a ese cúmulo de leyes sin cuestionarlo o problematizarlo. En un sistema que funciona de manera semejante a un complejo engranaje, si una pieza o componente presenta un mal funcionamiento pone en evidencia que otros componentes, sino todos, no están funcionando o haciendo su papel como debieran. La sociedad moderna funciona como un sistema en el que podemos distinguir niveles de autoridad. En el sistema sociopolítico se instituyen las reglas y el marco regulatorio para los niveles inmediatamente inferiores que constituyen su engranaje. Se determinan unas leyes (morales, éticas, políticas, económicas y religiosas, entre otras) en un momento y espacio dado, un *habitus* demarcado. En el capítulo 1.3 se tratará en detalle el concepto *habitus*.

Se transmitirá a las instituciones educativas la descripción y funcionamiento de estas leyes, que a su vez se inculcarán a los futuros componentes de ese engranaje, estimando, por supuesto, que la familia, y muy especialmente los padres de una persona en su etapa más temprana, representen un papel que legitime, proteja y complemente esas enseñanzas para que en el futuro este *modus operandi* se perpetúe nuevamente en forma de niveles, una vez más de arriba hacia abajo. Es algo que podría describirse como una función en forma de “U”. Evidentemente existe cierta abstracción en el traspaso de autoridad, ya que el nivel superior no puede velar de forma particular para que cada componente del nivel inferior haga bien su trabajo de forma infalible. En determinadas sociedades, este umbral suele estar demarcado por el momento que, en el marco sociopolítico, establece la mayoría de edad y el fin de la infancia “inocente” y “digna de protección”. Determinaría, de algún modo, el fin de la etiqueta otorgada por el estado de “colectivo vulnerable”. El engranaje esperará entonces que pasen a producir, procrear y consumir los valores habituales de la sociedad adulta que, a su vez, puede mutar y recibir nuevos estímulos o cambios de paradigmas. Estos últimos representan los cambios más difíciles de asumir y son de lento aprendizaje y asimilación, lo que implica, de alguna manera, una infantilización, un volver a comenzar.

1.1.1. La dependencia y la relación con el otro

Una cuestión importante en el análisis sobre la vulnerabilidad es la relación entre dependencia e interdependencia. Por ello, Judith Butler hace hincapié en el pensamiento de Levinas a cerca de cómo nos afectan los otros a partir de la interpelación o invalidación. Levinas considera que la característica esencial de una persona es la capacidad de salir de sí mismo y poder cuidar al otro, responsabilizarse del otro (1999: 73). En este sentido a la condición humana está atravesada por una serie de relaciones que se explican por la vulnerabilidad, que humanizan el sujeto y lo dirigen hacia una conexión con el mundo. A través de la renuncia al propio “yo” se realiza un acercamiento de la otra persona, lo que el filósofo denomina “humanismo del otro” (1993: 136). Por eso, él entiende que un ser humano abandona su propio interés para llegar a un compromiso y entrega hacia el otro.

Reflexionar sobre el ser humano en relación con la otra persona se explica través de una interpelación de naturaleza conmovedora y que lo insta a salir de su comodidad, lo que significa una obligación ética moral hacia la demanda del otro. En la perspectiva del mundo contemporáneo, la vulnerabilidad es considerada una característica de debilidad de la persona, una forma de depender del otro (a menudo de una manera estereotipada) y que también implica una reacción negativa. La infancia tiene una doble connotación con respecto al entendimiento de la vulnerabilidad puesto que la relación entre las niñas y sus tutores es discutible en términos de dependencia. Por eso, se puede decir que las niñas dependen de manera especial del cuidado y guía de sus seres más próximos, y esta conexión puede ser entendida positivamente o negativamente. En especial, en el caso de las niñas se trata de una relación de inferioridad que da lugar a que el propio cuerpo sea un umbral de resistencia y de fuerza. La vulnerabilidad de la niña se negocia en el vínculo con la del varón, pero también a través de las relaciones con las personas adultas. Esta construcción de la vulnerabilidad en función de las categorías identitarias (género, clase social, edad, etnia) cuestiona el desarrollo de las personas, y se dirige hacia el debate en torno a la conveniencia de ser una persona autónoma, independiente y libre. Es importante mencionar que existe también una ambigüedad entre protección básica y exceso de protección. Asimismo, cada caso tiene una diferente aproximación y a la vez cada ejemplo debe ser interpretado conforme el contexto social, el *habitus* y las normas de cada país.

Desde este posicionamiento, la reflexión acerca del “cuerpo dócil” según Foucault (1989: 140), identifica una forma significativa de las relaciones de poder contemporáneas que

él define como “poderes de disciplina”. Los cuerpos, entonces, tienen que posicionarse en la sociedad contemporánea conforme su estatus social y el género. Clegg, refiriéndose a este posicionamiento social y también a la biopolítica de Foucault, sostiene que:

Foucault sees an outpouring of talk, concern and writing focusing on sex. The effect of this discourse, he argues, is the development of a whole new realm of discourse attending to the definition of what is and what is not ‘normal’, and what is and what is not available for individuals to do, think, say and be (Clegg 1989: 155).

Esta exploración de qué es posible y qué no lo es dentro de la norma, resulta ambigua en los parámetros de la infancia. Hablar sobre la infancia implica una aproximación a un discurso que no tiene suficientes herramientas aceptadas que permitan interpretar críticamente la cuestión de la infancia desde una perspectiva de la niña, dado que se le considera implícitamente inferiores a la adultez. Los cuerpos en esta etapa tienen sentido a través de sus relaciones con el mundo de las personas adultas siempre y cuando estos cumplan los requisitos de integración en una sociedad normativa.

El cuerpo femenino, dentro de estos parámetros, siempre se piensa como construcción del género, desde el nacimiento. La niña se considera más vulnerable que un niño debido a las relaciones de subordinación que se conjugan dentro de la sociedad contemporánea, y muy especialmente en una fuerte tradición patriarcal. ¿Pero cómo nos podemos referir a las niñas que no actúan exactamente como demanda la sociedad, con esos cuerpos de la infancia que resisten a las presiones sociales? De una u otra manera, se puede convenir en que la vulnerabilidad puede ser reutilizada y reinterpretada (en ambas direcciones) en cada caso particular como un modo de perseguir unos determinados intereses. El poder de reutilizar la etiqueta de vulnerable otorgada a un sujeto o entidad concreta, no significa explícitamente estar exento de poseer tal condición.

1.1.2. La vulnerabilidad como fuerza. La ambigüedad del cuerpo expuesto

En la concepción tradicional del poder institucional se considera que las estructuras de gobierno del estado actúan como pilar y valedor de la protección de toda una nación. Se espera que tome decisiones por y en nombre de la nación, del mismo modo que se espera que, en una sociedad patriarcal, un padre actúe como pilar y valedor de la familia, proteja a sus hijas e hijos de los peligros o amenazas del entorno. No obstante, reaccionar de una

manera impulsiva amparándose únicamente en el derecho de protección sin juzgar adecuadamente la “condición”, ya no únicamente la “etiqueta”, de vulnerabilidad de un actor u otro, es una cuestión problemática que propicia y puede magnificar los conflictos y no sus soluciones.

La vulnerabilidad como fuerza indica una resistencia hacia las agresiones externas, hacia la expectativa de sumisión irrenunciable sometida por el agente de vulnerabilidad, a los estereotipos impuestos por la sociedad que delimitan la perspectiva normativa de un *habitus* concreto. Cuando un cuerpo está expuesto a estímulos exteriores, puede transformar esa recepción y exposición en una resistencia creciente, apoyada en la acumulación de experiencias. Estas, a su vez, pueden ser negativas o positivas. Incluso el desconocimiento de las normas, o la resistencia a estas, representan en sí una gran herramienta, quizás nunca deseada, de reutilización y redefinición de las etiquetas de vulnerabilidad atribuidas por el agente normativo de su nivel superior más inmediato, por lo que se transforma en una suerte de vehículo para la manipulación. Una persona puede manipular a otra y a la vez estar bajo el amparo de las normas por el mero hecho de tener la etiqueta que le garantiza protección. Aquí es cuando el principio de abstracción de la autoridad se hace presente.

El cuerpo femenino en la infancia representado en las novelas que se van a analizar, puede ejercitar una acción o reacción hacia las influencias de la sociedad en la que vive. El deseo de reconocimiento, como dice Butler, pone al sujeto en una posición vulnerable. Al analizar a Butler, Ann V. Murphy sostiene que existe una ambigüedad entre la realización de la vulnerabilidad: “the realization of vulnerability may surely inspire care, love, and generosity, but it may equally inspire abuse, intimidation, and violence” (2012: 580). En situaciones en las que el cuerpo de la niña se somete por igual a los mismos parámetros que otros cuerpos mucho más experimentados, muchas de las expectativas que se tienen hacia ella se convierten en una práctica de protección por partida doble: por un lado, la protección “natural”, intrínseca e inculcada hacia las niñas en general, y por el otro, la protección perversa que busca perpetuar la posición dominante e interesada en lograr la sumisión. En ocasiones, protección y abuso son posiciones interrelacionadas, muchas veces una deviene la otra, y una queda anulada por la otra.

La protección socialmente aceptada y la sobreprotección están bien delimitadas y son a la vez ambiguas. El Estado o ente de autoridad superior requiere que sus componentes individuales cumplan una función de protección con sus subordinados establecida según unas

normas básicas o estatuto. No obstante, esos componentes individuales pueden actuar de manera impredecible e incontrolable, y añadir reglas propias a los estatutos o normativa “básica” impuesta. Así, se pueden encontrar situaciones en las que haya algunos padres permisivos y otros que no lo son, unos sobreprotectores y otros abusivos, y en todos los casos es perfectamente factible que estén dentro de las normas básicas impuestas. En las sociedades modernas, por ejemplo, la obligatoriedad de enviar a sus hijas a la escuela, sería una de esas premisas básicas. Ya en el hogar, la crianza de cada persona en particular, puede ser de lo más variopinta, aun cuando haya unos valores morales o sociales más bien homogéneos y que puedan estar demarcados por un determinado *habitus*. Lo que para algunos algo resulta ser “básico”, para otros puede resultar obsceno, sobreprotector o excesivo.

La fragilidad del sujeto femenino en la infancia no debe interpretarse como una característica de la debilidad, sino más bien como una expresión dinámica de la interacción con el mundo, fuera de la inercia que perpetúa los estereotipos. La apropiación del cuerpo de la niña supone una nueva mirada, y se aleja de ser considerada un estereotipo cultural, de no escuchar a sus emociones. Alessandra Chiricosta sostiene que se debería pensar sobre la fuerza del cuerpo no en términos cuantitativos sino como una fuerza en una dimensión emocional, mental o social.

L'apertura a una visione non meramente quantitativa del corpo e della sua forza, il ripensarsi a partire dal proprio corpo sessuato, dotato di una propria forza specifica, unica e non misurabile tramite strumenti, permette di esplorare nuovi terreni, riappropriandosi di un senso del tutto nuovo, o antico, del proprio corpo, delle sue interconnessioni con le dimensioni emotive, mentali e social, e della sua forza. (2011: 20)

En este sentido el cuerpo infantil no puede ser disociado de los estímulos exteriores; su posición vulnerable se debe a una condición considerada inherente. Al hablar de vulnerabilidad se puede poseer tal condición o simplemente ser catalogado como vulnerable, sin embargo, el hecho de tener atribuida una etiqueta normativa no corrobora su veracidad. Habrá sujetos que posean o no la condición de vulnerables.

Las afirmaciones de Chiricosta sugieren la misma idea en lo que concierne a la relatividad de la vulnerabilidad y cómo esta puede situarse de un lado o de otro sobre la delgada línea de lo que se concibe, por lo general, como vulnerable. Evidentemente las particularidades del cuerpo de cada persona juegan un papel determinante, más allá de los rasgos generales, sobre su propio desarrollo y sobre su particular línea de tiempo. Es decir, en

algunos casos, determinados cuerpos podrían alcanzar precozmente la pubertad, en otros podrían, quizás, comenzar a distinguirse ambigüedades sexuales en su propia fisonomía, por ejemplo, intuyéndose a sí mismos como diferentes en el sentido de verse diferentes a la “normalidad” preestablecida que los rodea; esa misma “normalidad” que queda condicionada por un *habitus* determinado, con todas sus tradiciones y relaciones interpersonales habituales. Al estipular una línea de actuación o comportamiento en la normativa de una comunidad, no puede evitarse la generalización que se abstrae de las particularidades de cada cuerpo, de cada ser humano. La fuerza que cobran los cuerpos no puede medirse mediante instrumento alguno que no sea el de la generalidad más absoluta, olvidando o dejando de lado las particularidades físicas y/o emocionales.

Además es importante mencionar la distinción que Adriana Cavarero hace entre el inerme y la vulnerabilidad que durante la infancia convergen:

she is always vulnerable but only sometimes helpless, as contingency dictates and with a variable degree of intensity. That degree is maximal when, as happens in torture, the circumstances that cause a helpless victim to undergo violence are willed, prepared and organized by armed tormentors (2009: 31).

Aunque Cavarero reflexiona sobre esta terminología en los escenarios violentos extremos actuales, es muy interesante observar cómo teoriza acerca de la diferencia entre la vulnerabilidad que se refiere al ser humano: “vulnerable as a singular body exposure” (2009: 31), mientras que el inerme es alguien que no dispone de armas para defenderse y por eso es víctima de una violencia que no puede evitar o de la que no puede escapar y a la que tampoco puede responder. Es decir, es perfectamente válida la atribución de la condición de cuerpo vulnerable. El interés para la infancia se debe también a la perspectiva de la vulnerabilidad absoluta de quien la padece, en este caso, la niña. La definición de fuerza en la concepción de Chiricosta y la reflexión sobre la coincidencia de la vulnerabilidad y el inerme en la infancia que expone Cavarero nos hacen ver que existe una mirada restringida hacia la posición que ocupa la niña en las representaciones sociales.

Cavarero, de alguna forma, distingue niveles de vulnerabilidad que parecen discernir entre lo que es efectivo en los “papeles”, en el imaginario social y en la normativa vigente, en contraste con lo que finalmente es tangible, asumido y no es fácil de rechazar y, por el contrario, define la sumisión y/o resignación de que habitualmente son presos los vulnerables plenos. Es importante dejar clara la distinción entre lo que se considera como una “etiqueta”

de vulnerabilidad, que no es más que una “concepción de”, en lugar de algo que realmente puede ser efectivo o no, es decir, poseer la condición de vulnerabilidad, la indefensión natural del cuerpo inerme.

Este concepto no se circunscribe únicamente a la violencia, sino que también puede abarcar la indefensión que provoca el desconocimiento, la falta de desarrollo, condiciones psicológicas adversas o demás circunstancias particulares. Incluso pueden intervenir factores más generales como el *habitus*, en el sentido de que se pueden dar casos en los que haya personas a las que les toque padecer epidemias, guerras o miseria económica, factores que de por sí condenan los cuerpos a situaciones de indefensión absoluta y que pueden no depender de su condición corporal o psicológica, sino que simplemente del hecho de que viven con unos condiciones o circunstancias dadas.

Desde esta perspectiva, las niñas representadas en las novelas propuestas, a pesar de su condición de colectivo vulnerable, se ven en la posición de tener que actuar y ganar capacidad de reacción en su medio utilizando como método de defensa los mecanismos que vamos a ejemplificar más adelante en el análisis del corpus.

La mayoría de las discusiones acerca de la infancia se sitúan en el marco niñez-adultez, un territorio bastante ambiguo que se trata de una perspectiva masculina y en el que se estudian las dos etapas en la relación. Benporath sugiere que la relación dicotómica entre niñez y adultez debería dejar de existir porque conduce a una subordinación de las niñas con efectos en el futuro de la familia, comunidad o sociedad (2003: 131). Explica que muchos de los teóricos que hablan sobre la infancia la consideran una etapa inferior a la de los adultos, una etapa de tránsito hacia la adultez. El hecho de que el Estado esté obligado a ofrecer acceso universal a la educación infantil, a lo que se añaden también las respectivas obligaciones por parte de la familia (asegurar su educación y cuidado, comida, vivienda digna o adecuada higiene, entre otros), o el acceso a un sistema médico, lleva a creer muchas veces, quizás erróneamente, que asegurar estos beneficios mínimos asegura el correcto desarrollo de los cuerpos infantiles y, por ende, del futuro de una sociedad adecuada a su modelo. Las particularidades, una vez más, quedan de lado para dar lugar al almacén de la futura sociedad, de la que la generación en desarrollo será vital para su viabilidad. Esto propicia que ciertas situaciones de vulnerabilidad concreta durante la etapa infantil se menoscaben o directamente se omitan.

Sin embargo, los debates filosóficos sobre el estatuto social de las vidas de las niñas se dirigen hacia una perspectiva sobre la vida como un instrumento para la sociedad y también para sus padres. Repensar la relación de dependencia entre niñas y adultos o Estado implica buscar un equilibrio que aporte más flexibilidad a las rígidas concepciones preestablecidas, buscando, o al menos tomando en consideración los comportamientos o deseos de las niñas, sin renunciar a una educación adecuada, y asegurando sus necesidades y prioridades más inmediatas y básicas.

Además, según Benporath, la infancia representa una parte de la vida humana que dialoga constantemente con el mundo de los adultos y no se debe ver como deficiencia o impedimento.

Childhood is neither a stage nor an impediment; it is a part of human life, deserving of acceptance as worthy in itself, and not as a passage towards another world —the world of adulthood. As such it has its own characteristics, which should be regarded not as deficiencies— in relation to adulthood— but rather as qualities relevant to this part of life, some of which tend to dissolve or evolve into other traits as time passes (2003: 131).

Dentro de esta reflexión, desde un punto sociológico, Nick Lee analiza la posición que ocupan los adultos y las niñas dentro de la sociedad en la era de la globalización y las tecnologías de comunicación. Sostiene que se debería reflexionar sobre la vida de los adultos de una manera más flexible y menos estable y completa con respecto a las diferencias entre un adulto y una niña, evitando analizar las dos etapas por separado. Por el contrario, sugiere que se haga a través de vínculos constantes entre unos y otros. Ante esta ambivalencia, y sin tratar mucho cuestiones de género, Lee habla sobre la distinción entre niños “out of place” (fuera de lugar) refiriéndose a “how tensions between the ideal of childhood as protected dependency and the real socio-economic conditions have made these children into ambiguous figures” (2001: 70) y los niños “in their place” (en su lugar), “wealthier children who spend their daytimes in school and their evenings at home” (2001: 71). A partir de esta distinción, Lee formula su propuesta acerca de la redefinición de las niñas y los niños como seres humanos y el reconocimiento de este hecho en un mundo marcado por diferentes problemas de orden social, económico o político:

Recognizing children as beings would, it seems, dispel the tension between developmental ideals and economic realities that creates ambiguity around poor children in the first place. It would allow those children who are not strictly

becomings nevertheless to have access to the cultural goods of dignity and respect due to those who have a clear identity (2001: 70).

Dentro de esta perspectiva, como considera Lee, una función importante la tiene el Estado en la construcción de la infancia. Analiza la situación de este período en su relación con el Estado haciendo énfasis en las épocas de inseguridad económica, sosteniendo que:

When governments begin to lose the power to regulate their domestic economies, to set wage levels, for example, or to balance production and consumption, even the short to medium term future of the state becomes uncertain. It becomes difficult to know how to colonize this uncertain future, to predict what sort of person is best suited to that future. Further, there are few guarantees that investments made in the young will produce a reliable return. However carefully preserved they are, children may grow into an adulthood of permanent unemployment; they may become economic migrants, seeking opportunity in other wealthier countries; or, if they have the good fortune to become prosperous as adults, the bulk of their expenditure may go on imported goods, returning little on the state's investments (2001: 34).

La infancia queda especialmente expuesta ante este tipo de factores que directa o indirectamente le afectan y claramente es así cuando existe una percepción sobre el papel social de las niñas. Es esa abstracción del rol social que desempeñan las protagonistas de las novelas analizadas, que miran hacia arriba y esperan, aun sin saberlo ni quererlo, un marco apropiado, imprescindible para ellas, y evidencian cómo juegan su papel los componentes sociales, de autoridad, y socioeconómicos que se le superponen. Las niñas, evidentemente, no podrán nunca resolver los problemas del mundo de los adultos.

Lo que singulariza la literatura rumana y, en especial, las ficciones escritas por autoras, es justamente un fructífero abordaje crítico a un contexto sociopolítico que ha atravesado este tipo de cambios. Las protagonistas de estas novelas se sitúan en ese contexto de transición, es decir, ya no solo se encuentran en el contexto natural de aprendizaje y asimilación propio de la infancia, sino que se encuentran bajo las enseñanzas de las personas que también se han quedado, a su vez, en una situación incierta, dislocadas, con nuevas reglas de juego que deben aprender para reformular el nuevo sistema. Y esto se acentúa cuando existe, además, una situación de caos económico, en que las personas pierden su trabajo, deben aprender un oficio diferente al que han hecho toda su vida, o deben migrar a la ciudad para encontrar un medio de sustento y lograr así encajar en el nuevo sistema económico. Todas estas circunstancias, por supuesto, puede acarrear que la infancia sufra efectos colaterales tales como el abandono de las niñas, la omisión de velar por su educación sexual, el cambio en los paradigmas

educativos, la exposición a nuevos estímulos sociales y culturales, entre otros. Es decir, nos encontramos ante un grupo de personas con la etiqueta intrínseca de vulnerable pero, a su vez, con una magnificación de su condición real de vulnerabilidad, producto del caos y malfuncionamiento de todos los demás actores sociales ya que, podríamos convenir, un actor podría desempeñar bien su papel únicamente si antes aprende cómo se lleva a cabo tal papel y bajo qué premisas. Solo entonces, lejos de la confusión, se podrá considerar que una transición ha sido exitosa o, por el contrario, conflictiva.

1.2. De la infantilización comunista a la infantilización de la sociedad poscomunista

Todas las novelas propuestas están inscritas en un universo cotidiano, retratan un mundo en transición construyen una realidad convertida en ficción –que tiene como centro la problemática de la sociedad contemporánea: la situación de un país recién salido del comunismo, con una mentalidad todavía atrapada en la época de Ceaușescu– y denuncian la hipocresía social y las contradicciones del sistema capitalista, pero también las propias del comunista. Después de años en los que todo lo que se escribía era mayormente censurado y se silenciaba o escondían los temas conflictivos (la falta de comida, las relaciones sexuales o las enfermedades, entre otras), las ficciones inscritas en lo social comienzan a aflorar, en particular en estas autoras. Ellas participan del dinamismo intrínseco de un mundo que está experimentando cambios constantes, que recibe la aportación de nuevos imaginarios, formas y cuestionamientos, y excluye aquello que puedan constituir un factor desestabilizador, como la concepción conservadora de la sociedad contemporánea que defienden los nostálgicos del comunismo. Sanda Cordoș sostiene que la literatura rumana poscomunista reinventa el discurso literario y explora una temática ahora diversa y compleja, más relacionada con el mundo actual, una forma de representación de una sociedad en constante cambio (2012: 135). Por eso es importante analizar el contexto de las cuatro novelas, ya que los sujetos viven en un mundo marcado por el cambio de paradigma político, económico y social que representó el paso del comunismo a la democracia.

Al haber pasado tantos años bajo el comunismo era necesario entender qué significaba la democracia, la adopción del mercado libre y la aprehensión de las nuevas perspectivas de libertad. Si antes era el Estado quien controlaba el mercado, con la privatización masiva la sociedad se quedó, quizás por la radicalidad de los cambios impuestos, en un estado precario

a nivel político, económico y cultural. Rumanía es el único país de Europa del Este que ha hecho su cambio de régimen de manera violenta y además de forma muy abrupta. El nuevo paso, entendido por la sociedad como etapa fundamental hacia la libertad, se materializó después de la ejecución del presidente del país, Nicolae Ceaușescu. La situación de precariedad, a todos los niveles, ya había comenzado bajo el mandato totalitario, en el momento en el que el presidente comunista decidió poner en marcha en 1981 el proceso que buscaba pagar la deuda económica al FMI (Roper 2000: 100). Este tipo de decisiones no solo debilitaron el país en todos los aspectos, sino que también lo llevaron a la deshumanización en el trato a su población ya que, bajo el pretexto de la necesidad imperiosa de devolver todo lo prestado, Ceaușescu implantó políticas que lograron, eliminar cualquier resquicio de derecho humano, cualquier tipo libertad, tanto individual como social. Como consecuencia directa de estas medidas, cada persona disponía de una ración de comida, carecía de calefacción y únicamente disponía de luz o agua durante un período horario preestablecido (Ofrim 2003).

El contexto político y económico jugó un papel importante en la evolución de los últimos años del comunismo. El país ya debilitado, y marcado por la nostalgia de los tiempos pasados, entró en una nueva etapa en la que no se había formalizado todavía el discurso de las instituciones de la democracia. La crítica situación económica en que había quedado sumida Rumanía, estaba condicionado y subrayada por la dependencia que se tenía de un gobierno totalitario. A todo ello hay que sumarle el miedo de las personas a oponerse a las medidas del líder comunista porque, en la inercia cotidiana, cada persona era controlada y manipulada por medio del discurso de la protección que proveía el Estado. Por lo tanto, “the fatherly Ceaușescu thoroughly circumscribed Romanian thought and action within conditions that he, himself, established. “Father” not only “knew best” but also made all” (Kideckel 2004: 128).

George Schöpflin reflexiona sobre este cambio sosteniendo que era difícil que se diera un cambio total del comunismo a la democracia en todos los niveles sociales:

The depoliticization, infantilization, and atomization that communism imposed on society could not be sloughed off overnight. Yet, the public, or at least significant sections of it, was ready to accept the easy solutions that political entrepreneurs were offering them. That both the elites and society more generally had such a low level of political literacy was perhaps not fatal, but certainly unhelpful to the success of democracy in Central and Eastern Europe (1994: 130).

En esta situación, la salida del comunismo es complicada, pues la “infantilización” de la sociedad sigue existiendo, el deseo de protección por parte del Estado es persistente y se resiste al cambio. Boris Buden, refiriéndose a la transición entre comunismo y poscomunismo, utiliza el concepto de “infantilización” sosteniendo que Europa del Este “resembles a landscape of historical ruins that is inhabited only by children, immature people unable to organize their lives democratically without guidance from another” (2010: 10). La infancia como representación de este momento histórico de transición se utiliza para evidenciar los problemas de la sociedad, la fragilidad de los países que han estado bajo el comunismo y que tenían aspiraciones de libertad, pero siempre manteniendo un gobierno que le asegure la estabilidad económica y social necesaria. El problema que subraya Buden es que la idealización de la libertad ha dado lugar a que otros poderes saquen provecho de la situación precaria de los países de Europa del Este, y que impongan modelos de cambio, tanto a nivel económico como a nivel político, que nunca fueron diseñados para esta realidad social. Para describir esta coyuntura, Buden propone el concepto de dependencia (*dependence*). Este responde a una situación de poder que ya no consiste en la dependencia del vínculo existente (como pasaba en el comunismo), sino que, en este caso, el Estado ya no pretende poseer la potestad completa sobre las relaciones, bien a nivel personal, bien institucional, como ocurría antes. Se trataba de una configuración del poder que se entendía como control del comportamiento de la población, que a su vez da lugar a una relación de dependencia, combinada y entrelazada con el miedo y el conocimiento limitado sobre lo que significa adoptar, vivir y experimentar un mundo democrático. Esto se aproxima a lo que Foucault (2008, 2009) entiende por poder en un sentido más difuso, sutil y amplio que no se limita a las relaciones entre Estado-ciudadano, sino que es más complejo y adopta múltiples formas. Es interesante recuperar la idea de Foucault sobre el poder en conjunción con la manera en que se utiliza el poder desde el Estado comunista para jugar con las expectativas que las personas tenían sobre la democracia. Buden sostiene que:

The human being as a political child offers itself as the almost perfect subject of a democratic restart. Untroubled by the past and geared totally to the future, it is full of energy and imagination, compliant and teachable. It emanates freedom as though its pure embodiment, but actually it is not free at all. A child is dependent; it must be guided and patronized by adults. However, this only makes it all the more suitable for serving society, as the perfect ground for a new beginning. (2010: 1)

Tal como lo plantea Buden, no hay supresión o pérdida de la memoria (amnesia), sino una negación de la idea misma de pasado (esto no ha existido, porque, como los niños, carece de experiencias de las que guardar memoria), y se subraya la transición como momento liminar e inaugural. Por lo tanto, el paso hacia el capitalismo se hace muy fácilmente a nivel teórico. En general, Rumanía intenta construir una sociedad que emule las características de los países del Oeste, aun cuando antes del comunismo también se intentaba una sincronización con los valores occidentales. Lo que finalmente se logró fue una traducción de características que se consideraban occidentales en una reordenación social forzada e impuesta de apertura hacia un sistema abierto y competitivo.

Estas circunstancias plantean las preguntas siguientes: ¿Cómo un país, que acaba de salir abruptamente del comunismo, puede ofrecer protección para sus ciudadanos, y a la vez convivir en tiempo y lugar con un sistema económicamente colapsado y con una sociedad que ha quedado en un estado tan precario? ¿Cómo se desarrolla la idea de comunidad nacional cuando una generación de adultos tiene que aprender a vivir bajo un estado democrático, y cuando aquella libertad tan ansiada choca con las expectativas previas de la gente y finalmente se da cuenta de que ahora no cuentan con ninguna protección concreta por parte del Estado si no es con una mentalidad capitalista?

1.3. Transformaciones culturales después del comunismo. Repensar el *habitus*

Lo que se quiso promover durante el comunismo era un modelo de vida en que no existían diferencias de clases, quizás tan solo un cierto elitismo intelectual, aunque siempre cercano a los círculos ideológicos y de poder de la época. Aunque había una diferencia de estatus social en razón de la profesión que cada persona tenía, se buscaba homogeneizar a los ciudadanos. Inmediatamente después de la caída del régimen, con la privatización de empresas del Estado y el desarrollo del capitalismo, llegaron la apertura hacia la libertad de expresión y de comportamiento, la permisividad para el consumo, e incluso una ostentación de los bienes adquiridos, que se subrayaba con una clara distinción entre clases y estatutos sociales, entre sexos, religiones (que en el comunismo eran consideradas uno de los temas tabú) y etnias.

En este punto de partida, se tiene en cuenta la manera en que las personas acomodan, moldean, clasifican y reproducen las ideas y comportamientos sociales. Sharon Stephens

menciona que la infancia no es algo estable sino un periodo fluido, pero existe la obsesión por mantener límites para perpetuar los valores tradicionales:

In a world of shifting values and challenged boundaries, we also observe an increasing obsession with the guarding of boundaries of body, sex roles, the family, ethnic purity, and national identity –and, I would argue, increasing at children who cannot or will not fulfill their expected roles in the transmission of “traditional values” (1995: 11).

En lo que sigue, el *habitus* es una construcción metafórica sobre el espacio/tiempo que condiciona la existencia, aunque existe más en el imaginario que en la realidad, y se intenta, sin embargo, una conexión entre este concepto con la realidad de la infancia y los escenarios en que corresponde vivir a una niña. Es el elemento que conlleva la contextualización de un hecho o acontecimiento y que arropa a un individuo desde el mismo momento de su nacimiento. Cobra una mayor relevancia durante la socialización de la infancia y está compuesta por percepciones, entendimientos y predisposiciones a actuar, sentir o pensar. Un *habitus* puede cambiar pero siempre con la intención de continuar construyendo sobre lo que se había construido. Es la base del desarrollo de nuestras sociedades como seres humanos; el instinto innato de evolución, de adaptarnos. Bourdieu sostiene que diferentes clases sociales desarrollan y tramiten diversos y distintos *habitus* que contienen experiencia de clase ya acumulada.

Dependiendo de su clase social, se puede decir que una persona puede adquirir capital social (relaciones de confianza) y capital cultural (gustos y conocimiento) que le ofrecen la posibilidad de ser reconocido y/o reconocer a semejantes. Bourdieu subraya el hecho de que las personas con *habitus* similares interactúa con más facilidad entre sí. Las estructuras económicas y las disposiciones culturales coexisten, tanto a nivel individual como colectivo, pero siempre deben realizarse por medio de una nueva invención de prácticas que permitan que una persona se adapte a un lugar, incluirlo y asimilarlo. Es decir, que existe en el *habitus* una predisposición a perpetuarse según su determinación interna, y de esta manera, las primeras experiencias condicionan y estructuran las siguientes:

La incorporación de las jerarquías sociales por medio de los esquemas del *habitus*, inclinan a los agentes, incluso a los más desventajados, a percibir el mundo como evidente y a aceptarlo como natural, más que a rebelarse contra él, a oponerle mundos posibles, diferentes, y aun, antagonistas: el sentido de la posición como sentido de lo que uno puede, o no, “permitirse” implica una aceptación tácita de la propia posición,

un sentido de los límites o, lo que viene a ser lo mismo, un sentido de las distancias que se deben marcar o mantener, respetar o hacer respetar (Bourdieu 1990: 289).

De este modo, el *habitus* se reproduce a través de las prácticas personales, pero también de manera colectiva y compartida, por esa razón este es un concepto importante en el análisis de la infancia ya que permite comprender porqué las niñas de las novelas, por ejemplo, actúan de una manera determinada. El *habitus* de por sí es un concepto impreciso relacionada con el reconocimiento de los contextos:

nociones como éstas de *habitus*, prácticas, etc., tienen por función, entre otras cosas, recordar que hay un saber práctico que tiene su propia lógica, que no es reductible a la del conocimiento teórico; que, en un sentido, los agentes conocen el mundo social mejor que los teóricos. Todo esto recordando también que, bien entendido, ellos no lo conocen verdaderamente y que el trabajo del científico consiste en explicitarlo. Explicitar ese saber práctico, según sus articulaciones propias. (Bourdieu 1997:51).

Para observar y entender unas actitudes y disposiciones dadas, resulta interesante observar también lo que sucede en el contexto que las acogen. Algo que se supone enmarcado en la “normalidad”, o lo que se espera de un grupo o individuo dentro de una sociedad, en la práctica puede diferir de aquello establecido o preconcebido debido a que, justamente, pueden quedar conformados ciertos microhabitus (una familia, un grupo de vecinos u amigos, una comunidad religiosa, o una etnia, entre otros) que pueden ir incorporando dichas disposiciones de una manera más lenta que el resto, o cuanto menos, a un ritmo diferente de adopción.

Durante el comunismo cada ciudadano tenía una posición más uniforme dentro de la sociedad. Es decir, por ejemplo, una obrera tenía la posibilidad de encontrar un trabajo con facilidad, porque era responsabilidad del gobierno ofrecerle esta posibilidad. Una vez llegado el poscomunismo, con la apertura del mercado, todo se convierte en una lucha por la subsistencia, más aún durante los primeros años. Además, un problema importante y nuevo irrumpe en el entramado de clases. Las personas que pueden acceder a trabajos bien pagados tendrán también cambios importantes en sus gustos y conocimientos, por lo tanto, se distinguirán por tener mayor facilidad para expandir sus horizontes culturales y para poner en práctica un consumo cultural más amplio. Ken Roberts argumenta que:

the relationship between education and social class origins may be less obvious today to western young people and their parents than was the case in the past. It would have been clearer when all secondary and higher education was paid for, and when

few working class children receives more than elementary schooling. Nowadays there is a considerable upward mobility out of the working class (much more than in the past in absolute, though not in relative terms). Young people from working class homes and their parents may well feel that how pupils fare at school nowadays is basically due to their own ability and efforts (2008: 89).

Para completar esta comparación, las niñas y los niños, que antes podrían tener derecho igual a la educación, comprueban que esa posibilidad se diluye en la democracia de modo que los que tienen medios pueden tener acceso a una educación mejor, mientras que los que no disponen de recursos financieros se quedan atrapados en la pobreza y tampoco pueden recibir una buena educación, pese a que en la mayoría de los estados poscomunistas es gratuita. Los obstáculos más relevantes son las prácticas sociales discriminatorias que hacen que las niñas sean más vulnerables a la violencia directa e indirecta. También es importante añadir que, en estos casos, las niñas que viven en estado de pobreza, tienen que cumplir con el papel de la mujer adulta y renuncian a la escuela, a su “infancia”, porque están obligadas a realizar las tareas domésticas y el cuidado de la familia.

Por otro lado, también cabe mencionar que después de la caída del comunismo el gobierno rumano privatizó casi todas las fábricas que Ceaușescu había creado en el pasado, con el fin de alcanzar una liberalización del mercado. Este paso ha dado lugar a que muchas empresas corruptas y especuladoras no hiciesen más que expandir la pobreza. La forja del capitalismo en Occidente se construye idealmente a partir de la ética protestante y se basa en el individualismo contractual, muy lejos de la Europa del Este, especialmente si tenemos en cuenta sus tradiciones y formas de vida. Por eso mismo, el deseo de conseguir todo lo que había sido prohibido durante el comunismo se transforma en una forma de consumismo y no en una democratización del estado socialista. Aurel Codoban (2009: 216) sostiene que la sociedad contemporánea capitalista no necesita una persona socialmente revolucionaria, sino un individuo productivo, implicado en el orden establecido, consumista y manipulable por medio de las herramientas tecnológicas.

Teniendo en cuenta todo esto, la pregunta que nos hacemos es: ¿cómo un país que se enfrenta a unos cambios económicos, sociales, políticos de tal magnitud puede seguir ofreciendo un rol proteccionista, que es fuertemente anhelado por la ciudadanía cuando, al mismo tiempo, se incorpora a un mundo muy diferente, cada vez más caótico y desordenado? La salida del comunismo dejó la sociedad rumana en un estado de alta vulnerabilidad y precariedad, necesitada de ayuda económica y cultural. En el período democrático la

legislación convierte la infancia en un experimento y con el paso de los años, aunque el gobierno promulga una serie de leyes que deberían servir para protegerla y apoyarla, el problema radica, como señala Sorin M. Rădulescu, en aplicar esas leyes y promover medidas de protección social para eliminar los factores que determinan todo tipo de abusos, descuidos y explotación de menores (2011: 261).

Dicho de otra manera, después de la caída del régimen, el país no estaba preparado para el cambio acontecido y a la ciudadanía le resultó casi imposible asimilar el impacto de la libertad formulada en el marco democrático capitalista. Problemas que antes estaban ocultos, como menores abandonados o con discapacidades y familias numerosas (porque desconocían el funcionamiento del nuevo paradigma de protección social y educación sexual), salen a la luz y lo hacen al tiempo que se muestra la pobreza existente. En el comunismo, el que protegía el país, a la manera de *parentstate*, era el presidente, como dice Katherine Veredy:

Social systems legitimated themselves with the claim that they redistributed the social product in the interests of the general welfare. Using this premise, socialist paternalism constructed its “nation” on an implicit view of society as a family, headed by a “wise” Party that, in a paternal guise, made all the family’s allocative decisions as to who should produce what and who should receive what reward—thus a “parentstate” (1996: 93).

Además cabe mencionar que en 1966 la política de natalidad instituida por Ceaușescu prohibía el aborto y el cuerpo de las mujeres pertenecía al Estado como máquina destinada primordialmente a la reproducción. En ese momento, las mujeres no tenían ningún control sobre su cuerpo y si decidían hacer algo por su cuenta, las posibilidades de mortalidad eran muy grandes. Pero en este caso dependía también del estatus de la mujer que decidía provocarse un aborto, ya que, por lo general, las mujeres que tenían derecho a la educación estaban más preocupadas por las consecuencias de no seguir las medidas de Ceaușescu mientras que, entre las clases más bajas, el proletariado, esta ley se recibió de forma más conformista, en el sentido en que las mujeres aceptaban con más facilidad todo lo que provenía del estado. Katherine Veredy considera que:

the dependent attitude the Party expected of this homogenized populace appears vividly in the Romanian media during the 1980s, which frequently invoked the ‘boundless gratitude’ and ‘profund appreciation’ of Romanian for the ‘parental care’ and ‘exceptionally valuable guidance’ of the Party and its leaders” (1996: 95).

No obstante, este tipo de control invisible sobre las mujeres y aparentemente motivado por la idea de construir una sociedad perfecta, propició que la sociedad por completo se queda en una situación aún más precaria y vulnerable en el momento de materializarse la salida del comunismo. Existía un perfecto control de la vida privada, en que el deseo sexual prácticamente se eliminaba, o cuando menos, se racionalizaba, ordenaba y manipulaba en favor de la reproducción, siempre según las doctrinas y prioridades políticas. Las mujeres eran consideradas heroínas cuando tenían hijos y en cierto sentido se sentían premiadas por ello, ya que esta era su principal contribución al sistema: producir seres humanos que ofreciesen mano de obra, para el gobierno de esa época, y para la proyección exterior, producir y educar los futuros individuos “modelo”. Obviamente, siempre y cuando esto sucediese bajo las directrices “morales” pregonadas por el gobierno. Ninguna de las premisas básicas podían ser omitidas: obedecer, actuar según las directrices y cumplir una determinada función bajo la figura y el control del Estado. El cuerpo no pertenecía a una persona sino al Estado y, por eso, se practicaban políticas de eliminación. Ceaușescu impone la idea de familia ideal que tiene niños y niñas perfectos, puros y obedientes. A través de estas medidas de eugenésicas, también se excluirá menores que pudieran tener deficiencias físicas o psíquicas, desde discapacidades leves a las más severas. Las políticas de natalidad de Ceaușescu todavía tiene repercusiones en el presente porque ha creado un tipo de sociedad basada en el miedo y la protección.

Una vez formalizada la entrada en la Unión Europea, se adoptan diferentes valores liberales y democráticos para proteger a las mujeres y extender los derechos infantiles. Sin embargo, la mentalidad social es difícil de cambiar y la educación en muchos aspectos continúa siendo la misma. Cuanto más abruptos y numerosos son los cambios coincidentes en un momento dado, más perplejidad y dificultad de asimilación tendrá la sociedad que los debe experimentar. El cambio no se produce, sino que existirá un período de adaptación paulatina, o “transición”.

Este recorrido nos ayuda a reflexionar sobre la situación de la niña en el poscomunismo, cuando habrá de enfrentarse a un mundo capitalista extremo, conviviendo con individuos de una sociedad desorientada pero que aún conserva una mentalidad arraigada en el comunismo.

1.4. ¿Qué significa ser niña?

Esta investigación también se centra en el análisis del cuerpo de la niña en la sociedad, en cómo se construye el imaginario de la infancia en femenino, cuál es la problemática activa de las niñas y qué discurso se utiliza cuando se habla sobre ellas. Las niñas tienen una situación distinta a la de los niños y pensar en esta distinción.

¿Qué significa ser o vivir como niña hoy en Europa del Este? En las novelas analizadas se descubren imágenes diferentes de las niñas en la sociedad contemporánea. A algunas se les atribuye el título de víctimas de la sociedad, por definición contextual, y otras complementarán esta condición con un estatuto de “heroína” que nace de esa propia victimización.

Cuando se habla de la situación de la niña en las representaciones literarias tenemos que dirigir nuestra atención hacia qué significa la infancia en general y cómo se entiende la infancia más allá del contexto literario. Las niñas han sido definidas por su inmadurez biológica pero también por su dependencia de las personas adultas. Dicho de otro modo, las niñas han sido siempre idealizadas, consideradas más inocentes que los adultos, pero también marginalizadas como seres que *no saben lo que hacen*, ya que atraviesan etapas en que el individuo necesita más cuidados por parte de los demás, y menos competentes que los adultos debido a su fragilidad física, su poca experiencia del mundo que las rodea y, lógicamente, el desconocimiento propio de encontrarse en sus edades más tempranas de desarrollo.

En el romanticismo inglés, la niña era “inherently innocent also influenced the Victorians, it existed in tension with the longer-held view of Evangelicals that children needed to be disciplined and their wills broken to find salvation” (Frost 2009: 143). En la concepción de James y Prout (2010: 17), la infancia no debería verse como algo estático en términos naturalistas y universales. El estudio de esta edad de la vida, implica la exploración de diversas situaciones (en la familia, en su interacción con otros niños o niñas, en la escuela, o en el ámbito urbano o rural), en las cuales las niñas son percibidas y se ven influidas por una serie de ideas, actitudes y prácticas que modelan contextos diferentes para cada una de ellas.

En el caso de la niña, el modelo de representación de la época victoriana es perfectamente válido para la situación de las niñas representadas en las novelas que proponemos. Es decir, la situación social de las niñas dependía de la clase a la que pertenecían y, además, las diferencias de género eran más visibles. Giner S. Frost sostiene:

Gender differences were strong in the middle and upper classes. The middle class believed that were suited to the public sphere because of their strength, intelligence, aggressiveness, and independence. Women, on the other hand, belonged in the home, and were weak, emotional, nurturing, passive, and dependent (2009: 28).

Cuando habla sobre la época victoriana, Frost hace hincapié en la relación entre las niñas y niños de la clase baja, una clase problemática en la historia de Inglaterra. Las niñas huérfanas o abandonadas que habían sido violadas o maltratadas por diversas personas eran culpadas como responsables de haber tenido relaciones sexuales que luego implicaban el contagio de diversas enfermedades: “the child severs” attitude toward such girls was one of pity mixed with condemnation; they were both victims and potential spreaders of moral and physical diseases” (Frost 2009: 155). La figura de la prostituta era un tema recurrente en el siglo XIX, por ejemplo en la narrativa de Émile Zola, y se asociaba con un mundo degradante, producto residual del mal funcionamiento de la sociedad. Foucault analizó al concepto de sexualidad dedicaba especial atención al discurso producido alrededor de este concepto, junto con las relaciones de saber y de poder que lo articularon:

La sociedad que se desarrolla en el siglo XVIII —llámesela cómo se quiera, burguesa, capitalista o industrial—, no opuso al sexo un rechazo fundamental a reconocerlo. Al contrario, puso en acción todo un aparato para producir sobre él discursos verdaderos. No sólo habló mucho de él y constriñó a todos a hacerlo, sino que se lanzó a la empresa de formular su verdad regulada (1998: 87).

Foucault (1998: 56) argumenta que la sexualidad no es un hecho aislado en la vida ni tampoco algo natural. Como comentaremos más adelante, la sexualidad es considerada como un constructo social, que tiene orígenes históricos, sociales y culturales. En lo que concierne al papel de la niña en la vida social, se puede decir que sus experiencias tanto culturales como sexuales tienen una relación directa con la performatividad del género. Teniendo en cuenta las reflexiones de Judith Butler sobre la relación entre género y sexo, el género es producido por prácticas corporales, gestos, acciones y declaraciones. Butler sostiene que “gender is the repeated stylization of the body, a set of repeated acts within a highly rigid regulatory frame that congeal over time to produce the appearance of substance of a natural sort of being” (1999: 45). Es decir, la performatividad produce una conciencia de género ya en la infancia, cuando se aprende lo que significa ser “niña” y ser “niño”. Momin Rahman y Stevi Jackson subrayan que:

Children acquire a great deal of commonsense knowledge about heterosexual life simply by observing and participating in the social world around them and from representations of heterosexual relationships in the media. Only a minority of children grow up in alternative households where heterosexuality is dislodged from its central place (2010: 177).

No obstante, las niñas no adoptan únicamente los modelos de la vida que pueden percibir, sino que, además, tal y como la historiadora Karin Calvert observa: “Parents do not merely raise their children; they define them. More precisely, they accept certain definitions concerning the nature and needs of children current in their culture, and then try their best to bring their youngster into line with the accepted patterns” (1992: 149). Asimismo, conforme a un estudio hecho por Eleanor Maccoby, la atención a la infancia se realiza en función de su sexo y utilizando los productos culturales (libros, juegos, dibujos) específicos en función del género con los que se les enseña a tener realidades propias de su papel en la sociedad:

Little girls receive attention and praise for their attractiveness, while boys are admired for their achievements and cleverness. For girls, achievement is marriage and becoming a mother. Most of the women in picture books have status by virtue of their relationships to specific men — they are the wives of the kings, judges, adventurers and explorers, but they themselves are not the rulers, judges, adventurers and explorers (1979: 9).

Se piensa que las niñas pueden ser moldeadas y transformadas conforme a las demandas de la sociedad y las expectativas de las personas adultas y habitualmente la relación entre niñas y padres se sostiene en el hecho de que, para ayudarlas, ellas necesitan mayor protección. Padres y educadores conceden a las niñas menos libertad, en gran parte debido a que, tal y como explica Komarosky: “the risk of this kind of this kind of traditional upbringing resides in the failure to develop in the girl independence, inner resources, and that degree of self-assertion which life will demand of her” (1953: 63). Por otra parte, las niñas en la sociedad contemporánea se ven constantemente presionadas para cumplir con las expectativas que los dispositivos de control proyectan sobre ellas con el fin de lograr mantener una apariencia y comportamiento determinados y adecuados si quieren ser amadas o valoradas. Existe una relación importante entre la niña y la sociedad en la cual se desarrolla: el cuerpo se convierte en un campo de batalla debido a los cambios físicos que contribuyen a transformarlo y lo exponen dentro de la sociedad, por lo que devienen objeto de las humillaciones y el control por parte de la sociedad, y en particular, por parte de los hombres.

El cuerpo puede ser un espacio potencial de exploración porque en la representación dentro de un marco contextual se percibe como exclusivo, es decir, determinará si una niña puede o no tener relaciones sexuales, y cuándo tenerlas.

En el capítulo introductorio del libro *Millennium Girls*, Sherrie A. Inness considera que, estudiando en paralelo el mundo de las niñas y sus culturas, se revelan dimensiones interesantes tanto sobre el mundo adulto como el infantil. Entender el mundo de las niñas y sus actividades “is central to understanding how societies operate and how they create “correctly” socialized adults” (1998: 3). Reconocer el lugar de las niñas en el mundo, significa ser consciente del proceso en el que una niña se convierte en una mujer, pero también significa saber y entender su posición dentro de la sociedad. Asimismo, identificar los tópicos que surgen de esta posición e intentar reflexionar y deconstruir estas divisiones de género.

1.5. ¿Quién tiene el poder?

En las novelas que se proponen para este análisis, los personajes centrales son niñas que se encuentran sometidas a diversas situaciones de vulnerabilidad: niñas maltratadas por sus padres, niñas que son empujadas a la prostitución, niñas forzadas por las situaciones económicas y políticas que las llevan a convertirse en madres para sus hermanas o hermanos, y otras que se ven en la situación de tener que llevar a cabo un aborto. Para establecer la relación entre una persona y la sociedad en que se encuentra es necesario reflexionar sobre el poder del cuerpo de la niña en este contexto.

La centralidad del cuerpo en estas novelas gira en torno a la responsabilidad hacia el otro, hacia la persona vulnerable. Hablar sobre el cuerpo infantil no es una tarea nada fácil ya que existen muy pocos estudios en torno a su representación dentro del ámbito social. En este sentido, no debemos que perder de vista el carácter político del cuerpo de la niña, que se constituye por medio de las prácticas sociales, instituidas en las formas de organización social que implican relaciones de poder.

La infancia se convierte en un tema de debate a partir de la época moderna en especial a través de las ilustraciones francesas del siglo XVII, las cuales se interesan tanto por el abandono infantil como por la educación, pero siempre desde la perspectiva del “niño” entendido como sujeto universal (la niña es casi invisible en estos estudios). En libros como *Emilio o de la educación* (1762) de Rousseau, se subraya la importancia de evitar la inferiorización y reificación del niño al servicio de las personas adultas. Por lo tanto, toda la

atención se dirige a establecer un orden y una moral para el niño. Delgado, en la *Historia de la infancia* (1998), señala que los intereses sociales o conceptuales que por entonces se podían tener sobre la infancia no eran significantes, sino que incluso se podría incluir en algún punto de la relación entre el desarrollo de la sociedad y los intereses de la política (1998: 140). Un aspecto interesante a destacar es que toda esta teoría había sido elaborada por la élite social, y, como parte de una estrategia de control político, dejaban a un lado la situación y necesidades de las clases bajas, que se encontraban en estado de precariedad.

Foucault define el cuerpo humano como objeto y objetivo del poder. En su opinión, la modernidad, el cuerpo se convierte cada vez más en un objeto del poder, que tiene en cuenta su manipulación, control y modelado por intermedio de múltiples técnicas para domesticarlo y convertirlo en un cuerpo esencialmente útil y dócil (1976: 201). La escuela, como institución disciplinaria, individual y colectiva, surge en la Edad Moderna y su evolución ha ido emparejada al desarrollo de las teorías pedagógicas para dar lugar a sujetos disciplinados, es decir, cuerpos domesticados y obedientes a los que se les aplican distintas técnicas en función de dichas teorías, implantadas primero en las sociedades urbanas y con posterioridad en las rurales, incidiendo en el cuerpo primeramente (castigos corporales entendidos como ejercicios de corrección y formación).

Por lo tanto, la disciplina instituye saberes sobre los sujetos de tal manera que se puede lograr un ejercicio del poder eficaz, algo que acaba conjugándose mediante la implicación del saber y el poder. A través de las prácticas extradiscursivas, se establece una relación entre el poder que regula y dirige la vida y la construcción de discursos con respecto al cuerpo en que se constituye la diferencia entre lo normal y lo patológico. Teniendo en cuenta la división de género, el control y la clasificación de los cuerpos, se subraya la delimitación social que evidencia la distinción entre lo que es normal o anormal para uno de los géneros.

El disciplinamiento del cuerpo ya se realiza desde la temprana infancia, donde se aprende cómo actuar, obedecer o reprimir sentimientos, modalidades de pensamiento, o incluso eliminando cualquier forma de indocilidad o compromiso. En este contexto, la libertad de actuar está condicionada por lo que se decide previamente. En el caso de la infancia se toman en consideración las delimitaciones desde el principio: las niñas tienen un papel preconcebido; su trayecto ya está determinado por la sociedad disciplinaria. ¿Pero qué pasa cuando un cuerpo no sé inscribe en la organización impuesta por la sociedad? ¿Qué

ocurre cuando un cuerpo reacciona o se resiste a no cumplir con lo impuesto, o sobrepasa los límites concebidos para ella?

Luce Irigaray (1978: 53) reflexiona sobre la diferencia sexual y reclama un replanteamiento en profundidad para poder dar lugar a la diferencia sin que esto signifique ser postergadas a un plano secundario, por ello, el reconocimiento de la otra no puede ser por medio de la reducción al sujeto masculino. Nos interesa saber cómo se ha construido el discurso heteronormativo en relación con las niñas ya que la sociedad las ha puesto en un pedestal, instaurando la idea de que necesitan un “tratamiento especial”, y por tanto atribuyéndoles y encerrándolas en la consideración de personas que puede hacer tareas fáciles. Irigaray reflexiona sobre la teoría de Freud y la infancia, un momento en el cual se les imponen todas las reglas de comportamiento a niñas y niños. Si en esta ecuación la mujer cumple con un papel negativo, el hombre puede disfrutar de su papel privilegiado, positivo. En este contexto, Irigaray afirma:

La negación de una subjetividad a la mujer, es sin duda la hipoteca que garantiza toda constitución irreductible de objeto: de representación, de discurso, de deseo. Imaginad que la mujer imagina y el objeto perderá en el acto su carácter (de idea) fijo(a). De referencia, en suma, más última que el sujeto mismo, que sólo se mantiene en pie gracias a los efectos retroactivos de cierta objetividad, de cierto objetivo. Cuando ya no existe tierra que pisar (reprimir), que trabajar, que representar(se), y también —una vez más— que desear apropiarse, materia opaca que no se conociera como tal, ¿qué cimiento queda a la existencia del sujeto? (1978: 149)

En otras palabras, la diferencia sexual representa un aspecto importante en la construcción dentro de la sociedad de los papeles que cada uno de los sexos tiene que cumplir. La infancia es el momento en que se define la distribución de roles y la supresión de la libertad. De esta forma, la reinterpretación de lo que supuestamente se entiende por subordinación de la niña en los roles asignados, es una forma de partir desde aquello que ha sido reprimido y negado para articular un espacio de forma no codificada por el patriarcado.

Mindy Blaise analiza las formas mediante las cuales las niñas y los niños son conscientes de la diferencia sexual y cómo describen las experiencias sexuales desde un punto de vista heteronormativo. Señala que, generalmente, se habla sobre las niñas como seres humanos frágiles con poco conocimiento sobre género y sexualidad pero de hecho no es así (2010: 2). Blaise subraya la importancia de la teoría *queer* para entender los procesos y las prácticas heterosexuales en los juegos de la infancia para subrayar la idea de la inocencia infantil (Boldt 1997; DePalma, Atkinson 2009; Renold 2005; Robinson, Davies, 2007;

Skattebol, 2006; Taylor, Richardson 2005). En su estudio sociológico, en el cual las niñas y los niños hablan sobre cuestiones relacionadas con la sexualidad, Mindy Blaise analiza de cerca el comportamiento de estos acerca su papel en la sociedad y concluye: “Their talk indicates that children know a lot about heterosexuality and romance, and about how femininities and masculinities are constructed through relationships, as well as how desire plays a part in constructing normative understandings of sexuality” (2010: 7). El estudio demuestra que la agencia de las niñas les permite ejercer control sobre sus cuerpos, entienden y pueden explorar su sexualidad, son conscientes de sus derechos y se hacen responsables de sus propias decisiones.

En este panorama, descrito de manera muy sinóptica, se intuye que la infancia es una etapa ambigua que se puede mirar desde dos perspectivas opuestas. Por un lado, el discurso patriarcal fabrica cuerpos sumisos utilizando la protección como discurso común y basándose en cuestiones como la edad, el género o la clase. Del mismo modo, la infancia representa una etapa en la cual se debe conseguir una distribución conforme la norma de los roles. En este sentido, Kerry Robinson afirma que el pánico moral se utiliza como estrategia política para mantener la hegemonía del núcleo familiar y el orden heterosexual, y sostiene:

Children’s sexuality within this discourse is read as nonexistent or immature at the most. Thus, sexual immaturity is equated with ‘innocence’- considered inherent in the child. Consequently, sexuality becomes the exclusive real of adults; a space in which children are constructed as the asexual, naive and innocent ‘other’ and perceived to be vulnerable and in need of protection (2008: 113).

Por otra parte, y Mindy Blaise concuerda, las niñas tienen presente su sexualidad y, de este modo, se puede introducir una cuestión nueva en este debate: ¿hasta qué punto se utiliza el conocimiento sobre la propia sexualidad para cuestionar la rigidez de unas normas? En el mismo sentido se cuestiona en qué medida las niñas pueden decidir sobre su cuerpo y cómo llegan a ser manipuladas a través de su inocencia y desconocimiento, pero también hasta qué punto pueden transgredir las reglas impuestas.

A lo largo de este análisis, se prestará atención a cómo influyen las niñas, de las cuatro novelas, en la sociedad en la que viven teniendo en cuenta que las situaciones presentadas se desarrollan en un estado de precariedad y pobreza predominante. Las niñas que quieren salir de su *habitus* o cambiar su manera de socializar, entran en confrontación con una sociedad que se quiere aprovechar de su situación, todo en un intento de conseguir diversos bienes, o más bien como un juego político que se nutre de los intereses de los que tienen una buena

posición y más poder. ¿Pero qué sucede en el contexto social cuando son las propias niñas las que pueden conseguir el poder a través de su cuerpo, de sus nuevas formas de interactuar o de su independencia?

1.6. Inocencia, control y exceso de protección

El elemento fundamental en la discusión sobre la infancia es la significación de este concepto y cómo ha sido interpretado en la sociedad a lo largo del tiempo. En casi todos los contextos en que se ha utilizado, la inocencia conduce a la infancia pero más que detenernos en el concepto de inocencia es necesario explorar la ambigüedad que existe cuando se habla de inocencia infantil. El término se refiere genéricamente a algo que implica un acto sin experiencia, un estado de desconocimiento que debe ser contrastado con una posibilidad experimentada. Casi siempre las personas que no tienen experiencia o conocimiento se entregan o desean estar en manos de quienes ya han experimentado diversas situaciones, conocimientos o realidades. Refiriéndose a la sexualidad en la infancia, Kevin Ohi sostiene que la inocencia puede ser pensada y concebida solamente cuando se esfuma o desaparece, porque tal como él mismo explica:

it is constituted by its demise, because its prior existence is produced as an effect of its later corruption, innocence can, from the perspective of dominant cultura, never be sufficiently protected. The endless cycle of protection, surveillance, and victimization ensured by this structure provides the discourse of child endangerment with unacknowledge compensation of eroticism (2005: 6).

Kevin Ohi introduce en su argumentación el concepto de “aestheticism/ esteticismo” (2005: 10) para referirse al paso entre inocencia y arrebató (*rapture*), como se articula en las creaciones literarias la diferencia entre el varón que desea y el varón que es deseado sin hacer hincapié en la cuestión de género. En el análisis propuesto por Ohi, la inocencia en términos eróticos y desde una perspectiva masculina (aunque toca el caso de las niñas), implica una conexión ideológica, lo que conlleva un deseo constante de recuperarla y evidenciarla. Ohi cita a Judith Levine y sostiene que:

Innocence is a form of sexual normalization, highlighting the damaging effects, not only to children’s psyches but also to their very health, of the instant desexualization of childhood. Abstinence-focused sex education, for instance, provides graphic illustration of that ideology’s willingness to kill children rather than admit the possibility of their sexuality” (2005: 7).

Judith Levine (1998: 18) considera que las niñas no son propiedad de sus padres y que deben ser respetadas y tratadas como ciudadanas completas. Levine explica la situación de las niñas en Estados Unidos, donde se utiliza el discurso de doble moral: por un lado, implica la existencia de la información con respecto a las relaciones sexuales y por el otro facilita el discurso de prevenir o eliminar todo esto de la vida de ellas. Sostiene que el discurso con respecto al deseo sexual está dañado y siempre proviene desde una perspectiva masculina que pone en el centro la inocencia femenina. La hipótesis de Levine es controvertida en el sentido en que defiende que la verdadera pedofilia es un hecho extremadamente raro y que la existencia real de esta amenaza es muchas veces utilizada como un factor disuasorio por parte de los padres y del Estado como medio para restringir la libertad y la independencia de las niñas.

Sin embargo, Levine propone otra mirada acerca de la sexualidad de las niñas, cuestionando las leyes que no dejan espacio para la interpretación. Desde el mismo punto de vista, Kincaid presta también atención a la ambigüedad que existe entre la condena de una niña o niño que realiza actos sexuales, y el mundo de las niñas, los niños y adultos que mantienen relaciones sexuales. En su libro *Erotic Innocence*, Kincaid afirma que en el momento en el que se habla del deseo de las niñas y los niños siempre se considera perfectamente verdadero lo que los pequeños dicen: “we believe children are being entirely truthful when they tell us what we know beforehand to be truth” (1998: 208). Retoma la idea de Michel Foucault sobre la incitación al discurso, explicando que, cuanto más se busca la identificación de los pedófilos, es más probable que las niñas y los niños sean percibidos como sexualmente atractivos. Kincaid sostiene que: “eroticizing exists in symbiotic relation with sanitizing, and the veiling and the exposing exist in an encircling double-speak” (1998: 102). El meollo de la cuestión se encuentra en entender cómo se formula la defensa de los niños en las relaciones sexuales y sostiene que enmarcar la erotización como un hecho cultural sobre el abuso infantil propicia que la atención se desvíe hacia otra dirección, de modo que se refuerza la figura del abusador. De igual manera, se concibe la imagen de inocencia alrededor del niño como “sweet, innocent, vacant, smooth/skinned, spontaneous, and mischievous” (1998: 14).

La conjugación de los estereotipos en la creación de los perfiles infantiles, por un lado, marca un aspecto importante en el grado de protección al que se someten las niñas, aún más que los niños, y, por otro lado, contribuye a crear una perspectiva de prohibición y al mismo

tiempo su reificación. Por otra parte, se convierten en algo deseable en un sentido u otro, es decir, un deseo que se enmarcará dentro de cualquiera de los dos parámetros culturales de cualificación: dentro de la norma o fuera de ella. En esta relación entre sexualidad y placer tanto las niñas como los niños se sitúan como seres humanos atípicos (debido en mayor parte al desconocimiento y la falta de experiencia con su entorno) y el acercamiento sexual no se entiende como algo que podría pasar, sino más bien se aparta del discurso.

Las reflexiones que hacen Levine and Kincaid son modos de repensar el concepto de sexualidad infantil, las relaciones entre actores y la dinámica entre autonomía y responsabilidad hacia la condición infantil. Reflexionando sobre los mismos aspectos, Steven Miles habla sobre las tendencias existentes para definir la subjetividad contemporánea, generalmente para describir las relaciones más cercanas aun cuando no siempre se conjugan de igual manera en todas las comunidades: “one of increased independence, self-determination and self-realization. But as discussion of risk illustrates, the conditions within which these apparently positive developments are occurring are actually taking place in a world which in some respects is quite possibly less secure than it has ever been” (2000: 68). El modo en que se concibe un estereotipo social dentro de una sociedad, o una relación entre sus grupos actorales, estará muchas veces motivado por el fuerte componente de la contextualización temporal, aspecto que muchas veces resulta determinante.

El desarrollo de la sociedad contemporánea hace más compleja la relación entre independencia y autonomía, y lleva consigo una sensación de inestabilidad en lo que a la infancia y su tratamiento respecta. La sociedad de consumo crea el simulacro de una sociedad en que todo funciona hasta que llega el momento en el que ya no lo hace, y mientras todo es artificial, las niñas canalizan todos esos estímulos consiguiendo una sensación de independencia, dentro en su dependencia habitual, como si vivieran en una realidad paralela.

En la literatura, la construcción de la infancia se ha visto sometida casi siempre a las ambivalencias románticas. La concepción de la inocencia de una niña es diferente a la un niño ya que se construye en un contexto estereotipado y bajo normas sociales. Estas, por lo general, refuerzan un papel muy definido para el sexo femenino, con poco margen para la ambigüedad. Kincaid sostiene que la inocencia tiene una construcción teológica en la relación con la sexualidad del mundo:

innocence became a fulcrum for the post-Romantic ambiguous construction of sexuality and sexual behavior. On the one hand, innocence was valued deeply and

guarded by criminal statutes (albeit often bendable ones); on the other hand, innocence was a consumer product, and article to possess, as a promise to the righteous and the reward to the dutiful (1998: 15).

Al mismo tiempo, Jenny Kitzinger subraya la problemática que implica el uso de la “inocencia” entre las preocupaciones cotidianas y el mal uso que se hace de este término cuando se intenta cuidar a las niñas. Analiza cómo los medios de comunicación, en lugar de ofrecer un espacio para combatir el abuso de todo el tipo hacia las niñas, solo aumenta el potencial de herirlas mediante el uso de la noción de “inocencia” para provocar y atraer la atención de los lectores o telespectadores. Por lo tanto, Kitzinger hace hincapié en dos parámetros en que la inocencia se utiliza de una forma negativa con el fin de exponer la existencia de ampliar la tipología de abusos sobre las niñas. Por un lado, la inocencia como fetiche, en donde los hombres fantasean y se excitan con la idea de poseer un ser humano puro y virgen, enfatizando el hecho de que la inocencia infantil contribuye a reforzar el deseo de esos hombres de verlas como objeto sexual. Por el otro lado, la provocación sexual de una niña a través de su apariencia “who appears flirtatious and sexually aware may forfeit her claims to protection because, if the violation of innocence is the criterion by which allows abusers to defend themselves on the grounds that their victim was ‘no angel’” (1998: 80). Son intentos de claro tinte heteropatriarcal que buscan, de forma arbitraria y desesperada, redefinir estereotipos según la conveniencia e iniciativa propias, y justificar bajo cualquier pretexto acciones que van en contra de lo normativo. Son casos en los que ciertos individuos suelen atribuirse de forma perversa el derecho de autoridad, capaces de determinar por sí mismos quien es o no “inocente” o “vulnerable”. El sistema contemporáneo occidental es consciente de la existencia de estos pretextos y no puede mostrar tolerancia si quiere mantener su imagen de autoridad y legitimar sus normativas.

Teniendo en cuenta los casos que analiza Kitzinger, en los que la inocencia se convierte en una manipulación de la mirada social hacia la figura de las niñas, también puede vislumbrarse cómo se perpetua esa mirada a través de los productos, modelos y prácticas sugeridos por los medios de comunicación. Con el pretexto de proteger a las niñas y su inocencia se aplican medidas que restringen y tienen bajo presión la vida de las criaturas. Por ello es necesaria una doble lectura y un riguroso análisis crítico de los productos culturales cuyos giran sobre la inocencia infantil. Además, tal y como Kitzinger afirma: “we can struggle to develop a more appropriate analysis of children’s oppression instead of compromising into

the reductionist position that, because children are “helpless”, they need protection rather than rights” (1998: 83).

La inocencia representa la manera en que la sociedad se relaciona con la infancia y, como hemos dicho al principio, es inherente a este período de la vida. La tendencia a protegerla a veces de formas exageradas puede dar lugar a actuar como reacción, a la movilización que lleve a cuestionar los aspectos o estereotipos impuestos, o a construir desde la vulnerabilidad una herramienta de autodefensa personal.

2. La construcción del cuerpo de la niña en la narrativa rumana poscomunista

Un aspecto destacado en este corpus de narrativa rumana de autoría femenina poscomunista es el hecho de que se construye en un marco histórico que implica una reflexión sobre el sujeto inscrito en el mundo cotidiano. En el contexto que queda retratado en estas novelas se pueden apreciar rastros del realismo social y crítico como modelo literario que marca la interrogación sobre la nación desde un abanico de situaciones que ponen en el punto de observación la construcción del sistema político y social del estado.

Las autoras rumanas buscan un espacio literario en donde desarrollar sus propias ideas sobre aspectos de la vida que aún no han sido explorados. La imagen de la infancia vista desde una experiencia femenina, la problemática del aborto, la prostitución o la violencia son algunos de los temas que dan forma e interrogan el cambio de paradigma social, cultural y político. Este capítulo se centra en analizar cómo las autoras propuestas logran problematizar la infancia a partir del cuerpo y utilizarlo como recurso que permite explorar la subjetividad femenina a través de la creación de nuevos espacios, mientras que representan el cuerpo de las niñas como el más reprimido por las normas sociales y culturales. Desde esa concepción del cuerpo en relación al sujeto, productor de sentido y dotado de intencionalidad e intersubjetividad, se analizará cómo este se desarrolla en una sociedad cargada de limitaciones, subrayando su visibilidad en aquellas personas consideradas vulnerables. Es decir, el cuerpo de las niñas como agente, no es únicamente un mero receptor de acciones que se ejercen sobre él, sino que también juega un importante papel en la construcción de subjetividades.

La importancia del cuerpo aumenta de forma exponencial en la actualidad porque comprende un período marcado por el auge de los avances tecnológicos, la comercialización y el consumo desmedido. El cuerpo se convierte en una materia prima que puede ser maleable a voluntad de cada persona, y es el último refugio de la capacidad de actuar, interactuar y ejercer la voluntad (agencia). Michel Foucault afirma que el cuerpo está imbuido de las relaciones de poder y, mediante normas, mecanismos y dispositivos disciplinarios, se les permite a los poderes de autoridad mantener más control sobre las personas (1979: 103). El cuerpo, por tanto, se imbrica con la idea de construcción social (estatus, género, edad), y es el espacio en el cual se gestiona un conjunto de normas. Es necesario recordar la reflexión que hace Judith Butler (2002: 10) acerca de la denominación de la niña, la condición para ser considerada y sentirse como tal, y actuar en consecuencia. Butler lo entiende como parte de

un proceso constructivo por el cual un ser humano se ve, desde un primer momento, en la obligación de adoptar la “posición de la niña/o”, y su poder simbólico. Es simbólico por todo lo que representa, no por ser algo considerado natural sino como algo construido, es decir, es una denominación que surge como la extrapolación de lo que piensan los mayores al respecto, en especial los padres de la criatura, a través de acciones y connotaciones según la normativa y tradición social. Este hecho forma parte de la “formación de una femineidad interpretada corporalmente que nunca se asemeja por completo a la norma” (2002: 326)

Precisamente, esta interpretación de la femineidad no es algo que se puede controlar totalmente, sino que hace hincapié en una fórmula que entrelaza el cuerpo con el *habitus*. Para Ana Sabrina Mora, la agencia del cuerpo “tiene que ver con las dimensiones dinámicas y potencialmente transformadoras del *habitus*” (2008: 4). Por eso es interesante medir hasta qué punto la vulnerabilidad de las niñas se conjuga con su agencia, y analizar su capacidad para tomar decisiones o pensar en lo que pueda o no ser considerado como libertad de acción y movimiento. El concepto de *habitus* hace referencia a la internalización a nivel de sujeto de las pautas sociales de conducta comúnmente aceptadas por la comunidad o sociedad en la cual el sujeto vive. Esa posición puede determinar la vulnerabilidad de una persona debido a que está directa o indirectamente afectada por discursos o acciones que muchas veces son impuestas o influenciadas por diferentes sistemas de control. En consecuencia, es importante identificar la construcción de un sujeto cuando se trata, como en el caso de la novela *Eliza a los once años*, de una niña dentro de una comunidad preformada, analizar los mecanismos y contextos que llevan a considerar víctima a esta niña, voluntaria o involuntariamente (incluso aunque esta recibiese “cuidado o protección” por parte de personas mayores), y medir su posición dentro de esa red de relaciones.

José Enrique Ema López habla de la relación entre acción política y el sujeto moderno y reflexiona sobre dos maneras diferentes de entender las tensiones que sufre el sujeto, ya sea como “territorio y consecuencia de la propia acción” (2004: 3), ya sea desde la perspectiva de agencia, representada en una modalidad basada en “conectarse y moverse (verbos) frente a las (id)entidades (nombres), para explicar la acción” (2004: 4). Esta concepción de la acción política está atravesada por el poder, representado por la fuerza, que, a su vez, se identifica con la violencia. Además, este teórico indica que, también se ha de “mostrar la contingencia de cualquier presencia e introducir novedad normativa subvirtiendo un orden dado” (López 2004: 5). Se trata de una reflexión más sutil y más compleja, aunque también es muy

importante añadir que, en lo que compete al análisis de este trabajo, el sujeto no está aislado de su entorno social y cultural, sino que también tiene una capacidad para la acción dentro de un contexto normativo dado. Las niñas de las novelas, como Lizoanca, Sonia, Florea o Cristina, muestran su capacidad de acción en el sentido de generar conexiones entre entidades y procesos heterogéneos y de esta forma su agencia representa la posibilidad de producir un efecto de novedad frente a una serie de constricciones normativas.

2.1. Una mirada crítica sobre las niñas desde los estudios sociológicos de la infancia y el género

Para reflexionar sobre los comportamientos y las interacciones sociales, es necesario hacer hincapié en la teoría social de las últimas décadas, que desarrolla la concepción del cuerpo como agente de la praxis social y propone entender al cuerpo, esencialmente, como una relación. De esta manera, y según trabajos tales como los de Foucault (1975), Bourdieu (1986), Benson (2000), Butler (2002), Torras (2007), el cuerpo puede ser leído y entendido como un producto social y, por tanto, imbuido por la cultura, las relaciones de poder, las relaciones de dominación y de clase. El cuerpo se construye como un instrumento biopolítico en lo que concierne a la sumisión de unos cuerpos por sobre otros que ejercen diversas acciones de abuso, maltrato o exclusión. En las siguientes novelas, las niñas no se encuentran en una posición de pasividad sino que reaccionan, accionan y dialogan con otras personas en función del contexto en el cual se sitúa. A partir del marco teórico propuesto anteriormente en los apartados del subcapítulo 1.2, se reflexionará bajo qué condiciones a estos cuerpos se les considera vulnerables, qué capacidad tienen para protegerse y hasta qué punto se negocia la vulnerabilidad entre niñas y niños y sin olvidar el tener en cuenta los estereotipos de género.

Por otra parte, también se abordará cómo se articula la agencia de las niñas, cómo se negocia la inocencia infantil con su manera de actuar para romper o desafiar los límites socialmente aceptados, y las formas que se consideran “normativas” o apropiadas para ellas en un determinado espacio-tiempo. Los estudios sobre la infancia han crecido en interés especialmente después de las aportaciones de Philippe Ariés (1986, 1987), Lloyd de Mause (1991), Julia Varela (1986), Ximena Pachón y Cecilia Muñoz (1991, 1996), quienes han mostrado una especial atención a los cambios que se producen en un contexto sociohistórico determinado, de tal manera que cada sociedad, cada cultura puede definir lo que implica la infancia, con sus características y significados. Una vez acontecidos muchos de los grandes

cambios históricos, como, por ejemplo, la entrada en la Unión Europea. Neil Postman (1982), Ferran Casas (1998), Shirley R. Steinberg y Joe L. Kincheloe (2000) sugieren que la infancia ha dejado de ser una condición social invisible para convertirse en una categoría social mucho más compleja. Sin embargo, la representación de la infancia que hacen las personas adultas aún suele tener importantes limitaciones. Además, conviene subrayar que en todos los análisis teóricos anteriormente mencionados la perspectiva de género es casi inexistente.

Resulta una obviedad afirmar que “el niño”, formulado como universal, se utiliza a menudo como referente, produciéndose una ocultación de la niña y de la mujer. En definitiva, tal y como afirma Carmen Nieves Pérez Sánchez (2004: 153), la infancia es una categoría sociopolítica y representa una serie de transformaciones que alteran la percepción de la infancia moderna en lo que concierne a los modos de socialización. Por su parte, Julia Varela (1986) sostiene que los discursos que se han desarrollado en torno a la infancia han marcado una serie de conceptos que únicamente han sido decisivos en perpetuar los estereotipos como también la división de roles de las niñas y los niños. Con los cambios surgidos a lo largo de los siglos en torno a los discursos sobre la infancia, puede observarse que la infancia moderna se hace visible como modelo dominante en Europa entre los siglos XVI y XVII, de forma sostenida en la Ilustración y durante el período marcado por el capitalismo. Las ideas de Rita de Cássia Marchi (2011: 350) con respecto a las dificultades concernientes a la categoría de la infancia demuestran que existe una deficiencia a la hora de considerar la infancia como una etapa conceptualmente autónoma debido a las relaciones de subordinación y dependencia anteriormente descritas y que han sido formuladas a lo largo de los siglos. En este sentido, considera que es muy importante incorporar el género como nueva categoría de análisis con el fin de subrayar el hecho de que no existen “hombres” y “mujeres” definidos de manera universal, y por tanto tampoco puede existir una noción de infancia universal. Desde la perspectiva de una epistemología adultocéntrica y predominante masculina la infancia está atravesada por relaciones asimétricas de poder entre adultos y niñas y niños (Krauskopf 1998: 124). Marchi argumenta que las maneras de aproximación a la infancia se deben a la oposición de valores (“naturaleza” y “cultura”), válida para reforzar la posición inferior de la mujer en la sociedad. El proceso de construcción del espacio de las mujeres va acompañado por una serie de prácticas que otorgan significado al entorno social y que organizan la sociedad misma a través de normas, pautas y vínculos diversos a seguir.

Como consecuencia de ello, por lo general se asocia a la mujer con el ámbito doméstico, entendido como algo propio de la naturaleza, y por lo tanto en una constante proximidad con la infancia. El argumento de Marchi es que las niñas representan algo más que otra categoría social, y que pertenecen al:

reino da natureza e, portanto, culturalmente vistas como seres sociais inferiores ou socialmente inacabados e que precisam, através dos processos de socialização e educação, levados a cabo pela família e pela escola (notadamente pelo papel social de mãe atribuído à mulher), serem introduzidas à sociedade e cultura a que pertence (2011: 400).

Desde este punto de vista, Marchi, considera la Sociología de la Infancia y las teorías tradicionales de socialización analizando a la niña desde una posición de pasividad e influenciada por las realidades con las cuales entra en contacto. Se piensa que la infancia representa una fase de preparación para la vida adulta, y se entiende que tanto las niñas como los niños están en tránsito hacia la integración plena dentro de la sociedad, una vez logren dejar atrás las características de la infancia que representan la causa de su discriminación (Qvortrup 1994; Gaitán 1999; Rodríguez 2000). A todo esto, se añade el hecho de que, tal y como subraya Raquel Gonçalves Salgado, la niña y el niño pasan de un habitual estado inicial, en el cual su desarrollo dependía únicamente de los padres y la escuela, hacia otro en el cual transitan por los nuevos caminos de la sociedad postmoderna, donde también entran en juego otro tipo de factores, como, por ejemplo, la sociedad de consumo y los medios de comunicación:

Se outrora a criança era vista como um ser marcado pela ingenuidade, fragilidade e incompetência, cujo desenvolvimento dependia estritamente do controle adulto, através de uma educação pautada na disciplina e moralização, hoje ela assume o lugar de protagonista, alvo privilegiado da sociedade de consumo. Se outrora a família e a escola eram instituições privilegiadas para a socialização e a educação das crianças, hoje elas contam com o aporte da mídia eletrônica, com a qual as crianças têm mantido estreitas relações, que envolvem aprendizagens, desenvolvimento e construções identitárias (2012: 120).

Cabe mencionar que esta posición de pasividad que se le otorga a las criaturas tiene sus raíces en la producción y reproducción del sistema. Según Giddens (1979) y Bourdieu (1997) la noción “estructura” es clave, ya que es el concepto bajo el cual la práctica modela el sistema en el sentido de que las acciones tienen impacto en la estructura al momento de reproducir mecanismos, o bien para producir otros. En esta cuestión, el sistema puede ser

modificado (producido) o también perpetuado (reproducido) a través de las acciones de los individuos que se guían por sus valores. Para Giddens, la acción:

conlleva intervención en los hechos del mundo, produciendo así resultados determinados, con acciones intencionadas que son una categoría del hacer del agente o de su no hacer. *El poder como capacidad transformativa puede ser tomado entonces para referirse a la capacidad de los agentes para alcanzar tales resultados* (cursivas en el original, 1979: 88).

A través de la “teoría de la estructuración” (Giddens 1979) y la “teoría de la práctica” (Bourdieu 1997), se realiza una crítica a las nociones objetivas y estructurales de Talcott Parsons, quien desarrolla la idea de un sistema de valores imperativos materializado según unas normas sociales (institucionalizado) y condicionado por los motivos de los actores (interiorizado). Se trata de valores que funcionan como objetivos de acciones concretas, y que además generan, en su conjunto, la acción compleja del individuo que representa una personalidad moralmente disciplinada.

Parsons se refiere a las herramientas que configuran lo que se puede denominar “extorsión disciplinaria” al referirse a la educación que las niñas reciben de los adultos, incluyendo aquellas situaciones en las que se ofrece algo a cambio, todo con el afán de lograr un objetivo disciplinario sobre ellas. Algunas veces puede tratarse de retribuciones de algún tipo, aunque otras, simplemente pueden implicar la imposición de un castigo. De alguna forma, se trata de establecer condicionamientos sobre ellas mientras la finalidad es siempre la misma: lograr que obedezcan sin contemplaciones, y en lo posible, por voluntad propia, por el deseo a ser “recompensados” o para evitar el castigo. Parsons (1957) denomina todas estas situaciones “mecanismos de socialización”. De cierta forma el autor avala los castigos, aunque también los pone en entredicho cuando se convierten en demostración de exceso de poder, o de avasallamiento de la posición indefensa de, por ejemplo, una menor de edad. Con respecto a los sistemas disciplinarios, se puede mencionar el análisis realizado por Foucault, en donde existen mecanismos para sancionar con castigo físico ciertas conductas consideradas inadecuadas de acuerdo a las normas propuestas (1976: 183-185). Asimismo, también se tiene que tener en cuenta que los castigos y las penalizaciones presentan importantes diferencias cuando se las mide según los criterios de género incluso cuando, en el fondo, básicamente se trate de conseguir que tanto niñas como niños aprendan a obedecer a las personas adultas.

Tanto Giddens como Bourdieu analizan las complejas relaciones existentes entre las estrategias de los agentes, las formas simbólicas utilizadas en sus acciones, y la distribución del poder en la sociedad. Marchi analiza críticamente, el enfoque que proponen ambos autores en lo concerniente a la teoría de la estructura social subrayando el hecho de que la infancia es considerada una “minoría social” debido a su posición de dependencia y subalternidad respecto a otros grupos generacionales. Ella afirma:

Com base nas experiências comuns ou características uniformes pelas quais as crianças são socialmente reconhecidas/definidas e posicionadas em relação a outras formas estruturais na sociedade, o enfoque estrutural busca enfatizar o caráter de “minoría social” da infância; isto é, sua posição de dependência e subalternidade diante das outras gerações. (2009: 231).

Una cuestión destacable que les lleva a una subordinación y paternalización permanente es la situación de dependencia económica. De esta manera, como no disponen de ingresos propios, dependen del dinero de las personas adultas con las que viven. No obstante, tal y como señalan Allison James y Alan Prout (1997: 27), o Berry Mayall (2002: 21), es necesario considerar las niñas como actores sociales que cuentan con capacidad de agencia a partir de la cual también aportan un valor contributivo a la sociedad, ya sea a través de su iniciativa en la acción, como a través del poder de elección, ya que mediante los mismos pueden actuar y construir su entorno, relacionarse, producir conocimiento y experiencias. De esta manera, resulta fácil apreciar la capacidad (ya sea consciente o inconsciente) con la que ellas realmente cuentan, en especial cuando se trata de reproducir y deconstruir las representaciones sociales de la infancia creando nuevas identidades en relación con el contexto social.

Es importante añadir que el trato que reciben las niñas es bastante diferente cuando se habla en términos de género, e incluso se espera que aprendan y reproduzcan de forma permanente esa diferenciación. Cuando las niñas se muestran agitadas, curiosas, independientes (como se analizará en las novelas), terminan siendo sancionadas o, incluso, se las perciben como “peligrosas”, porque de ellas no se espera ninguna otra cosa que no sea un comportamiento dócil y obediente. No reciben ningún apoyo que las incentive a ser activas e interactivas, sino que son presionadas para permanecer confinadas en posiciones de pasividad y sumisión (Espinoza 2006: 35). Gail Hawkes y Tinashe Dune (2013: 624) sostienen que es importante pensar sobre la objetivación de las niñas, ya que es un factor que las predispone a la explotación sexual por parte de los adultos. En un artículo sobre la

reflexión en torno de la objetivación, Martha Nussbaum (1995: 257) considera que además de la instrumentalización del cuerpo, existen otras seis nociones (“instrumentality”, “denial of autonomy”, “inertness”, “fungibility”, “violability”, “ownership”, “denial of subjectivity”) involucradas en el fenómeno de la objetivación: el trato de las personas como un instrumento para conseguir otros propósitos, el comportamiento hacia ellas para denegar su autonomía, el trato de las mujeres como seres inertes, intercambiables, susceptibles de ser violadas, propiedad de otra persona o tratadas de una manera tal que su subjetividad sea rechazada. Todas estas nociones dependen del contexto y también son aprendidas a partir de la infancia, es decir que las niñas tienen un trato hacia objetivación dependiendo de las relaciones sociales que parten del consumismo, posición que da lugar a la invocación de los roles tradicionales estereotípicos (juguetes, ropa, educación).

Las novelas presentan situaciones únicas que me llevan a cuestionar la particularidad de la vulnerabilidad bajo diferentes *habitus*, además de la construcción de la infancia como período en el cual las niñas no poseen la consideración de sujetos racionales o independientes. En cada una de las historias, los personajes con caracterización de niña cuentan con ocasiones que les permiten evadirse y abstraerse de las diversas circunstancias y dificultades sociales, y además juegan un papel importante en la transmisión social y en la socialización de la infancia. Los conceptos de género estructuran no solamente la percepción individual sino también la organización efectiva y simbólica de toda la vida social. Se hará utilización del concepto de *habitus* con el fin de observar cómo, a través de este, las niñas responden de manera pasiva-natural y, al mismo tiempo, también muestran resistencia y cuestionan el orden social preestablecido a través de sus acciones. En esta cuestión es importante y necesario reflexionar sobre este concepto en relación con el análisis de las novelas y también cuestionarse las implicaciones de la relación entre género-*habitus*-campo. Por su parte, las personas responsables de su cuidado tienen modelos establecidos que pretenden inculcar en las niñas para que ellas se adapten a los mismos.

Sometidas a una posición desventajosa, debido a que pueden experimentar mayores niveles de opresión y conflicto por razón de género y desigualdad generacional en las familias patriarcales, las niñas representan entes activos que, mediante su rebeldía y resistencia, intentan cuestionar los sistemas contextuales que las enmarcan.

En la primera novela, *La cruzada de los niños*, se reflexionará sobre como un grupo de niñas y niños se presentan en una situación de vulnerabilidad al comienzo de la novela para

más adelante, con el desarrollo de los acontecimientos, pasar a ejercer el poder y negociar qué posiciones deberían ocupar en la incipiente microcomunidad que toma forma mientras viajan en un tren de pasajeros. En cierta forma, también se ejemplifica cómo se constituyen en sujetos violentos amparados por la inocencia intrínseca de la niñez y en ausencia temporal de autoridad. Estas niñas y niños interactúan conforme a los estereotipos de género y se rigen según las normas de la sociedad mientras que, al mismo tiempo, se encuentran bajo el cuidado de sus tutores. Sin embargo, los acontecimientos se precipitan y consiguen tomar el control del tren como de un videojuego se tratara, a la vez que logran escaparse de la vigilancia de sus profesores, logrando, de esta manera, construir su propio mundo. Una vez que estos niños y niñas se hallan libres y sin ninguna presión por parte de los adultos, se muestran contentos por poder disponer de esa libertad, y disfrutarla sin una protección excesiva: ahora pueden hacer cualquier cosa que deseen, y sin recibir castigos.

La segunda novela, *Eliza a los once años*, narra como con su imagen de niña consigue cuestionar el conjunto de normas, valores y creencias existentes y aceptadas socialmente debido a que su cuerpo reacciona y asimila todas las influencias de su alrededor, en especial aquellas que recibe de parte de los padres, amigos tutores o instituciones. Se trata de un cuerpo que se hace visible a través de las acciones de las personas que ejercen influencia sobre él. Por su parte, los habitantes del pueblo reducen la protagonista a mero cuerpo superfluo, aparentemente manipulable, ya que, acorde a los estereotipos de género, edad y condición social, se concibe como cuerpo en espera, y en actitud de permanente sumisión.

La tercera novela, *Hai să furăm pepeni*, se centra en la problemática del aborto, las presiones de la sociedad que se ejercen sobre las niñas, y cómo se controlan los cuerpos vulnerables e inermes con el pretexto de defender, ocultar o entender cuestiones como la prostitución, el incesto, la pedofilia en la vida infantil.

La última novela del corpus, *Kinderland*, una niña cuenta sus experiencias al quedarse sola porque sus padres han tenido que emigrar para conseguir trabajo. La condición precaria de la familia mejora y aunque los hijos reciben bienes materiales por parte de sus padres, la emigración subraya la imposibilidad de formar parte de una familia modelo estereotípica. La niña se convierte en apoyo para sus hermanos y la conexión con la familia está desarticulada dentro de los parámetros establecidos.

Las cuatro novelas serán analizadas teniendo en cuenta el concepto de vulnerabilidad y también se prestará atención a la forma de interactuar y evolucionar de estas niñas dentro

de la sociedad poscomunista. Los cuatro casos que presentaremos nos llevan a cuestionarnos la vulnerabilidad como condición ontológica de toda la existencia. En este sentido, como se ha mostrado en la parte teórica, este concepto no se utiliza para mostrar situaciones pasivas, más aún si nos referimos al período en el que transcurre la infancia, sino que también puede ser pensado en relación con la agencia de una persona y su capacidad de resistencia. Al tratarse de una etapa de crecimiento y contacto con la sociedad, es interesante reflexionar sobre si pueden existir cambios en el *habitus* o desafíos a las estructuras sociales impuestas. En relación con el género, Adkins sostiene que este ya está incorporado de manera rutinaria en las prácticas reflexivas habituales que se adhieren a través de “norms, rules and expectations that govern gender in late modernity” (2004: 2003). Además, los *habitus* primarios y secundarios de la vida de una persona pueden proporcionar la base para el modo de percepción y evaluación de las experiencias futuras, aunque si bien es cierto el hecho de que no es suficiente decir que el futuro de un individuo estará o no determinado por estos. Heidrun Herzberg (2009: 147) considera que Bourdieu no llega a relacionar el *habitus* con los procesos de individualización, y si bien sostiene que una persona en la infancia adquiere directamente ciertas prácticas aplicadas por parte de padres e instituciones, también sugiere que desarrolla de manera inconsciente una serie de disposiciones biográficas y modelos de evaluación y clasificación. Herzberg añade que las estructuras sociales están interiorizadas, y que se pone en evidencia una auto-referencialidad que no representa un “sistema cerrado, sino abierto al exterior, que no solo modela estrategias futuras que se pueden aplicar al hacer frente a nuevas impresiones y nuevas experiencias obtenidas a un nivel individual” (2009: 148)

Dado que las novelas subrayan diferentes casos que permiten explorar y vivir la infancia femenina, nuestra atención se centrará en analizar las situaciones que atraviesan los personajes, el vínculo que mantienen con su entorno, cómo se desarrollan en la sociedad, qué efectos tiene esta en los cuerpos infantiles, y cuáles fueron los motivos que indujeron a estas niñas actuar de tal manera dentro de un marco contextual específico. Asimismo, se analizará como las nuevas experiencias sociales de las niñas desestabilizan el *habitus* a través de la lógica estructural de su nivel individual de experiencia. Las niñas presentadas en las novelas tienen casi la misma edad, entre diez y doce años, lo cual también significa que todas atraviesan una edad de transición y aprendizaje.

El análisis de las novelas se hará conforme el orden en el que las novelas fueron escritas, en un intento de crear un hilo en la evolución de las temáticas que evidencian el

estado de un país recientemente salido del comunismo. La transición poscomunista dejará en evidencia esta perspectiva temporal y espacial de una sociedad que se halla bajo continua situación de transformación.

2.2. *La cruzada de los niños*, de Florina Ilis: cuerpos en tránsito y *habitus*

En la novela *La cruzada de los niños*, el marco espacial, un tren de viajeros, sugiere simbólicamente una analogía con la condición de tránsito en la cual se encuentra Rumanía después de la caída del comunismo. El tren ofrece la posibilidad de crear un nuevo *habitus* y un nuevo marco de relaciones interpersonales para la comunidad conformada por los viajeros. Los individuos que participan en la construcción de esta comunidad de tránsito no se constituyen como entidades descontextualizadas sino que, al menos inicialmente, cada uno tiene una posición previamente determinada según su ámbito de proveniencia. Esto radica en el hecho de que el *habitus* forma parte de la estructura estructurante de cada sujeto desde el mismo momento de su nacimiento, acompañándolo a lo largo de su vida, y transformándose y adaptándose cada vez que se encuentra con nuevas estructuras de conocimiento o experiencia, allí donde se inscriben las relaciones sociales de producción y dominación. Una característica muy importante del *habitus*, tal y como sostiene Bourdieu, es su mutabilidad: “los *habitus* cambian sin cesar en función de las experiencias nuevas. Las disposiciones están sometidas a una especie de revisión permanente, pero que nunca es radical, porque se lleva a cabo a partir de las premisas instituidas en el estado anterior” (1999: 211). El grupo de las niñas está formado por personas del mismo nivel económico y cultural que comparten las mismas afinidades y costumbres; todas son disciplinadas. Los profesores que acompañan a estas niñas y niños piensan constantemente en su desarrollo, intentando siempre mantenerlos dentro de las reglas.

pero si vamos a rozar unos con otros durante un tiempo, demonios, habrá que establecer unas reglas de convivencia comprensibles, ¡o acabaremos sacándonos los ojos! ¡Y si las reglas ya están en la ley, habrá que respetarlas! ¡a eso se reduce la filosofía! ¡Más claro que agua! ¡y nosotros como docentes tenemos que enseñarles a los niños las reglas del mundo que los verá crecer! (Ilis 2010: 145).

Es a su vez parte del engranaje de la perpetuación y evolución de estas reglas. Los padres encargan a la institución disciplinar escolar la correcta educación de sus hijos, mostrándoles la pauta a seguir, el lenguaje social de la comunidad, las reglas del juego.

Evidentemente los profesores se atribuyen, y en este caso particular, hacen alarde de ese poder otorgado, tanto por su nivel estatal superior, como aquel inferior, el núcleo familiar de los alumnos. Esta sensación de que son intocables por tener más experiencia precipita los acontecimientos posteriores porque parecen olvidar que están en una sociedad en constante transformación y que las niñas del tren están en un proceso de aprendizaje más profundo y complejo, abiertas a influencias del exterior que plantean un desafío a las tradiciones más conservadoras. No obstante, las niñas del tren aun no pueden mirar fácilmente hacia otro lado cuando se trata de respetar los estereotipos de género que les fueron inculcados.

Frente a los niños, las niñas del tren se encuentran en una situación diferente y tienen su propio compartimento. En sus respectivos espacios, desarrollan los típicos comportamientos de cada género. Las niñas, lejos de la mirada crítica de los tutores, se expresan libremente, sin sentirse cohibidas ni pensar más allá del presente.

En el comportamiento de las niñas del tren regional de Mangalia, excepto Eliza, que conservaba su sueño de infancia de ser novia de mayor, las demás niñas no tenían quebraderos de cabeza con respecto al futuro, ¡lo importante para ellas era lo que pasaba en cada momento! (...) Se reían de todo porque estaban solas, sin padres (Ilis 2010: 47).

Dentro de su compartimento, las niñas logran dar forma a su propio marco regulatorio, movidas por la percepción y asimilación de nuevos estímulos externos, aquellos que conforman un imaginario construido a través de la recepción de influencia mediática extranjera, en especial aquella que proviene de los Estados Unidos. El grupo de las niñas está liderado por una pequeña, Sonia, que será la encargada de establecer el vínculo entre el grupo de los niños y el niño gitano que aparecerá en el tren. Aunque al inicio del viaje todo parece ordenado y bien distribuido según los roles de género, a lo largo del recorrido, esas categorías se redefinen o se ven influidas unas por las otras. En la novela de Florina Ilis se pone en evidencia el hecho de una vez ocurrida la salida del comunismo, el orden social existente ha dejado de ser operativo en un mundo libre. Los roles encasillados no pueden permanecer inmutables con el advenimiento de un mundo nuevo y en constante cambio. No obstante, al mismo tiempo también deben aprender a convivir con una mentalidad todavía arraigada en el comunismo. Las continuas comparaciones entre presente y pasado evidencian un cambio demasiado abrupto y que trae consigo un notorio caos a nivel de mentalidades.

Mucho mejor en tiempo de Ceaușescu, cuando no podías hacer lo primero que se te pasara por la cabeza pensó en su ingenuidad simple de mecánico de vías Chiriac, ¡no es tan fácil lo de la libertad esta! El rumano no se la merece, hombre, ¡acaso sabe él lo que es? ¡Ni idea tiene, a él que le digan lo que tiene que hacer y lo hace! ¿Tengo razón o qué? (Ilis 2010: 142).

Si los adultos se encuentran atrapados en un territorio en transición, los jóvenes no reconocen el comunismo como un marco que puede interferir en su presente pero el cambio muestra un importante giro de la libertad y las relaciones interpersonales. Niñas y niños tienen informaciones sobre lo que antes había sido prohibido u ocultado en la sociedad comunista, como los gestos de afecto y amor.

La señora Constantinescu había dejado de creer en la inocencia de los niños, había pillado a dos alumnos de séptimo, Horațiu y Dana, besándose en una aula mientras los demás estaban en clase de educación física, ¡Nosotros a su edad ni siquiera sabíamos lo que era un beso! empezó la profesora de lengua la enumeración de argumentos que apoyaban la eterna teoría de la diferencia cualitativa entre generaciones, teoría cuya conclusión solo podía ser desfavorable a los jóvenes, mientras que las generaciones de más edad, que con gran sacrificio habían levantado un país, Rumanía, eran elevadas al altar de sus incontestables valores, (Ilis 2010: 121).

Postman (1996: 25) explica que la influencia de los medios de comunicación propicia que la diferencias entre niñas, niños y adultos queden difuminadas, esencialmente porque ya no se trata únicamente de difundir un determinado mensaje, sino que además también representa una ideología. Él sostiene que: “en cada herramienta hay inscrita una tendencia ideológica, una predisposición a construir el mundo de una manera y no de otra, a valorar una cosa más que otra, a desarrollar un sentido o una habilidad o una actitud más que otros” (Postman 1996: 26). Sostiene que la línea divisora entre infancia y adultez desaparece debido a que la televisión ofrece un escenario propicio para la divulgación de temas hasta entonces considerados tabú, secretos a voces que se convierte en una verdadera caja de Pandora. Por otra parte, también se crea el espacio ideal para que tanto ellas como ellos puedan acceder a la información que antes era únicamente accesible para los adultos, y que ahora trasciende y logra pasar del espacio privado al público. Salgado considera que a las criaturas ya no se les puede circunscribir en un rol propio de inocentes o frágiles sino que se trata de sujetos que, mediante la recepción y asimilación de determinadas influencias, desafían la delimitación entre infancia y adultez:

Nas cenas da vida cotidiana, temos nos deparado com crianças que não mais se reconhecem como inocentes ou frágeis e desafiam a delimitação do tempo da infância para compartilhar os signos da cultura midiática, que devastam as fronteiras etárias. São crianças que, com canções, danças, roupas e trejeitos, provam ter condições e requisitos para ingressar e participar dessa cultura, antes definida como exclusiva do mundo adulto (2012: 86)

En este sentido, el *habitus* de los adultos, quienes, supuestamente, se erigen como modelos para la nueva generación de menores, está configurado en el pasado, y es allí en donde se ubican tanto las costumbres como las maneras de sentir y actuar que han sido interiorizadas por los agentes de educación en un marco determinado y condicionadas por un pasado comunista. Y si las anteriores generaciones regían su vida y sus costumbres según las estrictas directrices del Estado “protector”, ahora las nuevas generaciones están expuestas a nuevas influencias, además de las ya tradicionales e ineludibles, como la familia o la escuela, particularmente con la irrupción de los medios de comunicación, que, con su apertura social, cultural y económica, resultan determinantes.

Bourdieu y Wacquant sostienen que las instituciones cumplen un papel esencial en la transmisión y la difusión de creencias, y que determinan cómo actuar de una manera determinada, o configurar relaciones que se ajusten a las creencias de cada marco regulatorio. En la misma dirección, argumentan que:

El *habitus* no es el destino que a veces se vio en él. Al ser producto de la historia, es un sistema abierto de disposiciones, enfrentado sin cesar a nuevas experiencias y, por lo tanto, afectado sin cesar por ellas. Es duradero pero no inmutable. Dicho esto, debo agregar de inmediato que la mayoría de la gente está estadísticamente condenada a tropezar con situaciones concordes con aquellas que en un comienzo modelaron su *habitus*, y por ende a tener experiencias que reforzarán sus disposiciones (1995: 95).

Es en un espacio concreto donde se construyen las relaciones y se realizan interacciones sociales en términos de poder y control de recursos materiales, humanos y simbólicos. Esto hace que los cuerpos sean producto de las condiciones en que viven por medio de la incorporación de esquemas de percepción que se incorporan a través de un diálogo con las necesidades sociales y bajo un proceso de monitoreo colectivo, tal y como dice Bourdieu: “el principal mecanismo de dominación opera a través de la manipulación inconsciente del cuerpo” (2003: 299). La cuestión radica en que la construcción de género no solamente se incorpora una segmentación social en función de los roles sociales preconcebidos, sino que además se generan determinadas expectativas en relación a lo que se

espera o no de las personas del sexo opuesto. Así pues, la construcción cultural de los géneros se hace en función de estereotipos, que representan un saber aprendido, un punto de referencia fácilmente identificable. Un aspecto fundamental a tener en cuenta en la cuestión del género son las reflexiones de Gayle Rubin (1986), Monique Wittig (2006), Judith Butler (2003) y Teresa de Lauretis (2000) acerca del mismo, y que lo plantean como hábito aprendido y construido en términos de categoría jerarquizada donde el género, en tanto que construcción cultural, es una categoría normativa que establece unos patrones de conducta en el ámbito social. Por ello, estos patrones determinan no solo conductas en función del modelo establecido para cada sexo, sino que también establecen la subordinación de las mujeres. Además, los estereotipos propician la reproducción de unos determinados roles de comportamiento, y así los tópicos relacionan lo femenino con la calidez, la dulzura, la ternura, la lealtad, la docilidad y lo masculino con la independencia, el dominio, la agresividad o la ambición, que se reflejan las expectativas sociales y que se conforman en el ámbito educativo como factor diferenciador sobre lo que puede ser considerado correcto, o lo que no.

En la novela de Ilis, y específicamente al comienzo del viaje en tren, Sonia, la protagonista de la novela, recurre a ciertas técnicas aprendidas e inculcadas por los mayores a cuyo cargo se encuentra. Juega con las reglas de la naturalidad social tradicional y representa el papel de niña dócil y obediente bajo la atenta observación de sus educadores, al menos mientras estos últimos tienen el control de la situación. Estébanez Bueno y González Ruiz, al realizar un estudio en los centros de enseñanza con el objetivo de describir y denunciar eventuales situaciones de discriminación entre las alumnas y los alumnos, afirman que en las instituciones de educación públicas no se debería tolerar que el papel de la niña sea considerado inferior:

colocándolas a la idea de que las acciones de las mujeres tienen escaso valor y no influyen en la marcha de la historia. Es imprescindible superar esta situación de “invisibilidad”, para sacar a la luz el papel que las mujeres, de forma individual o colectiva, han desempeñado en todas las áreas del saber y la actividad humana (1989: 75).

Otro aspecto que requiere ser matizado con sumo cuidado es la diferencia entre la niña y el niño. En este punto, es importante mirar cómo se construye el género en la infancia a través de lo que Teresa de Lauretis (2000: 35) denomina “tecnología de género”, entendiendo que el género —al igual que la sexualidad (concepto teorizado por Foucault, “tecnología de sexo”)— no es una expresión natural y voluntaria del sexo o la manifestación

de unas características intrínsecas del cuerpo masculino o femenino sino que los cuerpos son sometidos a las convenciones, a los modelos que representan la masculinidad y la feminidad internalizados por las formas hegemónicas de cada sociedad. Entre las prácticas discursivas que inciden en la producción y reproducción de la vida social, histórica y cultural, De Lauretis menciona al sistema educativo, los medios de comunicación, el cine, los discursos de institucionales, y otros. En definitiva, los cuerpos y las identidades de género son productos de complejas tecnologías biopolíticas cuando queda establecida una conexión entre género e ideología y, por tanto, la feminidad (o la masculinidad) es una construcción, es un método para construir un ser del sexo biológico femenino o masculino, una mujer o un hombre. De Lauretis afirma que “el género tiene la función (que lo define) de constituir individuos concretos en cuanto hombre y mujeres” (2000: 39). Ateniéndonos a esta idea, ciertas sociedades, por ejemplo, incorporarán un determinado discurso respecto al cuidado y educación sexual (en ocasiones por connotaciones religiosas), considerándolo primordial por el mero hecho de que representa la fuente de la vida y la reproducción humana, y por lo tanto, ejercer un control sobre las particularidades de esta, será determinante para el devenir de la sociedad o *habitus* en cuestión.

Una vez acabada la revolución comunista y satisfecha la ansiada necesidad de libertad, se puede afirmar que la sociedad pretende, de alguna forma, dejar atrás todo lo establecido anteriormente. Sin embargo, es difícil renunciar a los antiguos ámbitos de desarrollo, salir del pensamiento rígido que les era impuesto, incluso tener mentalidades sexistas. Aún se pretende que parte de lo aprendido e impuesto con anterioridad es transmisible, por ejemplo, en lo que se refiere a los valores familiares o las creencias religiosas, especialmente en la transmisión direccional, no tanto en lo relativo a las relaciones entre estado y ciudadanía, sino de padres o madres a hijas e hijos. No es algo que sea de fácil aplicación y más aún si se tienen en cuenta los parámetros de la sociedad poscomunista en la cual cada persona vive su infancia según un nuevo marco normativo que no sucumbe a un control total como sí sucedía en la época comunista. La libertad que poseen en esta época de transición las niñas, niños y adolescentes en general, representa una total transgresión a lo vivido en la época comunista. Nuevas amistades, nuevas creencias, hábitos distintos a lo transmitido por la familia, se suman a la nueva influencia mediática occidental, y así se incorporan cada vez más al consumismo capitalista. Entre otras consecuencias, estos cambios acarrearán, muchas veces, un marcado conflicto generacional.

Es lo que podemos denominar un *habitus* en plena construcción y desarrollo al compás de la profunda transición política, económica, social Rumanía, ya que por medio de la imagen de estas niñas se cuestiona la formación de una nación que se nutre del pasado pero que al mismo tiempo también pretende asimilar todo lo que le había sido prohibido durante el comunismo.

2.3. *Eliza a los once años* de Doina Ruști: el cuerpo de la niña en la sociedad rural

Un elemento importante de esta novela es el contexto social representado por un pueblo aislado y alejado de las grandes ciudades y en el cual aún quedan vestigios del orden comunista, tales como la vigilancia y el castigo de los alumnos. En este entorno conformado, la escuela, además de ser la encargada de transmitir conocimientos es también una institución disciplinaria que busca mantener el orden social y “fabricar” individuos similares a los que ya existen; de ese modo, la escuela infunde y transmite el respeto al orden social como consecuencia de la estructura social y por lo tanto se le exige al alumnado la obediencia a la autoridad y a las normas escolares. La acción pedagógica se presenta como una forma de imposición por parte de la autoridad educativa que, mediante el autoritarismo y la disciplina, intenta inculcar las normas y conceptos de la cultura dominante. Esta relación de fuerzas contrapuestas muestra a una de ellas, la familia, con un poder menor, que se rinde ante una imposición que veta, a la vez que deslegitima esas otras entidades de influencia, porque las considera inadecuadas, ejerce su poder y oculta al mismo tiempo la naturaleza de ésta.

Foucault define el cuerpo humano como objeto y objetivo del poder. En los tiempos modernos, el cuerpo humano se convierte cada vez más en un objeto del poder, que tiene en cuenta su manipulación y control, su modelado por intermedio de múltiples técnicas para domesticarlo y convertirlo en un cuerpo esencialmente útil y dócil (1976: 201). La escuela como institución disciplinaria, individual y colectiva, surge en la Edad Moderna y su evolución ha llevado aparejado el desarrollo de las teorías pedagógicas. Es decir, un sometimiento sobre los cuerpos dóciles a través de la aplicación de distintas técnicas, muchas veces agresivas o desproporcionadas, aunque siempre persiguiendo un determinado al objetivo, implantadas primero en las sociedades urbanas y con posterioridad también en las rurales incidiendo en el cuerpo primeramente (castigos corporales entendidos como ejercicios de corrección y formación). Asimismo, las instituciones educativas no solamente transmiten

el saber, sino que además también aumentan el poder disciplinario que se ejerce por intermedio de las técnicas de normalización del yo transformadas en instrumentos pedagógicos. En este sentido, existe una monopolización patriarcal del saber a través de una figura de autoridad, el maestro o maestra, que gracias a la ayuda de la disciplina logra infligir un castigo silencioso que únicamente persigue domesticar a los cuerpos. Este es el marco que permite encuadrar a Lizoanca, una niña que recibe castigos corporales en la escuela, como manera para intentar corregir un tipo de comportamiento (el de la niña) que no se inscribe dentro de los parámetros requeridos por la institución educativa: “La mano caliente de la profesora sobre su hombro la aterrorizaba” (Ruști, 2014: 12). Pero no solamente el entorno escolar constituye una institución de castigo en la vida de la niña, sino que en su seno familiar también experimenta varios tipos de violencia. Su propio padre también ejerce sobre ella violencia física y verbal. Las agresiones constituyen un hecho omnipresente en la vida cotidiana de Lizoanca: “El hombre arrastró de un tirón la cabecita roja, empapada de lágrimas, y le soltó un puñetazo en la coronilla. Luego le apretó la boca entera los dedos, como unas tenazas, y finalmente continuó remolcándola por encima de la hierba del patio” (Ruști 2014: 11). Ante este tipo de situaciones, el resto de la familia permanece impasible; su hermano pequeño, por su propia condición de inocencia y juventud, y su madre, porque ella también es objeto a menudo de la violencia del padre de la familia y no desea contradecirlo o generar controversia. Esta actitud tan pasiva, que puede incluso verse como un asunto escabroso que atenta contra el denominado instinto maternal, podría también explicarse por el hecho de que el contexto familiar muestra un fuerte componente heteropatriarcal que propicia, de algún modo, que la madre consienta el maltrato del padre hacia su hija.

Los vecinos, por su parte, tampoco parecen reaccionar ante estas situaciones, y avalaban las prácticas disciplinarias del progenitor, reconociendo y respetando la potestad autoritaria de un padre sobre su hija pequeña. Por otra parte, todos conocen a Lizoanca, tenían una pésima percepción de ella, y la consideran poco menos que una vagabunda mal educada. Muchos creen que someterla a la disciplina de cualquier tipo, era algo más que necesario. Todo esto conformaba su entorno social, putrefacto y superficial, y que no le permitía una defensa justa, ni mucho menos encontrar las verdaderas razones de su marginalidad y mal acciones. La condición preestablecida como niña, es decir, inocente e inexperta, quedaban relegadas por la mala percepción que tenían de ella.

En esta novela, la faltada de cuidado y atención apropiada para la niña, es suplida por la violencia física a que está sometida, lo cual la lleva a crear su propio marco de normas y a buscar alternativas que acaben con su dependencia de la familia y le permitan escapar de ella. Tampoco la escuela es un ámbito sin graves deficiencias: profesores corruptos, que muchas veces ejercen violencia física, desconocimiento de la realidad familiar particular de cada alumno, o indiferencia ante el abandono escolar.

Ante toda esta ausencia de estos elementos básicos y sumado al hecho de no poder ver satisfechos ni siquiera sus deseos y placeres mínimos, Lizoanca emprende, por sí misma, una búsqueda de la ansiada satisfacción y de los adecuados cuidados que debería tener, desafiando a todo el orden establecido de la comunidad. Muchas veces desea lo que, quizás, cualquier otra niña quisiera, un simple croissant. Sin embargo, pedirle “semejante cosa” a su padre sería considerado una osadía, un desafío. Sería casi como interpelarlo así: ¿cómo una niña puede osar a desear algo que prácticamente solo se ve en la televisión, un lujo innecesario, algo que hasta hace poco era completamente inexistente en el imaginario rumano, algo, quizás, más bien propio de las adelantadas sociedades occidentales? Como queda patente, ya no solo se trataba de cubrir necesidades básicas, sino que se imponía una práctica de negociación; un negarle el poder tener derecho a tener deseos, anhelos y placeres de niña, y de ser humano. Más adelante, como se analizará en detalle, serán carencias que se traducirán en buscar la satisfacción por sí misma, como por ejemplo, la prostitución a cambio de cosas triviales: un croissant, un vestido, un favor, protección contra los golpes de su padre o simplemente libertad. Nadie parecía pensar por y para ella, al menos no quienes realmente debían hacerlo, y esto representaba una situación social que puede fácilmente ser enmarcada dentro de la marginalidad más acuciante.

Lizoanca, para su familia, y en especial para su padre, solo debía estar dispuesta a recibir lo que ellos pudieran ofrecerle, nunca pedir. Más allá de que la familia (y el país entero) atravesaba grandes necesidades económicas, muchas veces no podían asegurarle ni siquiera la comida básica. Por supuesto, también se entraba en una suerte de inercia, llevando a que incluso todos se olviden de lo que era, una simple niña que necesitaba cuidados, y también del hecho de que ellos (sus padres) eran el único modo de conseguir sustento que ella tenía.

La pequeña se ve forzada a buscar maneras que le permitan ser independiente: “A Lizoanca no solo le disgustaba que la mandaran a algún sitio o la pusieran a hacer esto o aquello, sino que le subía la sangre a la cabeza y le entraban ganas de hacer picadillo a sus

padres” (Ruști 2014: 15). En esta situación la niña toma consciencia de su posición social y a través de su decisión, se resiste a obedecer las órdenes de su padre. Cabe sumar a esta situación un factor relevante: la niña se da cuenta de la estructura desigual de su familia ya que su madre, sin trabajo y al cuidado de los hijos, vive siempre en una constante dependencia y dominación por parte de su padre. Para Lizoanca lo más difícil de asimilar es el hecho de que su madre no muestre el menor atisbo de rechazo o resistencia ante esta situación y, bien al contrario, ella imagina, desea otra cosa: no va llegar a la edad de su madre ni va a estar en la misma situación de sumisión. En su mente queda grabada la imagen del cuerpo de su madre recibiendo los constantes maltratos propinados por su padre.

Lizoanca ve que su madre sufre, llora y se siente impotente ante la violencia de la que es objeto por el hecho de ser mujer, además de por edad y parentesco. Este concepto de violencia de género del cual también son objeto las mujeres de esta familia, se analizará con más detalle en la segunda parte de este trabajo. Según Ruiz:

Cuando las mujeres soportan el maltrato es porque están bajo el dominio; en estos momentos surge lo que se denomina impotencia aprendida, desde la cual las agresiones son imprevisibles e incontrolables, y no hay medio para cambiar la situación. Las mujeres víctimas no comprenden por qué aparece la agresión, instalándose en ellas una falta de motivación, de incompetencia y de vulnerabilidad. (2007: 5)

La novela despliega un juego de perspectivas en torno a la violencia de género que permite contrastar los distintos puntos de vista de los personajes; de este modo, Cristel, el padre de Lizoanca, considera que el dolor físico que le inflige a su mujer constituye una fuente de placer para ella, incorporando así un discurso patriarcal extremo en el que la violencia y la dominación sexual constituyen piezas claves de la dominación patriarcal:

Y él (Cristel) se subía inmediatamente sobre su madre y la oían llorar hasta que se quedaban dormidos. ¿Por qué lloraba ella? ¿Qué le hacía aquel desgraciado? No tenía ni idea, ni siquiera podía imaginárselo. Ella sollozaba quedamente, procurando no despertarlo, tan pronto como se escuchaban sus primeros ronquidos alzándose hasta las vigas de la casa (Ruști 2009: 33).

Este tipo de dominación sexual es constante en el caso de la madre pero esto no ocurre en la relación que tiene con Lizoanca, porque ella siempre da la réplica a sus golpes y esto provoca que su padre la golpee aún más. Se rebela porque sabe que puede buscar su libertad en otros sitios sin las presiones ni la dependencia de su familia.

La niña siente la necesidad de un cambio; que también se puede interpretar como una huida de la dominación masculina. Asimismo, en este contexto, se puede hablar de la búsqueda de una salida que le permita cambiar algo en su vida para evitar sufrir de la misma manera que ve en su madre, de forma que decide romper con ese modelo materno.

En realidad, todo lo que concierne a la niña se sale de los marcos normativos establecidos: abandona la escuela, experimenta violencia física habitual en el seno familiar, cuestiona y rechaza la autoridad paterna, traba amistad con niñas de su entorno que vagabundean y se prostituyen, evidencia una autoridad escolar que no vela por el alumnado, muestra una policía y una institución sanitaria totalmente corrupta así como medios periodísticos amarillistas.

Dentro de esta cuestión, y de acuerdo a los hechos acontecidos, la decisión de la niña de huir de toda la presión familiar, aunque también de aquella institucional, lleva a la niña a una posición de doble vulnerabilidad (activa y pasiva): Tiene una actitud activa ante las adversidades de su cotidianidad, busca soluciones por su cuenta aunque estas requieran de las acciones y retribuciones que recibe de otros que, irónicamente, pueden explotar las vulnerabilidades de la niña, aunque no sea consciente de que las tiene, y las relativiza no dándoles importancia. Por ello, a la hora de medir lo que es bueno o malo para ella, opta por solucionar sus necesidades y deseos inmediatos en lugar de aquello que la salvarían pero desconoce, como por ejemplo, protegerse de los abusos sexuales, ya que ella aún no entiende lo que implican. Es más, detrás de cualquier tipo de acción ejercida por otros, solo valora la recompensa, lo tangible, lo que le produce una felicidad inmediata. Como hemos analizado en la parte teórica sobre la vulnerabilidad, Cavarero (2009) habla sobre el “horrorismo” como la violencia ejercida sobre el frágil e inerme, rasgos que, aunque se presentan como definidores de la infancia, tienen más que ver con la muerte, con la muerte de las víctimas inermes. La reflexión de Cavarero en torno a la víctima inerme y a la vulnerabilidad, se puede extrapolar al caso de Lizoanca, ya que pone en discusión su reacción ante las torturas parentales e institucionales. Esta niña es una víctima inerme, pero al mismo tiempo su vulnerabilidad implica una apertura, una exposición que se construye tanto a través de su negación a la sumisión, como también a través de la conexión/relación con otras personas (sus violadores, amigos, mendigos). Lizoanca entra en un mundo con la consideración de ser marginal, abyecto, degradante, pero ese es precisamente el mundo que cuestiona la superioridad patriarcal. Helmut Wintersberger (2006: 90-91) sostiene que el estado de bienestar se suele

entender como un sistema paternalista y adultista porque las políticas públicas relacionadas con la infancia no generan tanto interés y, de tenerse en cuenta, casi siempre se hace con vistas a reforzar la perspectiva paternalista, por tanto los adultos siempre deciden sobre las vidas de las niñas y niños. Este teórico introduce el término de “familismo” para describir esta estructura sostenida por todos los programas públicos que implican la supremacía de la familia y que están diseñados, principalmente, a partir de lo que esta representa, traduciéndose directamente en políticas de protección hacia la misma.

Lizoanca vivía una realidad de la cual quería escapar, que la limitaba a callar y a obedecer, a comer y vestirse con lo que hubiera, a juntarse con un determinado tipo de amigas, a ir a una escuela con profesores que actúan con agresividad, violencia, y obligan a cumplir a pies y puntillas la voluntad del modelo masculino de la familia, su padre. En definitiva, toda una estructura social incorporada, un *habitus*, con el que desea romper para transitar fuera de este marco regulatorio de la “normalidad”, que se entiende por el arraigo a las tradiciones y al aislamiento de la sociedad en la cual vive, marcada por la ruptura con el pasado y que la lleva a vivir en transición y aprendizaje, una sociedad infantilizada.

2.4. Hai să furăm pepeni, de Nora Iuga: compartir espacios de vulnerabilidad

En la novela *Hai să furăm pepeni*, se hace uso del monólogo interior como recurso literario para lograr un acercamiento directo a la conciencia de los personajes, a la agitación de su subconsciente. El estilo elegido por esta escritora rumana busca dar a conocer, tanto la intimidad de la escritora Nora, como aparecer en simbiosis con el personaje protagonista de la novela, Flora. El caso de la niña gitana es un pretexto para construir la pluralidad de voces, la faceta racional de Nora B que entra siempre en contradicción con una Nora A, pasional e irracional, y a las que se les agrega una tercera voz, la propia faceta autoral. Los matices de esta voz narrativa, construida a través de una alternancia entre lo que se debe hacer y lo que no, son sutiles. Podría decirse que pasan como una polifonía de voces autorales que entran en un debate moral sobre la sexualidad infantil. Este juego no excluye la ironía, lo brutal o lo sarcástico para cuestionar el orden establecido, e interrogar esa fuerza de la costumbre que nos permite tener la sensación de seguridad. El paso del comunismo a la democracia actúa también como contexto definitorio en la novela de Nora Iuga.

La narración gira alrededor de la experiencia del aborto y la sexualidad infantil y utiliza la memoria como vehículo, algo que permite compartir experiencias que ayudan a entender el contexto del período de transición de la sociedad rumana. La reflexión en torno al cuerpo a partir de un sistema opresivo de control acontecido durante el comunismo se materializa en el momento en que la narradora rememora su propia experiencia, cuando se practicó un aborto, en un momento histórico y un entorno que no dejaba espacio para dialogar sobre lo que la persona siente en el momento de practicarse un aborto. Como se ha dicho, durante el comunismo el aborto estaba totalmente prohibido y si se practicaba era de manera clandestina y con grandes riesgos de salud, sociales e incluso penales para las mujeres. Pero la memoria de ese aborto es solamente un pretexto para debatir un caso del presente: el de una niña gitana que a los diez años es obligada por sus padres y por su comunidad abortar. La importancia de un episodio como este no radica en el valor argumentativo o en la búsqueda de una solución para la menor sino en que la sociedad claramente no desea instigar un debate en torno a la educación sexual y prefiere dirigir la atención hacia una sola dirección: eliminar cualquier rastro del feto del cuerpo de la niña. Para poder hablar sobre cuestiones relacionadas con la vida sexual de las niñas y las decisiones que se toman sobre sus cuerpos, es necesario entender a qué se debe la importancia de esta ocultación. Como he mencionado en el subcapítulo 1.3, en 1966 se intensifica el silenciamiento del cuerpo femenino con la promulgación de la ley antiaborto y pronatalidad por parte de Ceaușescu; una ley que generaba tanto miedo que las mujeres ocultaban esta experiencia de su vida, llevando a convertir este tema en una suerte de tabú. Hablar sobre el aborto estaba totalmente prohibido, e incluso lo era comentar cualquier cosa respecto de la propia madre de una. En este sentido, Lorena Anton habla sobre las consecuencias de ese decreto:

While the lack of intimacy is obvious in the oral histories collected on Romanian pronatalism, the memory of family life in Communist Romania, with regard to the prohibition of abortion, seemed to be characterized by the dominant presence of daily fear: the fear of getting pregnant or of getting one's partner pregnant, the fear of not managing to obtain an illegal abortion, the fear of death and, of course, the fear of the Party's reprisals. This continuous fear alienated woman from her very body, seen as a possible enemy because of its reproductive aspect, that continuously and officially demanded by the regime (2012: 12).

Por consiguiente, el miedo a hablar sobre el propio cuerpo se convierte en una merma de la vida sexual e incluso en autocensura de la propia sexualidad. Gradualmente con el paso de los años, Ceaușescu decide reducir cada vez más el poder de decisión que tiene cada mujer

sobre su propio cuerpo, de tal forma que en 1985 introduce el decreto 411, que impone un examen ginecológico periódico, de manera que se pueda tener constancia de las mujeres que estaban embarazadas para poder tenerlas registradas y controladas como método que el impida las prácticas abortistas (Rădulescu 2010: 2).

En aquel momento existían también otro tipo de factores que afectaban a la vida sexual de las mujeres y el control sobre sus cuerpos. Algunos de ellos tenían que ver con las razones económicas. Evidentemente, la precariedad y la carencia de métodos anticonceptivos, propiciaba además una inhibición del placer sexual de las mujeres ya que eran conscientes de las consecuencias que podía acarrear un embarazo no deseado. El Estado ejercía un control minucioso. Acudir a medios alternativos para poder abortar requería la asistencia médica de personas que temían las medidas impuestas por el régimen. No solo arriesgaban su vida sino que también requería un importante esfuerzo económico, y además, suponiendo que pudieran ocultar sus intenciones al Estado, las condiciones de una familia típica no podían satisfacer ese esfuerzo porque debían priorizar las necesidades básicas de subsistencia.

A través de los decretos de Ceaușescu, al mismo tiempo que se pretendía ejercer control sobre los cuerpos y la vida de las personas, también se vigilaba, como no podía ser de otra manera, la situación económica del país. Por lo tanto, traer al mundo criaturas que estarán condenadas a la pobreza es una situación que las mujeres de clase baja desean evitar a toda costa, pero los impedimentos legales existentes lo hacían, como se mencionó anteriormente, casi imposible. A partir de ese momento, comienzan a aumentar significativamente el abandono de niñas y niños recién nacidos, los casos de malnutrición, y los menores con discapacidades o enfermedades mortales como el sida.

Esta condición en donde el miedo incide especialmente, se transforma en un tabú recurrente en el sentido en que aun después de haberse hecho efectiva la caída del comunismo se logra finalmente legalizar la práctica del aborto aunque no se habla públicamente sobre este hecho. El aborto continua siendo un tema encasillado en el pasado y las representaciones culturales postcomunistas intenta abordar la temática en búsqueda de testimonios de aquella época, pero apenas se recogen en producciones de acceso bastante restringido que pocas veces llegan al gran público. Un ejemplo significativo es la famosa película *4 meses, 3 semanas y 2 días* (2007) dirigida por Cristian Mungiu, que muestra las consecuencias que suponía un aborto en Rumanía en tiempos del comunismo y que pone en evidencia una forma extrema de dominación que se cierne especialmente sobre las clases trabajadoras. Aunque esta película

tuvo un gran éxito en el extranjero, en Rumanía solo ha sido vista en restringidos círculos de espectadores, generalmente de clase alta y educada que poseen acceso a cultura de tipo *underground*. Este tipo de productos culturales representan un mundo subversivo que, por un lado crea la sensación de choque social a través de la intensificación de ciertas sensaciones, deseos, estados de ánimo, pero por el otro llevan a problematizar cuestiones que nunca antes se han debatido o ni siquiera han salido a la luz (se trata de aportaciones más bien recientes). En este contexto, y a través de la literatura, Nora Iuga enfatiza el juego de perspectivas. El posicionamiento de la narradora ante el caso de aborto en la Rumanía poscomunista que plantea su protagonista toma en cuenta su pasado y sus propias experiencias sexuales. La narradora sugiere una relación entre el pasado y el presente, también hace hincapié en su infancia y reflexiona sobre sus primeros contactos y descubrimientos con su propio cuerpo. Se puede decir que la novela retrata tres mundos paralelos y que tienen consecuencias simbólicas sobre un mismo cuerpo: la infancia de la narradora, el momento clave en su experiencia sexual (es decir, el aborto practicado tanto a la narradora como a la niña gitana), y la de una anciana que relata los hechos.

Para la autora, indagar sobre las pulsiones sexuales de una niña en la infancia actual es una tarea bastante delicada porque siempre entran en comparación con las experiencias propias acontecidas en otra época.

Esta mañana me aburro un montón. No tengo ganas ni de escribir y tampoco enciendo la tele. Las psicólogas esas seguirán con sus rollos de psicastenia grave en adolescentes que ven a dos adultos copulando... Cómo demonios no hemos cogido ni una paranoia, ni una esquizofrenia, ni siquiera un síndrome delirante, nos habrá salvado a todos la genial idea de Gelu: “Vamos a robar melones” (Iuga 2010: 53).

El discurso que emplean las psicólogas muestra su superioridad al debatir, sin conocer a fondo el caso, de la niña romaní. En este fragmento se puede notar el rechazo de una interpretación demasiado medicalizada por parte de las especialistas invitadas para analizar el caso de la niña que está obligada a abortar. Sobre este aspecto, hablaremos de manera más detallada en los subcapítulos de violencia (5.1.4 y 6.3).

A pesar de todo, es evidente que intenta comprender lo que sucede con la infancia contemporánea a través de las experiencias del personaje recreado en la novela. Tanto la anciana como la niña han experimentado una situación en que se les impide decidir sobre su cuerpo sin el control y vigilancia de otras personas. Sin embargo, la complicidad entre ambas a partir de experiencias semejantes sirve para interrogar las condiciones y disposiciones

establecidas con anterioridad y que pueden influir en el grado de vulnerabilidad de una persona.

2.5. *Kinderland*, de Liliana Corobca: los efectos de la emigración

Las primeras dos novelas del corpus, *La cruzada de los niños* y *Eliza a los once años*, fueron publicadas en el momento de la entrada de Rumanía en la Unión Europea, y aun cuando no se sitúan en el mismo año, de una manera u otra se reflexiona críticamente sobre la sociedad, y sus leyes, que resultan insuficientes, en parte por la arraigada corrupción existente, tanto a nivel institucional como a nivel individual. Por su parte, *Kinderland* retrata el fenómeno de la emigración desde los pueblos más pobres de la Rumanía rural para buscar un futuro mejor en el extranjero. Este fue un fenómeno generalizado en aquella época. Cuando se hizo efectiva la entrada de Rumanía en la Unión Europea, muchas familias decidieron emigrar para escapar de la precariedad en la que se hallaban y que era producto de años y años sufriendo las políticas erróneas del régimen dictatorial de Ceaușescu, o cuanto menos, de aquellas políticas que no iban en consonancia con las decididas por occidente. La mayoría de los emigrantes habían dejado atrás a su familia, es decir a sus hijas e hijos, ancianos y ancianas.

Aunque la acción de la novela se desarrolla en un pueblo pobre de habla rumana de la República de Moldavia, la autora se preocupa por reproducir la vida cotidiana y cómo esta se ve afectada por los problemas sociales y económicos relatando como una niña ejerce el papel de madre con sus hermanos. El relato que construye Liliana Corobca es realista y se sitúa en un espacio contextual traumático, visto desde la perspectiva de una niña de doce años, Cristina, quien se ve obligada a realizar las tareas del cuidado de su familia ante la ausencia de sus padres.

El personaje de Cristina relata con frialdad su infancia, profundamente afectada por los cambios que se producen en el entorno familiar y, además, por los estereotipos de género. El hecho de que la niña quede a cargo del cuidado de sus hermanos, se impone como una salida de su contexto habitual, y la lleva a incorporar otras estructuras y posiciones que la llevarán a actuar de otra manera, como si de una adulta se tratase. Por tanto, la niña incorpora aspectos de la vida adulta como medio para mantener la estructura familiar, por ello cambia de posición respecto a los otros, se interroga a sí misma y redefine su papel social adaptándose a las nuevas circunstancias, superando obstáculos, viviendo otras experiencias, estableciendo otras relaciones y prácticas. Bourdieu sostiene que: “la adaptación a cierto estilo de vida;

supone y reclama la adopción de todo un complejo de prácticas y representaciones, tales como nuevas relaciones con los miembros de la familia (...); en síntesis, una nueva economía doméstica” (Bourdieu 2006: 144).

Asimismo, existe una ruptura entre la vulnerabilidad propia de la niña y su experiencia acumulada de vida frente a los condicionantes sociales y económicos, con el rol familiar que debe asumir durante la ausencia de sus padres. La niña se ve obligada a incorporar nuevas disposiciones, a través de la imitación social, la obediencia y la sumisión a los requerimientos de los padres que logran, por medio de ella, mantener la familia unida. El fenómeno de la migración se convierte en un estilo de vida, es decir el concepto de familia se sustenta en el desorden de la jerarquía generacional. El entramado de relaciones se redefine y por eso las personas más vulnerables, aquellas que constituyen los grupos con menos recursos para desafiar al orden impuesto, configuran una nueva estructura social.

Con la transición al sistema capitalista, toda la configuración estatal ha cambiado y aparece la precariedad económica junto con la pérdida de derechos básicos debido al mercado neoliberal y un nuevo orden de corte capitalista. Kowarick (2009: 12) sostiene que la vulnerabilidad está relacionada con la desaparición de los derechos básicos en un sistema de protección social donde se precariza el empleo asalariado y que es reemplazado con medidas empresariales para reducir los costos de la mano de obra y seguir un proceso de acumulación capitalista. En los países del este, especialmente en Rumanía y Moldavia, todo esto ha dado lugar a una inmigración masiva en búsqueda de un trabajo bien remunerado. Esta ola de migración masiva se ha visto reforzada por la falta de derechos de los trabajadores e incluso por la contribución de los emigrantes a la economía del país a través de los envíos constantes de dinero desde el extranjero. Dentro de estas circunstancias el trabajo es central en las vidas de las personas como destaca Heller:

El trabajo ha sido prácticamente siempre el elemento dominante de la vida cotidiana; precisamente en torno al trabajo estaban organizadas las otras actividades de la vida cotidiana. (...) Indudablemente hoy el trabajo, a causa de la disminución de los horarios y además del aumento de la intensidad del trabajo, tiene un puesto distinto en el conjunto de las actividades cotidianas. (...) A pesar de ello, el trabajo sigue siendo parte orgánica de la vida cotidiana; sin él no es posible mantenerse con vida, mientras que las otras actividades cotidianas se ordenan fundamentalmente sobre su base... (1987: 123).

Por eso, si el trabajo en los países del este se conforma y regula de una forma precaria y las personas se inscriben forzosamente en esa zona de precariedad, el resultado es que los

individuos sufren innumerables dificultades para permanecer dentro de su propio país y lo empuja a buscar una alternativa que no solo le pueda asegurar un empleo sino configurar el estatuto de este individuo en la vida social. Castel afirma: “El trabajo siempre está presente en la vida cotidiana de la gente, ante todo por el espesor de los sufrimientos y las preocupaciones cotidianas que puede suscitar” (2010: 86).

En la novela, estos mismos grupos deben afrontar obstáculos extra para lograr su subsistencia y que sus vidas sean vivibles. Una niña que deviene adulta prematura por las circunstancias que le ha tocado vivir, debe enfrentarse a algo para lo que aún no está preparada. Y si a esto le sumamos las dificultades para sobrellevar los prejuicios sociales habituales, como los asociados a las cuestiones de género o a la desigualdad social y laboral, estamos ante un cóctel que hace aún más difícil lo que se considera un “correcto” desarrollo de la niña. Estas son dificultades típicas de un país que atraviesa una etapa de transición, como es el caso de Rumanía. Esta situación realmente adversa que debe afrontar la protagonista de la novela podemos definirla y enmarcarla dentro del concepto de precariedad tal y como es entendido por Butler (2004: 53).

La precariedad puede ser un círculo vicioso. Esto se debe a que muchas veces la inercia de la satisfacción inmediata ha sido incluso asimilada por las personas que se encuentran en una situación de precariedad de la que no son plenamente conscientes. Es decir, una persona que atraviesa una situación precaria en su vida, ya sea económica o afectivamente, y con el objetivo de tener alguna satisfacción personal, podría llegar a la autocondescendencia y el conformismo, soportando, quizás situaciones que para otros serían retrógradas, injustas o incluso denigrantes. La precariedad termina, de algún modo, siendo privatizada, haciendo que las situaciones adversas comprometan la voluntad del individuo, exponiéndola aún más a la voluntad del otro. Esta idea se apoya en la relatividad de la vulnerabilidad/precariedad, ya que nos plantea con qué vara se debería medir el grado de vulnerabilidad de una persona. ¿Resultará un determinado trabajo satisfactorio para cualquier tipo de persona? ¿Una agresión recibida será igualmente tolerada o rechazada por dos individuos diferentes y que atraviesas distintas circunstancias de vida? Planteándolo de esta manera, es factible decir que la explotación integral de nuestras vidas a través de la vulnerabilidad/precariedad sobre un determinado grado de vulnerabilidad, y sobre toda su complejidad, se apoya.

La niña de la novela se encuentra en una situación muy particular, y su vida se puede enmarcar en el concepto de precariedad según los estándares que se derivan de la normativa

occidental. Cristina es consciente en todo momento del abandono afectivo y emocional en que se encuentran y, sin embargo, también disfrutan de libertad de acción y del dinero que sus padres les envían desde el extranjero, lo que les permite comprarse cosas que de otra manera no hubieran podido obtener nunca, dada la situación económica general en que se hallaba el país. Esta posición ambigua los pone en la situación de pensar que para obtener algo es imprescindible sacrificar alguna otra cosa, aun cuando ellos no lo hubieran pedido ni decidido. Lo peligroso de esta situación, es precisamente su desconocimiento, propio de una infancia que debería ser protegida y estar bajo el amparo de una guía social adecuada. Los menores podrían, sin quererlo, acabar confundiendo las necesidades prioritarias para el sostenimiento de la vida, al no aprender e incluso olvidar, el significado de la precariedad.

Por otra parte, la precariedad que atraviesa un individuo es, en mayor o menor medida, proporcional al grado de vulnerabilidad al cual está expuesto, ya que vulnerabilidad significa exposición, y como seres humanos siempre estamos expuestos, a los otros y a las circunstancias que toca vivir en un determinado momento. Por el otro, una etapa de la vida necesitada de protección como la infancia, por todo lo que significa, e intrínsecamente vulnerable, estará más expuesta a sufrir un mayor grado de precariedad que otras etapas de la vida en que se ha acumulado más experiencia, como la adultez. Lo mismo sucedería en el caso de las minorías étnicas y los enfermos o discapacitados, están especialmente expuestos a la contrariedad, a la violencia, o al avasallamiento de sus derechos. Esto significa que siempre existe un paraguas representado por la protección impuesta, al menos la que supuestamente debería ejercerse, y aun así los deseos y sentimientos de sentirnos protegidos chocan muchas veces con otros contrapuestos como, por ejemplo, el anhelo de ser interdependientes pero autónomos.

En lo que respecta al fenómeno general de precarización de una determinada sociedad, hay muchísimos factores que la pueden llegar a condicionar. Para Judith Butler la precariedad determina “aquello que políticamente induce una condición en la que cierta parte de las poblaciones sufren de la carencia de redes de soporte social y económico, quedando marginalmente expuestas al daño, la violencia y la muerte” (2009: 323).

La precariedad queda incluso definida por sí sola al encontrarse la sociedad dentro de un estado de transición. Es decir, hay una dirección ansiada, definida por otros (Occidente) aunque aún no se sabe bien como alcanzar esa meta. Se entiende como transición a un estado

que parte de algo, de un punto de partida, en este caso la etapa final del comunismo en Rumanía, y que ahora transita hacia otro estado, que produce un efecto idílico en esa sociedad, y que presuntamente ya disfrutaban sus vecinos por sus vecinos occidentales más prósperos económica, social y culturalmente. Mientras ese objetivo no se alcanza, les tocará atravesar ese limbo de una precariedad que resulta alta cuando se la compara con la que parecen tener sus vecinos más aventajados de la Unión Europea.

En esta situación de precariedad se encontraba la familia protagonista de *Kinderland*, cuyos padres decidieron, finalmente, emigrar a otros países que pudieran ofrecer mejores oportunidades y hacer una suerte de “atajo” para alcanzar aquel ansiado objetivo: encontrar la prosperidad. Sin embargo, estas acciones tienen repercusiones en las generaciones más débiles y vulnerables, ya que se quedan sin el soporte afectivo y resquebrajan la estructura familiar habitual. Se sacrifica algo que para muchos adultos puede resultar, quizás, subsanable en un futuro, convencidos de que el fin, el objetivo ansiado, justificará los medios, sin importar lo que puedan sentir esos niños y niñas que quedan poco más que abandonados y a cargo de otros miembros de su familia.

Del mismo modo, la estructura básica familiar está en un continuo proceso de cambio e implica tener en cuenta una serie de factores coyunturales y materiales que configuran la nueva restructuración de la sociedad, en especial la rural. Cuando cayó el comunismo, a quienes les tocó soportar el mayor peso de la precariedad fue a aquellos núcleos familiares que vivían y trabajaban de la tierra y que no disponían de tantas opciones de trabajo como las zonas urbanas. El problema llegó inmediatamente después de las privatizaciones. Las fábricas ya no contaban con el respaldo gubernamental y esto condujo a la completa destrucción de los puestos de trabajo, puestos que proveían el sustento económico de la mayoría de las familias en Rumanía y también de la República de Moldavia.

Otro aspecto importante que la novela también subraya es el papel de la herida en la configuración de la sociedad, no solo para evidenciar la ausencia de una parte de la familia sino en el establecimiento de relaciones de cohesión entre los jóvenes para delimitar su papel dentro de la sociedad. Butler sostiene que “la pérdida nos reúne a todos en un tenue nosotros” (2006: 46), para crear alianzas dentro de una comunidad sin dejar atrás las diferencias. La pérdida de la familia, aunque temporal, y el reemplazamiento de la niña como el nuevo pilar de la casa, lleva a cuestionarse ciertas situaciones, tales como la de dilucidar si el dinero enviado por los padres desde el extranjero será suficiente para hacer olvidar la ausencia de los

tutores, o al menos hacerla menos evidente. Por otra parte, siguen vigentes los mismos estereotipos de género alimentados por las presiones de la familia y la comunidad.

De vez en cuando, nos vamos al salón y miramos tus vestidos. Algunas veces, el domingo hacemos conciertos, jugamos a ser papás y mamás. Yo me pongo tus vestidos que me quedan bien, aunque son un poco largos, pero el próximo año me vendrán muy bien. Dan, que es el padre, está nadando en toda la ropa de su padre y renuncia ponerse pantalones y camisas demasiado grandes porque así no se puede mover y nosotros nos matamos de risa de cómo aletean con las mangas demasiado largas y como se le caen los pantalones incluso con la corea apretada en el primer agujero (Corobca 2014: 44).

La situación resulta muy significativa porque, aunque parezca un detalle menor, no es un simple juego de roles de género. El niño también juega, a su modo, a convertirse en su padre, la figura masculina ausente. Es una manera de tenerlo, de alguna manera, presente allí, con ellos. Ambos, escogen este juego para no sentir, o cuanto menos olvidar por momentos, el abandono afectivo en que la ausencia de sus padres los han dejados sumidos. Quizás, de forma inconsciente, desean que esto sea simplemente un juego, y olvidar que en realidad algo de esa responsabilidad les acaba tocando debido a las circunstancias familiares. Es un juego con una lamentable proporción de realidad, al menos, en lo que se refiere a la niña y todas las responsabilidades que debió asumir cuando sus padres se fueron. Por otra parte, no escogen roles arbitrarios sino predeterminados, es decir, el niño escoge ser el padre y la niña, la madre.

Con todo la niña en esta situación establece sus propias prácticas: cómo actuar y responder en el contexto en que se desarrolla su vida y, aunque sigue las reglas establecidas por la acción de los agentes sociales, tiene que improvisar nuevos mecanismos para construir su mundo sin la mirada atenta de la familia.

3. La niña entre el poder y la inocencia

Como se ha dicho anteriormente, una forma de abordar el presente es a través de la mirada hacia el pasado, esencialmente porque una vez que la sociedad rumana logra la libertad esta pasa a ser vulnerable y susceptible a los estímulos del exterior. En este sentido, la irrupción de la libertad no implicaba precisamente romper con la fragilidad en la que se encontraban. El nuevo marco europeo occidental moderno que ahora arroja a la nueva sociedad la considerará como una niña en proceso de aprendizaje, que necesitará una adecuada guía económica, social y cultural. Este marco marcado en su propia definición por la libertad, en realidad nació como un engendro que partía con cierta desventaja respecto del resto de países que se habían conformado dentro del sistema capitalista, y esta condición eventualmente propiciará los abusos sobre la sociedad rumana, y a dar prioridad al resultado, a la meta a alcanzar, que en este caso consistía en lograr la modernización a toda costa, antes que a comprender las dificultades que ello acarrearía a los individuos de esta sociedad infantilizada. La consecución de la libertad no significó la mágica aparición de una nación nueva e indivisible basada en la cohesión y la solidaridad, sino que, por el contrario, ha sido tomada por un capitalismo agresivo que, a través de un simulacro de libertad, ha condicionado y facilitado la precariedad económica a la vez que ha creado una división en estratos sociales nuevos y ha abierto una brecha creciente entre ellos. La ansiada libertad lograda no implicó dejar atrás su condición de sociedad vulnerable, antes por la opresión del régimen comunista, ahora por el caos del desconocimiento y la desorientación del funcionamiento capitalista que tiene como consecuencia la infantilización.

Comenzaba el proceso de aprendizaje para conocer los nuevos derechos y obligaciones que la asemejan a otros países europeos. Hasta entonces, la cuestión de reflexionar sobre derechos de diversa índole (civiles, humanos o sociales, entre otros) había sido privilegio exclusivo de las clases altas, es decir funcionarios o individuos con posiciones privilegiada, y generalmente masculino. La idea de igualdad de género se concebía de forma diferente durante el régimen comunista ya que solamente se limitaba al derecho al trabajo y las condiciones laborales. No obstante, esta equiparación resultaba muy circunstancial y limitada para estas mujeres, especialmente porque aun debían lidiar con un marco muy propicio para los estereotipos de género. A la hora de trabajar, producir y contribuir al sostenimiento del estado, lo hacían tanto como los hombres, sin embargo, las mujeres también debían hacer

frente a los quehaceres domésticos y la crianza de niños y niñas, que representaban el futuro de la sociedad “modélica”. Ya en el poscomunismo esta mentalidad continúa existiendo, sin embargo, tal y como observa Alina Hurubean:

During the last twenty years of post-communist transition, the attitudes towards feminism and the issue of gender equality have fluctuated between ignorance on the topic (seen as an exotic, imported topic, with no relevance for the Romanian social environment), minimization (there are always other priorities for the public agenda), rejection (seen as a sensitive topic, which hurts feelings and questions the existing gender order), or formalism or fake confidence in gender equality, often formulated in the arid language of strategic documents, country reports of outside funded projects. (2013: 5)

La sociedad rumana se veía afectada por una inercia estereotípica que no propiciaba abordar las cuestiones de la igualdad de género, además siempre se les dio prioridad a otras problemáticas. Sin embargo, si querían iniciar su camino hacia la modernidad, hacia el marco de derechos y obligaciones a lograr para ser parte del exclusivo club de la modernidad europea (UE), debían prestarle atención a esta problemática tanto como a las otras.

A lo largo de esta transición, las autoras en el poscomunismo pasan a tener más visibilidad, pueden escribir sobre lo que desean y también cuestionar lo que antes era incuestionable, o incluso pueden poner en evidencia las desigualdades de género y diversos tipos de abusos. De cualquier forma, se imponen nuevos marcos regulatorios, pasan a contribuir de manera esencial a la evolución y mutación del *habitus* existente, y a ayudar a cuestionar problemas del pasado.

A diferencia de lo que hubiera sucedido durante el comunismo, las autoras elegidas en este análisis, no recrean la figura de una niña excepcional, dejan claro que en esta nueva época de tránsito, no existe tal perfección. Prefieren evidenciar el cambio de mentalidad y la posicionan en un contexto de transición y una sociedad cuyo deseo es seguir el mismo rumbo que las otras naciones europeas consideradas modélicas, factor que resulta esencial para comprender la innegable influencia del contexto en la vida de los personajes de las novelas, y en las interrelaciones y padrinajes que allí se dan.

Las autoras son conscientes, no obstante, de que para representar las complejas formas de convivencia que muestran los personajes expuestos, es necesario el entendimiento del otro, evidenciar los problemas y cuando ello implique cuestionar tradiciones y estereotipos, ya sea en cuestiones de género, o mecanismos reguladores y disciplinarios, entre otros. En definitiva, buscan implementar mediante la ficción mecanismos que permitan conocer mejor y más

profundamente los factores y situaciones que tienen incidencia directa o indirecta en sus vidas. En las novelas analizadas, las cuales hacen parte del panorama literario postcomunista, la elección de protagonistas que transitan su etapa más importante de aprendizaje no es arbitraria, sino que constituye una manera de problematizar y entender qué supone ser una niña en el nuevo contexto político. Y ello es más fácil de apreciar en situaciones en las comparaciones directas o indirectas con el pasado.

Este análisis se centra en una promoción de nuevas escritoras ávidas de narrar temáticas antes prohibidas y amparadas por la nueva configuración política y social. No solamente les toca hacerlo teniendo en cuenta conocimientos y experiencias propias sobre el cuerpo y la infancia femenina, la enfermedad y las tradiciones, sino que también lo harán con una mirada hacia el presente por lo que hay una omnipresencia de las diferencias generacionales, presentes y pasadas. Asimismo, esta comparación también tendrá en cuenta, indefectiblemente, los marcos normativos que determinarán la normalidad o anormalidad, la inocencia o el abuso, lo que es “digno” de ser protegido de aquello que, quizás, ya no lo es.

3.1. Los límites en la infancia. ¿Qué pasa cuando las niñas cuestionan lo establecido?

La novela de Florina Iliis presenta una multitud de mundos posibles que se configuran en la dinámica del tren. Cada compartimento del tren tiene su propio universo de acciones potenciales a través del diálogo y la ficcionalización de determinadas situaciones. La mirada autorial se sitúa, de hecho, en la interacción existente entre el grupo de las niñas con el de los niños, y la consecuente creación de una nueva comunidad en la que se negocia la distribución de los lugares tal y como estaban definidos conforme al género, siempre teniendo en cuenta la relación entre el poder del cuerpo y la inocencia que se les atribuye.

Por una parte, se reconoce y fundamenta la vulnerabilidad en el desconocimiento e inexperiencia propios de la edad y el innegable hecho de que los humanos son fácilmente más receptivos e influenciables en las edades más tempranas, sin embargo, es a la vez un arma de doble filo porque los expone a manipulaciones y abusos de diversa índole. Esta coyuntura hace evidente la necesidad de que las instituciones les otorguen un marco de protección especial para reconocer su vulnerabilidad intrínseca y para atribuirles la “etiqueta” de vulnerabilidad que permita protegerlos y llevarlos hacia el horizonte de modernidad que mostraban sus vecinos europeos occidentales. Proteger la infancia significa proteger el futuro,

o el modelo que se pretende de él, porque estas niñas crecerán conforme a las enseñanzas de las instituciones de la época en la cual se crían. Si en el pasado comunista, esas enseñanzas se basaban en un adoctrinamiento conforme al modelo socialista, en la Rumanía sobre la cual transita este tren de infantes y de tutores que supuestamente mantienen el orden, es la misma que decidió romper con el pasado, y se sitúa en la ruptura y la modernización con el aval del marco regulatorio europeo. Tras la caída de los regímenes comunistas se implanta el capitalismo en Europa del Este; no es el resultado de una evolución orgánica, sino intencional. En este sentido, en Rumanía, el capitalismo no está relacionado necesariamente con la democracia o la creación de una prosperidad deseada y puede coexistir sin problema con sistemas clientelistas o mafiosos.

No obstante, esa apertura no será especialmente protectora con la infancia (y la infantilización) desde los medios de comunicación. A menudo, predominan dobles discursos que buscan aprovecharse de las ansias sociales para avanzar hacia delante más rápido incluso que su propia capacidad de asimilación del cambio. En un mundo encaminado hacia la globalización y modernidad extremas, la imposición (ansiada, y a la vez rechazada, según qué nicho generacional) de nuevas libertades, leyes y costumbres que, dicho sea de paso, otras sociedades ya llevaban años asimilando, puede resultar demasiado abrupta para una sociedad que rompió con el pasado de la manera en que lo hizo Rumanía, llegando a transmitir por la televisión la muerte del dictatorial “Padre” de su Estado protector. Se logró un paso adelante en materia de libertad de expresión y, sin embargo, quedaron expuesto a la manipulación, ya que era un público no acostumbrado a semejante oferta de contenidos y productos (Stan 2004). Todo lo extranjero era visto como bueno, excitante y espectacular, sin detenerse siquiera a realizar algo más que una crítica impulsiva y superficial. Esto demuestra que el camino hacia el objetivo marcado (la equiparación con los otros socios europeos de la Unión Europea) puede salirse del curso trazado o no ir al ritmo deseado; o cuanto menos, tener efectos colaterales inesperados, como la exhibición del cuerpo y la promiscuidad sexual, con todo lo que ello puede conllevar, producto de la sobreoferta de contenidos.

En la novela, la inocencia magnificada propia de las niñas crea un efecto de ilusión. Influenciadas por las estrellas musicales femeninas establecen una relación que recurre a los mismos mecanismos puestos en marcha cuando se interactúa con las personas de su entorno, de ahí la importancia de los modelos que la ficción ofrece:

¡A Rumanía no viene britney! exclamó Agnes en tono profético, en cualquier caso Sonia estaba preparada para cualquier eventualidad y le había escrito un mail a britney, la estrella aún no le había contestado, pero desde el día en que le envió dicho mensaje a su cuenta de correo kesonia@yahoo.com llegaba diariamente información sobre las giras de britney y archivos mp3 con las novedades musicales de la cantante y anuncios de pósteres con su imagen, señal inequívoca de que había recibido su mail, (Illis 2010: 102-103)

Esta proyección de las estrellas en la vida de las niñas se pone de manifiesto, por ejemplo, en la escena en la cual una de las niñas, Sonia, se transforma en la mensajera entre ambos grupos. Considerada la niña modélica del grupo y procedente de una familia ideal, lejos de llevar una vida precaria, juega el rol de interlocutora entre ambos géneros del grupo de niños que finalmente tomarán el control del tren. Logra romper con los estereotipos o entramados de actuación que, por ejemplo, demarcan el imaginario habitual de sus padres o tutores escolares. Cuando se enamora y se deja influenciar por el niño polizón romaní, se olvida totalmente de su procedencia étnica, de su falta de educación o estatus social y se deja llevar por la atracción que le genera su cuerpo, y lo idealiza recurriendo a la cultura de la celebridad occidental que la fascina, porque, según su opinión, tiene rasgos parecidos a Orlando Bloom, su actor preferido. “El tren es nuestro! susurró Sonia intuyendo que era el momento adecuado para la frase e imaginando que, en algún lugar del tren, el niño de Bucarest con aspecto de orlando bloom la oía y sonreía feliz, ¡Sí! ¡Sí! ¡El tren es nuestro, el tren es de los niños!” (Illis 2010: 162). El protagonista varón provoca el *voyeurismo* (Laura Mulvey 1989) de la niña y esto le lleva a desear todo lo que mira en la pantalla de un televisor.

Según la concepción de que las niñas son muy influenciables, resulta muy fácil asumir que ellas confunden la realidad y la ficción. En cualquier caso, esta confusión puede ser inocente o natural, o dependiendo el caso, tornarse peligrosa si las influencias resultan dañinas para estas niñas, por ejemplo, mediante la banalización de la violencia. Por otra parte, en la novela de Illis la codificación de lo erótico en el discurso manipula la mirada inocente de la niña y crea un ideal de la perpetuación del discurso heteropatriarcal. El cine marca las formas en que el inconsciente estructura el modo de ver y sentir placer en base a lo que observa, y lo refleja a su vez en la construcción de su entorno. En uno de los episodios de la novela se trata el deseo de besar y la niña se lo imagina a partir de las experiencias de otras de sus compañeras:

aunque aún no había podido olvidar la desagradable sensación del intercambio de saliva que, como había averiguado gracias al oráculo, suponía un beso, le habría

gustado tener cerca a una persona mayor para preguntarle, ¿a su abuela? ¡no! ¿a su madre? (2010: 90).

La presencia habitual de su madre o abuela en sus pensamientos representa la figura de aquellas personas a quienes habitualmente se les atribuye la responsabilidad de dar consejos en este tipo de situaciones, al menos en lo que respecta a una sociedad de transición, cuando las mujeres cuentan con cierta libertad (mayor que en épocas pasadas) a la hora de aconsejar y ejercer influencia sobre sus hijos e hijas. Sin embargo, en la sociedad comunista la situación era diferente. Los consejos procedían del omnipresente Estado que, mediante sus instituciones y organismos de control, no dejaban a la propia familia mucho margen para intentar dar consejos a su antojo, y mucho menos aquellos que puedan, eventualmente, ir en contra del orden establecido. Por el contrario, podría intuirse que dentro de una sociedad capitalista, existiría justamente una situación totalmente contrapuesta, quizás con un exceso de influencias, incluso externas (tales como la masificación de los medios), o aquellas producto de la desatención extrema, especialmente en situaciones en que la obligación parental del cuidado viene impedida por las obligaciones laborales.

En la novela, por un lado, existe el acercamiento de la madre como apoyo en cuestiones que implican la sexualidad, ya que para niña la simboliza la mujer más cercana, o el que se encuentra más a su alcance. Por el otro, también necesita el espacio íntimo y la presencia femenina de sus semejantes a nivel generacional para ayudarle a configurar este tipo de consejos, dado que en Rumanía la sexualidad era un tema tabú para la generación de sus progenitores. Según Adriana Băban, las niñas eran educadas para considerar que los hombres eran presencias negativas con respecto a la vida sexual y de este modo contribuyen a la propagación y construcción de la vulnerabilidad, “especially because of the fear associated with pregnancy during the Ceaușescu regime, girls were taught by the mothers to fear boys, who were often represented as an “enemy”, with different goals and interests” (2000: 243). La vulnerabilidad de la niña se hace evidente con su entorno, a través de sus experiencias sociales, y como podemos ver, también a través de su propia familia, con la cual mantiene una relación de constante dependencia.

Esta pluralidad de influencias y enseñanzas es en gran parte lo que añade gran complejidad al *habitus* de las niñas y niños; diferentes planos contextuales de interacción social que a su vez hacen parte de uno mismo, los amigos, la familia, la escuela, las autoridades, el estado, la modernidad europea, todos contribuyen a crear ese complejo

engranaje en el que todos deberían jugar su papel correctamente para llegar al objetivo de una sociedad futura deseada. En el tren la autoridad que representan los tutores queda desarticulada y, lejos de la autoridad familiar, las relaciones entre estos niños y niñas son las que surgen producto de las escasas experiencias vividas por ellos y entre ellos.

A esto se le suma la confusión entre el pasado y el presente, entre la ficción y la realidad. Esa confusión se materializa de tal forma que las niñas pueden recibir las influencias y directrices de nuevos interlocutores, los medios de comunicación, reemplazando a los habituales tutores y familia y desplazando al terreno público y masivo una forma de relación privada y más personal. Cuando la preconcebida “normalidad” se altera, el engranaje social queda en entredicho. La pretendida homogeneización de la infancia, se apoya, como se ha indicado, en unas directrices que promueven la protección, con el fin de asegurar un correcto desarrollo. Sin embargo, hay situaciones en que las niñas pueden aprovecharse de una posición de ventaja propiciada justamente por los prejuicios. Eso le permite mostrar su faceta activa sin control alguno, pudiendo llevar a una renegociación de las posiciones de vulnerabilidad, y permitirles jugar con su capacidad de influencia y manipulación.

En la novela de Ilis este tipo de circunstancias quedan ejemplificadas, por ejemplo, cuando la niña que más influencia tiene sobre las demás, Sonia, no solamente tiene capacidad de liderazgo dentro del grupo de niñas sino que logra extrapolarlo a todo el tren y decide, después de presenciar un conflicto entre los niños, reconciliarlos y contarles que alguien tiene un plan para adueñarse del tren. Sonia se da cuenta del poder sexual que tiene sobre un niño, Tiberiu, y lo utiliza como una herramienta de negociación para obtener lo quiere:

Le parecía ver por primera vez a la chica, sobre la que tenía vagas noticias de que estaba enamorada de él, era la Sonia de siempre y distinta a la vez, el aire que sus movimientos hacían florecer en torno a ella hechizó a Tiberiu, que no podía apartar los ojos de ella, incapaz de reaccionar, pero Sonia, que no había olvidado ni por un instante la razón de su presencia entre los muchachos, intuyó con una sutileza que reflejaba un eco de feminidad precoz que para que su misión llegase a un buen puerto en primer lugar tendría que reconciliar a Tiberiu con sus compañeros de clase. (Ilis 2010: 161).

En este sentido, se puede considerar que para la niña la feminidad es solamente una construcción, una representación performativa para poder obtener lo que necesita. Isabel Ortega Sánchez considera que en la seducción un componente importante es el cuerpo y afirma que

el potencial seductor del cuerpo “femenino” se sigue midiendo a través de su capacidad de despertar el “deseo masculino”, dentro de un constructo cultural específico de erotismo, sexualidad y placer heterocéntrico, androcéntrico y sexista que presenta una especialización intensa de los papeles sexuales dentro de los clásicos roles de género (2014: 143).

Con su potencial seductor, la niña logra la reconciliación y a partir de este momento es cuando consigue dirigir la situación a su favor, los varones perdonan a Tiberiu y al ver el anillo poderoso que llevaba Sonia, un objeto que ayuda a potenciar la intriga, los niños se dejan convencer que el tren les pertenece.

¡El tren es nuestro! susurró Sonia intuyendo que era el momento adecuado para la frase e imaginando que, en algún lugar del tren, el niño de Bucarest con aspecto de Orlando Bloom la oía y sonreía feliz, ¡Sí! ¡Sí! ¡El tren es nuestro, el tren de los niños! ¡Hurra! gritaron los chicos a coro (Ilis 2010: 162).

Una lectura posible induce a pensar la negociación de los poderes: los niños se dejan convencer por Sonia, pero solo porque implica el control de un nivel o escalafón superior, representado aquí por la conquista del tren. Otra interpretación posible gira alrededor de la idea de seducción femenina. Bianciotti considera que la capacidad de seducción tiene relación directa con los roles de género asignados históricamente.

entendida como un conjunto de actitudes que se caracterizan por la suavidad, la elegancia, la sutileza es algo que las mujeres saben manejar, ya que la traen –de antemano– consigo. Para ellas la capacidad de seducir es parte constitutiva de la feminidad, es algo que se trae, que se tiene; puede perfeccionarse, pulirse, mejorarse pero siempre se lleva dentro. En este sentido pueden leerse afirmaciones como ser femenina es una sutileza que habla de la mujer que sos o a toda mujer le gusta sentirse sexy, llamativa, linda (2011: 77).

Para reflexionar sobre esta percepción de la seducción, Bianciotti acude al concepto de performatividad de Judith Butler (2007), el cual se apoya en la metodología de actuación reiterada y obligatoria y que se realiza en función de unas normas sociales que justifican y legitiman el orden dado de las cosas. En esta cuestión, tal y como Bianciotti sostiene, se trata de pensar pensar el sujeto como lugar de ambivalencia que “permite adentrarse en el punto que aquí interesa: aquellas experiencias y prácticas erótico-afectivas a partir de las cuales mujeres jóvenes se sujetan/someten al orden de las cosas y las posibilidades de resistencia y subversión que pueden llevar a cabo” (2011: 79). A través de la seducción, las niñas expresan su deseo tanto como demuestran su capacidad de resistencia e intervención en los hechos de

los hechos con el objetivo de crear un espacio de interacción más allá del establecido, aunque también para ejercer una agencia que además pretende transformar sentidos y prácticas dominantes.

Aun habiendo obviado las habituales entidades de autoridad, seguían siendo conscientes de su fragilidad y dependencia hacia los otros. En el fondo, y más allá de los logros obtenidos, sabían que la aventura no duraría para siempre. La niña es la que aparentemente tiene, por un lado, el poder de control ante Tiberiu, algo que nos sugiere que el cuerpo femenino se representa a sí mismo como un incentivo para construir una nueva definición del poder. Con la ayuda de la niña se construye y refuerza también la imagen del niño, que no debe aparecer débil, sin poder de decisión. Cuando ella ejerce esta influencia a su favor con el fin de afectar a otros para que cedan poder ante un tercero, sutil, e inconscientemente, sigue perpetuando los estereotipos de femineidad y subrayando la construcción de género misma. Sonia aquí cumple el papel de la niña obediente, que debe esperar el momento oportuno para dar la noticia de que los niños se han hechos los dueños del tren. Además, la división de roles implica la necesidad de cumplir con los deberes que se establecen dentro de esta comunidad. La niña está de acuerdo con la misión porque se crea el espacio para poder participar en la construcción de una comunidad dirigida por los niños y niñas, pero que al mismo tiempo está regida siempre por un *habitus* inalterable en lo que respecta al género. La internalización de los estereotipos de roles masculino y femenino da lugar a una identidad sexual en que se considera a las personas del mismo sexo iguales entre sí y distintas del sexo opuesto.

Una vez que las niñas y los niños del tren han constituido una nueva comunidad, pasan a ser, literal y metafóricamente, una suerte de comunidad en tránsito. Dejan un estado de obediencia y sumisión para pasar a otro en el cual ellos y ellas son quienes dictan las reglas, y además se establecen una serie de principios conforme a los propios de la realidad virtual, manteniendo la relación de géneros heredada.

Diana, Alina, Irina, Mihnea y Sergio, según el ajuste de esa misma realidad a las exigencias de la imaginación de Denis, no eran meros alumnos de sexto curso, sino estudiantes del Colegio Gryffinder, así los declaro él, en su mente, Diana era Hermione y Mihnea, como resultado del mismo ejercicio de imaginación, recibía el nombre de Ron, para él mismo se había reservado el papel de Harry Potter, cuyo aspecto imitaba con una maestría increíble (Ilis 2010: 267).

Así pues, a lo estereotipos de género hay que sumarles las diferencias de clase o edad, ya que los menores construyen la imagen del “otro”, teniendo en cuenta factores como o el colegio —diferenciándolo del propio—, o la edad, que es determinante en el proceso de aprendizaje y puede generar comportamientos de respeto y admiración, por ejemplo, al tomar como modelo una alumna de un curso superior.

La creación de este nuevo espacio imaginado por los niños y niñas se ve amenazado por las presiones exteriores, que reducen las posibilidades de desarrollar capacidades de supervivencia, porque al fin y al cabo las niñas y los niños del tren se encuentran en la posición de tener que reconocer su vulnerabilidad y de delimitar su territorio debido a las necesidades cotidianas (falta de comida, higiene, ropa o cuidado parental). No en vano consideran su aventura como lo que en realidad es, una suerte de vacaciones.

La aparición de la menstruación en la joven Sonia, la lleva al tabú y al desconocimiento porque ella no sabe qué significa la mancha de sangre, y ello le hace sentir vergüenza. Pero en especial se debe a que tiene miedo de lo que su padre pueda decir al respecto:

Sonia la dejó entrar y le explicó avergonzada lo que había ocurrido, Agnes esbozó una sonrisa, sabedora de lo que pasaba, pronunciando unas palabras que para Sonia todavía no tenían ningún sentido, ¡Es sangre! ¡Te hace falta un tampón! ¡Tengo yo libresse³! ¡Voy por él! y se esfumó, Sonia se quedó allí preguntándose qué significaba la mancha en las braguitas rosas, ¡Sangre? ¿Estaría enferma? ¿Qué iba a decir papá? (Ilis 2010: 379).

En este caso, la niña recurre a la figura paterna desde un estereotipo de género: él representa el conocimiento y al mismo tiempo el castigo, pues Sonia tiene la impresión de que el sangrado es consecuencia de algo que ha hecho mal. La amiga de Sonia, Agnes, tampoco le proporciona explicaciones referentes a la supuesta “enfermedad” y por esa razón la niña vive esta experiencia de manera interiorizada y desde la ignorancia.

Como hemos mencionado, en la infancia hay un desconocimiento de las implicaciones y matices del cuerpo y la ausencia parental aumenta ese desconocimiento. Las niñas sienten curiosidad sobre lo que les espera. A muchas les surgen preguntas, pero no encuentran la manera de plantearlas. Aparece la vergüenza y no se habla del tema porque no sabe de qué se trata. Aunque la menstruación no es la primera situación corporal de

³ Libresse es una marca de compresas.

importancia en la vida de la niña es el síntoma de un cambio etario, de la llegada a la edad adulta.

La representación del cuerpo de la niña también constituye un intento de mirar y explorar un territorio que suele estar oculto bajo el tabú. En este sentido, la menstruación implica un proceso que la niña experimenta, en relación a sí misma, con su propio cuerpo y que subraya la importación de concepciones que, aunque se tomen naturalmente como algo característico a las mujeres, también pueden llevar a su omisión en los discursos sociales entendiéndose como algo abyecto⁴ (Kristeva 1980). El miedo de las mujeres a hablar sobre el cuerpo y sus cambios (la menstruación, la lactancia, la sexualidad o la reproducción) son consecuencia de la abyección. Sin embargo, la autora de la novela, no construye un sujeto subversivo sino que dirige su atención sobre aquello que debería ser entendido dentro de la especificidad de un ser humano. Dentro de la sociedad contemporánea, hablar de estas temáticas, se considera como un elemento desestabilizador o fuera de la norma, y sin embargo pueden poner en evidencia a una persona vulnerable, una que quizás solo necesita conocer su cuerpo en detalle.

3.2. La vulnerabilidad corporal como fuerza de atracción

En la novela *Eliza a los once años*, propone una nueva visión sobre la niña en un contexto rural. La niña, Lizoanca, descubre que dispone de un medio para lograr la tan ansiada independencia de la voluntad de los adultos, y en especial de la de su padre. Para ella, obtenerla significaría también dejar a un lado la sumisión pero también la resignación de no poder obtener todos los placeres que realmente deseaba como niña. En ese momento toma conciencia del poder que su cuerpo le otorga a la hora de conseguir lo que necesita. Conoce una chica de unos dieciséis años, Goarna, con la que comparte las mismas adversidades: pobreza, maltrato, rechazo de su familia, abandono escolar. En ese momento Lizoanca comienza a relacionarse con los hombres del pueblo a través del sexo ya que Goarna se encargará de conseguirle clientes:

Lizoanca se había comportado bastante bien. En dos años no se había apartado de su lado y Goarna la sentía leal y cumplidora. De hecho, cuando meditaba sobre qué era para ella el deber, le venía a la mente el rostro grave de Lizoanca. Era como un soldado

⁴ Abundaremos en la idea de lo abyecto en relación a la enfermedad en el subapartado 4.2. “La enfermedad de Lizoanca como evidencia de la vulnerabilidad de la comunidad”

fiel a la palabra dada, listo para saltar dentro del fuego si fuera necesario. (Ruști 2014: 65)

Las niñas a las que se une constituyen una suerte de aval de normalidad para Lizoanca no obstante muestran también la vulnerabilidad de todas ellas, ninguneadas y manipuladas por los adultos de la comunidad, una comunidad en la cual ya nadie ocupa el papel social predeterminado. El manto de protección aquí también se encuentra ausente. El aislamiento y tradicionalismo de la comunidad contribuye a enfatizar el estado de infantilización de una comunidad confundida, indisciplinada, y por tanto, no muestra las tribulaciones que acarrea la modernidad europea poscomunista.

En el momento en el que Lizoanca comienza a ser consciente del poder de su cuerpo, este cobra un importante valor que hasta aquel momento ella no había tenido en cuenta. Lo que en un principio significaba apenas obtención de dinero a cambio de ofrecer su cuerpo, termina siendo una manera de conseguir favores, buenos tratos, cariño; es decir, la obtención de la calidez emocional que nunca tuvo en su casa. Su cuerpo, logra captar la atención de los hombres importantes del pueblo y lo considera una oportunidad única para crear conexiones con una sociedad que hasta este momento la había rechazado e incluso para ocupar un lugar en ella y construir una constelación de relaciones que sustituyan a su núcleo familiar. De esta forma, la niña logra establecer una conexión especial con cada uno de sus clientes. Por ejemplo, con el dueño del almacén, Greblă, lo que comienza siendo una mera transacción sexual, culmina en una amistad casi fraternal.

Esos hombres no eran otra cosa que anfitriones amables, que la dejaron alojarse en sus casa cuando hacía frío fuera y le dieron de comer. Especialmente Greblă, que casi cada día la esperaba con un croissant apetitoso y tierno (Ruști 2014: 16).

Por el contrario, las relaciones sexuales con el policía, una autoridad en el pueblo, sirven para devolverle los favores, en un intercambio de sexo por influencias. En este sentido, él “rescata” a Lizoanca interponiéndose ante su padre para evitar que la golpee. Pero nada se hace gratis. Se trata de un policía corrupto que ha perdido la noción ética de los límites que él mismo debe hacer cumplir. Su actitud puede ejemplificarse en el momento en el que tiene lugar una de las tantas persecuciones violentas que sufría Lizoanca por parte de su padre:

El policía la cogió del brazo y la aparto a un lado. Después le susurró: ¡Mira que me la debes!

–Pues vengo esta noche...

—Detrás de la casa de Greblă. ¡Cuando anochezca! (Ruști 2014: 73)
También tiene encuentros secretos con un pensionista llamado Petrache. De él consigue, aparte de grandes cantidades de dinero, poder ver satisfecho unos de sus deseos más triviales, propios de la infancia: poder ver la televisión.
—He venido para follar.
Y, como él no respondió, ella continuó alzando la voz.
—Has acordado con Goarna que me pagarías veinte mil y me dejarías ver la tele." (Ruști 2014: 37)

La niña verdaderamente vive y actúa en un plano que para ella no sugiere ninguna salida de la norma, mientras otros juegan su propio juego de forma cínica e irresponsable, borrando todo límite entre niñez y adultez con tal de lograr la satisfacción personal y todo con un “mundo” más arriba que desconoce lo que sucede dentro de esa comunidad que se desliza hacia la modernidad.

Si pensamos en la perspectiva del inerte propuesta por Cavarero (2014), es necesaria una mirada ética y política basada en la vulnerabilidad, la exposición radical y recíproca por la cual un ser humano está entregado a la alternativa del cuidado o del daño. La protagonista se mueve en la misma estructura patriarcal, pero a través de su cuerpo se resiste a la misma, en el sentido en que existe una reciprocidad de naturaleza transaccional. Su cuerpo representa aquí una moneda de cambio sexual desde la mirada masculina e incluso desde la mirada convencional, pero la niña no lo percibe de esta forma porque no parte del conocimiento legal o del placer erótico. Incluso teniendo en cuenta todos estos elementos descriptivos, los hombres se aprovechan de la condición de la niña para pedirle tener relaciones sexuales.

Entre otros factores de atracción, se encuentra el hecho de que aún no tiene el período y, por tanto, todavía no puede quedarse embarazada. Además, aunque mantiene relaciones con otros hombres, ella sigue teniendo la consideración de “virgen” y es una de las razones por las que continúa despertando el deseo libidinal masculino. Esta interesante paradoja podría tener muchos tipos de lecturas. La ven como a una niña-mujer que todavía no puede pertenecer a nadie por su temprana edad, y a esto se le suma el factor del coqueteo con el morbo de lo prohibido, algo que redobla el interés que despierta en los hombres. La consideran virgen porque saben del desconocimiento que tiene de su propio cuerpo, y, por extensión, la consideran virgen porque no conoce el alcance de sus acciones, es alguien “confundida”, digna de ofrecerle “ayuda” y aprovecharse, lo que permite además mantener en apariencia el tabú del sexo. Las acciones prohibidas no se perciben como dañinas siempre y cuando permanezcan ocultas y no salgan nunca a la luz, y en este caso, a la mitad de los

hombres del pueblo les interesaba velar el caso. Supuestamente nadie conoce esa relación más que la niña y el “cliente” de turno, quien, por cierto, no debe pagar de la forma tradicional. El haber escogido a una niña también responde a la voluntad de mantener oculto lo prohibido siendo conscientes, no solo del desconocimiento e ingenuidad de la niña. La inocencia atribuida a la “virgen” lleva a los hombres a tratarla con cierta ingenuidad. Lizoanca se encuentra a medio camino entre la niñez y la pubertad, y esto es determinante en su modo de sentir las cosas. Aunque no siente placer sexual todavía, tampoco siente dolor durante el acto sexual, dolor que sí sentía cuando sufría maltrato corporal por parte de su padre. Al carecer de sensaciones durante sus encuentros sexuales, la niña se dedica a analizar el comportamiento y la expresión en los hombres con quienes mantiene relaciones sexuales e intenta descubrir el significado de esas exhalaciones, jadeos y susurros.

Le gustaba contar mentalmente cuánto tardaba en llegar ese crudo momento que les arrebatava a los hombres hasta la última pizca de dignidad. Lizoanca los oía resoplar, como si se ahogaran o como si estuvieran siendo perseguidos, y los rodeaba con las piernas para levantarse mejor y así poder ver las caras carentes de cualquier expresión de orgullo. Los miraba atentamente, a su manera, con seriedad y asombro, como si hubiera asistido a una clase. (Ruști 2014: 38)

Este rasgo remite al estereotipo de la *nymphette* o de la Lolita, que en su versión moderna constituye una de las derivaciones más extremas de los discursos misóginos occidentales, tal y como recuerda Dijkstra:

Paul Adam, en un artículo muy desagradable “Des Enfants” [...], afirmaba que las perversas características eróticas de la mujer se acentuaban en el comportamiento de la niña. Constatava que estas niñas entre ocho y trece años “encontraban un placer perverso en observar los hombres sedentarios de mediana edad mientras se exhibían ante ellos por unos pocos peniques”. Solo la hipocresía de las canciones populares y disquisiciones sentimentales evitaban que el público se diese cuenta de que la niña tenía una tendencia natural a la prostitución (1994: 196).

Si las tradiciones de conducta de género definidas en el imaginario de una comunidad determinada se apoyan en un estatus de inocencia de las niñas preestablecido, la perversión, de existir, sería difícil de percibir y/o asimilar. No obstante, esto también lleva a pensar hasta qué punto una niña puede también ser reaccionaria y transgredir la norma. Los estereotipos proporcionan una coartada a las formas de actuación que se salen de la norma. En el caso de Lizoanca, la perversidad, siempre según la perspectiva de los hombres, únicamente se señala una vez que la situación de la niña sale a la luz, y utilizan tal acusación para tapar sus malas

acciones. A pesar de criminalizar a la menor, su inocencia no es objeto de discusión, ni en los medios de comunicación ni en la audiencia del resto del país que sigue el caso por la televisión. La perversión del otro se utiliza a menudo como excusa de las malas acciones propias, o del acto de la manipulación y opresión sobre otro que está en clara situación de vulnerabilidad, como se suele ver en casos de violación cuando se justifican diciendo que la mujer es la que provocó el abuso.

Desde la perspectiva y visión masculina plasmada en la novela, Lizoanca es lo ellos necesitan, un cuerpo del que pueden abusar. La niña recibe amenazas de los hombres con quienes ha tenido relaciones, por lo tanto, ella intuye que su libertad puede resultar perjudicada. Un ejemplo en concreto, es el de Vică, el policía del pueblo que constantemente la presiona para que se quede callada como condición para poder ayudarla para mantener su libertad y protegerla de las amenazas de su padre:

–¡No vayas a hablar con nadie! Pase lo que pase ni siquiera me nombres. Y del resto me encargaré yo. ¿Sabes que te ayudé con tu padre con lo de la escuela! Así seguiré haciéndolo en adelante. Pero tú ten también cuidado con este asunto.

Y a continuación le contó de los centros de acogida para niños, que eran mucho peor que cualquier cosa que ella hubiera podido imaginarse.

–Te apagan un cigarro en el cuerpo y no puedes ni quejarte. Si no te portas bien, yo me encargaré de que acabes allí. (Ruști 2014: 118)

El hombre se aprovecha claramente de su posición de privilegio para chantajearla y practicarle una suerte de tortura psicológica. Con esto ayuda a mantener el silencio de la niña, porque sabe que para ella la violencia física tiene efectos más inmediatos. Al mismo tiempo, es consciente del poder que tiene la niña y las consecuencias de revelar tal secreto, que implican incluso dejar de disponer del cuerpo de la menor. En estas circunstancias, observamos un caso de intercambio de la posición de vulnerabilidad, la niña tiene la condición de vulnerabilidad porque necesita protección y cuidado, y por el otro lado, se les atribuye vulnerabilidad a aquellos hombres que requieren la protección y ocultación del secreto por su comportamiento. Evidentemente, la mera sugerencia de que el policía puede llegar a ser un sujeto vulnerable resultaría tan cínico como la situación dada, sin embargo, dependiendo del caso y de la perspectiva con que se miren los hechos, la posición de vulnerabilidad puede llegar a ser igualmente relativa. Aquí no estamos hablando de una comunidad que funciona dentro de unos parámetros de normalidad, porque todo lo que allí sucede, la perspectiva desde la que cada personaje ve las cosas, especialmente los adultos, están

tergiversadas a conveniencia, abstrayéndose totalmente del orden establecido. Para el policía corrupto, sus actos podrían llegar a justificarse si pronunciase frases imaginarias como: “Todos lo hacen”, “Lo hago por ayudarla” o “No me queda otra opción”. Conviene resaltar de que si dentro del pueblo, así como a nivel estatal (o debería serlo, al menos si se pertenece al elitista club de la Europa moderna y unida), hubiese barreras infranqueables y no abiertas a justificaciones, es decir, una mayoría de edad establecida y respetada, unos entes de autoridad que deben actuar y proteger a los colectivos sociales que deben ser protegidos, una adecuada educación y comportamientos a nivel sexual, entre otros, entonces situaciones así no deberían presentarse nunca. El reconocimiento de la vulnerabilidad por parte de la sociedad y sus instituciones no protegen de por sí, ni tampoco otorgan una solución efectiva a los abusos sufridos por los colectivos más débiles y vulnerables, sino que simplemente representan un marco de intenciones, es decir, se busca establecer un comportamiento adecuado y condescendiente por parte de otros colectivos en situación ventajosa. Ese marco se apoya mayoritariamente en leyes, aunque en menor medida también en las tradiciones. Una sociedad con un gran legado en materia de igualdad de derechos, por ejemplo, no necesitará, por decirlo de alguna manera, menos “publicidad”, ya que existirá una inercia de comportamientos adecuados que probablemente se corrigieron en el pasado. Por el contrario, quienes aún tienen mucho camino por delante, necesitarán un pequeño empujón, un marco correctivo que prevenga y disuada de abusos que se pretenden evitar o corregir. La atribución de “la etiqueta de vulnerabilidad” trata, en definitiva, de establecer ese marco que promueva y facilite cierto grado de protección sobre los colectivos que efectivamente poseen tal “condición de vulnerabilidad”, o a quienes son “dignos de ser protegidos”.

Es decir, el cuerpo de la niña juega un papel importante en la novela porque reúne dos características consideradas opuestas, inocencia por un lado y poder por el otro. El desconocimiento en una niña como Lizoanca, sin una guía concreta o protección, conlleva apoyarse en el autoconocimiento o en la suposición. Resulta muy significativo que para Lizoanca la ropa no es un asunto central, sino que lo que más le preocupa a ella es el cuidado de su pelo. Considera que su cuerpo físico no es el objeto que atrae las miradas masculinas ya que siempre va cubierto por algún tipo de indumentaria, que la mayoría de veces es la misma. Por otra parte, sabe que no sucede lo mismo con su rostro y su cabellera, consciente de que siempre representan la parte visible del cuerpo de una persona. Además, Lizoanca quiere ser como su ídolo preferida, Trestiana, una niña cantante que aparece en la televisión. Trestiana

es una pequeña adinerada con un cierto estilo glamuroso. Se viste de manera impecable de pies a cabeza, y luce orgullosa su espléndida y limpia cabellera, siempre con una cuidada sonrisa ante las cámaras. Es lo que típicamente puede considerarse, siempre según los estereotipos de clase, una niña “bien”. El cabello de Lizoanca tiene el poder de generar tanto placer como libertad y actúa como símbolo de un tránsito de estatus.

Observó que debajo de la mesa había una botella grande de lavavajillas viscoso y perfumado y el barreño con agua estaba justo a la cama. Entonces decidió que debía arreglarse un poco el pelo. Cuando el sol saliera también acababa ella. Ahora tenía el pelo mojado, pero limpio. Puede que los piojos hubieran muerto porque se había frotado con fuerza y cada friega que se daba parecía que se le arrancaba un poco de la piel de la cabeza (Ruşti 2014: 45).

No es casual que el símbolo de su potencial erótico resida precisamente en su cabello, un elemento corporal convertido en topos literario y recurrente desde antigüedad. La melena como símbolo de la libertad tiene raíces más antiguas, como interpreta Patricia Montes Aristizabal:

en la antigua Roma las mujeres casadas llevaban el pelo cogido, mientras que las jóvenes solteras lo llevaban suelto. La cabellera larga y suelta ha sido además sinónimo de virginidad y pureza; esta parece ser la simbología a la que recurre Isaacs cuando pone a María en escena con su cabello suelto, siendo también bajo estas formas Efraín se acerca a ella con mayor libertad y naturalidad (2007: 128).

El cabello es un símbolo fascinante en la mitología y literatura universales que Erica Bornay considera que es un “mito, como agente fetichista, incitador de secretas imágenes en la imaginación del varón” (2010: 15). La melena femenina como potencial erótico representa una figura metonímica del cuerpo que reúne una sensualidad dominante, un arma de belleza y seducción. Asimismo, la cabellera influye en la descripción que se hace de una figura femenina: de la imagen de la virgen a la *femme fatale*, de la imagen de inocente a la imagen de la salvaje, de la sana a la loca. La melena es ‘un elemento perturbador’ en la sociedad masculina y bajo su apariencia estética se esconden las diferentes las facetas que individualizan a cada mujer. La cabellera puede ser interpretada como un elemento diferenciado que depende del grado de erotismo al cual va asociado según el contexto cultural, relacionándola con sus tradiciones y ritos. Según Erica Bornay los cabellos han ido adquiriendo más trascendencia con el correr de los tiempos modernos, ya no solamente por la importancia que cobra su cuidado y limpieza, generando incluso toda una industria a su alrededor (2010: 20).

Esta imagen idealizada es solamente un mecanismo de dominación, una forma de moverse en el ámbito de las apariencias y la construcción del femenino seductor siempre sumiso ante una mirada masculina que se perpetúa como dominante. En la novela, se utiliza la metáfora de la cabellera para ilustrar la situación precaria de la niña y subrayar la inocencia de la menor con respecto a algo que nunca ha tenido, como en este caso la falta de un champú.

--¿Tú tienes champú?

Grebla se rió de la pregunta. ¡Cómo no iba a tener champú! Todo el mundo tiene. De hecho en la tienda había una estantería solo de champús. ¿Cómo no la había visto? (Ruști 2014: 140)

El contacto con el mundo de la belleza surge cuando se encuentra por primera vez con la niña cantante, entonces descubre la fascinación por su apariencia física, especialmente la que otorga el cabello, ya que para ella representa una imagen que desearía tener. La niña estrella configura una entidad creada a través de la televisión en la que ficcional y real se entremezclan. En este cambio de perspectivas, la niña que aparece en la pantalla se transforma en un modelo para Lizoanca y de esta forma desea cuidar más de su apariencia para intentar asemejarse a su heroína.

3.3. Experiencias que se repiten. La memoria como vínculo entre cuerpos

En la novela de Nora Iuga el caso del aborto de la niña difundido por los medios de comunicación lleva a reflexionar sobre el poder del cuerpo femenino en la infancia. La voz autorial explica detalles biográficos sobre el deseo sexual de una niña y sus primeros contactos con su cuerpo. Este cuerpo se mueve a través de una serie de relaciones en que interviene su inocencia, y que al mismo tiempo modifican un valor humano a medida que se va sexualizando a medida que gana en experiencia. La inocencia infantil y la reflexión sobre la idea de que descubrir es un juego entre niñas y niños, hace que la narradora ponga a debate las implicaciones de tener contactos sexuales a una edad tan temprana. En su infancia, la niña comienza a inspeccionar su cuerpo, y a conocer su clítoris, cuya función es la de dar placer: “Nora, acaso no te habrás olvidado, cariño, cómo anhelábamos a los diez años meternos a carmelitas, aunque eso no quitaba que nos guardáramos a escondidas una guindilla roja, cuando íbamos al cobertizo de madera del fondo del patio, para metérnosla por la rajita; nos picaba un poco, pero nos gustaba mucho” (Iuga 2009: 39).

Reflexionar sobre la sexualidad y los deseos de las niñas, a través del propio cuerpo propicia otro tipo de miradas sobre las vivencias eróticas de las niñas y hace posible que diferentes subjetividades se tornen visibles en donde puedan existir sensaciones y sentimientos que se ocultan tras los tabús. Los cuerpos de niñas se encuentran en el límite entre moralidad y el deseo sexual, entre la inocencia específica de la edad, la curiosidad y el poder de decisión sobre el propio cuerpo. La narradora abre una reflexión sobre las implicaciones de que una niña mantenga relaciones sexuales con su propio tío y hasta qué punto los límites coinciden o no con los deseos personales. La novela cuestiona qué personas tienen la capacidad y el derecho de expresar sus deseos eróticos, hablar sobre sexualidad y experiencias corporales, o sobre como las niñas se consideran parte de un grupo inferior imposibilitado para tomar decisiones sobre su cuerpo, y por eso, cuando la condición y la etiqueta de vulnerabilidad se entrelazan, se llega incluso a tomar decisiones en su nombre.

Nora Iuga pretende entender el momento de la transición como un período que subraya una aproximación de las obligaciones y pautas de comportamiento que quedan entrelazadas con las expectativas de cada ser humano. La niña romaní en su etapa de desarrollo no conoce el mundo exterior ni sabe cómo reaccionar ante él. Más allá de la ruptura que significó la caída del comunismo, los mismos temas siguen siendo tabús en la mentes y tradiciones todavía ancladas en aquellas épocas pasadas. En consecuencia, el hecho de que salga a la luz un caso escandaloso o poco habitual, lleva a que un simple suceso haga mella en la sociedad y provoca que la misma no sepa como reaccionar ante tal situación. Resulta muy importante la masificación de la información y de los medios televisivos propiciada por la apertura económica. Todos estos medios juegan sus cartas de la manera más conveniente a sus intereses de *rating*, mientras tanto, el público televisivo, desorientado, observa los acontecimientos con gran expectación o incluso morbo. Este público novato e infantilizado, se sirve en bandeja al espectáculo y amarillismo periodístico, entrando en sintonía con lo que sea que les sugieran los presentadores, olvidando lo que es más inmediato al ser humano, la cotidianidad, la inocencia, la voluntad, los intereses y la protección de la niña. Ante el televidente el pasado y el presente chocan: censura vs. libertad periodística, tabú vs. visibilización, prohibición vs. permisividad. La televisión aproxima al espectador a la nueva realidad, le sugiere que ahora existe una libertad que permite abrazar los deseos de las personas, aun cuando todo transcurra en una pantalla; ahora todo parece real y posible. Incluso las fronteras que delimitaban los espacios públicos y privados están desintegrándose

y permiten la fluidización de las categorías, como afirma Sibilia: “la privatización de los espacios públicos es la otra cara de una creciente publicitación de lo privado, una sacudida capaz de hacer tambalear aquella diferenciación de ámbitos antes fundamental” (2008: 28). Se constata una crisis de las definiciones de las categorías público, privado e íntimo y esta mezcla de los espacios produce un desplazamiento hacia la intimidad, pensado en términos de curiosidad hacia los ámbitos de la existencia que solían ser percibidos como privados.

En esta novela se pone a debate el futuro de la niña: tiene la posibilidad de ir a Reino Unido, y practicarse allí un aborto también de manera legal, pero a su vez evitando el morbo local de los medios televisivos, ahora masificados, y que en la actualidad pueden debatir el tema sin tapujos. El amarillismo periodístico es proporcional al morbo que levanta el caso en una sociedad que no está acostumbrada a tratar estos temas. Más allá del hecho, lo importante es que lo que el espectador realmente ve es el choque contra el pasado, y que ahora tiene la posibilidad de alcanzar una libertad aún mayor. En este sentido, Debord habla del individuo como un espectador que ha renunciado a su agencia a favor de la contemplación y afirma que: “cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en las imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo” (1992: 16). El paso al capitalismo ha ocurrido de manera muy abrupta, y será fundamental ir sepultando las ideas preconcebidas del pasado. En ese camino, continuarán siendo desconocedores de su propia posición de vulnerabilidad, que los convertirá en presa fácil ante los mecanismos de manipulación de la sociedad moderna, que se aprovecharán de su infantilismo y falta de experiencia.

Nora Iuga hace una crítica a la sociedad cerrada arraigada en unos principios de vida anclados en los estereotipos del pasado, reivindicando la diversidad de perspectivas, la libertad para desear libremente y la comprensión de los individuos como seres humanos distintos y pasionales. Por lo tanto, los dos cuerpos, el del pasado, con la narradora que recuerda su infancia y el de la niña en el presente, que implica una nueva retórica corporal para una dinámica social condicionada por una estructura de resistencia y rebelión. De este modo se busca un espacio habitable, en el cual todos “los cuerpos importen” (Butler 1993: 21), donde no existan prejuicios al hablar sobre sexualidad y deseo, o donde pueda hacerse sin riesgos ni obstáculos. En esta novela, la narradora recurre a la infancia para mostrar complicidad entre la niña del pasado y la niña del presente, pero también como un suerte de terapia por medio de la memoria que le permite explorar el territorio del pasado, a través de la mirada a las raíces

propias de su sociedad con el fin de entender qué cosas pueden considerarse formantes de la normalidad y cuáles no, determinar lo que estaba permitido y que ahora quizás posea un significado diferente respecto las maneras de abordar los espacios y los afectos.

Cuando en la novela se hacen referencias a la memoria de la infancia de Nora, consigue retrotraernos a cómo se entendían entonces situaciones del presente, como el aborto. Las reglas entonces establecidas entraban en consonancia con la inercia patriarcal, ya que la potestad de decisión del estado sobre el cuerpo estaba fuera de discusión y lo confinaba en la ilegalidad absoluta, ya que el Estado debía asegurarse de que las mujeres cumplen su rol primordial de procreadoras.

Las mujeres no podían decidir cuándo dejar de tener niños, no les correspondía a ellas decidir o, en todo caso, únicamente podían quedar a merced de las limitaciones propias de su edad o del ritmo biológico de sus cuerpos. El ritmo sexual de las mujeres la mayoría de las veces quedaba relegado al que pudieran sentir sus maridos. Es más, este *modus operandi* era, en cierta forma, casi legitimado por el Estado cuando este promulgaba sus leyes favorables a la procreación, en las que las mujeres era “un actor” primordial, pero siempre sometido al dictado de las decisiones de otros, y atrapado en una sociedad inequívocamente patriarcal.

Con todas las consecuencias que estas políticas han acarreado para esas mujeres, llegarán una memoria, en muchos casos traumáticos, que también formará parte de un futuro que sería muy distinto y que por entonces desconocían. Ese recurso constante al espejo del pasado desde el presente se propone una interpretación de esos cuerpos concebidos en un sistema de pensamiento persistentemente patriarcal, y en el que los sujetos femeninos continúan ocupando un lugar subsidiario y subalterno, aunque con los matices de una libertad de doble filo, en donde ahora lo mediático, lo económico y lo normativo entra en juego. La novela muestra esos cambios y choques que siente el espectador, cuando de repente cuestiona hasta qué punto ahora son la sociedad y los medios quienes parecen tener la potestad de las decisiones sobre la niña, relegando a segundo plano la voz de la familia, del estado más próximo y primordialmente, de la niña y sus sentimientos.

Por otra parte, también se describe el pasado de la narradora como un elemento de conexión entre el cuerpo de una mujer anciana (la propia autora) y la niña. En los *flashbacks* que la autora introduce en la narración también se alude a la falta de apoyo por parte de la madre a la hora de enfrentar esas circunstancias; su actitud pasiva sugería de alguna manera, que otros debían llevar las riendas y tomar las decisiones. Lo mismo le sigue ocurriendo a la

niña embarazada. Al relegar estas importantes decisiones sobre su propia hija a otros sujetos ajenos a la propia familia, en cierta forma no hace más que contribuir a la continuidad a un *habitus* conservador, cuyas pautas preconcebidas son compartidas por los sujetos que conforman esa comunidad. El *habitus* refuerza el tabú y confina en la privacidad cuestiones como estas.

Resulta problemática la interpretación del papel de la víctima y las decisiones que se toman sobre una persona que se encuentra en esta posición. Se omite, por momentos, todo tipo de compasión y/o comprensión ante la situación de inferioridad y vulnerabilidad de la víctima con respecto al agresor, casi convirtiéndola en la culpable de facto. La autora recurre a la ironía para explicar que el cuerpo no debe ser el objeto de la culpabilidad ante una agresión sexual: “Quizás una solución óptima también podría ser la de pegar los labios de la mujer (no sé si los de arriba o los de abajo) con esparadrapo o incluso confeccionar un bozal” (Iuga 2010: 40). Por el contrario, también se debe reflexionar sobre los otros factores que entran en juego, el funcionamiento de la sociedad, los derechos y obligaciones, la perversión del agresor, y la propia vulnerabilidad del cuerpo victimario. Llegado el caso, no se puede obligar a una niña a reprimir sus deseos y sentimientos, ya sea mutilando su cuerpo o presionándola física y psicológicamente con la única finalidad de prevenir los eventuales abusos.

Por el hecho de que la víctima es una niña y se trata de un caso de vulnerabilidad extrema, se abusa de la protección y el cuidado y por lo tanto se le reduce la capacidad de acción e interacción. Además, con las paradójicas ‘medidas de protección’ establecidas por la sociedad en un intento de reducir el contacto físico entre una niña y un adulto, se le determinan las formas en que ella puede actuar sobre su cuerpo y, para que este pueda de ser protegido adecuadamente, tiene que atenerse a ciertas limitaciones y lograr reprimir sus deseos sexuales. Estas medidas de protección pueden significar una forma de control incluso si se supone que es bienintencionada y, además, el incesto (al igual que sucede con la pedofilia) no está reconocido e implícitamente también está prohibido. En consecuencia, el cuerpo de la niña se convierte en objeto de negociación entre lo que significa la normalidad y su propio deseo. La narradora también cuestiona la curiosidad infantil en relación al deseo de saber más acerca del quehacer sexual; puede tener en la vida anímica de la niña un efecto represor que, en la edad adulta, podría interferir en la práctica de su vida sexual.

El caso de la niña se vuelve popular cuando el caso llega a la televisión, específicamente a un *talk show* cuyos debates pretenden ser objetivos y categóricos, pero que sin embargo relativizan las cuestiones que conciernen a los sentimientos y deseos de los individuos. Traen al plató a diferentes expertos en diferentes disciplinas, pero cada uno prioriza y opina a partir de sus propios conocimientos, en un enfoque que muchas veces carece por completo de empatía porque esos expertos son una suerte de ‘tecnócratas’ en sus respectivas disciplinas.

El debate se muestra como una forma de reflexión sobre el papel de las menores en la sociedad contemporánea y en qué estado se encuentran ellas en relación con sus protectores. Como se ha dicho la posición de la narradora se puede entender como subversiva, dada su manera de explorar la verdad y en este sentido cuestionar quienes tienen razón y quienes no. La memoria se presenta como un factor importante en relación con la infancia actual y de esta forma se acude a este juego entre el pasado y el presente para ilustrar la condición de un ser humano, y su vulnerabilidad en una de las formas más extremas, a través de la inocencia de cada sujeto. Es decir, los placeres en la infancia pueden ser sexuales aunque se imponga no hablar de estos temas, en gran parte por todo lo que se había construido y concebido en el comunismo y las limitaciones impuestas por el régimen totalitario. Sin embargo, una vez que el capitalismo hace presencia, se impone un control del cuerpo, que lo lleva a ser dependiente y sumiso a unas leyes pero también a sus supuestos protectores. Aunque los tiempos hayan cambiado, la manera de sentir, desear, explorar o buscar encuentros íntimos es la misma que en la época de la infancia de la narradora.

La situación de la niña, gitana, y que por lo tanto suma la minorización por razón de raza a sus otros rasgos identitarios (como se verá en el subapartado 4.3) se explica en relación con el pasado de la narradora, en concreto, la infancia, recurriendo a una visión subjetiva y a la experiencia de los hechos ocurridos. La memoria así entendida constituye una acción de interpretación del pasado que se realiza de manera continua en el presente y tiene efectos en la construcción de realidades y maneras para intentar entender el presente. El recuerdo ahonda en la superficie más sensible de lo más íntimo como un ejercicio de descubrimiento y conocimiento que abriría nuevos significados y sentidos sobre la infancia. Incluso enfatiza el problema de la continuidad y los modos de continuidad de la sociedad, de modo que para lograr ejercer un cuestionamiento sobre la infancia en Rumania, se requiera hacer algunas reflexiones sobre experiencias vividas de una generación anterior. De hecho, una cuestión

interesante a la hora de analizar la infancia en relatos que contengan un sustrato autobiográfico, como ocurre en este caso, es resaltar que las representaciones sobre este período deconstruyen la imagen idílica de las niñas instalada en la mentalidad de las personas. En esta lectura, se observa que Nora Iuga plantea el hecho de que los cuerpos en la infancia importan, cuestiona el establecimiento de categorías a modo de simples etiquetas, y sugiere que también hay que reflexionar acerca de las implicaciones consideradas objetivas, en el sentido de que ampliar lo que se considera víctima y agresor.

La novela muestra constantemente que la sociedad rumana navega en los mares de la confusión al tener que lidiar con el presente y con el pasado al mismo tiempo. A modo de ejemplo, puede observarse que el sistema ahora establecido muestra a un sector protegido y mimado por la modernidad, como lo es todo lo que se enmarca dentro de la “libertad de prensa”, se le atribuye fácilmente la etiqueta de vulnerabilidad sin medir realmente las implicaciones y esto puede llevar a reconstruir las relaciones de vulnerabilidad. Y sumado a todo ello, el tratamiento y concepción que se tiene de la infancia.

3.4. El poder de la niña para repensar la estructura de la familia

En la novela *Kinderland*, la conjugación entre inocencia y poder está expuesta en relación con la ausencia de la familia durante los períodos más importantes de la infancia, algo que da lugar a la constitución de un nuevo espacio coordinado por una niña de doce años. La menor lleva a cuestionarse nuevas maneras de comprender situaciones similares a la suya. Sus padres han migrado en búsqueda de una vida mejor y, por consiguiente, desde su inocencia infantil muestra un poder que se formaliza a través de su capacidad de actuar en ese nuevo universo de prematura adultez creado por ella. Marina Warner al hablar sobre la inocencia de la infancia y la consideración de “natural”, sostiene que los niños y niñas son “inocentes porque son criaturas ajenas a la sociedad, pre-históricas, pre-sociales, instintivas, sin razón, primitivas” (1995: 56). En esta descripción, la infancia debe ser entendida como una construcción histórica, política, social sometida a las relaciones de poder y por ello se hace referencia a los niños y las niñas desde una perspectiva inocente y protectora que debilita sus capacidad de protección, o a la falta de responsabilidad por parte de los adultos. La niña de la novela no dispone de la protección total de su familia, escindida en dos por la ausencia parental, y esto hay que añadir sus carencias y diferencias físicas en comparación a las personas adultas. Sin embargo, en este caso, las condiciones sociales y la situación económica hacen

que la niña modifique su manera de vivir y olvide su papel de niña inocente, en lo que a la experiencia respecta, convirtiéndose en una niña con poderes para organizar una familia, y representar una figura del tutora para sus hermanos: “¿Cómo puede Cristina, tan flacucha y bajita, solo piel y hueso, como si la llevara el viento, hacer correr a unos mocetones tan grandes, gordos y fuertes con madre y padre?” (Corobca 2014: 10).

La articulación que ofrece del cuerpo de la niña, su condición social y sus deseos de proteger a su familia, incide en un cambio de perspectiva hacia las niñas. En este caso la vulnerabilidad de la niña representa una exposición ante todos aquellos que supuestamente tienen el poder, como una resistencia que prevalece ante los que quieren perjudicar la cohesión familiar. Incluso, se puede decir que en este caso los cuerpos vulnerables también pueden hacerse fuertes al unirse solidariamente y, en consecuencia, ayuda a entender que el núcleo familiar instaurado puede llegar a convertirse en un espacio en cual resulte posible mantener una resistencia ante diversos pilares que condicionan el sistema patriarcal.

¿Para qué quieres padre? ¿Para andar con la boca partida, con sangre en la nariz, con hambre y hecho un pordiosero, y esconderte en casa de los vecinos? Has visto como todos los niños vienen a casa, porque es mejor estar sin padre. Comemos todo tipo de exquisiteces de la tienda, todo lo que deseamos, porque tenemos dinero para comprárnoslo, tenemos juguetes y si no tenemos con quien jugar, todos los niños vienen a casa, porque ellos no tienen y quieren robarnos un juguete o solamente estropearlos, por envidia (Corobca 2014: 20).

La niña observa y es consciente de la precariedad y violencia que existe a su alrededor, y la percepción de este hecho le ayuda a asumir la ausencia de sus padres, quizás a modo de consuelo u auto comparecencia. Se siente privilegiada por no tener una situación como la de los otros niños, quienes sufren abusos por parte de sus padres y viven en total falta de libertad por estar bajo su potestad. Aquí se distinguen claramente dos tipos de vulnerabilidad y precariedad diferentes, por un lado los otros niños crecen en esa situación de violencia y problemas económicos, pero aun constituyéndose dentro de una misma familia problemática pero indisoluble, mientras que la niña protagonista de la novela y los hermanos de esta crecerán también en un ambiente carente de amor y unión familiar, y sin protección, modelos ni guías que les ayuden a transitar y ganar experiencia en la vida a un ritmo de aprendizaje que se enmarque dentro de la normalidad (aquella característica e impuesta por el ámbito social) propia de sus edades.

La falta de los padres es sustituida por una libertad entendida como la posibilidad de cubrir su necesidad de productos habituales, que para la niña es más importantes que la sumisión y la violencia patriarcal. Se trata de entender que la fragilidad característica de la edad de la niña (esencialmente debido a las limitaciones físicas sumadas a la falta de experiencia general) queda en medio de una relación entre lo material y lo afectivo, entre tener protección y apoyo de parte de los tutores y no tener dinero ni bienes materiales, frente al consuelo de conseguir crear un espacio propio y material en el cual se puede mover con cierta libertad. La niña tiene impulsos y necesidades propias, experimenta con ellos y al mismo tiempo las percibe como formas no condicionadas por el control familiar o social, reiterando y reinventando nuevas dimensiones de entendimiento de los nuevos contextos en cuales se desarrolla.

A los doce años, los niños son personas muy grandes y responsables, cuidan también a otros niños más pequeños. A los doce años, ya no lloran por estar con mamá o con papá y hacen limpieza general los viernes o los sábados. A los 12 años, hago pastel para mis hermanos (...). No lloro nunca, ¿caso sirve de algo? Vivimos bien, tenemos de comer. Tenemos perro y gato en casa, y también un cerdo y gallinas (Corobca 2014: 58).

La novela está escrita en la primera persona, desde la mirada de la niña protagonista, por lo tanto, los pensamientos de Cristina se reducen a su universo rural, donde la infancia no tiene nada de idílico y donde niñas y niños deben luchar para subsistir, sobrevivir y aprender convivir juntos.

En los años posrevolucionarios, el rural se convirtió en un espacio problemático debido a la despoblación y la falta de mano de obra. Las perspectivas de trabajo de otros países más desarrollados han dado lugar a migraciones masivas desde Europa del Este hacia Europa Occidental. Las personas con posibilidad de participar del mercado laboral se han ido en búsqueda de un futuro mejor, y este fenómeno tiene una gran importancia en lo que concierne a la estructura humana y social. La comunidad se reorganiza, los sujetos tienen otras valencias en este espacio y la figura de una familia en su sentido patriarcal, se desestabiliza. Una vez consumada la salida del comunismo, la pobreza en los países del Este se había incrementado y los que se quedaron en casa fueron mayormente los jóvenes y los ancianos. Remus Gabriel Anghel y István Horváth (2009) analizan el fenómeno de la migración en Rumania, pero que también este estudio también se puede aplicar a la situación de Moldavia, subrayando el hecho que la migración funciona como un *pattern* que puede

ayudar a los que deciden cubrir la distancia que existe entre el estatuto de persona adulta y las posibilidades restringidas de acceso a un trabajo estable en la zona rural. En este sentido, las personas que migran desde el Este, además del dinero, también busca participar en la vida social, es decir intentan integrarse en el sitio de acogida.

Una de las consecuencias del fenómeno migratorio es que las niñas pasan a actuar como adultos manteniendo su posición como niña, así en *Kinderland*, la protagonista aún anhela tener el tiempo suficiente para poder disfrutar de su infancia. A la niña se le ofrece una falsa visión sobre la verdadera situación familiar que le toca afrontar. Se convierte en pilar esencial para su familia, pero no por decisión propia sino porque no se le presenta ninguna otra opción alternativa dadas sus circunstancias sociales o económicas. La precariedad supone una herida constitutiva de la subjetividad e implica una apertura radical a la otredad. En este sentido, esa subjetividad victimizada se encuentra en un estado de esclavitud que puede ser entendido a través de una reducción no voluntaria de su capacidad de acción. Por lo tanto, siguiendo esta idea, la víctima necesita compasión, protección, aun cuando ello implique reducirla a una posición bastante cerrada, sin capacidad de actuación. Judith Butler sostiene que:

the body is exposed, to history, to precarity, and to force, but also to what is unbidden and felicitous, like passion and love, or sudden friendship or sudden or unexpected loss. Indeed, everything unexpected about loss might be said to touch upon a vulnerability that we have that we cannot predict or control in advance. In that sense, vulnerability denotes some dimension of what cannot be foreseen or predicted or controlled in advance (2014: 114).

Una condición económica precaria lleva a muchos de los habitantes de un país a la migración como alternativa para sobrevivir y esto, de forma inesperada y desesperada, lleva a la indefectible reorganización del ámbito familiar. En tales circunstancias, la menor, que tiene a su cargo a sus hermanos, gana el poder de toma decisiones parental, se convierte en la persona responsable de su familia. La “adulterez” precoz e inesperada de la niña no significa abandonar su situación de precariedad, sino que tal condición en realidad la lleva a encontrar nuevas maneras de actuar en su vida que le ayuden a reconfigurar las relaciones con sus hermanos con el fin de asegurar la supervivencia y protección mutuas.

El presente de un pueblo rural como el de *Kinderland* es consecuencia del pasado. El punto de inflexión se marca en el momento en que finalmente se abandonó el comunismo. Las consecuencias sociales, aun cuando parezcan invisibles, son más profundas de lo que una

sociedad ex comunista pueda admitir sin dejar en evidencia ese estado de precariedad y vulnerabilidad en el que ha quedado. Para su gente, el cambio debía suponer un tangible antes y después y, sin embargo, solo más tarde que se dieron cuenta de que en realidad habían quedado sumidos en una lenta transición hacia el bienestar que tanto anhelaban, con todas las implicaciones que ello conlleva.

4. Renegociar la vulnerabilidad. Factores de desestabilización en las novelas

En cada una de las novelas existe un elemento perturbador que influye e incide directamente en la vida de las niñas y su capacidad de reacción a esos estímulos exteriores. La reflexión sobre el hecho de que la vulnerabilidad representa la condición ontológica de toda existencia, señala una forma de entender la subjetividad del otro, de abrirse a la posibilidad de ser pero también a ser dañada. Entre otras cosas, exponerse al otro, implica una situación en la cual la idea de cuidado necesita ser revisada para no tener una apreciación injusta sobre en qué consiste la responsabilidad de otros o la sociedad y qué también puede traducirse en desigualdad y violencia. Las niñas representan un caso extremo de vulnerabilidad que pueden ayudar a desarrollar otra sensibilidad, otra manera de ver el mundo, otra perspectiva de entender y comprender el mundo. Judith Butler dice:

the body implies mortality, vulnerability, agency: the skin and the flesh expose us to the gaze of others, but also to touch, and to violence, and bodies put us at risk of becoming the agency and instrument of all these as well. (...) Is there a reason to apprehend and affirm this condition of my formation within the sphere of politics, a sphere monopolized by adults? If I am struggling for autonomy, do I not need to be struggling for something else as well, a conception of myself as invariably in community, impressed upon by others, impinging upon them as well, and in ways that are not fully in my control or clearly predictable? (2004: 26-27).

En este sentido, las niñas descubren la interacción con otras personas como una manera de reconfigurar las posibilidades en cuales se mueves, actúan, viven, pero también empujadas por el contexto social o por las capacidad de acción y reacción a los injustamente controlan sus vidas en el nombre de la dependencia y la protección.

4.1. Cuando la etnia interrumpe el orden. Sonia y el niño romaní

En *La cruzada de los niños*, se observa como la niña se relaciona con otros cuerpos de la misma generación, pero en especial, con la etnia, la romaní. Una vez neutralizado el tutelaje que ejercían los adultos sobre ellos, logran socavar la autoridad de los pedagogos y se aprovechan de la falta de control de sus padres. El personaje que altera la normalidad es un niño romaní que se une por casualidad al grupo y logra alterar sus inercias sociales. Es la persona que, desde el anonimato, activa todas las acciones que los otros niños realizan y quien utiliza a su especial “delegada”, la niña Sonia, para lograr convencer a los niños de tomar las decisiones

que les permitirá convertirse en los nuevos controladores del tren. En este apartado, desarrollaremos una reflexión en torno a la vulnerabilidad de ambos sujetos, y cómo se construye la interdependencia entre ellos.

El niño romaní implica una perturbación en la normalidad del mundo disciplinario de los niños, el cual comienza delimitado por la disciplina ejercida por sus tutores. Calman proviene de una familia pobre que le ha enseñado la vida callejera y que siempre ha tenido una duras condiciones de vida ya que ha sufrido abuso, explotación y violencia por parte de los adultos. Ha sido criado por su abuela, que practica la brujería, y también por su hermana, a quien, por desgracia envían a un centro de acogida de menores. El niño gitano logra vivir su infancia en las calles y realiza diversos trabajos en que se explotan su condición de pobre para satisfacer los deseos eróticos de otros.

Calman no era consciente de que estaba dotado con un pene tan imponente y apto para pequeñas perversiones inocentes de la cámara digital, y cada vez que el Holandés apuntaba hacia él, el ojo mágico de aquella le daba la impresión de oír cómo alzaban el vuelo unos pájaros gigantescos cuyos graznidos lejanos le llenaban el cuerpo de llamaradas elevadas e insoportables, un día sus juegos excitaron de una manera tan atormentada al Holandés apuntaba hacia él ojo mágico y se postró a cuatro patas sobre la alfombra y, con una desesperación suplicante en la mirada, volviendo hacia Calman la blancura húmeda de su culo de marica, le imploró que se la metiera, salmodiando sin parar en su rocoso idioma (Ilis 2010: 81).

El niño posee un cúmulo de experiencias sociales y de esta forma se modela en función de las personas con quien tiene contacto. Por lo tanto, se crea una necesidad de relacionarse con las personas que lo rodean y busca en ellas ayuda, protección e intenta que el proceso de aprendizaje sirva para adaptarse e integrarse en una comunidad. Como nunca tuvo una familia que le protegiera, la vida idílica que imagina se construye a través de la imagen de los niños del tren. Está en una posición de subalternidad, en el sentido de que no disfruta de ningún privilegio, no tiene una casa estable, tampoco padres que se preocupen por él o ayudas del Estado. El concepto de “subalternidad” se utiliza aquí como una categoría situacional, tal como la entiende Gayatri Spivak y retomada por Ileana Rodríguez, que sostiene que:

el término subalterno se presenta así como múltiplemente articulado. Por un lado es un concepto que se usa como metáfora de una o varias negaciones, límite o tope de un conocimiento identificado como occidental, dominante y hegemónico, aquello de lo que la razón ilustrada no puede dar cuenta. Por otra parte, subalterno es una posición social que cobra cuerpo y carne en los oprimidos. Y por otra es aquella

condición que genera la colonialidad del poder a todos niveles y en todas las situaciones coloniales que estructuran el poder interestatal (2001: 17).

Calman sentía una atracción por ese nuevo mundo que, hasta aquel momento, nunca había tenido la oportunidad de conocer. Para él también significaba experimentar con una nueva forma de bienestar que se basaba en una supuesta estabilidad, que se intuía perfecta, feliz. Sonia es la persona que primero se le acerca, un acercamiento originalmente propiciado por atracción física que siente hacia él.

Sonia no despegaba los ojos de él, sus palabras rozaban sus oídos sin que las pudiera detener y, por lo tanto, sin entender su significado, lo miraba como hechizada, tenía el pelo de color rubio ceniza, desgreñado, y su cuerpo parecía no haberse cruzado últimamente ni con agua ni con jabón, pero eran detalles insignificantes que poco importaban en comparación con la impresión que le producía era algo indescifrable en su mirada, una vaga pero irresistible promesa de un sueño hermoso cumplido que la mantenía inmóvil en el sitio, tenía la sensación de que se había convertido sin saber cómo en la protagonista de una película fascinante (Ilis 2010: 149).

Esta atracción ofrece una doble lectura del fragmento: la aspiración de lo anormal, lo salvaje, lo poco común, que la niña desea y al mismo tiempo constituye la perpetuación del modelo patriarcal al que ya está acostumbrada y que ya es parte del *habitus* de su comunidad. El elemento desestabilizador en este contexto radica en el hecho de que el niño proviene de una minoría problemática para el discurso normativo rumano postcomunista en donde el hombre debe ser blanco (aunque este aspecto también se contemplaba durante el comunismo), tener una buena situación económica y estudios universitarios. El niño se inscribe en el relato desde una posición ambigua porque tiene la piel “blanca como la leche” (Ilis 2010: 31), creando un efecto de invisibilización étnica y, por lo tanto, de suspensión de los prejuicios. La estrategia de la autora se basa precisamente en erosionar la imagen estereotípica que se tiene sobre el color de piel de los que provienen de la etnia romaní, asignando un estatus de igualdad con los otros niños a través de su apariencia física incluso a través de su fuerza física. El pequeño romaní de la novela pretende esconder su identidad racial, su familia, su procedencia o situación, para conseguir estar al mismo nivel que los otros menores del tren: “¡Calman! pronunció el niño su propio nombre ante los alumnos de sexto y ante Tiberiu, acerca de la coja de Stela, de su parentesco gitano y de su país de origen, la calle, no dijo ni mu, se limitó a darles la mano, esforzándose por quedarse con sus nombres”

(Ilis 2010: 175). De esta forma, el Calman logra que el resto de niños se alejen de las concepciones infundadas por su contexto social.

La imagen sobre los gitanos ha cambiado después de la caída del comunismo. El racismo se incrementó en la época de la transición debido al hecho que no estaba bajo la protección del estado. Ceaușescu, en su deseo por construir una sociedad en la cual cada persona tenía debía aportar y contribuir a través del trabajo, castigaba cualquier forma de racismo.

The Romanian dictator Nicolae Ceaușescu had the opposite idea. He wanted both Romanian and Romani women to bear as many children as possible, and incentives were offered, while birth control and abortion were outlawed. (...) They were, however, protected from violence against them by racists under the comunist laws. Massive discrimination existed, as it always had, and still does, but their lives were not in danger from murders and violence by non-Roma (Glajar, Radulescu 2009: 12-13).

La construcción de una nación igualitaria se basaba en el ideal de que todas las personas, los gitanos, también formaba parte del mismo y ayudaban al aumentar de la población, hecho que al mismo tiempo satisfacía al modelo de la política socialista. El paso a la democracia, por un lado les permitió a los gitanos empezar a vivir una vida conforme a sus tradiciones, pero por el otro el derecho a la educación de los niños se convierte en un lujo para el que no disponen de recursos financieros ya que viven en condiciones precarias. A esta situación también ha contribuido el odio étnico y la dificultad de la población gitana para encontrar un puesto trabajo. Al mismo tiempo recibe ayudas del estado que como sostiene Valentina Glajar:

Instead of the communist paternalistic assimilation programs, Roma were now subsidized by welfare, which, for families with children, provided more income than the type of menial work they might be able to obtain if lucky. This is creating a welfare culture with the predictable loss of self-esteem, increase in alcoholism, drug abuse, family violence, pretty crime, and other social problems (2009: 15).

En la novela, el camuflaje del estatus especial de vulnerabilidad de Calman es gracias al nuevo marco de reglas y disciplina que construyen los propios niños en el microcosmos del tren al dejar fuera de sus decisiones o influencia a sus tutores habituales, es decir, profesores o sus respectivas familias. Al omitir su procedencia étnica, el niño pasa a participar del estatus común en el cual se enmarca la categoría representada por el resto los niños, y donde la vulnerabilidad pasa a utilizarse como un medio más para negociar su posición según sus

intereses. Este hecho queda en evidencia cuando se restablecen los roles de la autoridad y se intenta culpabilizar al niño romaní de todos los sucesos acontecidos, porque es el único personaje que está en situación de precariedad y soledad.

De esto se deduce que, de un modo u otro, se restablece la “normalidad” impuesta desde “arriba”, quizás mediante una clase social aventajada (a menudo burócratas o integrantes de instituciones privilegiadas) que tiene un *habitus* de clase privilegiada, abstrayéndose de las características y eventualidades que afectan a aquellas familias, colectivos o instituciones para quienes ellos dictan las normas o leyes. En consecuencia, a aquellos que pertenece a una clase no privilegiada son quienes se comportan incorporando de forma inconsciente, y sin cuestionarlo, la obediencia a las leyes. El *habitus* es un elemento decisivo en este caso: crecemos en una determinada sociedad y no nos cuestionamos nunca porque debemos ir vestidos por la calle, comer con cuchillo y tenedor, asearnos, u obedecer y respetar a los mayores sin contemplaciones cuando somos menores.

Judith Butler sostiene que cuando se habla sobre el hecho de que alguien en la infancia es vulnerable, se automaterializa:

porque precisamente nuestro enunciado es el que lleva a cabo dicho reconocimiento, lo que prueba que la vulnerabilidad se sostiene en el acto de reconocimiento. (...) La vulnerabilidad adquiere otro sentido desde el momento en que se la reconoce, y el reconocimiento tiene el poder de reconstituir la vulnerabilidad” (Butler 2006: 71).

Cuando un determinado sujeto o entidad logra el reconocimiento a esa vulnerabilidad que se le intenta atribuir como producto de la interacción con su entorno, en ocasiones es posible que pueda reconstruirla, e incluso utilizarla según intereses propios. El sujeto vulnerable logra entonces revertir su condición y la infunde sobre otros, mediante cualquier tipo de dominación o negociando su influencia en las decisiones ajenas. La fragilidad del sujeto cobra sentido cuando él mismo la asume, se atribuye la condición que el otro intenta imponerle o hacerle sentir. Es decir, lo que sucede a su alrededor y los tratos e influencias que una persona recibe, determinan en mayor o menor grado la vulnerabilidad. En la novela, Calman descubre un nuevo marco contextual que es aquel que está delimitado por el tren, y aun siendo consciente de su situación, logra jugar el rol de agente de vulnerabilidad, comenzando por ponerse en una situación de igualdad con el resto de niños. A continuación, entra en un nuevo mundo normativo a través de su enlace femenino:

Calman, un chaval andrajoso de las alcantarillas, podía besar a una niña que procedía de una realidad que se parecía mucho más a un cuento que la vida de la calle que él conocía, incapaz de encontrar la manera alguna de oponerse al impulso irrefrenable que sentía, le rozó levemente los labios, Sonia se ruborizó, aturdida pero antes de que pudiera escapar como un animal salvaje acorralado, Calman depositó en su mano el anillo de la hechicera con la impresión de que le confiaba toda su vida (Ilis 2010: 150).

Desde esta posición, el niño empieza a cuestionar su subalternidad, porque consigue desestabilizar el orden interior, pero no lo hace a través de la integración en el grupo soberanista de los niños sino que organiza el grupo para tener control del tren. Para enfatizar este contexto, la niña actúa y piensa a través de su dedicación al otro. Es ella quien tiene la posibilidad de la movilidad social; el niño gitano no dispone de esta opción.

Una vez constituida esta relación hay que subrayar que Sonia tiene fijadas las características estructurales, aquellas que son invariables por su propia condición de ser niña, y con el conjunto de permisividades y prohibiciones que transcurren en los primeros años de la existencia. Sin embargo, también se rige por el desconocimiento propio de su corta edad, lo que le permite dudar sobre cómo debe proceder ante nuevas circunstancias, en especial en ausencia de sus tutores. Por ello, la niña comienza dudando sobre cómo debería comportarse con el niño romaní:

Sonia no sabía cómo reaccionar ante este torbellino de sentimientos, incompatible con todo lo que había aprendido hasta entonces, le parecía oír a su abuela diciéndole que no podía hacer lo que le había pedido el niño, si le hubiera preguntando por qué, ¡estaba segura de que su abuela le había respondido que no está bien hablar con extraños o hacer lo que te pide el primero que pase! al mismo tiempo había algo vago y difuso en su interior que la empujaba a prestarle oídos al niño!, ¡estaba totalmente convencida de que no tenía mala intención! (Ilis 2010: 157).

La niña está en la posición de decidir cómo proceder en relación a su prójimo. Estimularla a desconfiar de sus propias percepciones, por un instante, la puede mantenerse a salvo, pero por el contrario negarle esta posibilidad y contradecir a sus instintos más primitivos bloquea su capacidad innata de decisión, aumentando así su posición de vulnerabilidad. A ello también contribuye el hecho de que por ser niños se permiten dudar, ya que están en proceso de asimilar los conocimientos que les han inculcado las instituciones que actúan como vertebradoras sociales, como la familia o la educación, por una parte, y por otra, aquellas nuevas entidades externas, como los nuevos estímulos que la libertad mediática trae consigo. Esta ambigüedad contribuye a la reconstrucción de la vulnerabilidad de la niña.

La vulnerabilidad de las niñas de la novela de Ilis depende del contexto social en sus diversos niveles (situación política de un país, familia, sistema educativo, semejantes generacionales, entre otros) y de un *habitus* en transición. Después de la caída del comunismo, la sociedad ha quedado en trance, sin embargo el paradigma ideológico ha girado hacia la solución más fácil para encarar los nuevos retos: recepción de estímulos e imitación de las influencias externas. Lejos de la mirada disciplinaria, las niñas pueden ser inocentes, en el sentido de que construyen su mundo navegando entre la realidad y la ficción, y se aferran a la ilusión en un intento de llevarla hacia un proceso utópico.

4.2. La enfermedad de Lizoanca como evidencia de la vulnerabilidad de la comunidad

La novela escrita por Doina Ruști tiene un elemento subversivo que implica una reflexión sobre la sociedad contemporánea rumana que recrea unos mecanismos de operación, validar y al mismo tiempo, cuestionar los discursos sobre la enfermedad. El hecho de que Lizoanca padezca la sífilis y no cualquier otra dolencia resulta muy significativo ya que es una enfermedad de transmisión sexual que ha sido estigmatizada moralmente y se ha relacionado directamente con lo prohibido, muchas veces con el adulterio, el engaño, el pecado o el castigo divino. Por eso, cuando una niña de once años contrae esa enfermedad en un pequeño pueblo de fuertes tradiciones, pero bajo la normativa de una sociedad moderna, se disparan todas las alarmas y pasa a ser el foco de atención no solo de la asistente sanitaria que la trata, sino de todo el pueblo y posteriormente, gracias a la prensa, del mundo entero.

La sífilis, en la actualidad, es una enfermedad en remisión por eso no se suele tener conocimiento de sus implicaciones ni tampoco de su sintomatología. En la novela es desconocida para la mayor parte de los habitantes, que solamente se dan cuenta de qué enfermedad se trata y de su gravedad gracias a la prensa lo que permite conocer las consecuencias y alcance de dicha enfermedad. Es en ese momento cuando los habitantes sienten que algo ha cambiado en su mundo: de repente alguien evidencia que han cruzado un umbral y empiezan a ser conscientes de que cada una de las personas es vulnerable.

La sífilis en el siglo XIX era más frecuente y conocida que en la actualidad; aparecen referencias a ella en un sinnúmero de los textos literarios que llegaron de la mano de la modernidad. La obsesión por esta enfermedad obedece a dos motivos. Por un lado, las condiciones higiénicas de entonces, muy rudimentarias, y para la medicina de la época, aun

en vías de desarrollo, era más difícil lograr su contención. Por otro, la sífilis acabó encarnando las ansiedades del momento respecto a figuras de alteridad racial o sexual (Gilman 1995: 44). Desde su auge literario, la sífilis se convirtió en una enfermedad silenciosa, muchas veces incluso tabú, sobre la cual muchos no se atrevían a hablar porque de hacerlo evidenciarían sus propias miserias morales:

Syphilis was life's dark secret". The word was taboo, with the terrifying diagnosis at most whispered to an intimate friend, and then only with assurances of utmost secrecy. It was too shameful to record by name in a diary and was alluded to in correspondence only in code (Hayden 2004: 4).

Junto con la tuberculosis y la lepra, la sífilis era, en el pasado, algo más que una enfermedad. Las tres resultan enfermedades muy densas, desde el punto de vista de la representación cultural, y operan como una especie de distintivo que dañaba, marcaba a los afectados y los catalogaba en un grupo estigmatizado, considerado "maldito". La sífilis fue utilizada para describir las maldades que solían pasar en el mundo. Según Sontag: "En tanto que infección moralmente corruptora y físicamente debilitante, la sífilis se convertiría en el tropo de las polémicas antisemitas de fines del siglo pasado y principios de este". (1981: 90). Narrar la "sífilis", por tanto, permite construir una metáfora de la sociedad que entra en la categoría de enfermedades como la tuberculosis, el alcoholismo y la esterilidad, que Sander Gilman reúne bajo el concepto de *social diseases* que significa que: "these "illnesses" are not deviations from an absolute aesthetic norm, they 'disfigure' the body politic through the "infection" of the individual" (1995: 54).

Doina Ruști utiliza todo el subtexto cultural de la enfermedad y el paradigma salud/enfermedad como sinónimo del paradigma normalidad/anormalidad y utiliza una enfermedad venérea como metáfora para expresar, de alguna manera, los males de la sociedad contemporánea. El cuerpo de Lizoanca resulta ser, entonces, no solo un generador de placer, poder o atracción sino que, en conjunción con las debilidades morales de otros, también es un foco generador de una enfermedad de significado complejo.

Después de un cierto tiempo manteniendo relaciones sexuales con casi todos los hombres del pueblo, la enfermedad (aparentemente invisible) va hacer salir a la luz una sociedad problemática, poseedora de oscuros y turbios secretos.

Casi al mismo tiempo, en Pueblo Nuevo, la Sanitaria también se puso ella a trabajar. Tenía por fuerza que echar mano a Lizoanca y averiguar con quién había tenido

relaciones, quién más podía tener la sífilis. Habría que hacer una lista. ¡Sin ninguna duda! Esa lista era necesaria para que la enfermedad no se apoderase del pueblo. Y, por supuesto, la Sanitaria se moría de curiosidad por saber con qué hombres había tenido relaciones la niña (Ruști 2014: 89).

Ante la situación que se le presenta, la Sanitaria tiene una reacción ambigua. Como representante de la autoridad médica debe generar un dispositivo de control, una lista que identifique a aquellos que puedan haber contraído la enfermedad, pero por el otro también quiere ‘descubrir’ de manera morbosa quién ha estado con la niña. Pretende ejercer la ‘autoridad moral’ propia de su profesión y a la vez, jugar el papel que parecen marcar las tradiciones de su pueblo: comprometer su ética y dejarse llevar por el impulso de sus instintos más inconscientes para ver logrados sus intereses personales.

En esta dualidad de los hechos, la niña reacciona a las amenazas de la que supuestamente estaría en un puesto de trabajo que solamente debería propiciarle un tratamiento medial para su enfermedad. Para Lizoanca los hombres del pueblo significan su manera de escapar de las torturas de sus padres, de liberarse del ámbito familiar que solamente le mantiene bajo control y miedo.

– Porque le da pena de mí cuando ve que este criminal me mata a palos y nunca me compra nada, ni siquiera un pedazo de pan, nada de nada.
El policía quedó impresionado por aquel dolor, porque sabía que era cierto que su padre le pegaba fuerte, aunque no tan impresionado como para erigirse de repente en héroe salvador (Ruști 2014: 156).

Por lo tanto, en la novela, la enfermedad representa una situación de vulnerabilidad de cada uno de los personajes en relación con el cuerpo de la niña. Es importante subrayar que en el contexto de un pueblo típico de Rumanía, la gente afronta esta enfermedad desde el desconocimiento porque reciben una educación muy precaria y, además, porque la gran mayoría de las enfermedades son desconocidas para sus integrantes. En principio conciben de forma instintiva la enfermedad contagiosa como algo intrínsecamente malo, que se contagia a todos los círculos sociales. Sin embargo, esa reacción instintiva da paso a una total estigmatización y marginación en cuanto, gracias a la prensa, los habitantes del pueblo conocen el verdadero significado de la enfermedad: es una enfermedad de transmisión sexual y muchos de los hombres casados del pueblo se han contagiado. Hay, además, una clara culpable, Lizoanca, y debía ser señalada, aislada y excluida. Se siente perseguida por las miradas de la comunidad, como algo que no se debe ni siquiera tocar, se convierte en un ser

indeseable respecto al que hay que mantener una distancia. Las personas de esta sociedad rural suelen atribuir este tipo de enfermedades a algo malo que debe ser marginado y apartado. En este caso, la tortura verbal tiene como fin proyectar las condenas de los adultos hacia los niños, así tienen a alguien a quien pueden hacer responsable de todo, porque “ella fue la cabeza de todas las maldades” (Ruști 2014: 134).

La enfermedad que contrae Lizoanca es una enfermedad que escapa de su control, una enfermedad no buscada, inesperada. La gente le atribuye la etiqueta de niña enferma, que viene a romper los moldes de un conjunto de individuos sanos, que constituyen una sociedad percibida como “pura”. Son testigos de como Lizoanca atraviesa ese umbral y se inmiscuye en su mundo. Entonces, de manera instintiva, se levanta una barrera de rechazo a la niña. Más adelante estas actitudes darán un giro cuando, gracias a la controversia mediática del caso, la gente del pueblo se ve manipulada y se olvida de esta exclusión para intentar acercarse nuevamente a ella por la fama que adquiere en los medios. La exclusión experimentada por Lizoanca surge por el propio desconocimiento, el miedo a lo desconocido, el temor al contagio, el pavor a imaginar que quizás, esa enfermedad posea una sintomatología que afecte la apariencia corporal, entre otras consecuencias. La ignorancia da riendas sueltas a la imaginación de la gente, y nadie, absolutamente nadie quiere pasar a formar parte de algo “monstruoso”.

Judith Butler habla sobre el “cuerpo abyecto” como aquel que representa lo rechazado, lo considerado como no significativo y como no vivible. El cuerpo abyecto sería una especie de cuerpo no inteligible, un cuerpo que no importa. Lo abyecto, nos dice, no sólo tiene que ver con cuerpos cuyos sexos, géneros, sexualidades están fuera de la norma hegemónica; también alude a cuerpos y vidas que son rechazados por su piel, raza, etnia, religión, cultura, entre otras posibilidades (2002: 282). Según la concepción de Julia Kristeva la abyección significa un rechazo hacia todo aquello considerado repugnante, transgresor, que vulnera los límites del absurdo, que finalmente se transforma en algo prohibido y censurado:

Ce n'est donc pas l'absence de propreté ou de santé qui rend abject, mais ce qui perturbe une identité, un système, un ordre. Ce qui ne représente pas les limites, les places, les règles. L'entre-doux, l'ambigu, le mixte. Le traître, le menteur, le criminel à bonne conscience, le violeur sans vergogne, le tueur qui prétend saveur... Tout le crime, parce qu'il signale la fragilité de la loi, est abject, mais le crime prémédité, le meurtre sournois, la vengeance hypocrite le sont plus encore parce qu'ils redoublent cette exhibition de la fragilité légale (1980: 12).

Esta visión es perfectamente congruente con la perspectiva de los hombres con los que la niña mantuvo relaciones, porque la acusan a ella de haber tenido relaciones sexuales. Esto solo sucede una vez que todo del pueblo se da cuenta de que la enfermedad de Lizoanca, no es el único tema en cuestión. Se genera así una perturbación en la sociedad al permitir desenmascarar a aquellos individuos que hasta entonces no tenían en cuenta la enfermedad.

Ella había entrado en su tienda un día de otoño y se pegó a él, agarrándolo con ambos brazos. No había nadie y por las ventanas entraba una luz anaranjada y mortecina. Greblă la había empujado despacito intentando apartarla, pero ella se había colgado de su bragueta, preguntándole con su voz ronca y enfadada: ¿Me das un chicle? Greblă se había echado atrás aún más asustado, pero Lizoanca lo miro entonces con las cejas levantadas, moviendo sus labios y usando una voz arrulladora que liberaba sus más ocultos deseos (Ruști 2014: 119).

En estas circunstancias los hombres acusados de tener relaciones sexuales con la niña arman un entramado de presiones para que ella no diga la verdad. Aun así, Lizoanca no piensa en las consecuencias de su enfermedad o en la tormenta que puedan acarrear los actos pedófilos que involucraban a muchos de los más importantes hombres del pueblo, sino que en sus pensamientos está la imagen constante de sus amigos:

La vida seguía adelante y ellos la habían olvidado. Habría querido irse inmediatamente a casa, pero a casa significaba el refugio junto a la orilla del río Neajlov. En un momento se le había ido del corazón la buena vida del hospital, todas las cosas que nunca antes había visto y aquella gente tan amable (Ruști 2014: 117).

Sus amigos, aquellos que viven las mismas miserables y difíciles vidas que ella, son niños que comparten la libertad sin límites, como un juego donde el malo se convierte en el bueno, muy lejos del mundo de los adultos, que los transforma en los monstruos fuera de la sociedad. Paradójicamente, la sífilis le muestra un poco de la vida normal, tranquila y psicológicamente sana, en un lugar donde todos están cuidados y protegidos, una vida que Lizoanca acepta mientras está en el hospital, porque la ayuda a sentirse bien, pero al mismo tiempo sabe que sus amigos continúan viviendo una vida desgraciada, sucia. Por un instante se olvida completamente de la buena vida del hospital, de las cosas fantásticas que encuentra allí y de la gente amable que conoce. La dimensión social que implica el hospital cambia totalmente en la visión de Lizoanca: el hospital no tiene las mismas connotaciones, como hogar de la enfermedad, para ella es el lugar donde encuentra “el otro mundo” (Ruști 2014: 199).

Este ámbito agradable y placentero representa una forma de protección, lejos de las miradas curiosas de la gente del pueblo, las instituciones, los medios de comunicación que solamente quieren satisfacer sus intereses.

4.3. La anciana y la niña romaní: cuerpos entre la responsabilidad y la protección excesiva

Como hemos visto, en la novela *Hai să furăm pepeni*, Nora Iuga utiliza un elemento importante de la experiencia personal, la memoria, que tiene un amplio componente cultural. Desde esta perspectiva, es interesante prestar atención a una serie de experiencias significativas, aquellas que para la narradora merecen ser rememoradas. El propio modo en que se rememoran está marcado culturalmente. Las representaciones autobiográficas de la infancia del personaje Nora consisten en ver el propio cuerpo como en un espejo, tener la sensación de salirse de él a través de la historia de la niña romaní del presente. La capacidad de rememorar, de asociar hechos y recuerdos atraviesa la completitud de la persona, entonces dar testimonio sobre algo acontecido implica la capacidad de articular un pasado sirviéndose del cuerpo por entero, de las reminiscencias de experiencias vividas. Fina Birulés habla sobre la responsabilidad de la memoria y sostiene que:

La memòria —conjuntament amb l'expectativa— té alguna cosa a veure amb experimentar el temps present i la seva heterogeneïtat amb els altres temps gramaticals. El record, com a elaboració del passat, implica simultàniament *tornar a allà i estar aquí*, i alhora ser capaç de distingir aquests dos temps (2009: 83).

La memoria del cuerpo en la infancia implica un acto de autoconocimiento de las huellas siempre presentes, y ofrece la posibilidad de interpretar los cuerpos en el tiempo agrupando en un mismo instante pasado y como una proyección a un futuro. Recuperar sensaciones del pasado implica generar una visibilidad de lo invisible, lo que significa la exploración de varios significados, momentos, o vacíos que permiten la apropiación de los hechos del presente.

El placer sexual es experimentado dentro el grupo de amistades que la narradora tenía durante el transcurso de su infancia, y tales situaciones contribuían a otorgar visibilidad e incorporar nuevas prácticas y comportamientos sexuales que son condenados en la contemporaneidad. Las relaciones sexuales de la narradora durante su infancia son solamente una expresión de compartir lo que implica disfrutar los impulsos eróticos sin estar condenada

a reprimirlos. Por lo tanto, las conexiones entre cuerpos vistos desde diferentes perspectivas y las épocas en que la narradora vive, sugiere autoconocimiento y la construcción de un espacio creativo inmerso en la cultura. Dentro de esta idea, se puede hablar del cuerpo como cómplice del discurso para expresar lo que se esconde, se cierra, se excluye. Alfonso de Toro sostiene que:

El cuerpo representa en sí, con su materialidad, su historia y su conocimiento un medio autónomo; él es su propio medio de comunicación y no “función en relación con una tercera instancia”. El medio “cuerpo” es su propio mensaje; medio y mensaje constituyen una unidad, no máscara de/para algo, sino simplemente cuerpo (Toro 2006: 235).

De esta forma, escribir con el cuerpo, conforma la experiencia de contextualizar los deseos, las emociones, los sentimientos para el otro y se inscribe como una forma de desvelar lo oculto, lo que es omitido:

Pero esto no explica por qué cada vez que recupero algo sucedido en el pasado, adquiero automáticamente el estado de ánimo de ese momento, y entonces esa ropita que lleva esa niña de diez años y 41 kilos encaja perfectamente en mi cuerpo de 68 kilos de ahora (Iuga 2010: 35).

La experiencia de la niña romaní incide en la forma de vivir del pasado como niña, incluso la narradora utiliza el juego de perspectivas a través de lo que cada una lleva encima. Por ser una niña romaní representa un caso delicado en lo que concierne a la interpretación que la sociedad rumana hace del tema, porque se desestabiliza el orden normativo supremo de lo que significa ser niña perteneciente a una etnia minorizada y ser madre al mismo tiempo, ya que se la posiciona como víctima inocente y es retratada como un ser sin capacidad de autodefensa, o incapaz de jugar un rol de agencia. El factor racial también se tiene en cuenta a la hora de tomar decisiones y sobre el cuerpo femenino, y, quizás, restringirlo.

Al respecto, es importante mencionar la reflexión que hace Judith Butler referente a “qué cuerpos importan y cuáles no” (2002:14). En esta cuestión aparecen múltiples discriminaciones, como la de género, la edad, la etnia, regladas por las normas, que establecen prohibiciones o formas de rechazo. Esta niña gitana, Floarea, está bajo el control de las personas de más edad y la autoridad del padre, pero también bajo la autoridad blanca, es decir, los rumanos que debaten su situación en un programa de televisión. Ayuste y Paya sostienen que las gitanas sufren una triple discriminación:

la mujer gitana sufre, en general, una triple discriminación: por el hecho de ser mujer, por pertenecer a una minoría étnica subordinada y por carecer de formación básica necesaria para acceder al mundo del trabajo y a otros ámbitos de participación social y ciudadana (2004: 112).

Las niñas gitanas sufren diversas discriminación con el pretexto de educarlas pero en la mayoría de los casos se hace desde una posición de superioridad e incluso se culpabiliza a la cultura romaní de limita el acceso a la educación de cualquier tipo (Surdu, Vincze y Wamsiedel 2011: 4).

Esa “traducción” de experiencias pasadas que se plantea desde la historia y las vivencias de Floarea hacia las experiencias juveniles de la narradora, conlleva una prolongación de esa sensación de sufrimiento y vulnerabilidad en la anciana del presente. Como personas buscamos subsistir y persistir en el tiempo, atravesando dificultades y apoyándonos en las relaciones con los otros y también con las instituciones que conforman el sistema social. No obstante, esa sensación y necesidad de supervivencia puede quedar menguada si las circunstancias adversas del pasado persisten en presente y, en función de las necesidades particulares de cada individuo, algunas básicas, como no sufrir hambrunas, guerras, o injusticias varias. Por ende, estas adversidades pueden encontrarse a menudo y pueden ser de carácter político, económico o social. Es, de alguna manera, la necesidad (inculcada por la sociedad capitalista) de los individuos de mirar hacia delante, y de sentirnos “menos vulnerables”. La necesidad de conexión a través de experiencias mutuas contribuye al deseo de persistir y sentir empatía por el otro. De este modo, se articulan las relaciones humanas, y no se limitan a una comunidad determinada, sino que atraviesan diversos contextos espaciotemporales. Judith Butler al referirse al carácter relacional de la vulnerabilidad y la persistencia, sostiene que:

decir que cualquiera de nosotros es un ser vulnerable es, por tanto, establecer nuestra dependencia radical no solamente respecto a los otros, sino respecto a un mundo continuo. Y esta cuestión tiene implicaciones en el momento de comprender quiénes somos, como seres apasionados, sexuales y ligados a los otros por necesidad, pero también como seres que intentamos persistir, entendiendo que esa persistencia puede y está en peligro cuando las estructuras sociales, económicas y políticas nos explotan o nos malogran (2014: 48).

Por lo tanto, la aceptación de la vulnerabilidad personal se constituye en relación la niña romaní, para poder entender desde su posición las maneras en que se le controla el cuerpo. En este espacio, la crítica a “los regímenes normativos” o “esquemas de inteligibilidad”

representa una crítica al “régimen de asignación de su propio estatus ontológico” (Foucault 1990: 40). Los tiempos que han cambiado pero la mentalidad sigue su camino estrecho incluso en la nueva generación. Foucault señala que en la cultura occidental:

la conducta sexual, más que cualquier otra, estaba sometida a reglas muy estrictas de secreto, decencia y modestia, de tal modo que la sexualidad se relaciona de una forma extraña y compleja, a la vez con la prohibición verbal y con obligación de decir la verdad, así como el hecho de esconder lo que se hace y con el descifrar lo que uno es (1990: 46).

En cierto modo la anciana Nora describe de una manera idealizada, soñadora, los momentos sexuales vividos y episodios íntimos de su infancia. Influida por el hecho que en esos tiempos la privacidad dentro de una casa era casi inexistente, porque no se disponía más de habitaciones, la niña Nora puede observar las relaciones sexuales de sus padres. Es decir, que existía una apertura en lo que concierne el espacio aunque no se hablaba directamente sobre la sexualidad.

Recuerdas cómo la niña-sombra, Nora A. o Nora B., tanteaba la estancia a ciegas, mientras un hombre y una mujer, que eran sus padres, dormían abrazados completamente desnudos. Nunca los había visto tan hermosos y tan felices, y se puso a buscar debajo de la mesa y detrás de la cortina un regalo para ella de San Nicolás que sólo trae regalos la noche del cinco de diciembre... y cuando abrió aquella cajita rosa de cartón, forrada de terciopelo doble, encontró un globo de goma beis, sopló dentro y el globo se convirtió en un pepito glaseado, parecía la colita rosácea que crecía y se endurecía cuando le abría los pantalones Bobocel, porque esta vez él era el herido y ella la enfermera (Iuga 2010: 40).

Las imágenes construidas en el pasado establecen un diálogo con los momentos vistos en el presente. A través de la mirada, la niña Nora descubre lo que significa el acercamiento entre dos personas. El placer en este sentido no tiene límites y Nora sabe que traspasar el pasado, significa reflexionar sobre unos tiempos que pueden ayudar a entender la historia de la niña romaní pero también a tomar consciencia de los parámetros culturales e interrogar siempre las maneras estrechas de mirar el presente.

Los dos personajes, la anciana rumana y la niña gitana, a partir de las experiencias similares comparten la vulnerabilidad pero también la manifestación de la sexualidad de las mujeres, la atracción, el deseo, la excitación o el orgasmo que pone en evidencia los tabús.

4.4. La niña como madre. Desde el cuidado al deber

La novela de Liliana Corobca, escrita desde la perspectiva de una niña, enfatiza la problemática que existe en los países donde el vínculo familiar con las personas adultas está dramáticamente afectado por la migración, aunque mejoren sus recursos económicos. A esta niña la atribución de un nuevo rol le desdibuja los límites entre infancia y adultez; de hecho está obligada a sobrepasar esos límites. En principio, como ser que necesita acogimiento, frágil, está expuesta a las heridas de la comunidad en que vive. Sin embargo, la migración de los padres hace que la niña se ocupe de cuidar de sus y hace los trabajos de la casa como labor central de su vida. Esto limita o anula su asistencia a la escuela y los espacios lúdicos, imprescindibles para su desarrollo. Se le impone asumir una vida maternal estereotípica, una presión ejercitada por los padres a cambio de recibir objetos, ropa o mejor comida.

La niña tiene una conexión con la madre, porque ella necesita por un lado la protección maternal, pero por el otro, está obligada de cumplir con los deberes que conforma su papel. Desde este punto de vista, Luisa Muraro analiza el papel simbólico de la madre en la transmisión de una cultura femenina a las hijas, quienes a su vez se convertirán en madres, a través de la lengua como una función simbólica que hace que una persona interprete lo que es real: “Las reglas de la lengua materna nacen de la necesidad de mediación, son las que impone la madre para que podamos volver a comunicarnos con ella compartiendo su experiencia con el mundo” (1994: 47).

En la novela, la relación con la madre es construida a partir de la experiencia infantil, en el sentido que la niña necesita a su madre para configurar su espacio. Dado que el lugar donde vive se rige conforme a los estereotipos de género siguiendo un modelo patriarcal, la niña se encuentra en la posición de poner en relación la conexión con su madre como manera de recibir una experiencia por vía femenina y la creación de una experiencia de mundo sin las restricciones patriarcales, aunque no es un mundo radicalmente transformado sino ella puede negociar entre lo que recibe y que puede devolver: “¡Mamá, alguien gigante está debajo de la cama y duerme profundamente! ¡Me da tanto miedo que quiero gritar! La respiración se calma cuando mi hermano entra y habla o cuando enchufo la tele” (Corobca 2014: 65).

La niña invoca a la madre porque se siente desprotegida, en el sentido que la madre es la única que puede entender sus temores y cuidarla, y no solo protegerla, de una manera más cercana que el padre. Por eso en todo el libro, hay una llamada constante a la figura de

la madre, un constante sueño de tenerla cerca y disfrutar su presencia. En uno de los fragmentos, la protagonista dice:

Por todas partes encuentras ejemplos de malos padres, que todos son algo alcohólicos y casi todos pegan a los hijos. Si hasta nuestro padre nos pega cuando pasa más tiempo en casa. A mí me agarró de las orejas delante de mis amigas y a Dan lo persiguió chillando con un palo sin haber hecho nada. Todavía no he encontrado madres malas. (Corobca 2014: 43)

Constata el maltrato paterno y ansía la bondad maternal de una madre que está lejos y cuida los hijos de familias que no son la suya y justamente, es esta constatación de la disolución familiar lo que pone en evidencia la ausencia de la madre y la vulnerabilidad de la niña: “Mamá, te quedas con niños extranjeros día y noche, los paseas, juegas con ellos, les das de comer, les lees cuentos para dormir. Pero con nosotros no se queda nadie, comemos lo que pillamos, pan con azúcar o salchicha ahumada de la tienda” (Corobca 2014: 24). Por un lado, la niña es libre para poder cuidar de sus hermanos como quiera, sin embargo, ella misma reclama protección y cuidado.

Con la migración masiva por razones económicas, las mujeres tuvieron que seguir a los hombres para poder mantener la familia. Para los medios de comunicación y para la propia comunidad, atados a sus prejuicios, la mujer se ha convertido en la mala de la historia, es decir las malas madres son las que dejan a sus hijos e hijas en casa, aunque tengan buenas razones para hacerlo. Felicidad Loscertales sostiene que:

Es el concepto de *la relación de las mujeres con la infancia y la juventud* de las que se las considera responsables por completo. Está claro, en muchos discursos mediáticos que si, por ejemplo, un bebé enferma es la mamá la que ha de faltar al trabajo para atenderle. O que determinadas profesiones de horarios cortos y vacaciones amplias son apropiadas para mujeres porque así pueden seguir atendiendo a sus “reponsabilidades propias” (2007: 83).

En este sentido, la migración de las mujeres es problemática porque ellas son consideradas como fruto de familias destruidas y por lo tanto, queda la imagen negativa, estereotipada, sin prestar atención a la restablecimiento de las relaciones entre madres e hijas desde de la distancia sin que necesariamente se produzcan fracturas irreparables o problemas psicológicos graves. La migración es un fenómeno nuevo en Rumanía y la interpretación atribuida a la salida de las mujeres y sus efectos en la estructura familiar están estrechamente ligados a las normas y valores de una sociedad patriarcal, en relación a los roles paternos y

maternos y las tareas de protección y cuidado, que siguen reglas muy precisas respecto al rol de la familia en su carácter de socialización. Favia Piperno, en un artículo que analiza el impacto de las mujeres emigrantes, sostiene que la madre que deja a sus hijas e hijos en el país del origen, algunos miembros de la familia crean una coalición entre ellos y rempazan la ausencia materna:

In più bisogna considerare che in questi paesi i ragazzi acquistano un'indipendenza dai genitori molto prima rispetto agli standard occidentali, tanto che in Romania si dice che essi crescono "con la chiave al collo" proprio per riferirsi alla loro precoce assunzione di responsabilità. In molti casi dunque a seguito della partenza delle madri non si creano "vuoti di cura" ma piuttosto una trasformazione degli equilibri familiari e un'espansione del ruolo tradizionale di alcuni membri della famiglia" (2007: 39).

Por lo tanto, entre los miembros de la familia existe una cierta solidaridad, se construyen lazos de comprensión y sostenimiento, de esta forma es más fácil aceptar la pérdida temporal de los progenitores. La niña en estas circunstancias se encuentra en una posición ambigua, porque, por un lado, logra cuidar a sus hermanos, pero, por el otro lado, no disfruta de su infancia y el cuidado de su propia madre pero al mismo tiempo, a través de la figura de la niña como madre, se ratifica la feminización de las tareas de cuidado dentro de las convenciones patriarcales. En este sentido, como afirma Luz María López Montaña: "lo femenino se sigue reconociendo como el centro responsable de los asuntos domésticos, siendo las personas y la atención a sus necesidades el motivo principal de las acciones desplegadas" (2014: 127). La noción de "cuidado" va unida al componente afectivo de la palabra; siempre remite a algo "bueno". Desaparece lo que de negativo pueda tener: sacrificio, desigualdad, carga o responsabilidad. Hay una línea muy fina entre lo que la niña debe y lo que quiere hacer. En el subapartado 7.4 se analizarán estos aspectos en relación con las indiferencia del Estado y de las instituciones en lo que concierne las niñas como responsables de la familia cuando los padres trabajan al extranjero. Existe descuido e indiferencia por parte de las instituciones hacia estas niñas que devienen madres cuando la figura materna falta y todo esto contribuye a perpetuar los tópicos sobre el papel de la mujer desde edades tempranas.

BLOQUE 2:

Violencia

5. Cuestiones teóricas sobre las prácticas violentas y género en el contexto social de Europa del Este. El caso de Rumanía

La segunda parte de esta tesis tendrá como objetivo intentar explicar y analizar lo que significa el fenómeno de la violencia dentro de la sociedad rumana contemporánea representada a través de las cuatro novelas del corpus. El interés se centrará en el análisis de la violencia como consecuencia de las condiciones socioculturales que envuelven a los personajes. Ariel Dorfman, en el ensayo *Imaginación y violencia en América*, hace una distinción entre las formas de violencia y destaca:

la violencia vertical y social; la horizontal e individual; la inespacial e interior. A éstas agreguemos, por último, la violencia estética, narrativa, la novela misma como un acto de agresión al lector (1972: 19).

La narrativa rumana después de la caída del comunismo ha desarrollado múltiples formas y estrategias para la ficcionalización de la violencia tanto individual como estatal: el deterioro del estado de bienestar y de los servicios públicos, el desempleo, la corrupción, los recortes, la impunidad delictiva. En este caso, Florina Ilis, Doina Ruști, Nora Iuga y Liliana Corobca utilizan la violencia como crítica a las dinámicas sociales, subrayan los esquemas sociales tradicionales a partir de las historias locales y experimentan con modos innovadores de narrar, así como con una decodificación de los mecanismos discursivos. Por ello, la literatura representa la violencia como algo muy excepcional, como si de una realidad exacerbada se tratase, y sitúa este fenómeno como una dinámica específica según el espacio en el cual se genera, se padece o se refleja. De esta forma aparecen temas, motivos, personajes y lenguajes tan extremos que buscan dejar en evidencia la fragilidad de los seres humanos, las prácticas sociales dominantes, las relaciones permeables entre las personas, y también la reducción de las mismas a categorías (víctimas-agresores, pasividad-agencia, sumisión-dominación, debilidad-poder).

Se ha intentado demostrar, a través de los análisis de las obras literarias, que las niñas son vulnerables y necesitan cuidado, atención y protección. No obstante, esto no significa que deben inscribirse en un estado de pasividad, sino que la misma vulnerabilidad puede representar una fuerza y/o resistencia ante diferentes tipos de violencias de las que son objeto. En esta parte, es importante se reflexionará en torno a aquella violencia que tiene un carácter transversal, en el sentido que aparece en casi todos los contextos, privados o públicos (ámbitos

familiares, escuela, instituciones), bajo diversas formas (violencia de género, doméstica, psicológica, estructural o sistémica) y que depende también de las estructuras sociales, las relaciones de clase o diferentes mentalidades y generaciones.

Las niñas reaccionan buscando y, finalmente, encontrando nuevas maneras de respuesta a través de sus relaciones con los otros y con el espacio que habitan. Como ya se ha visto, dichas formas de respuesta, tal y como son presentadas en las cuatro novelas, llevan a cuestionar el contexto normativo, o por decirlo de otra forma, a poner en entredicho las formas determinadas y conformistas de una sociedad que muchas veces acude a la violencia para restringir las “salidas” que no están inscritas dentro del sistema ya impuesto. En el contexto literario, la violencia está configurando un sistema entero de tal forma que pone en evidencia la vulnerabilidad de las personas, la fragilidad de las relaciones y la dominación de los cuerpos femeninos.

La violencia es un tema recurrente en los debates filosóficos como bien puede apreciarse en diversos escritos de importantes autoras y autores tales como Judith Butler o Slavoj Žižek. En *Precarious Life* (2004) y *Frames of war* (2009), Judith Butler examina los criterios según los cuales las guerras del siglo XXI son comprendidas y tratadas por los diversos medios americanos de comunicación y también la filósofa aborda las razones por las cuales estos últimos persiguen generar en su público sentimientos o sensaciones de diferente índole, tales como el miedo, la culpa, el horror, o incluso la mera indiferencia dentro de la sociedad americana. Slavoj Žižek analiza en *Violence: Six Sideways Reflections* (2008) tres tipos de violencia: por un lado, reflexiona acerca de la violencia subjetiva, como aquella que constituye la forma más visible de violencia y en la cual se intuye un agente claramente identificable, por otro, nos habla de la violencia simbólica, y la describe como aquella incorporada en el lenguaje y las estructuras del discurso. Finalmente, analiza la violencia sistémica, que describe como neutra y que se camufla como bienintencionada aunque de carácter invisible, mayormente propiciada y sostenida tácitamente por las instituciones. Tanto Butler como Žižek desarrollan una reflexión alrededor de ciertos tipos de violencia en relación con las formas de representación que la naturalizan o legitiman, no obstante, tampoco dudan a la hora de condenar o criticar otras formas que carecen de cualquier clase de justificación. En los escritos de ambos pensadores se reflexiona sobre el hecho de que la violencia supuestamente “legítima” (cuando esto significa exigir, poner disciplina y orden a través de actos violentos con el final de “educar” a las niñas), puede transformarse en ilegítima si la pensamos en

función de su relación con el Estado cuando la misma no logra cumplir las condiciones necesarias para otorgarle dicha legitimidad, típicamente delimitada por la formulación de sus propias leyes. Butler y Žižek reflexionan sobre la violencia en un macro-enfoque en donde la ciudadana es influenciada y manipulada a través de una red de conexiones tanto a nivel micro como macro cultural. Por su parte, Karl Kohut (2002), hace referencia a la distinción que Peter Waldmann (1995) establece entre la violencia de tipo personal, institucional y estructural. A nivel micro, es decir, en una relación identificable, como padres-niñas/niños, entendemos el ejercicio de imponer de manera intencionada un daño a través de conductas que causen dolor físico, emocional o psicológico. También se dará consideración de actos de violencia cuando nos refiramos a aquellos actos o amenazas que tienen lugar dentro de un hogar o comunidad, o incluso en aquella ejercida por diversas instituciones. En esta instancia, la violencia tiene lugar y nace ya a partir de las prácticas cotidianas, concibiéndose como una violencia doméstica o de base, y a continuación, se hará mención a una violencia institucional que puede tener, quizás, un carácter ordinario y relación directa con las prácticas formales o tradicionales, para finalmente también referirnos a aquella violencia excepcional y de gran escala.

Estas consideraciones sobre la violencia son útiles en lo que respecta a la interpretación de las novelas que conforman el corpus de esta tesis ya que funcionan como una forma de criticar la realidad social en la cual viven sus personajes y, por otra parte, también sirven como excusa para subrayar aquellos cambios que fueron tan deseados durante el comunismo. Es importante mencionar que durante el comunismo había una violencia que tenía su fundamento en el propio sistema, que la percibía como natural o normal. Es decir, existe una violencia ejercida por parte de los progenitores hacia las niñas, una situación que, como remarcábamos anteriormente, se consideraba habitual, ya que los tutores tenían el derecho de aplicar sobre los menores la disciplina que consideraran necesaria.

En las novelas, puede observarse cómo la violencia está presente a través de diversas formas, desde la violencia subjetiva, física, psicológica a la estructural o mediática. Esto significa que la violencia no solo tiene lugar en espacios aislados, sino que también está directamente influida por el contexto sociocultural o político. Podríamos denominar todos estos tipos de violencia como una “violencia paraguas”, en sentido totalizador, que cubre un gama diversa de diferentes tipos de violencias entrelazadas, unas más visibles que otras, pero todas operativas, y aunque otras tengan menos visibilidad, su presencia se sufre y se siente de

igual manera. Resulta bastante difícil hacer una clasificación exhaustiva de los diversos tipos de violencia ya que esta debería considerarse como un fenómeno que fluye en medio de una continua relación con diversos tipos de identidades, actitudes o representaciones. Con estos parámetros se intentará analizarla como una categoría de carácter inestable, y que está determinada por diferentes tipos de contextos. Esta violencia narrativa tiene una incidencia directa en la experiencia cotidiana vivida por las niñas ya que influye en su manera de relacionarse con otras personas, en la sociedad. Cabe subrayar que la violencia ayuda a problematizar aspectos relacionados con el poder, el género, el sexismo y la distribución de roles, la sexualidad y las relaciones sexuales, la familia, la religión, los estilos de vida.

En el primer bloque (cap. 1, 2, 3 y 4) de esta tesis se ha analizado en detalle lo que supone la dependencia, la falta o el cuidado en exceso, la fragilidad y resistencia de un cuerpo pequeño. Es necesario subrayar el hecho de que la responsabilidad con respecto a otras personas vulnerables se nutre en la apertura hacia el otro y en la susceptibilidad al cambio. En esta apertura existe la posibilidad de ser dañado, pero también es posible no llegar a esa posición. De hecho, al no ser completamente conscientes de la fluidez con la que se desarrolla la vulnerabilidad, algunas personas resultan ser ampliamente vulnerables mientras que otras no tanto, y en consecuencia, distribuir y catalogar a la gente según posiciones de vulnerabilidad significa también que se está creando una etiqueta, una propiedad, que se caracteriza negativamente, como algo malo que debería ser apartado o evitado (Gilson 2016). Entender la vulnerabilidad de esta manera reduccionista, oposicional, fija, y jerárquica (Luna 2016 en Gilson 2016: 91) da lugar a una visión paternalista y controladora (Brown 2011 en Gilson 2016: 91). Con el fin de mantener una relación de poder, se acude a la violencia de todo tipo (física, doméstica, de género, estructural, simbólica, sistémica), incluida aquella que se puede denominar “violencia más cercana” (de los padres, tutores, familiares) o incluso la institucional (por medio de las personas que representa una institución, la interpretación de las leyes en beneficio de los que tienen poder o los dispositivos disponibles a su servicio).

Partiendo de este marco, en las novelas, las niñas pueden ser conscientes de su condición de vulnerables pero pueden también ofrecer una resistencia o rechazo a la violencia ejercida sobre ellas. Más allá de sus limitaciones, las niñas pueden perseguir sus objetivos y ver satisfechas sus necesidades. Este anhelo a menudo choca frontalmente con el orden establecido y, por lo general, cuanto más abrupta y revulsiva es esta confrontación, más abusos de violencia suelen presentarse. Por ejemplo, cuando una niña se rebela ante un padre

problemático, obviando sus claras limitaciones físicas, de edad o de experiencia, tiene pocas posibilidades si el padre desea imponerse mediante la violencia.

Se puede establecer una analogía entre esta búsqueda de libertad, una salida viable que las niñas de las novelas persiguen, y el cambio promovido por Occidente en la nueva sociedad rumana: romper estereotipos, olvidar el pasado y construir el futuro, que cada individuo forje su destino siguiendo unas “nuevas reglas” en consonancia con el nuevo sistema económico y político que su sociedad ahora ha decidido adoptar; reglas que, por cierto, después podrán o no cumplirse. A cambio se les ofrece un marco de “protección” que no ofrece una garantía como tal, sino que las niñas continuarán estando expuestas a situaciones de explotación y violencia, en parte por su propia condición y otro tanto por la opacidad de la intimidad dentro de una familia u ámbito determinado.

Por lo general, la violencia se ha considerado desde una perspectiva muy estrecha. Se tiende a determinar la víctima y el agresor, y sin embargo, resulta muy reduccionista. Existen diversas circunstancias que llevan usar la violencia, determinadas por el contexto, las necesidades o las particularidades de cada individuo y en cada situación. En las novelas, las niñas buscan un modo de libertad, de supervivencia, y desean romper con lo establecido, y esto es debido a que han sido, de alguna forma, empujadas a ello. Es decir, no bastará con reflexionar sobre lo obvio y tangible, sino hay que mirar el trasfondo, tanto las consecuencias como los factores que las propiciaron.

El cambio a la democracia se hizo de una manera brutal, y se materializó con el juicio y con la ejecución del matrimonio de Ceaușescu y su esposa. El rechazo hacia el sistema comunista, también se llevó a cabo de forma violenta, en el sentido de que el deseo de tener una vida libre y totalmente ajena al control del régimen era tan fuerte que cualquier cosa que fuese dicha en favor de aquellos tiempos difíciles podía ser condenada, refutada, contestada. Por un lado, se trataba este rechazo desde la perspectiva individual, ya que aquellos que habían vivido en el país se consideraban a sí mismos como los únicos capaces de juzgar, condenar o rechazar las situaciones acontecidas, y hablar de igual a igual con las personas que atravesaron aquellos momentos duros, algo que no era tarea fácil. Por otra parte, la atracción hacia Occidente, no tenía en cuenta los mismos parámetros a la hora de ver la realidad comunista. Según Ovidiu Ivancu: “Para hablar de igual a igual con el hombre nuevo ‘posdecembristă’/poscomunista por haber pasado por el mismo sufrimiento, y ha de haber probado el mismo tipo de encarcelación que se sufría en el espacio comunista” (2013: 138).

Del mismo modo, “el hombre nuevo” tal y como lo denomina Ovidiu Ivancu, es aquella persona recién salida del comunismo rumano y que tiene dificultad para adaptarse al presente democrático debido a que se ve repentinamente inmerso en un mundo en el cual debe aprender a cuidar de sí mismo y preocuparse únicamente por sobrevivir el día de mañana, sin ya la figura del líder que los protegía. Asimismo, aunque existen leyes diferentes y otro ritmo de vida, esa generación de rumanos que atravesó la experiencia comunista se sintió atrapada en un limbo situado entre el pasado y el presente.

Esta vuelta de tuerca da lugar a un caos inesperado en la sociedad rumana y es precisamente bajo este contexto en donde se torna fácil percibir tanto la existencia de violencias visibles (física, emocional, de género, psíquica o lingüística), como invisibles (simbólica y sistémica). Evidentemente, esta violencia adquiere una dimensión diferente dependiendo del tramo generacional desde el cual se la mire ya que, como se ha dicho anteriormente, las nuevas generaciones, en su etapa más receptiva a los estímulos, disponen de un panorama contextual muy diferente al de las generaciones anteriores.

En medio del habitual choque representado por ambos extremos, es decir, disciplinados contra disciplinarios, se construyen los roles característicos que se suelen aplicar de manera casi instintiva: una víctima que podrá poseer o no la etiqueta de ser vulnerable, y alguien que las somete a tal condición. Adriana Cavarero (2009: 15) reflexiona desde la condición de víctima y construye una ontología de la vulnerabilidad enfatizando el hecho de que el ser humano es un ser totalmente expuesto al otro, tanto a su protección como a su agresión. El pensamiento de Cavarero es importante en relación con la valoración de las violencias legítimas o ilegítimas, considerándolas en función del estatus de cada víctima, y donde se parte de la premisa en la cual se asume que ninguna víctima vale más que otra. La autora utiliza el término “horrorismo” (2009: 14) para denominar las violencias del mundo contemporáneo. Bajo este contexto, se asume que la violencia generalmente recae con mayor intensidad sobre el más frágil e inerme, ya que posee características que se presentan como atributos propios de la infancia; no obstante, la vulnerabilidad se presenta como una condición latente que estará presente durante toda la vida de una persona, de forma consciente o inconsciente, otorgada o auto-atribuida.

Es importante para nuestro análisis tener en cuenta la visión de Cavarero al referirse a la ontología relacional que tiene como epicentro evidenciar la exposición unilateral de dependencia del infante. Del mismo modo, esta relación puede ser repensada en función de

la reciprocidad, y como veremos en las novelas que analizaremos a continuación, es importante la representación de la figura materna, que bien puede ser omitida totalmente, o encontrarse en una situación de fragilidad. En la primera novela que analizaremos, *Eliza a los once años*, la protagonista no recibe ningún tipo de apoyo por parte de su madre cuando ve que el padre le propina severas palizas porque la misma figura materna está también en la situación de no poder protegerse a sí misma. En la segunda novela, *La cruzada de los niños*, las niñas y los niños del tren se aíslan completamente tanto de sus madres, como de sus padres y tutores, al tiempo que las niñas del grupo logran reconfigurar las relaciones que establecen con los niños de acuerdo al nuevo *habitus* que se ha formado. En la novela *Hai să furăm pepeni* la figura materna se reconstruye a través de una conexión con la protagonista, ya que existe una voz narrativa que reflexiona sobre su propio pasado a la vez que experimenta el presente. Por último, en la novela, *Kinderland*, una niña será la encargada de tener que cuidar de sus dos hermanos pequeños en ausencia de su madre, que han tenido que emigrar al extranjero.

Las cuatro escritoras acuden a la tematización de la violencia para demostrar la singularidad y particularidad de una niña en una etapa de la vida en la que experimentan gran fragilidad, todo ello en el contexto de una sociedad en transición. En este espacio de reflexión, la línea divisoria entre infancia y adultez es difusa y problemática, debido a que siempre existirá una subordinación impuesta sobre la cual las niñas deben permanecer ajenas y sumisas, como simples espectadoras de las decisiones de otros. Por un lado, por el hecho de que no tienen experiencia suficiente para tomar decisiones reales y por otro, porque supuestamente su lugar tiene que conformar el papel de la mujer futura dentro de la sociedad, y tal papel, a menudo suele ser un ideal acorde a las tradiciones de otro imaginario generacional, y en el caso que nos compete, de una sociedad rumana adulta que atravesó muchos años de privación de libertades.

El término *horrorismo* (Cavarero 2009: 14) describe aquellos cuerpos que son desmembrados hasta quedar irreconocibles, de forma que representa un atentado en contra de su individualidad y ontología corporal, puesto que, al destrozar una parte del cuerpo, se pierde su unidad simbólica. En el caso de las novelas, las violencias ejercidas contra niñas, o aquella ejercida por ellas es una manera de repensar las implicaciones morales y la unicidad del cuerpo ya existente desde tempranas edades, incluso desde el preciso momento del nacimiento de cada individuo. Esta omnipresencia de la violencia a lo largo de la vida humana

lleva a prestar especial atención a la infancia como etapa esencial en el desarrollo de una persona, y su relación con la misma. Al ejercer reflexión sobre estas cuestiones, se vislumbra que cada caso representa una manera distinta de marcar la violencia infantil, puesto que para hablar sobre un cuerpo infantil herido se necesita una nueva articulación discursiva. María Xosé Agra Romero habla de la hipervisibilización de la violencia ejercida por las mujeres en contraste con el silencio que conlleva la violencia de la que ellas son objeto, principalmente, debido a que la violencia perpetrada por mujeres es considerada transgresora, no normativa: “La violencia de las mujeres no es normativa y, por consiguiente, hay que entenderla mejor como una ruptura del modelo, como transgresora de los estereotipos y de la subordinación de sexo/género” (2012: 55). Si aplicamos esta afirmación a nuestro análisis, nos preguntamos qué es lo que sucede en aquellos casos en los que las niñas que soportan violencia física tanto por parte de sus padres como de sus tutores, reaccionan y acuden al uso de la violencia para protegerse o incluso resisten a diferentes formas de violencia y de esta forma construyen su propia manera de entender la situación en cual viven. Sus cuerpos se convierten entonces en unos sujetos de interacción que miden la fuerza y el poder a través del grado de la herida infligida. Debido a las circunstancias presentes en cada una de las novelas, aunque la fuerza corporal es reducida en comparación con una persona adulta (en su plenitud) que ejerce dominación, ellas construyen e inventan una manera de actuar que busca repeler las violencias recibidas, muchas veces, valiéndose de cualquier tipo de artimañas que sí estén al alcance de una niña, tales como la manipulación mediante la inocencia, chantaje emocional o afectivo, o incluso buscando ayuda externa a través del intercambio de favores (aun a costa de dejar sus pequeños cuerpos a la merced de la perversidad de otros) y en último término, ejerciendo ellas mismas la violencia.

Como los actos que se salen de la normativa estereotípica resultan ser más notorios, claramente visibles y controvertidos, muchas veces no se trata de la violencia concebida en el imaginario estereotípico común, sino de una simple reacción, una manera de romper con las injusticias, incluso de una simple búsqueda de la libertad o la independencia, tal y como mencionábamos al comienzo de este apartado. Siguiendo este planteamiento, y a través de las historias de las niñas en las novelas, de una manera u otra, puede vislumbrarse la resistencia que estas ejercen, y mediante la cual pretenden hacer frente a la violencia que las somete. La violencia por parte de las niñas queda retratada de una manera lúdica para demostrar la fragilidad de las posiciones, de la vulnerabilidad de cada uno de los sujetos, el intercambio de

violencias de cualquier tipo. En la mencionada novela de Illis, *La cruzada de los niños*, las niñas creen hallarse dentro de un mundo sin límites, como las protagonistas que ellas mismas ven en la televisión, por lo tanto, cuando se encuentran delante de las armas, junto con los niños, e incluso sabiendo que se trata de algo prohibido, algo que implica un acto de violencia, no dejan de percibirlo como un simple juego. Más adelante, en el desarrollo de la historia, puede observarse como sus acciones se intensifican y cobran otras perspectivas que logran sacarlas del control del que eran objeto.

Asimismo, en la novela *Eliza a los once años*, surgen preguntas en este sentido.,+ ¿Que una niña de once años contagie a todo un pueblo de sífilis puede ser considerado un acto violento? ¿Es una niña violenta y transgresora? Según mucha gente del pequeño pueblo donde transcurre la historia, puede que sí, lo que se evidencia en la importancia que les dan a las tradiciones, a las mujeres de todos aquellos contagiados, cuando culpan a la niña de todas sus desgracias. Por esto, la niña recurre a la violencia como una forma de resistencia y reacción, para no permanecer en un constante posición de víctima y poder escapar de la posición de pasividad ante las adversidades, como por ejemplo, la mostrada por su propia madre cuando decide aceptar y silenciar las agresiones sin emitir queja alguna (ante los constantes abusos y maltratos por parte de su esposo).

En lo que respecta a la tercera novela, *Hai să furăm pepeni*, la voz de la niña se superpone a la voz de la narradora con lo que se subraya la solidaridad, la denuncia de la precariedad social. La violencia se manifiesta en una práctica escritural que deja entrever el tipo de mediaciones que la atraviesan (el formalismo y el tradicionalismo de la sociedad descrita), y en donde la narradora no sólo aporta visiones particulares de la realidad, sino también ciertas formaciones sociales que se le interponen. Por último, Cristina, la protagonista de la novela *Kinderland*, acude a la violencia cuando entiende que es ella quien debe proteger a sus hermanos de otros niños, o incluso protegerlos de los ‘monstruos’ en sus pesadillas; y aunque logra llevar a cabo la tarea, los pequeños terminan abusando emocionalmente de ella. De hecho, todas estas reacciones por parte de las niñas no dejan de ser una manera de defenderse a sí mismas, si bien lo hacen sin pensar en las consecuencias de dichos actos. En todas las novelas, la violencia hacia las niñas e implícitamente su reacción se produce como consecuencia de otros actos que no les permiten formular sus necesidades o la negación de expresar sus deseos.

5.1. Violencia visible. La agresión cotidiana hacia las niñas

La violencia transita en todas las novelas propuestas, y se presenta bajo diversas formas que podrían otorgarle a la niña una posición de víctima, especialmente debido a que habitualmente se suele sacar provecho de su propia condición infantil (inferior, débil, sumisa), y que propicia que las conductas violentas infligidas por parte de los tutores adultos sean “justificadas”, consideradas irrelevantes, o incluso tomadas como algo natural y propio de la sociedad rumana. Esta violencia visible se concibe como un conjunto de actos disciplinarios legítimos ejercidos sobre las niñas y se ancla en el pasado, en el que tanto los ámbitos familiares como los educativos la empleaban sin reparos. Por esta misma razón, la violencia visible entra relación con la violencia invisible tan característica de los procesos represivos y se podría decir que ambos tipos de violencia están presentes en ámbitos culturales y niveles estructurales de la sociedad. En este subcapítulo, se problematizará qué implica la violencia que produce dolor físico, un mecanismo de dominación ejercido sobre el cuerpo de las niñas en todas novelas de este análisis. Se prestará especial atención a las formas de violencia de género y también a la violencia doméstica, ya que ambas son entendidas como mecanismos sociales que facilitan la perpetuación de la subordinación de las niñas debido a que se las considera, de una u otra forma, un mero patrimonio de los tutores, de los padres, y siempre bajo la hegemonía masculina. Esta segregación se encuentra presente en todas las sociedades, a un mayor o menor nivel, dependiendo de las diferencias económicas, culturales o políticas existentes. Es importante señalar que también se trata de una discriminación múltiple, y es así como la define Kimberlé Crenshaw (1993) al señalar la interseccionalidad en términos de sexo y de edad cuando una persona es discriminada en diferentes momentos, y por diversos motivos que operan separadamente. Por ejemplo, las niñas pueden vivir la discriminación de género en ciertas situaciones, y por edad en otras.

Dadas las circunstancias, Katalin Fábíán reflexiona sobre el cambio de régimen y la violencia doméstica en Europa del Este sosteniendo que:

we cannot fully assess how strong patriarchy became after the regime change, but its historical continuity has certainly not faltered and many political, economic, and cultural facets in the different postcommunist societies indicate a more self-assured symbolic and actual male dominance. A rare countertrend to this is a slowly emerging postcommunist feminist movement and related movement against domestic violence (2010: 16).

La violencia doméstica y de género está presente tanto en los medios urbanos como en los rurales, pero la sufren con más intensificación los pueblos más alejados de las grandes ciudades de Rumanía dado que las reglamentaciones y los derechos de protección de la infancia promovidas por la Unión Europea no han sido difundidos de forma eficiente ni uniforme en todas las partes del país. Hay lugares en los cuales aún existe más burocracia que en otros, donde la implementación de las leyes aun es débil y en la práctica no se toma conciencia de la necesidad y obligación de su debido cumplimiento. En este contexto, no se habla ya solamente del abuso físico, los golpes o las heridas, sino también de la violencia psicológica y sexual, hechos factibles cuando nos referimos al contexto del Oeste, aunque es también necesario mencionar el contexto rumano debido al hecho de que existe muy poco material teórico acerca de esta cuestión.

La violencia contra las niñas representada en las novelas es un tema muy delicado porque se trata de una confluencia de diversos tipos de abusos, tanto a nivel corporal, moral, emocional o social. Muchas veces la violencia visible, es decir, la que deja huellas tangibles y fácilmente identificables, también puede dejar cicatrices que no son fácilmente apreciables, y aquí pueden enmarcarse los daños de tipo psicológico, de más difícil comprobación dentro del marco legal. Asimismo, es también digno de mención el hecho de que es habitual el uso deliberado de la fuerza con el fin de controlar o ejercer manipulación sobre una niña aprovechándose su condición física o edad y ejerciendo el poder de la intimidación sin condescendencias. En lo que respecta a Rumanía esta violencia predominaba, y sin embargo, a su vez estaba oculta, asumida. Tal y como se refleja en las novelas la violencia, y en especial la violencia familiar acaba resultando algo trivial y cotidiano, lo que facilita su perpetuidad y el silencio existente alrededor de esta, siendo esto último lo que le permite permanecer aún más oculta y que no se escriba ni se hable abiertamente sobre ella. En estas circunstancias, Katalin Fábíán subraya que:

The international women's movement developed the argument stating that violence in the home is not an individual or cultural problem, but a violation of human rights against which individual states and the broader community of nations, such as the UN and the EU, should provide protection. If the state fails to do so, it should be held responsible (2010: 12).

Es importante señalar que, más allá de las particularidades, es necesario un adecuado marco regulatorio que garantice una protección básica de la infancia y también preste atención a no restringir los derechos humanos. En todas las novelas, existe también un

elemento que se interpone entre el Estado y la persona que queda afectada por los actos violentos, y este elemento no es otro que la corrupción, en constante conjunción con la burocracia, y que están siempre muy presentes en el panorama cultural rumano. Esta afirmación puede distinguirse fácilmente en cada uno de los textos presentados en este trabajo: en *La cruzada de los niños*, los tutores y las personas que representan órganos institucionales utilizan diversas formas de violencias para disciplinar a las niñas en su desarrollo social; en *Eliza a los once años*, se utiliza un abanico de abusos y maltratos sobre el cuerpo de la niña por parte del padre, profesores, médicos e incluso las autoridades del pueblo; la novela *Hai să furăm pepeni*, subraya el hecho de que una niña se halla bajo constantes presiones que la obligan a abortar, y por último, en *Kinderland*, la menor tiene que enfrentarse a los abusos de sus profesores o de los vecinos que supuestamente quieren “ofrecerle ayuda”. En todas estas ficciones se puede encontrar una violencia directa que se esconde bajo el pretexto de la protección, educación y cuidado.

Parte de las situaciones narradas cubren violencias o maltratos infligidos por parte de las mismas instituciones que deberían velar por los derechos de los seres humanos. Que el modelo y sus reglas estén establecidos no asegura en absoluto su total y correcto funcionamiento y/o cumplimiento. El estado piensa que cumple con su papel obedeciendo las reglas y las normas establecidas por la UE, sin embargo, en la práctica, existe una ignorancia total en lo que concierne a la prevención e intervención en los casos de violencia doméstica y de género (Fábián 2010: 16-17). Rumanía es un país bastante incipiente en lo que respecta a los valores democráticos, y este es un hecho que condiciona a una sociedad que tiene aún mucho camino por recorrer para lograr la asimilación de las nuevas directrices europeas. La violencia naturalizada, o cotidiana, si se quiere, seguirá arraigada, hasta que muchas otras mejoras reales puedan volverse tangibles para sus individuos (económicas, sociales, de igualdad, entre otras). La corrupción y toda la violencia que genera, ya sea la directa o la indirecta, tiene un fuerte arraigo y necesita de cambios estructurales muy grandes para poder ir mitigándola. La corrupción sufrida por los individuos de una sociedad, y que puede ser propiciada por instituciones que se hallan sobre ellos, genera a su vez una violencia basada en la impotencia y la dificultad de no poder resistirse a sufrirla. Esa misma resignación genera malestar y, consecuentemente, más violencia, en especial doméstica o familiar.

Los casos de violencia se producen mayoritariamente en los ámbitos íntimos privados, aunque de hacerse públicos, muestran la existencia de algunas preconceptos de base que

reconocen al tutor adulto un papel importante en el desarrollo infantil; sin embargo, no siempre se habla sobre estos casos en público porque la existente burocracia dificulta mucho los procesos de denuncias alrededor de un hecho violento⁵. Consecuentemente las menores suelen tener inhibiciones a la hora de hablar de este problema, principalmente por considerarlo “normal”, habitual y cotidiano. La cultura y las pautas de comportamiento de esta sociedad permiten estos tipos de comportamientos y lleva a la sociedad a verse en la necesidad y búsqueda de un cambio de ideología en lo que respecta al papel que se le da a la niña. Si no se plantea el problema, o si no se le da la adecuada visibilidad, no podrán ver la luz cambios que puedan romper este círculo vicioso, la inercia del silencio y la perpetuidad de los estereotipos y preconcepciones, es decir, esos mismos factores que desafían la modernidad que se pretende adoptar, no existirá una coherencia entre lo que se quiere y lo que se debe. La representación de la violencia en las novelas mencionadas se muestra como una estrategia que, mediante la exhibición de un gran potencial crítico, pone en juego la duplicidad del término, el poder, la fuerza y la posesión. Tal vez ello necesite una llamada a la deconstrucción del propio término, con el fin de poder diseccionar, entender, y problematizar algunas situaciones no reductibles a un simple binarismo (víctimas y abusadores).

Del mismo modo, deberían existir relaciones de coexistencia entre seres diferentes y mantenerlas, ya no solamente entre las niñas y sus progenitores, sino también entre los propios infantes, tanto niñas como niños; tales relaciones deberían construirse sobre la aceptación de la pluralidad y la singularidad de cada ser humano, una igualdad inexistente en la perspectiva del verdugo que ejerce violencia de género sin contemplaciones. Las niñas son sujetos con derechos y dignidad que deben ser respetadas como personas y protegidas como el colectivo vulnerable que representan, ya que toda la violencia dirigida hacia ellas configura un uso abusivo del poder del adulto. Los abusos alcanzan niveles aún más extremos cuando los agresores son aquellas mismas personas que tienen que cuidar y proteger a los infantes, ya sean los padres, madres, maestros, o funcionarios de instituciones, todos en el deber de velar

⁵ Hasta el año 2000, el código penal no incluye hechos como la violación o acoso sexual en Rumanía. La práctica judicial todavía no funciona de manera justa en lo que concierne a las infracciones en contra de la libertad e integridad sexual. Las personas no pueden disponer de asistencia especializada y es bastante difícil encontrar apoyo gratuito. Muchas veces las autoridades tratan a las víctimas de manera arbitraria, cosa que puede caer en revictimizar a la persona. (cf. La asociación para libertad y igualdad de género – Aleg. Asociația pentru libertate și egalitate de gen. <http://aleg-romania.eu/wp-content/uploads/2014/08/7-lectii-despre-violenta-sexuala-pe-intelesul-tutoror.pdf>)

por su protección. Una mal función en este sentido, acarreará trágicas y notorias consecuencias para lograr la correcta adopción del ansiado modelo europeo con efectividad y sin caer en la hipocresía.

Lidia Falcón en *Violencia contra la mujer* sostiene que “la violencia ejercida sistemática y cotidianamente contra cualquier ser humano lo convierte en un ser degradado que –con excepciones– es capaz de cualquier indignidad con tal de liberarse de todo o parte del sufrimiento” (1991: 240). Según ella, fenómenos tales como la prostitución comienzan a partir de circunstancias similares y en la mayoría de las veces, quienes la ejercen acaban sufriendo consecuencias indeseadas como, por ejemplo, ver agudizada la situación de sumisión y verse inmersas en más situaciones de violencia cuando sus destinos recaen en la voluntad de proxenetas. Aludiendo a este tipo de situaciones, en la vida cotidiana es muy común escuchar una frase que no conoce fronteras “la violencia genera más violencia”; otra cosa muy distinta, es tenerla en cuenta y reflexionar sobre ella.

En las novelas, las niñas necesitan cuidado y para ello, es imprescindible fomentar la empatía, quizás, una de las cualidades más distintivas de los seres humanos, con el fin de entender la perspectiva, o al menos reflexionar sobre ella, de aquellos otros seres indefensos o en situación de vulnerabilidad, y más especialmente, la de los sujetos que transitan su infancia más temprana.

Levinas (2000) reflexionó sobre el carácter ético del otro refiriéndose a la necesidad de ponerse en el lugar del otro sin esperar nada en cambio, el “inter-és” que existe hacia el otro debería ser convertido en un “des-inter-és”. Por eso, el acercamiento hacia la otra persona se entiende como una actitud que va más allá de nuestra condición de seres humanos, nos constituye, nos lleva a renunciar a tener estrategias de apropiación o dominación. La propuesta de Levinas de pensar en el otro desde la perspectiva del amor, desde la responsabilidad hacia una persona en un sentido ajeno a la objetividad y lógica del sistema, términos hasta entonces característicos del pensamiento occidental, plantea un enfoque basado en una filosofía de la diferencia, cuya la importancia se fundamenta en el innegable hecho de que cada persona tiene su propia esencia y cada ser es diferente al otro.

Desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago (Levinas 2000: 80).

La relación entre las personas adultas y las niñas es una cuestión importante a dilucidar, y entender su funcionamiento tiene como fin buscar opciones de oposición a la violencia y sanar el sufrimiento; un acto de reconocimiento y respeto hacia las niñas que evite el uso del pensamiento individualista que conlleva a la aniquilación de la diversidad cultural y social de los sujetos. Las niñas de las novelas se encuentran inmersas en situaciones en que los adultos, en un ejercicio de dominación y poder, las reducen a la mera consideración de seres débiles, considerándolas sumisas y carentes de conocimiento y experiencia en la vida.

Judith Butler en *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, retoma la idea de responsabilidad teorizada por Levinas para hablar desde un punto de vista afín a la acción feminista, pensando en la visibilidad de la identidad desde la acción, poniendo en el riesgo la identidad desde la autotransformación, como señala Elvira Burgos Díaz (2008). Judith Butler lo analiza de esta forma:

Si el yo, todo yo, emerge en el contexto, la crítica a las normas exige una indagación sobre cómo el contexto constituye al yo. Porque el yo no es algo en ningún sentido anterior o independiente de aquel contexto normativo que ha posibilitado su emergencia como tal yo, entonces la crítica a las normas es una acción que supone arriesgar el propio yo: en la crítica a las normas criticamos, inevitablemente, dimensiones de nuestro propio yo. (...) Un camino este ambivalente: produce sufrimiento, el desgarrar de sí, al tiempo que ofrece la dimensión positiva del pensar y del vivir de otro modo distinto a lo exigido por el violento orden hegemónico (2010: 2).

Al criticar las normas, estamos también criticando lo que somos, ni más ni menos que nuestra propia construcción social, incluso, las tradiciones que ahora consideremos injustas o caprichosas. Entender el problema, ejercer la reflexión, es esencial para vislumbrar la dirección en la que se pretende ir.

Las niñas de las novelas viven sometidas a violentos y constantes malos tratos, mientras que aquellos que infligen esa violencia realmente lo hacen creyendo que se encuentran bajo el amparo de un marco regulatorio, las niñas, por el contrario, cuestionan lo establecido a través de sus actos, reutilizando su inocencia y fragilidad corporal, intentando transgredir los límites reconstruyendo el sentido de la responsabilidad allí en donde se entrelazan los diferentes modos de percepción de la realidad.

5.1.1. El papel de la víctima. Entre sumisión y acción

Es necesario hablar sobre el papel de la víctima en el contexto en el que se presentan las novelas para poder llegar a entender el proceso de victimización. Hay una tendencia a otorgar una determinada categoría u etiqueta tanto a maltratadores como a víctimas, una acción que contribuye al establecimiento de estereotipos que representan un impedimento a la hora de identificar la raíz del problema, algo que, evidentemente, tampoco ayuda a lograr la erradicación de la violencia.

Cuando se habla de “víctima” nos estamos refiriendo a un término que resulta problemático debido a que muchas veces se lo asocia con debilidad, déficit, fragilidad o vergüenza, y a los individuos ligados a este concepto, por lo general se les termina imponiendo una dependencia hacia los otros como único medio válido de supervivencia. La dependencia de los individuos no se adquiere únicamente por una subordinación/necesidad hacia sus tutores inmediatos, como bien podría ser la familia, sino que también, en mayor o menor medida, existirá cierto grado de dependencia hacia el Estado y las demás autoridades que lo componen. La sugerencia de victimización no solo nace de las propias relaciones entre individuos, sino que también es atribuible a los discursos de esas autoridades. Nils Christie (1986) habla de una “víctima ideal”, aquella que genera simpatía en parte de la sociedad y a la que, dependiendo de como sea descrita en los medios de comunicación, se le otorgará un determinado grado de gravedad en lo que sería una especie de “jerarquía de la victimización” (Greer, 2007: 22). Esto significa que existe una clasificación de los que encajan o no dentro de las expectativas sociales o valoraciones acerca de lo que se considera una víctima. Rebecca Stringer reflexiona sobre el estatuto de víctima, y analiza las implicaciones de adoptar o no esta posición que, a menudo, se considera simplemente como la opuesta a aquella que poseen los “agentes”. La teórica habla sobre la dicotomía “víctima-mal / agente-bueno” (“victim-bad/agent-good” (Stringer 2014: 59) que deslegitima las experiencias de las víctimas y establece una priorización entre ellas con respecto a la visibilidad y el poder. Stinger también considera que se debería repensar la agencia de una mujer y su capacidad de resistencia a la violación para no contribuir al habitual negacionismo mostrado ante las experiencias del victimismo sexual. Dicho de otra forma, a las mujeres se les atribuye culpa cuando se trata de experiencias de victimismo sexual sufridas, en un sentido en el que, muchas veces, se espera de ellas que recurran a su capacidad de resistencia como un modo de evitar el acto de violación

del que son víctimas, o que cuanto menos, si tal acto tiene lugar, que la mujer demuestre la capacidad de enfrentarlo y/o rechazarlo.

Reflexionando sobre las explicaciones recurrentes para justificar la utilización del término “víctima”, Joan Menefee realiza un análisis sobre la representación de las niñas y los niños en el discurso público de los políticos en los Estados Unidos y sostiene que, entre sus habituales premisas, siempre se utiliza la imagen de niñas y niños inocentes para defender valores del agrado del electorado y de la mayor parte de su sociedad, señalando que los menores deben ser protegidos para evitar que se conviertan en víctimas:

children are innocent and must be protected –and using them to reach ideas members of the audience cannot deny the truth of if they have accepted the initial premises of the speeches. Each recognizes an actual, unmediated referent, by including the testimony of or a personal connection with a real child or children. (...) They run the two forms of representation together to say that they know what vulnerable subject speak of, that they can understand them, and that they can justly protect their interests (1999: 114).

El discurso es claro en sociedades con una larga trayectoria democrática, donde se articula en base a lo construido durante años y que ahora forma parte inequívoca en la mentalidad y tradición de los adultos que las constituyen, y, en consecuencia, de los discursos políticos actuales. Por el contrario, en otro tipo de sociedades podría existir un determinado interés, quizás económico, en que se omita pensar en la infancia, no se la proteja tanto o se permita su explotación. Estos tipos casos también los podemos ver en estas novelas.

Aunque en sociedades en transición el pasado evidentemente tiene un gran importancia, también la tiene el presente con sus problemas acuciantes. En novelas como *Eliza a los once años*, tanto la autoridad policial como los políticos del pequeño pueblo dicen entender las reglas, y, sin embargo, se ven directamente o indirectamente involucrados en escándalos de abusos a menores. El mismo tipo de ambigüedad ética puede aparece en las otras novelas del corpus, aunque bajo diferentes facetas, medios de comunicación o familias oportunistas, relaciones con las personas más cercanas: parientes, vecinos o profesores, entre otras.

En una sociedad en la que los actos de tortura disciplinaria, aun no estando amparados por la normativa estatal, logran constituir una parte de la “normalidad” de la vida cotidiana mediante la opacidad y el peso de las tradiciones, se lleva a las víctimas a una agravada situación de sometimiento que, muchas veces, les impide siquiera poder hablar sobre

este tipo de problemas. Las niñas agredidas por sus padres u otras personas tienen el convencimiento de que nadie les ayudará a defenderse, o que ni siquiera tienen derecho a esperar o solicitar ningún tipo de ayuda oficial y, en consecuencia, deciden utilizar los mecanismos de defensa que cuentan a su alcance para oponerse a sus agresores. Para las niñas representadas en las novelas, un recurso para lograr la liberación es emprender la búsqueda de una alternativa que les permita sobrevivir; sin embargo, no siempre resulta una experiencia satisfactoria ya que al hacerlo se topan con otro tipo de situaciones excepcionales que llevan a poner en peligro sus vidas.

En comunidades rurales y, menor medida, también en las urbanas, niños y niñas se convierten en meros objetos de posesión ya que el maltrato del que son objeto a menudo no encuentra ningún tipo de oposición, y ello, al menos de forma inconsciente, conlleva que estos niños y niñas jueguen un papel de participación activa en la perpetuación de su propia subyugación, deshumanización y estado de temor. En las novelas expuestas se relatan situaciones en las que las niñas son objeto de violaciones, abortos, prostitución, y por lo general se les atribuye la etiqueta de víctima confinándolos al mismo tiempo en una posición de subordinación. En comparación con los niños retratados en las novelas, las niñas se encuentran en una posición de exclusión, explotación y opresión; no obstante, son ellas quienes buscan el bienestar individual y colectivo ya que se encuentran en medio de relaciones y situaciones en las que deben tomar decisiones aprovechando la eventual ausencia de miradas y el control de parte de los adultos. Ellas intentan constituir un espacio propio y crear un ambiente propicio para escapar de los maltratos y relegar a todos aquellos que quieren disciplinarlas utilizando la fuerza. Cada una de ellas actúa en marco espacial diferente (tren, comunidad urbana o rural), se percibe en ellas una clara influencia, ya sea directa o indirecta, de los eventos sociales del país (la preparación de Rumanía para entrar en la UE, el momento en el que se hace efectivo tal ingreso, y la problemática de la migración tanto en Rumanía como en Moldavia), y aunque las niñas tienen motivaciones y métodos cuestionables, pueden conformar un orden moralmente correcto desde su particular y limitada perspectiva. De esta forma, se diferencia la vulnerabilidad de la victimización y se relaciona la primera con la capacidad de resistencia más que con la capacidad de respuesta: “I want to suggest that we might think about this form of mobilizing vulnerability, a specific kind of performative politics, as operating in various ways in recent kinds of mobilizations” (Butler 2014: 107).

Podría decirse que, en un primer momento, las actitudes y acciones ejercidas sobre las niñas las empujan en una posición de inferioridad sin embargo, hay un período de transición en el que reciben estímulos e influencias externas, como videojuegos o libertad de comunicación en general, que las lleva desafiar el orden establecido. Todo esto también implica un nuevo tipo control, desarrollo de nuevas estrategias de vigilancia y supresión de la condición de agencia de las niñas.

Por lo tanto, es necesario pensar en una posición que implique determinadas preguntas fenomenológicas que giren en torno a un espacio relacionado con conflictos, eventos, prácticas, nuevos deseos y expectativas sociales, pero a través de la perspectiva del desarrollo de las niñas. María José Gámez Fuentes y Sonia Núñez Puente consideran que la concepción que se tiene de la víctima, y su representación en el consciente o inconsciente, se presenta como un requerimiento previo y necesario para lograr despertar la compasión de la audiencia. Existe una constante preocupación dada, y que consiste en asegurarse que la víctima cumpla con su papel de “sujeto inactivo, inerme y desvalido” (2013: 153). Por tanto, las autoras no dudan en subrayar que parece darse por hecho que

el sujeto víctima ha de considerarse un sujeto activo, interpelado por el discurso dominante, para comprobar que se han roto los códigos morales de una comunidad y que se produzca así una acción social inmediata y sin matrices. (...) es necesario superar aquellos discursos que están basados en el reconocimiento/descubrimiento de la víctima y la comprensión de las aparentes ‘causas’ individuales de la agresión y, en su lugar, interpelar y dirigirse al Otro-mujer desde la asunción de nuestra responsabilidad en cómo interpelamos a y damos testimonio de las víctimas (2013: 155).

Si trasladamos el análisis a la figura de la niña, se observa que existe la misma problemática, la misma dualidad en la posición de la víctima. Incluso aquí, queda en evidencia el hecho de que las niñas cumplen la condición de seres vulnerables por excelencia, víctimas que todo lo pueden sufrir, sujetos indefensos que generan automáticamente la necesidad de recibir cuidados. Aisladas o coordinadas acciones, llámense subversivas o rupturistas, efectuadas por parte de las niñas, tampoco pueden ser consideradas como razón suficiente para que el Estado y las autoridades que velan por la infancia supriman instantáneamente la etiqueta de vulnerabilidad. Evidentemente, el problema requerirá más profundidad y reflexión sin dejar de considerar la condición ontológica de niños y niñas como seres indefensos.

De esta forma, debería recuperarse la dimensión de pluralidad y la contingencia allí donde las decisiones no están determinadas y no tienen un contenido prefijado, en este sentido se requiere no pensar desde una sola posición y no limitarse a considerar la infancia como algo estático e inmóvil a la que se le pone la etiqueta de víctima, reduciéndola a un mundo en que las personas adultas puedan tomar decisiones sin estar atentas a sus necesidades, carencias, deseos o formas de relación.

5.1.2. Sexualidad en la infancia. Hablar sobre los tabús

Es necesario hacer hincapié en la cuestión de la sexualidad, un aspecto importante en relación a la violencia. En este apartado abordaremos qué supone la sexualidad en un país excomunista y como es representada en las novelas, dado que implica tener en cuenta aspectos tales como la violación, la exposición a enfermedades de transmisión sexual o el aborto, todos relacionados directamente con la violencia visible.

Entendemos la sexualidad como una dimensión del sujeto vinculada a la capacidad reproductiva pero también al goce. De esta forma, se pone en marcha un aspecto distintivo, el placer que se relaciona con todo un sistema de necesidades y sensaciones físicas pero también psicosexuales tales como la intimidad, el afecto, la conexión social, el amor, la sensualidad o la ternura y compasión hacia el otro. La sexualidad implica en sí una función comunicativa, en el sentido en que permite expresar, intercambiar o compartir sentimientos, deseos o emociones, y está marcada por la relación subjetiva existente en torno a las diferentes formas de ver el mundo. De igual forma ocurre con los sentimientos y las relaciones humanas: no existe una forma uniforme de entender o expresar los deseos y necesidades sexuales, ya que no solo existirán las particularidades propias de cada ser humano, sino que también existe el fuerte factor contextual de la sociedad. Dada la estructura según la cuales las experiencias sexuales se encuentran organizadas, es decir, a través de un determinado marco cultural y social, el sexo puede no ser considerado un acto natural sino más bien como una práctica social y, por lo tanto, en determinadas culturas y momentos históricos puede ser considerado como tabú.

En tales situaciones la literatura puede utilizar la sexualidad como una expresión de todo aquello que ha sido ocultado, censurado o prohibido. En este sentido, la representación de la sexualidad en la infancia es una manera de articular la (in)visibilidad del cuerpo sexuado que ha sido apartado del discurso. Incluso existen mitos alrededor de la sexualidad femenina

que han sido muy difundidos y que interfieren en el desarrollo sexual normal de las niñas, impidiendo que este sea saludable y/o más diverso. El interés por estas cuestiones es creciente y diverso, de tal manera que McNair (2002) y Weeks (2007) consideran la sexualización de las niñas en relación a la diversidad sexual como una “democratización del deseo”, sin embargo, desde otras posiciones se destaca la conversión de las niñas en objeto de consumo sexual (Gill 2008). David Buckingham añade que se debería contemplar esta sexualización a la luz de los cambios sociales e históricos pero también desde “la naturaleza de la identidad o individualidad en las sociedades tardomodernas” (2007: 147). Esta cuestión, guiada por el principio de autonomía, encuentra sus raíces en las afirmaciones de Giddens (2006) al dar su consideración acerca de la “sexualidad plástica”, idea que está relacionada con lo que Beck identifica como:

la destradicionalización y desmoralización del amor, la retirada del Estado, del Derecho y de la Iglesia de cualquier pretensión de control directo de la intimidad, la necesidad de construir cada cual su biografía propia y mantenerla en contra de los deseos del prójimo, de las personas queridas, y en general la multiforme necesidad de construirse una existencia propia al margen de los papeles tradicionales de hombre y mujer (2000: 46).

Se ha utilizado a la sexualidad y al discurso que gira en torno a ella amoldándola a las corrientes tradicionales de una sociedad. No obstante, son factibles grandes puntos de ruptura, momentos que pueden comenzar a generar un cambio o apertura de mentalidad. En sociedades “infantilizadas”, estos cambios siempre han ido de la mano de influencias propiciadas por los niveles estatales más superiores de una sociedad, considerándose muchas veces, una cuestión de estado. El proceso de acogimiento de Rumanía en la Unión Europea introdujo, con seguridad, influencias e ideas hasta entonces censuradas o menospreciadas, en muchos aspectos de la sociedad y las vidas, y en especial en la cuestión sexual. Comienza entonces a vislumbrarse una discrepancia notoria, quizás de carácter generacional, entre corrientes conservadoras y liberales.

El cambio político fue, en gran parte, hipotético, en especial porque, además de haberse construido sobre los cimientos del comunismo, se acordaron nuevas normas y reglas a las que, sin embargo, no se les prestaba mucha atención. No se dejan atrás fácilmente las tradiciones y además se dan procesos de resistencia a los cambios. A modo de ejemplo, queda demostrado que sigue existiendo una gran falta de conocimiento sobre el aborto y todas las consecuencias físicas y psicológicas que ello implica, aun cuando, sin embargo, en Rumanía

es legal desde 1990⁶. No existe una educación sexual ni tampoco se sabe lo que supone cometer o desistir la práctica de un aborto. Asimismo, muchos de aquellos casos, no abundantes, aunque sí muy conocidos, en los que estas cuestiones llegan a hacerse públicas o ganar difusión masiva, se convierten en un problema objeto de debate entre políticos, líderes de la Iglesia, y activistas que utilizan este tema persiguiendo únicamente el beneficio propio y buscando subrayar hechos que les permitan legitimar conductas o cambios políticos que inciden en el desarrollo sexual normal de las personas. La niñez representa una etapa importante en que lo concierne a la educación sexual de una persona y es también el período durante el cual se aprenden constantemente las normas sociales, cómo se requiere actuar, y todo lo que es apropiado en las interacciones con los otros. Existe un consenso tácito en mantener a las niñas al margen de los problemas de los adultos, al menos a rasgos muy generales y que se extiende a todos los niveles normativos.

El problema radica en que la percepción de la sexualidad de cada persona puede ser muy diferente, aunque también lo son, por una parte, el proceso que facilita el descubrimiento del propio cuerpo y la manera de relacionarse con otra persona. Por un lado, existe este tabú de no mencionar aspectos sexuales de la vida de una criatura, pero por el otro, la libertad de expresión pone en evidencia de manera excesiva la hipersexualización y objetivación del cuerpo infantil a través de una mezcla de atracción y perversidad. Esa ambigüedad propicia la existencia de un control sobre los cuerpos de las niñas ya no solamente por atribuirles la ignorancia, la inocencia, sino también por el miedo a la exposición radical a los peligros y amenazas sexuales que puedan afectar a las niñas. En este sentido Louisa Allen y Toni Ingram sostienen que:

The effort to keep children ignorant of sex prevents them from being able to make adequate sense of the sexual representation which they will inevitably see around them. Adult anxieties about these issues can serve to render children less safe by potentially depriving them the knowledge they need to interpret the sexual mores of the world in which they must make the transition to adulthood (2015: 145).

Hablar sobre la sexualidad, implica dar un paso más allá en el sentido de que se pone en evidencia la regulación que existe desde el discurso patriarcal, determinada en gran parte por el contexto cultural, social y situacional en el cual una persona vive. Al tratarse de niñas,

⁶ Eniko Vincze sostiene que existe una falta de conocimiento acerca del aborto y un desprecio hacia la mujer que lo hace. También habla sobre la criminalización del aborto y la falta de la justicia reproductiva en Rumanía, teniendo en cuenta que la ley del aborto fue una de las reivindicaciones en la revolución rumana.

la necesidad de protección es mayor, y esta coexiste con formas de dominación y orientación hacia los comportamientos que puedan ser considerados válidos dentro de los parámetros morales. Asimismo, también quedan en evidencia aquellos cuerpos que, por el contrario, se salen de los parámetros impuestos y muchas veces quedan expuestos al espectáculo mediático. Juan Marco Vaggione considera que un factor determinante en lo que concierne la legitimidad del acto sexual, es la edad.

En general, las diferentes sociedades establecen restricciones legales y extra-legales sobre la edad mínima para involucrarse en un acto sexual basado, principalmente, en la imposibilidad de consentimiento por parte de niños y niñas. (...) el cuerpo de la mujer joven o adolescente se articula como una fantasía sexual en la sociedad y la cultura. (2012: 22).

Antes del siglo XVII la sexualidad era algo transparente, y que más tarde pasaría a considerarse prohibido, tal y como Foucault subraya:

todavía a comienzos del siglo XVII era moneda corriente. Las prácticas no buscaban lo secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia, y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obscuro y de lo indecente, si se le compara con los del siglo XIX, eran muy laxos. Gestos directos, discursos sin vergüenza, transgresiones visibles, anatomías exhibidas y fácilmente entremezcladas, niños desvergonzados vagabundeando sin molestia ni escándalo entre las risas de los adultos: los cuerpos se pavoneaban (1998: 9).

En la literatura rumana hablar o referirse de manera explícita a la temática de la sexualidad, se vuelve una práctica más habitual hacia el año 2000, una vez que la sociedad se acostumbró a ser más receptora de las influencias occidentales, en especial, a través de los productos culturales (cine, teatro, medios de comunicación), donde también se puede observar la crueldad con la que la violencia se ejerce en torno a la temática de la sexualidad⁷. Las escritoras construyen un lenguaje rico en expresiones sobre sexualidad y erotismo que supera las limitaciones del lenguaje. Con el objetivo de romper barreras e intentar hablar sobre estos aspectos que tienen que ver con el cuerpo, forjan una forma de comunicación basada en la creación de un nuevo lenguaje. Ruxandra Cesereanu considera que este paso

⁷ En esta época de transición, se puede notar un abanico de temas relacionados con la violencia, la sexualidad, las drogas, el alcohol, la brutalidad, las relaciones disfuncionales y experiencias extremas. Se trata, pues, de una hibridación temática y autores de diferentes generaciones, entre otros, como Angela Marinescu, Radu Pavel Gheo Ionuț Chiva, Dan Sociu, Ioana Baețiță, Adrian Schiop, Ioana Bradea o Claudia Golea. Un debate con el título: "La narrativa rumana en el milenio III (2001-2013)", sobre esta cuestión hay más información en la revista de literatura *Corpul T.*

dado en favor de la búsqueda de la libertad para expresar todo aquello que previamente había sido ocultado o evitado durante el comunismo se concretó en tres pasos tras la caída del régimen:

Un primer paso dado en favor de la literatura poscomunista para lograr considerar la temática de la sexualidad había sido la libre denominación de los órganos sexuales: no obstante, dicha desinhibición se había hecho de una forma mecánica, y no de forma continua, atraía la atención, pero no tenía necesariamente un meollo. (...) Después fue la segunda etapa: la opción para tratar a los temas sexuales desarrollándolos como ritual. Finalmente, en la tercera fase se emprendió la búsqueda de un nuevo lenguaje literario, que fuera artístico, que tuviera un valor estético y que al mismo tiempo que permita tocar temas relacionados con el erotismo (2005: 1).

El lenguaje sexual de la literatura abre puertas tanto a la expresión artística como a la construcción de un abanico de diferentes mundos posibles, perspectivas necesarias y que se inspiran en la realidad cotidiana, aunque también ayudan a la deconstrucción de aquellos parámetros que anteriormente estaban condicionados por el sistema comunista. Al hablar de estas cuestiones utilizando la literatura como vehículo, se abre un nuevo campo de posibilidades que permiten reflexionar acerca de una serie de cuestiones y temáticas que eran censuradas o prohibidas con el fin de conseguir centrarse en la formulación de una serie de preguntas que giran en base a la forma de percibir y entender la sexualidad. Por supuesto, la apertura hacia las influencias del extranjero fue también fundamental para lograr este cambio.

Partiendo de las premisas anteriores, se busca reflexionar sobre aquellos temas (prostitución, violación o aborto) que tienen relación con la sexualidad y la violencia física, es decir, aquella que es visible pero que también representa un puente hacia la violencia (in)visible transmitida por los medios de comunicación, las respuestas promovidas por los políticos, y la voluntad de las autoridades para inmiscuirse apropiadamente y buscar medidas para resolver estos problemas.

5.1.3. La prostitución infantil a la merced del abuso y el desconocimiento

Si el tema de la prostitución es, por lo general, una temática delicada, la prostitución de las niñas representa un caso extremo al que prestaremos especial atención en este análisis. En el caso de las mujeres, existen opiniones a favor y en contra del reconocimiento de la prostitución dentro de un marco legal, sin embargo, nos interesa reflexionar acerca de cómo ha sido abordado el tema en la Europa del Este teniendo en cuenta el contexto en que se

sucedan los acontecimientos de las novelas propuestas. Asimismo, al tema de la prostitución muchas veces se asocia a otras situaciones sociales que giran en torno al secreto (como el aborto, por ejemplo). La prostitución se puede interpretar como una forma de violencia contra las mujeres y las niñas si ellas están obligadas a ello, una manera de violación de los derechos de las humanas, de explotación de los cuerpos. Dan Alexandru Dragomirescu, Carmen Necula y Raluca Siminon en un artículo sobre el tráfico de mujeres de Rumanía consideran que la situación cambia radicalmente con la caída del gobierno comunista, momento a partir del cual “there is a variety of ways of manifestation in clubs, hotels, apartments, brothels, on the streets, by means of matrimonial agencies functioning as a cover, allegedly ‘clean’ companies seeking job applicants and more recently explicit advertisements in newspapers for adult video chat jobs” (2009: 124).

A partir de este momento, queda también en evidencia la precaria situación en la que se encuentran muchas mujeres dentro de la sociedad de transición. Como consecuencia de la condición social frágil (especialmente la falta de trabajo), muchas de las jóvenes o mujeres, se prostituyen para poder sobrevivir. Algunas son víctimas de la violencia doméstica y debido a una situación laboral crítica, se ven empujadas a tomar este camino. La figura de la prostituta implica una problematización de su complejidad y se debería evitar todo tipo de connotaciones peyorativas que tengan su raíz en creencias e ideas preconcebidas y simplificadoras. Se ha hablado sobre la explotación sexual como una forma contemporánea de esclavitud, que conlleva daños y secuelas que perjudican las vidas de las personas prostituidas, aunque también existe un aspecto sanitario, y en especial para las mujeres prostitutas, que quedan expuestas a infecciones de transmisión sexual, embarazos no deseados, prematuros y abortos. En las novelas propuestas en este análisis, la prostitución es uno de los temas que nos llevan a reflexionar sobre los cambios que solamente atañían a una parte de la sociedad, es decir, todo lo que entraba en la zona de la llamada “normalidad” y se ocultaba desde el discurso oficial como tabús. La prostitución es un problema contemporáneo muy profundo en la Europa del Este dado el volumen de mujeres que deciden emigrar para realizar este trabajo en zonas de Europa más ricas y prósperas donde quedan fácilmente expuestas a fenómenos violentos como la violación o la esclavitud; no obstante, también es un fenómeno de una alarmante magnitud que afecta a la democracia rumana.⁸ Hay niñas

⁸ Existen muy pocos artículos en rumano sobre la prostitución y desde una perspectiva feminista que expliquen lo que pasa con las mujeres prostitutas. En este artículo, “La prostitución: una industria de los

que recurren a esta práctica, sea por su ignorancia, por la situación familiar o por sus propios padres. Estos factores propician la recreación de una especie de estatus de anonimato que se debe al hecho de que esta elección es recurrentemente relacionado con aspectos negativos de las vidas: vulgaridad, suciedad o violencia.

La prostitución aparece como un tema adyacente en las primeras tres novelas de este corpus, pero también aglutina otro tipo de características y situaciones que se suceden en una sociedad en la búsqueda constante de un discurso o posición con el cual identificarse. La imagen de la prostituta se construye a partir de la premisa de que el sexo fuera del matrimonio es una práctica viciosa y condenable, y se considera a la prostituta como un elemento incómodo que pudiera llegar a socavar la integridad familiar. Shannon Bell sostiene que el cuerpo de la prostituta fue entendido como una identidad negativa en el contexto de la burguesía y que la práctica de la prostitución es vista como una desviación sexual (1994: 14). También concluye que: “The prostitute body was produced as a negative identity by the bourgeois subject, an empty symbol filled from the outside with the debris of the modern body/body politic, a sign to women to sublimate their libidinal body in their reproductive body” (1994: 72). Bell analiza el papel de la prostituta a lo largo de la historia, desde sus comienzos hasta la contemporaneidad, sosteniendo que activistas prostitutas como Annie Sprinke, Veronica Vera o Candida Royalle utilizan sus políticas y la industria del sexo para hacer “arte”, y de esta forma, subrayan el dualismo existente entre las prostitutas que son percibidas como diosas y aquellas otras consideradas como putas, dicotomía a la que frecuentemente se ha recurrido para asignar etiquetas a las mujeres.

Una vez más, las tradiciones juegan un fuerte papel en todo lo que respecta a las mujeres y a lo que se considera que pueda o no hacer con su cuerpo. En Rumanía, dada la fuerte tradición heteropatriarcal del pasado, existe aún un imaginario social basado en la misma mentalidad que retrotrae la función del cuerpo de la mujer a una concepción meramente reproductiva, menoscabando así cualquier otro tipo de utilización del cuerpo femenino.

En lo que respecta al enfoque central de este trabajo, la atención se centra en la perspectiva de la víctima, y esencialmente niñas cuyo cuerpo resulta atravesado, a partes

hombres, para los hombres, en contra de las mujeres”, se cuestionan los mitos existentes y se subraya el hecho de que la prostitución puede considerarse un trabajo pero conlleva también abuso, violación, golpes, violencia doméstica, racismo, la violación de los derechos humanos o abuso sexual de las niñas.

iguales, por la inocencia y la libertad, esencialmente debido a que aún no han llegado a la edad menstrual. Precisamente, este último es elemento esencial que facilita, a su vez, la negociación de su cuerpo y las relaciones en torno a él. Por un lado, se aprovechan de su desconocimiento, ya que actúan sin saber a lo que se exponen, pero por el otro, propicia que puedan ser abusadas o denigradas como seres humanos, esencialmente, porque sus cuerpos son considerados objetos que no dejan rastros. La inocencia de una niña tal y como es percibida por los hombres que abusan de ellas, ven en la menstruación un hándicap para el abuso sexual y la violación sin dejar las huellas de un embarazo. A grandes rasgos el agresor intuye a la niña “virgen”, por lo general juzgándola por su corta edad (no puede comprobar fehacientemente que aún no transita la etapa de fertilidad), como a alguien con una inocencia tal que no representa peligro alguno para destapar sus fechorías. El agresor desea este cuerpo por encima de cualquier otro y, por ende, esto podría proporcionar a la víctima, un factor más de negociación. Por ejemplo, en la novela *Lizoanca a los once años*, la niña es consciente de que es deseada por estos adultos, lo sabe y lo utiliza para negociar la satisfacción de sus deseos y necesidades (ropa, caramelos o champú). La toma de conciencia y el aprovechamiento de esta capacidad de negociación, a pesar de su corta edad e inexperiencia, no la hace ni ignorante ni completamente inocente ante los hechos.

Desde otro punto de vista, en la novela *Hai să furăm pepeni*, la niña se queda embarazada de su tío y aquí se plantea el dilema del aborto sin tener nunca en consideración lo que siente la niña. El hecho de ser niña y hacerse un aborto a tan corta edad puede, evidentemente, acarrear consecuencias, tanto física como psíquicamente, ya que si independientemente de si el caso se vuelve público o no, como resulta ser el caso de la novela en cuestión, el hecho de que la víctima vea mermada su capacidad de decisión, y ver como otros deciden sobre su experiencia vivida, podría generar en la misma una sensación de impotencia y desazón que podría tener consecuencias con el tiempo. La niña, en ningún momento de la novela, logra disponer de voz propia ni posibilidad alguna de expresar lo que realmente desea, sino que su “voluntad” se construye a través de las opiniones de sus tutores, los psicólogos o los doctores, es decir, una expresión de voluntad que nunca parte de su persona. Su cuerpo es utilizado para configurar una serie de decisiones sobre qué es lo considerado normal (o no) dentro la sociedad la cual vive. En este sentido, la discriminación es visible y presenta un claro acto de violencia: un cuerpo de niña, gitana y pobre, y que no le importa a nadie como persona sino que es tratada como un experimento, el de la toma de

un conjunto de decisiones sobre el que no puede o no le es permitido expresar voluntad alguna.

La prostitución infantil implica una articulación de lo que significa ser víctima y mide hasta qué punto se puede abusar de esta condición sin adoptar los argumentos relacionados con “la explotación” o “elección” (Sanders O’Neill, Pitcher 2009: 12). Por ello, según la explicación que proporcionan Teela Sanders, Maggie O’Neill y Jane Pitcher, existen opiniones que critican la unidireccionalidad de la mirada hacia la víctima, aun cuando desde la perspectiva de la mujer que pueda parecer que:

defining women in the sex industry as “victims” may suggest they will be provided with more assistance and welfare interventions, on the contrary, the recent (regurgitated) official discourse of “victimhood” justifies government regulation, criminalization and exclusion of women and children involved in prostitution” (2009: 12).

Según las autoras, todo esto sucede por dos razones:

(1) the rhetoric of victimhood is used to blame individuals for their own situation (for instance, they are involved and stay in prostitution because they are victims); and (2) in order to blame individuals, the concept of ‘consent’, ‘voluntarism’ and ‘coercion’ are simplified. This means that official agencies who adopt the ‘victimhood’ approach can use the argument that women are ‘choosing’ to stay in prostitution, and therefore can mobilize sanctions, disposal orders, compulsory drug treatment and other ‘orders’ to change behavior through the criminal justice system (2009: 12).

Esta interpretación, formulada desde la realidad de las mujeres se puede aplicar a las niñas para pensar cómo se percibe la etiqueta de víctima de la prostitución, determinar qué posición ocupan los responsables y cómo se justifica y entiende la prostitución en el ámbito infantil, en nuestro caso, en Rumanía.

La reducción a la dualidad es recurrente cuando se tratan temáticas relacionadas con la prostitución. En esta cuestión juegan un rol fundamental las instituciones, que deben velar por la protección y justicia de la sociedad que componen, pero también intervienen la hipocresía y los discursos erráticos. Mientras se victimiza a las prostitutas por la opresión que sufren, a menudo resultan inculpadas también por ofrecer una mala imagen hacia el resto de la comunidad, en especial a los menores. A pesar de tener un electorado que condena dichas prácticas, los políticos muchas veces llegan a “institucionalizar” el ejercicio de la prostitución para facilitar esa protección, cuando su verdadera finalidad puede simplemente recaudar

impuestos o blanquear dinero. En las novelas estudiadas la heterogeneidad de posiciones también está presente cuando nos referimos a esta temática. Por una parte, a menudo existe una diferencia entre la forma de vivir en los pequeños pueblos de Rumanía, donde puede reinar el hermetismo, y lo que sucede en las grandes ciudades, donde se concentran los medios de comunicaciones, y los mayores movimientos económicos e inversiones financieras. Lo que puede resultar aberrante para los habitantes de una gran ciudad puede ser rutinario (o no tan grave) en un pueblo. En *Eliza a los once años*, el pueblo solo toma conciencia de los abusos a la niña únicamente cuando los medios de comunicación se hacen eco de lo que sucede en ese pequeño pueblo. Hasta entonces era una simple niña marginal y prostituta a quien todos criminalizaban y culpaban de los males de todo el pueblo. Tanto la ley local como las autoridades políticas hacían oídos sordos a lo que ocurría, haciendo caso omiso de sus obligaciones porque, la elevada corrupción los dejaba en una situación tan comprometida que dejaba en evidencia su ineficacia.

Por su parte, en la *Kinderland*, las niñas que quedan desamparadas se encuentran en una total situación de desprotección cuando los padres abandonan el país, y sin embargo las autoridades no promueven políticas para actuar en esos casos. Una niña desamparada bien podría caer en manos de trata de blancas o en la prostitución callejera sin embargo al aparato del Estado solo les interesa que no les generen gastos y que las remesas que sus padres envían desde el exterior cubran las necesidades. Una vez más como en el caso de la prostitución, la hipocresía campa a sus anchas cuando se trata de seguir las normas establecidas que las propias autoridades promueven que el resto cumpla.

5.1.4. Aborto en la infancia. ¿Quién decide sobre el cuerpo de las niñas?

La cuestión del aborto está relacionada con la violencia física infligida hacia el cuerpo de las niñas en el sentido de que implica la existencia de una serie de decisiones que supuestamente persiguen el cuidado y preservación de su condición de inocencia. Más allá de las implicaciones éticas que pueda implicar un aborto, es interesante ver la relación entre deseo y prohibición en la infancia. Debemos tomar en cálculo que el aborto se considera una violencia física indirecta ejercida por quienes deciden el futuro de las menores. No obstante, el problema también radica en decidir cómo abordar adecuadamente la temática del aborto desde un punto de vista social, en donde habitualmente se obvian las emociones, impulsos o deseos de la menor, y que también deberían formar parte en la negociación de la relación

entre un adulto y una niña. La voluntad de las menores queda entonces, casi siempre, totalmente coartada por la “objetividad” de la persona adulta, y el marco de las normas ampara el hecho de que todo sentimiento o subjetividad no tiene ni debe tener lugar. El aborto muestra la dificultad existente para comprender su complejidad más allá de un marco regulatorio determinado.

Tal como sostiene Laura Candidatu (2012: 1), en la época postcomunista, cuando el aborto era ya una práctica legal y se promovían ciertas decisiones reglamentarias, las decisiones sobre la prohibición o liberalización de esta práctica habían sido tomadas no como una consecuencia de una demanda social en concreto, sino más en relación a la política seguida en los asuntos exteriores. Es decir, esta legislación no es el resultado de la influencia feminista sino más bien de una sincronización asimilada y sugerida desde el extranjero. Además, Candidatu (2012: 1) sostiene que la ley pro aborto ha consistido más bien en una política “reparatoria” en el sentido de que se buscó corregir las injusticias y los abusos del régimen comunista, pero también significó un resarcimiento de tipo “reactivo” y que tenía como objetivo tomar distancia de aquel pasado que coartaba la libertad e imponía control y restricciones.

Situaciones como estas nos llevan de nuevo a lo que Cavarero define a través del término “inerte”, la persona que no tiene armas, que no puede ofender, matar, herir. En el caso de las niñas es esencial comprender esta relación con el inerte porque son seres que se encuentran en una condición de pasividad y sufren violencias de las que no pueden escapar. Como se ilustrará, en las novelas el aborto es un pretexto para subrayar la falta de conciencia colectiva y social, y también se utiliza como herramienta significativa de violencia física que persigue objetivos sin tomar en cuenta los sentimientos de un ser humano que debe afrontar esta situación. Cavarero también propone el término “inclinación”, al que también se refiere Begonya Saez Tajafuerce cuando comenta que dicho concepto representa:

la inclinación conforma la relación como vínculo, como *legame*, que remite de manera necesaria a una observación ética y/o moral del Otro, donde no cabe la indiferente objetividad propia de la posición ética y/o moral correspondiente a la verticalidad y a la que está en todo momento y circunstancia aspira y debe aspirar. Nos inclinamos por deferencia, aunque también por preferencia. Por otro lado, la inclinación remite a la flexibilidad como actitud que es preciso adoptar, incluso resolver adoptar, pues no está dada a priori, a fin de establecer el vínculo, de activarlo, de responder a la llamada del Otro. La flexibilidad, así planteada, hace las veces de condición ontológica de la inclinación, pero es preciso decidirse en favor de dicha condición, adoptarla. En virtud de ese requerimiento de decisión, la flexibilidad otorga a la inclinación un

carácter político. Nos inclinamos por disposición, aunque, sobre todo, por resolución (2014: 13).

De este modo se establece una relación entre el sujeto y el otro, que conforma una condición naturalmente humana. No obstante, cuando nos referimos a una instancia estatal con absoluto poder de acción, y que toma decisiones según las influencias y propuestas políticas de los países del Oeste, estaríamos hablando de una clara discontinuidad entre experiencias. Esto significaría que lo que se busca, como producto de esta relación, es que un sujeto esté vinculado al Estado en lugar de a la persona que lo cuida. Existen relaciones entre las que el Estado no puede ni debería hacer de comodín ante ciertas situaciones ni decisiones, en especial aquellas que implican la subjetividad y plantean sentimientos humanos: relaciones padres/madres-hijos/as, relaciones entre pares del mismo sexo y edad (amistades), relaciones conyugales, entre otras. El Estado no puede, no debe, definir ni controlarlo todo. Sería algo similar a lo que describiríamos como una lucha/dilema entre control y objetividad vs. espontaneidad y sentimientos. Sin embargo el Estado es un actor fundamental a la hora de propiciar el contexto de lo común, a nivel social, económico, político y cultural, y es este factor contextual en su conjunto el que puede llevar a las situaciones extremas, a la intolerancia, y a priorizar lo superficial relegando las relaciones y los sentimientos. Por esa razón el Estado no puede ser indiferente ni negar o silenciar los actos de abuso a menores, lo que significaría un tipo de violencia invisible.

El aborto es una experiencia de las mujeres, y esto hace que solo ellas puedan entender y compartir mejor el conocimiento que gira en torno a esta práctica. Aun cuando la decisión sobre el aborto legal en Rumanía puede ser, *a priori*, favorable para las mujeres que quieren llevarlo a cabo, al menos en lo que respecta a las opiniones que dan más importancia a la previsión o impacto económico, el principal problema resulta ser de conciencia, información, de conocimiento. Las mujeres tienen derecho a decidir sobre su cuerpo en casos similares, sin embargo, resulta necesario establecer una dirección ética en lo que respecta a las niñas, cuando de por sí recae sobre ellas la presunción de la incapacidad de tomar de decisiones. En la situación contextual referente a las novelas hay que destacar que el derecho rumano en la actualidad establece la legalidad del aborto, y sin embargo el tema mantiene la consideración de tema tabú.

Esto termina perjudicando a los sectores más vulnerables de la población, ya que existe un escenario propicio para privarlos de conocimiento e información en lo que respecta

a temáticas de salud sexual y reproductiva. Además, el hecho de que la mayoría de las madres tengan una educación formada en los años del comunismo y, por entonces, las mujeres no solamente carecían de plena potestad en lo que respecta las decisiones que podía tomar sobre su propio cuerpo, sino que no tenía conocimiento sobre métodos anticonceptivos. Asimismo, la imagen de la madre representada en las novelas propuestas no solo refleja la injusticia de verse en la posición de estar constantemente sometidas a la ley del padre, sino que también se les exige seguir unas determinadas pautas de comportamiento y formarse bajo las normas de una dictadura que obstruía sus derechos. Por lo tanto, el silencio se debe a la falta de comunicación y a la aceptación de un modelo impuesto, y constituye un muro de incomunicación en la relación de las madres con sus hijas. Como se ha dicho, la figura de la madre no representa una continuación de saberes sino más bien una continuación de la cadena patriarcal y la imposición de los deberes preconcebidos que logran perpetuarse. A esta cuestión también se le añade la ignorancia en lo que respecta a las conductas de autoexploración sexual, práctica que no goza de buena aceptación, sino que más bien lo que se espera es una contención de la curiosidad. Producto de esta cohibición, la figura femenina debe aprender a crecer con la duda, el temor, y la obediencia que condicionará la manera en que se desarrolle sexualmente. El cuerpo femenino se constriñe entonces a leyes y estructuras morales y sociales que no siempre son las que se desean sino las que se imponen bajo el dominio de lo masculino. El sujeto quedará entonces siempre definido según diversas variables: sexo, clase, edad, cultura, todos factores que se entrelazan para determinar los niveles de subjetividad que conlleva cada una (Butler 1993, 1999; Braidotti 2000)

En estas condiciones la mujer es un constructo histórico que se constituye socialmente con la realización de determinados actos y comportamientos, y muchas veces mediante decisiones forzadas. Por lo tanto, en una sociedad en cuyo pasado todo estaba determinado por un líder, los placeres eran inexistentes y las relaciones sexuales únicamente se justificaban como medio para la procreación, se presentaba un ambiente propicio para la perpetuación de esta cadena de tabús (Vincze 2012: 1). Después de la caída del comunismo, y en especial en la época en la que el aborto no era aún una práctica legal, no existía suficiente información pública respecto al aborto, ni espacios sociales en los cuales las mujeres pudieran comentar sus experiencias sexuales, sus traumas o la conveniencia de los métodos anticonceptivos. La

ley otorgada por Ceaușescu, en 1966⁹, tiene como consecuencia una política racial y eugenésica que tenía como objetivo conseguir una auténtica raza aria con la que se creaba una nueva civilización europea. De este modo se construía una nación descendiente de arios, es decir, rubios y de ojos azules. Evidentemente, la cuestión nazi se centra en el racismo y la locura de creerse una raza superior, y el modelo comunista rumano, a su modo, también quería construir una nación modelo, mediante la manipulación y construcción de la moralidad de los cuerpos. En Rumanía existía una idea de pureza, pero más en el sentido de la perfección humana y moral. Las niñas y los niños que presentaban discapacidades se ocultaban a la sociedad, resultaban prisioneros en orfanatos y también sus propias casas. El aborto ilegal era una práctica que muchas veces se hacía necesaria debido a las condiciones de pobreza en las que se vivía por entonces ya que, como se ha mencionado al comienzo de este análisis, Rumanía estaba sumida en una situación crítica y muchas de las familias no disponían de recursos financieros para la crianza de los niños, con la comida, electricidad y calefacción racionadas. Por lo tanto, y como consecuencia de la muerte de numerosas mujeres por aborto, la sexualidad pasa a someterse al control social y político, y al autocontrol, por parte de las mismas mujeres. Por otra parte, para disponer de condones había que ocupar una posición bastante privilegiada (amistades que vivían en el extranjero, posibilidad de poder viajar), e implicaba acceso a más información, como, por ejemplo, cómo utilizarlos correctamente. El aborto podía efectuarse con la asistencia de doctores especializados y en la clandestinidad, por supuesto, pero también lo realizaban personas con ciertos conocimientos en medicina, o incluso las propias protagonistas, valiéndose de diferentes métodos caseros.

No obstante, la caída del comunismo no cambió ni la mentalidad ni el desconocimiento de las mujeres en estos temas. En el caso de las niñas y adolescentes se puede hablar de un doble tabú, especialmente en lo que respecta a lo que experimenta en zonas rurales. Algunos estudios que demuestran que solo un pequeño porcentaje de la población rumana recurre a métodos de protección sexual (Dumitrescu 2012: 12)

Asimismo, resulta interesante acotar que no existe una divulgación de los métodos anticonceptivos sino que más bien se intenta evitar hablar sobre el tema por ser concebido como algo repugnante, y en parte debido a las creencias religiosas. Este hecho cobra más

⁹ Sobre esta cuestión existe poca información, aunque el documental *Decreșei* (2004), en inglés, de Florin Iepan, muestra cómo se practicaba el aborto ilegal durante la época de Ceaușescu. La prohibición del aborto llevada a cabo fue ideada para lograr uno de sus objetivos principales: fortalecer rápidamente Rumanía incrementando su población.

importancia cuando las protagonistas son niñas, y se debe a que su grado de ignorancia es definitivamente mayor, especialmente por la concepción natural que se tiene de ellas y de que, ya de por sí, se intuye una pertenencia a un ámbito familiar perfecto y privado. No obstante, al hacerlo, estas niñas pueden correr el riesgo de quedar a merced de los medios de comunicación y transformarse en espectáculos mediáticos, cuya finalidad no es otra que diluir o potenciar los hechos en base a una idea de justicia que en muchos casos, representa una perpetuación de los mismos estereotipos y valores mal inculcados.

5.1.5. Violación o placer sexual. Subvertir las normas

La violación es un tema que merece una especial reflexión en las novelas *Eliza a los once años* y *Hai sã furãm pepeni*, en el sentido en que existe una ambigüedad al hablar sobre esta temática en el caso de las niñas. La violación es una relación sexual no consentida, y en otras palabras significa que, de forma inequívoca, alguien utiliza la fuerza sobre otra persona para obligarla a realizar una actividad sexual no deseada. Por lo tanto, es un acto de violencia que atenta contra los instintos de un individuo, afectándolo física y mentalmente. También cabe mencionar que una persona que sufre una violación también sufre el despojo simbólico de todos los derechos sobre su propio cuerpo, se le priva, incluso, de la posibilidad de elegir con quien realmente quiere tener un contacto sexual. Es interesante señalar que de esta manera se establece una forma de entender este tipo de acercamiento de una persona. De este modo, en este tipo de abuso sexual, siempre existe alguien que es víctima y que experimenta un evento traumático, y por la otra parte, también está la cara contrapuesta, la persona que somete control sobre la voluntad de la otra.

Entre la víctima y el agresor, casi siempre se da este tipo de relación que se reproduce en una línea continua, y de la cual, una vez establecida, es difícil escapar y ponerle fin. Esto también tiene implicaciones en la articulación de los estereotipos y la perpetuación del mismo modelo de análisis, es decir, aquel en el cual, la gran mayoría de las veces, la víctima (mujer, niña) es quien tiene la condición de vulnerable y quien constantemente queda retratada como sujeto pasivo, débil o como una figura silenciada. En esta cuestión es digno de mencionar que, por lo general, quien cumple el papel de la víctima es aquella persona, especialmente mujeres y niños y niñas, que pueda ser susceptible de recibir una agresión sexual, o que simplemente pueda atribuírsele la etiqueta de persona expuesta, por naturaleza, a situaciones

de violación. Sharon Marcus propone otra reflexión sobre la cuestión y propone ver otra cara de la inercia estereotípica existente entre víctima y el agresor:

I propose that we understand rape as a language and use this insight to imagine women as neither already raped nor inherently rapable. I will argue against the politics efficacy of seeing rape as the fixed reality of women's lives, against the identity politics which defines women by our violability, and for a shift of scene from rape and its aftermath to rape situations themselves and to rape *prevention*. Many current theories of rape present rape as an inevitable material fact of life and assume that a rapist's ability to physically overcome his target is the foundation of rape (1992: 387).

Esta inercia que lleva a concebir constantemente a las mujeres como seres expuestos, por naturaleza, a la violación, pone en evidencia que algo no está bien en esta conjugación, porque implica simbolizar al opuesto masculino como el dominante. Es decir, estaríamos diciendo que socialmente se equipara lo femenino con lo sometido y débil, y lo masculino con el opresor y dominante. Sustentando afirmación estereotípica intervienen una educación deficiente y la misma tradición heteropatriarcal.

Marcus propone entender la violación como un lenguaje que sugiere una reflexión sobre el hecho de que la mujer puede aún no haber sido violada ni tampoco tiene la condición intrínseca de ser "susceptible" a la violación. Por su parte, como se ha dicho, las niñas necesitan ser protegidas pero esa misma protección, en exceso, puede perjudicar su normal desarrollo. Por lo tanto, tal y como dice Marcus (1992: 386) al referirse al caso de las mujeres, es importante reconsiderar la violación y poner los medios para prevenirla, esencialmente, porque al hacerlo se genera una nueva conceptualización social de esta práctica violenta.

La reflexión que gira sobre la consideración de las niñas como seres víctimas implica habitualmente una dicotomía que necesita una atención detallada. Judith Levine (2002: 24-30) denuncia la manipulación y exageración de los medios de comunicación, y no duda en referirse a la prohibición o rechazo por parte de éstos a hablar sobre los cuestionamientos reales y las implicaciones del aborto, ya que, a menudo, no buscan detener o condenar los abusos cometidos contra las niñas, sino que tienen otros objetivos, como indagar en los conflictos y frustraciones en la vida de una persona. A pesar de estas críticas a los medios, hay que convenir que si la meta es cuestionar las construcciones sociales con respecto a la violación con el fin de poder darles una voz a aquellas historias que se inmiscuyen en temas tabús, es necesario darles visibilidad para, a continuación, situarlos en un determinado contexto. Es decir, en palabras de Higgins and Silver: "rape and rapability are central to the very

construction of gender identity and [...] our subjectivity and sense of ourselves as sexual beings are inextricably enmeshed in representations” (1991: 3).

En la literatura rumana la aparición de la violación desde una posición de denuncia, podría evidenciar que esa exposición a la violencia es de reciente implantación. Se podría también decir, que la violación se utiliza en la literatura rumana poscomunista como herramienta para subvertir todo aquello que está oculto, e intentar hacerlo visible, transgredir las fronteras del cuerpo como un medio para subrayar la impureza cultural y marcar la aparición de una nueva generación que no reconoce formas de pensar, sentir, desear del comunismo.

Lizoanca representa un caso particular en el sentido en que ella, por un lado, permite a los hombres disponer de su cuerpo a cambio de pequeños servicios, pero por el otro, actúa de esa manera porque desconoce las repercusiones de sus actos. Los hombres no solo abusan de ella físicamente, también abusan de su situación emocional y la chantajejan para obtener lo que quieren. En *Hai să furăm pepeni*, la relación incestuosa de la niña gitana con su tío se abre una perspectiva, muy ambigua, que parece defender al agresor porque en la narración también se sugiere una relación amorosa entre ellos. Como en la novela se describe un caso que refleja la realidad mediática de la transición tal como la experimenta la sociedad rumana, tanto la voz de la niña como la del agresor están ausentes; se muestra solo única visión de los hechos sucedidos.

Doina Ruști y Nora Iuga subrayan, a través de sus narraciones, que aquellas niñas que ocupan la posición de víctimas necesitan tener una voz propia, una que se defina a través de una mirada hacia sus necesidades. En ambos casos se crea una relación entre las niñas y los violadores que resulta omitida, o completamente olvidada, por el discurso oficial. Cabe mencionar que en este tipo de situaciones habitualmente la culpa es atribuida a los hombres, y que para clarificar la problemática de la violación y determinar cómo lograr erradicarla, surge el dilema de si para castigar a los violadores es conveniente cancelarlos o mutilarlos.

La violación infantil implica entrar en la ambigüedad. En el libro escrito por David Finkelhor, *La sexualidad sexual al menor*, el autor pone en cuestión las consecuencias en el tiempo de que un niño o niña tenga relaciones sexuales con un adulto. Él sostiene:

Aquellos que creen en una sexualidad más abierta en la familia podrían tomar la posición del relativismo cultural, argumentando que las experiencias sexuales entre adultos y niños solamente son nocivas porque nuestra sociedad se preocupa demasiado de ellas. El daño principal no viene, por tanto, de la experiencia misma

sino más bien de la reacción social con la que el niño se enfrenta. Aun en esta sociedad, existen muchos ejemplos de niños que han tenido experiencias positivas o por lo menos inofensivas. Si el sexo dentro de la familia no es realmente tan dañino y el daño que existe viene de la reacción de la sociedad, entonces puede ser más importante cambiar las reacciones de orden social que enfocar de manera tan exclusiva los peligros del sexo en la familia (1980: 28).

Sus afirmaciones, nuevamente, nos sugieren que, al menos la consecuencia dañina de la violación, puede no estar en el hecho en sí, sino en su contextualización, en el grado de dramatización, indiferencia y permisividad con que la tratan los diversos componentes de la sociedad.

Las cuatro novelas del corpus tienen una posición subversiva respecto a los roles atribuidos a “víctimas” y agresores. Reescribirlas lleva a interrogarse sobre lo que se entiende por normalidad e identificar aquello que pueda representar un desafío a la condición otorgada de “ser indefenso”. En tal sentido, cabe mencionar lo que Cavarero entiende sobre tal figura:

el vulnerable permanece mientras vive, entregado, en cualquier momento, al *vulnus*. La misma potencialidad lo entrega asimismo a la cura y a la ontología relacional que decide el sentido. Irremediablemente entreabierto a la herida y la cura, el vulnerable está por completo en la tensión de esta alternativa (2009: 58).

Por lo tanto, esta cuestión dual modifica la mirada sobre la niña, la problemática de su condición de infante y cómo es percibida dentro mundo contemporáneo, que solamente ansía una evolución de tipo racional y que delimite su comportamiento según las normas establecidas, en el sentido en que deben obedecer en todo momento a sus progenitores y también a las diversas instituciones de control.

Podría pensarse que el tipo más punible de violencia, el más fácilmente condenable por la opinión pública es aquel tangible, ya que no deja lugar a dudas. Casos mediáticos y con gran visibilidad popular, de maltratos, golpes, abusos sexuales y actos de avasallamiento total de un individuo sobre otro, muchas veces agravados, quizás, por la explotación de la posición de vulnerabilidad de la víctima. Sin embargo, son igual o incluso más condenables todos los otros tipos de violencia, ya que en la vida real se entrelazan, conformando, si se quiere, un único cuadro de violencia generalizada. A continuación se describirá como un tipo de violencia afecta a las niñas y el porqué también debe ser punible aquello que tiene un trasfondo más general, algo que, muy probablemente, no resulte tan obvio como un específico acontecimiento de violencia visible.

5.2. Repensar la violencia invisible y sistémica en el caso de las niñas

Slavoj Žižek reflexiona sobre la relación entre diferentes tipos de violencia (subjetiva y objetiva), con especial énfasis en la violencia sistémica que es invisible, oculta en la normalidad de los hechos, es difícil de reconocer y la mayoría de veces está omitida:

La cuestión está en que las violencias subjetiva y objetiva no pueden percibirse desde el mismo punto de vista, pues la violencia subjetiva se experimenta como tal en contraste con un fondo de nivel cero de violencia. Se ve como una perturbación del estado de cosas 'normal' y pacífico. Sin embargo, la violencia objetiva es precisamente la violencia inherente a este estado de cosas «normal». La violencia objetiva es invisible puesto que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento. La violencia sistémica es por tanto como la famosa «materia oscura» de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva (Žižek 2009: 10).

En esta parte del análisis se hará una reflexión sobre dichos conceptos teniendo en cuenta las novelas del corpus, en las que se refleja la violencia sistémica ejercida por diversas empresas, autoridades o medios de comunicación. Es importante también interrogarnos sobre como las diferentes corporaciones buscan conseguir más capital o perseguir intereses similares utilizando los cuerpos de las niñas basándose en el hecho de que estas se ven frecuentemente involucradas en casos de violencia subjetiva, tales como violencia física, verbal, o abuso de autoridad. Además, a menudo intentan mostrar su fachada más humanitaria pretendiendo convencer a todos de que lo hacen para mitigarla o erradicarla, para salvaguardar a las personas o concienciar a las personas sobre las problemáticas que rodean a niños y niñas. No obstante, lo que a menudo se desconoce es que detrás de esta fachada en realidad se genera un círculo vicioso que no hace más que aumentar y perpetuar la violencia que supuestamente pretenden erradicar. Desde la sobreexposición y banalización de los casos hasta la manipulación de los datos que se presentan como ciertos, todo ello contribuye a incrementar la posición de vulnerabilidad en la que niños y niñas viven, que ya no se basa solamente en su propia condición de seres inexpertos y frágiles.

La violencia sistémica es compleja porque es de naturaleza atomizada y aparece en numerosos espacios. Uno de ellos, indudablemente, el mundo de los medios de comunicación, ya sean los públicos o los privados. Las decisiones, permisividad e influencias y sugerencias que tantos unos como otros reciben del discurso general estatal y sistémico, tendrán consecuencias directas e indirectas en miles, millares o cientos de miles de individuos de una sociedad, como si de un efecto dominó se tratara. Lo sucedido en Rumanía durante

la dictadura de Ceaușescu no fue la excepción. En la época comunista no se podía hablar de estos temas y, por otra parte, una vez concretada la entrada en la Unión Europea, las leyes comenzaron a aproximarse a aquellas más propias de occidente. Por lo tanto, entre el momento de la caída del comunismo y el de la entrada de Rumanía en la Unión Europea, podía decirse que las instituciones no funcionaban bien y que cuerpos como la policía eran especialmente deficientes; en otras palabras, lo que reinaba en la sociedad era un gran caos burocrático (Frâncu, Hogiunc 2012: 147). Se pensaba que tras la caída del comunismo, se respetarían ciertos valores: el respeto a los derechos de las personas o la consideración de la felicidad y el bienestar del individuo como elemento central en un país sin dictadura.

Durante el régimen, los medios estaban controlados por el estado, mientras que al público solo se les mostraba una realidad que con la que no podían discernir. Tampoco había ganas ni fuerzas para hacerlo, ya que el medio televisivo representaba el poco ocio y entretenimiento mediático que el trabajador de la sociedad comunista podía tener, y a su vez, era su único medio para recibir información sobre su entorno. Paralelamente al crecimiento y diversificación de los medios occidentales, comenzaban a llegar a la sociedad rumana estímulos provenientes del exterior. Aunque desde la caída del comunismo se ha desarrollado un ambiente que sigue los criterios generales de la prensa democrática, no ha sido posible llegar a la calidad y transparencia de otros grupos mediáticos de países ya democráticos y con largo recorrido en la materia. La evolución poscomunista ha conducido a una característica paradójica: la hipertrofia de las libertades y la omisión de las responsabilidades públicas.

Lo real se convierte en un cuerpo virtual que no sirve como elemento que sustente un verdadero valor, no representa ningún interés tangible y todo se focaliza sobre la pantalla. Por ende, todo lo mostrado en la televisión se presenta o se concibe como algo confiable o que pretende ser irrefutable. En palabras de Baudrillard:

La descripción de tal universo imaginario y simbólico, siempre fue la del objeto como espejo del sujeto. La oposición del sujeto y el objeto siempre fue significativa, al igual que el imaginario profundo del espejo y de la escena. Hoy ni escena ni espejo sino pantalla y red (1988: 9).

Cabe mencionar que los medios de comunicación tienen un impacto esencial en la vida postcomunista y es interesante tratarlo como un factor que modifica profundamente las relaciones y crea nuevos *habitus* generacionales. Aunque las mentalidades difícilmente cambian radicalmente pero se pueden modificar, especialmente cuando las imágenes que se

ofrecen en la pantalla muestran otro estilo de vida muy diferente que incluso puede resultar utópico. Además de estos cambios mediáticos, la sociedad poscomunista se definió por el intenso auge del consumismo que, como sostienen Nadia Kaneva y Elza Ibroscheva, quedó asociado a la legitimización del nuevo orden capitalista:

Post-Communist ruling elites, regardless of their political colors, promised to elevate their countries to levels of economic prosperity enjoyed in the West. In this context, consumption was normatively revalued in public discourse and became a measure of social status and success. Mediated displays of opulent consumption and luxury offered “proof” that capitalism was “better” than communism and nourished the fantasies and aspirations of audiences. In short, the media were centrally involved in the rise of post-Communism consumerism as a dominant value in society (2013: 70).

Las nuevas imágenes e influencias inculcadas representan, en muchas ocasiones, una transmisión de violencia sistémica, ya que es perfectamente posible concebir las opiniones de la nueva vorágine capitalista como influencias dañinas, con consecuencias ocultas. Como se ha mencionado, la oferta de artículos y productos que antes estaban prohibidos era tan abrumadora que la gente consumía esas nuevas influencias sin cuestionar las consecuencias de su consumo. Por ejemplo, si anteriormente los cigarrillos extranjeros solamente podían conseguirse por contrabando, con la caída del comunismo la venta y publicidad de sus ‘bondades y sabor’ abundaban en las pantallas de cada hogar, todo sin medir los efectos que su consumo podría acarrear sobre la salud. Algo similar sucedía con la promoción de ropa de marca o de automóviles, entre otros. Esas influencias (y el consumo de las mismas) debían sostenerse con un único pilar: la generación de dinero a cualquier costo. Cuando decimos a cualquier costo, podemos, por ejemplo, referirnos a la novela *Kinderland* que aquí también se analiza y la cual relata como los padres deben irse al extranjero para generar dinero y sostener los “lujos” que a partir de ahora todos podrían darse, desde lo más básico hasta lo innecesario. En esta nueva transmisión de valores, con total abstracción de las consecuencias de lo promovido, los medios jugaban un papel fundamental.¹⁰

¹⁰ Los pueblos y las ciudades pequeñas de la Moldavia rumana y de la República de Moldavia son los más pobres. Cuatro de cada diez niños tienen a ambos padres trabajando en el extranjero. A partir del año 2009, hubo cambios en legislación rumana en favor de la protección de estos niños y niñas prácticamente abandonados cuya situación iba empeorando con el tiempo. La pobreza ha hecho que tanto los rumanos como los moldavos vayan al extranjero en búsqueda de una vida mejor, pero los gobiernos han querido dejar al margen el debate en torno a la situación en la que se quedaron estos menores, solos y abandonados en sus sitios de origen. Es un ejemplo de violencia sistémica y de recurso económico invisibilizado, porque las remesas de la emigración sostiene a sus hijos y a la economía de la zona.

En este caso, la violencia sistémica representa un aspecto incisivo y determinante en la sociedad consumidora, y es consecuencia del hecho de que tanto quienes la ejercen, como quienes la padecen no son inconscientes de su existencia. Y es fundamental entender que también se halla, casi omnipresente, en muchos otros aspectos de la sociedad, como, por ejemplo, el de las decisiones políticas y económicas de quienes toman las riendas de un país o sistema.

La violencia sistémica es una manera de no entender las necesidades sociales, de sobrepasar los principios de democracia, y se camufla en diversos niveles dentro de la sociedad. Asimismo, el accionar de este tipo de violencia refleja la gran vinculación e incidencia mutua existente entre los diferentes componentes de la sociedad, evidenciando factores fallidos. Estos podrían presentarse en la forma de un componente que presenta una mal función, o que toma una mala decisión sin atender a sus efectos secundarios que tienen directa o indirecta incidencia entre los niveles o componentes sociales que dependen de él. Ya sea una ley restrictiva o injusta, pasando por un recorte social, o el mero hecho de hacer la vista gorda ante ciertos males de la sociedad, tales como la corrupción policial o el abuso infantil, podrán tener una repercusión en otros componentes del gran engranaje social, pudiendo incluso llegar a desbaratar todo el sistema social y sus relaciones. Es esencial comprender que esta problemática está fundamentada en el esquema de abstracción al que juegan los distintos componentes sociales en sus distintos niveles, en especial aquellos cuyas acciones o decisiones van en forma descendente en un esquema piramidal más que nada porque unos pocos individuos o entidades suelen atender necesidades de muchos otros, incluso de toda una comunidad o nación.

En *La cruzada de los niños* la violencia es un fenómeno político, social o incluso económico, y recorre todas las relaciones sociales a través de subjetividades que se convierten en evidentes, es decir, a través de los comportamientos de niñas y niños que hacen uso de la violencia como medio para tomar el control del tren en que viajan. En la novela de Doina Ruști la violencia sistémica está omnipresente en la perpetuidad de la corrupción, en cubrir casos de abusos para intereses propios de parte de los que trabajan para las instituciones (el alcalde, la médica, el policía) y también continuar con los abusos de parte del sistema del patriarcado. Lizoanca es maltratada físicamente por su padre y todas las torturas son claramente visibles, pero son ignoradas por las instituciones, por los vecinos, e incluso por todo el pueblo. La violencia sistémica es el pasillo que lleva a una violencia subjetiva, una violencia pautada en

las estructuras de los contratos de convivencia. En *Hai să furăm pepeni* el aborto sirve para mostrar una forma de agresión corporal desde una perspectiva violenta, por un lado, aborto ilegal de la anciana, y por otro, el caso de la niña gitana espectacularizado en un *reality show*. En esta novela, la autora pone en evidencia las sórdidas consecuencias de la violencia de la exposición mediática, los prejuicios de clase y de raza, la continua victimización de las que no tienen una posición privilegiada. Por lo último, en *Kinderland*, la violencia se representa como consecuencia de las políticas deficitarias que han llevado a la inestabilidad social y económica de toda una nación, determinantes para decidir emigrar a otros países.

Los casos recogidos en las novelas reflejan las consecuencias del funcionamiento de un sistema económico y político capitalista que entra con gran fuerza en la época de transición y el cual se caracteriza por acarrear, entre otros, desigualdad, exclusión, delincuencia o pobreza, e ilustran una violencia invisible que entra en un circuito habitual y que se puede considerar la causa fundamental de gran parte de las violencias acontecidas en la sociedad rumana. Las niñas representadas en las novelas, crecen en una sociedad en la cual pueden darse situaciones particulares. Es factible, incluso, que las personas que ocupan las posiciones de tutoría, es decir, quienes deben cuidar y ofrecer protección a otros, tiendan a presentar opiniones y concepciones conservadoras sobre los cambios surgidos, o representen mentalidades moldeadas en una época que ya existe y que, por tanto, no logran comprender los principios del nuevo “mundo capitalista”. En consecuencia, estas niñas pero también sus padres se encuentran en un mundo ambiguo, en el que se entrelaza lo nuevo y lo antiguo.

Una vez materializada la caída del comunismo, las ayudas al desarrollo económico, político, o cultural, y que fueron otorgadas principalmente por parte de los Estados Unidos, buscaban, en principio, facilitar el proceso democrático. No obstante, acarrearón consecuencias en la economía y su regulación con la instauración del libre mercado, y consecuentemente, con la explotación de los individuos. Los Estados Unidos ejercen una impresionante influencia a través de diferentes instrumentos, entre ellos los de difusión masiva: televisión, radio, periódicos, revistas y libros. De igual manera, las grandes corporaciones logran promoverse y atraer a un sector de la población conformado mayormente por jóvenes. Existe una diferencia entre el ámbito urbano y el rural; en las ciudades grandes se aprecia un gran flujo de nuevas ideas, perspectivas, concepciones, e incluso más movimiento del mercado. Las zonas rurales son las que generalmente poseen un retraso en lo que concierne a la adaptación, aceptación y asimilación de los nuevos cambios

que acontecen en la sociedad. Esto es patente aun cuando los nuevos contenidos se presenten como una atracción primordialmente dirigida hacia las personas que no disponen de recursos financieros, que constituyen la mayoría de la población. La violencia sistémica es explicada por los aparatos ideológicos como una parte de la propia evolución de un país ahora que ha pasado a ser parte integrante de la Europa moderna y occidental, y la muestran como una sincronización forzada con todo lo que pasa en el Oeste. La explicación de su razón de ser, de su materialización, se tergiversa de tal manera que se la llega a justificar como una cosa natural y cotidiana en la cual toda la responsabilidad recae sobre las propias víctimas que la padecen. Mediante la manipulación como medio para mantener y reproducir la violencia del poder socioeconómico, se consigue afectar la característica humana con respecto a la ausencia de valores, o mejor dicho, la objetividad y la humanidad quedan ocultas en detrimento de la superficialidad, la irresponsabilidad, y todo aquel conjunto de contravalores que afectan al ser humano, como dice Žižek: “la relación entre violencia subjetiva y sistémica es que la violencia no es una propiedad exclusiva de ciertos actos, sino que se distribuye entre los actos y sus contextos, entre actividad e inactividad” (2009: 215).

5.3. Problematizar la violencia simbólica

La violencia simbólica es entendida por Žižek (2009) como una manifestación discursiva que atenta contra el otro por su condición de ser diferente, por ejemplo, por medio del lenguaje del odio interracial, de clase, sexual o mediante el uso de la discriminación que busca mantener el *statu quo*. Lo mismo sucede con la violencia sistémica, ejercida esencialmente según ideologías políticas y llevada a cabo por los regímenes económicos y políticos a escala local y mundial, y cuya notoriedad es aún reciente en los países del Este debido a la tardía adopción de los valores occidentales. Nuevamente, sería adecuado resaltar que este tipo de violencia afecta a todo tipo de sociedades. No obstante, resulta esencial remarcar que en las sociedades poscomunistas existe un lapsus de tiempo en el cual el desconcierto fue total, sin saber realmente los límites de lo permitido. El caos reinante se apoyaba en la desorganización en la que se hallaban sus instituciones ya que su reconfiguración requeriría un largo y lento proceso. La violencia sistémica seguía cauces propios en las sociedades poscomunistas, donde la corrupción, la pobreza y las necesidades agudizaban los problemas cotidianos de la población.

En este tipo de sociedades, la concreción de la violencia sistémica se produjo mediante el adopción y enmascaramiento de una transición identitaria que suponía llevarlas hacia un futuro inequívocamente mejor. En opinión de Bourdieu, los sistemas culturales funcionan como una matriz simbólica de las prácticas sociales y se desarrollan en el fundamento de una teoría del poder, que marca la reproducción y herencia de la dominación. Bajo estas circunstancias, se concreta una relación definida por la transmisión del capital cultural y los vehículos que la perpetúan y difunden el *habitus* y el capital genético. Este tipo de transmisión se realiza a través de prácticas pedagógicas y la asimilación de las costumbres que cada individuo adquirió durante el comunismo y, aun presentándose una ruptura entre el pasado y el presente, también surge la fascinación hacia los nuevos productos ahora de libre circulación. De esta forma, se concretan las condiciones sociales que marcarán la producción, la mutación o evolución de los arquetipos culturales. Bourdieu sostiene:

La política neoliberal puede juzgarse hoy por los resultados conocidos por todos, a pesar de las falsificaciones, basadas en manipulaciones estadísticas, que quieren convencernos que Estados Unidos o Gran Bretaña llegaron al pleno empleo: se alcanzó el desempleo en masa; apareció la precariedad y sobre todo la inseguridad permanente de una parte cada vez mayor de los ciudadanos, aun en las capas medias; se produjo una desmoralización profunda, ligada al derrumbe de las solidaridades elementales, incluidas las familiares, con todas las consecuencias de ese estado de anomia: delincuencia juvenil, crimen, droga, alcoholismo, regreso de movimientos fascistas, etc.; se destruyeron las conquistas sociales y hoy se acusa a quienes las defienden de ser conservadores arcaicos. A todo esto, se agrega la destrucción de las bases económicas y sociales de los logros culturales más preciados de la humanidad (2006: 32).

En la referencia anterior, no solo pueden percibirse aspectos de violencia sistémica, sino que también es fácil ver como esta deriva en una de tipo simbólica, que implica tomar posiciones, adoptar nuevos estereotipos y olvidar otros. La violencia simbólica representa una forma de imponer y mantener el sistema de dominación social entendido como legítimo. Hay una fina distinción entre violencia simbólica y la sistémica. Se puede decir que la violencia simbólica es la que utiliza mensajes, valores, íconos o signos para transmitir y reproducir la dominación a través de patrones estereotipados, como también la desigualdad y la discriminación, configurando la subordinación de la mujer en la sociedad. Julia Evelyn Martínez afirma que “esta violencia simbólica se ejerce a través de la publicidad, las letras de canciones, del refranero y de los dichos populares, juegos de video, novelas, revistas, caricaturas políticas entre otros” (2011: 1).

La violencia simbólica describe una imposición por parte de los sujetos dominantes hacia los sujetos dominados en un escenario en el cual el poder aparece como relación de fuerzas simbólicas. Bourdieu subraya que:

todo poder de violencia simbólica, o sea, todo poder que logra imponer significados e imponerlas como legítimas disimulando las relaciones de fuerza en que se funda su propia fuerza, añade su fuerza propia, es decir, propiamente simbólica, a esas relaciones de fuerza (1996: 44)

Las relaciones de poder están naturalizadas e interiorizadas de tal forma que se convierten en evidentes e incuestionables para los sometidos. En este sentido se utilizan patrones estereotipados, mensajes, íconos o signos para transmitir la dominación, la discriminación y la desigualdad, que naturaliza la subordinación de los vulnerables dentro de la sociedad. J. M Fernández enfatiza el hecho de que “las formas suaves y larvadas de violencia tienen tantas más posibilidades de imponerse como única forma de ejercer la dominación y la explotación, cuanto más difícil y reprobada sea la explotación directa y brutal” (2005: 10).

Las novelas aquí propuestas retratan la imagen de las niñas en el proceso de construcción y desarrollo social, junto con el marco contextual de transición hacia un nuevo mundo de posibilidades y límites. Esto implica el tratamiento literario de la incorporación de un tipo de subordinación, la violencia simbólica hacia sus cuerpos, algo que se presenta como un caso interesante para la reflexión. Jessie Blanco, en su artículo sobre la violencia simbólica, se refiere al estatuto de la víctima en una lógica patriarcal:

el estatuto de víctima que se les otorga a las mujeres agredidas, sostiene una lógica que perpetúa la dominación simbólica patriarcal y que nosotras reproducimos creyendo que, con sólo visibilizarla, estamos combatiéndola. Es más fácil ejercer políticas públicas para víctimas que para mujeres sujetas plenas de derechos. No es casual que el centro de la agenda de lucha de las mujeres sea la de combatir la violencia, generalmente física, que encuentra su expresión radical en los feminicidios, invisibilizando la violencia simbólica, la cultural y la estructural que la sostiene. Esta mirada con la que nos acercamos al problema se encuentra, a su vez, permeada por categorías de análisis de una lógica discursiva que forma parte del ajedrez que se quiere trascender (2009: 64).

Esta reflexión puede ser extendida a casos en los cuales se otorga el estatuto de víctimas a las niñas, que reafirma su condición ontológica como seres vulnerables, y conlleva a una constante necesidad de protección que en muchos casos puede llegar a ser excesiva, alimentar la posición dominante y justificar o legitimar el uso de la violencia directa. Teniendo en

cuenta la relación entre sociedad y cuerpo, y considerando a este último como eje central para la construcción de la subjetividad, los modelos imperantes llevan consigo una serie de normas cuya función es regular la identidad, género, deseo y estilo de vida. Jose Enrique Ema López sugiere que esta construcción social del cuerpo es paradójica:

nos lleva con la paradoja de, o bien aceptar que somos sujetos subyugados a la ley social, o bien, que somos sujetos completamente autónomos que podemos escaparnos de las constricciones materiales que nos marca nuestra inserción corporizada en el mundo para re-inventarnos más o menos voluntariamente mediante, por ejemplo, una nueva narración sobre lo que somos (2008: 90).

En definitiva, como seres humanos evidentemente tenemos la capacidad intrínseca de buscar ser como queremos ser y actuar en consecuencia, ya no solamente como quieren que seamos o como marquen los diferentes estereotipos. Sin embargo, esa misma capacidad puede verse menguada o ser directamente reprimida si el gran entramado de la sociedad funciona en la dirección conservadora y arquetípica, caminando hacia el futuro en forma de una línea recta, y obviando la necesidad de buscar la evolución.

Para Ema López, el cuerpo no es “una certeza sino un campo abierto de tensiones en conflicto” (2009: 90). De igual modo, interrogar las normas que conforman a una persona, supone una forma de cuestionarlas y también de desestabilizar los patrones que deciden qué vidas merecen la pena ser vividas y cuáles no. Al respecto, Judith Butler entiende que:

cuestionar las normas de reconocimiento que gobiernan lo que yo podría ser, preguntar qué excluyen, qué podrían verse obligadas a admitir, es, en relación con el régimen vigente, correr el riesgo de no ser reconocible como sujeto o, al menos, suscitar la oportunidad de preguntar quién es (o puede ser) uno, y si es o no reconocible (2009: 38).

La problemática relación que se presenta entre las niñas y la protección que se les otorga lleva a identificar, a través de una aceptación inconsciente tanto colectiva como individual, la supremacía de un poder por parte de lo masculino, el cual ha sido constituido por los regímenes de la sociedad. En consecuencia, vulnerabilidad y resistencia se presentan como condiciones representativas de una forma de reconocimiento hacia el otro y que persiguen agenciar una nueva forma de hacer política. No obstante, a la afirmación anterior debe añadirse el hecho de que existe un mundo sexualmente jerarquizado a partir de la infancia, en donde, como Bourdieu afirma “desde la primera infancia, los chicos son objeto

de un trato más privilegiado” (2000: 75) que las chicas. Los esquemas que se producen desde la infancia:

se reproducen a través de los aprendizajes vinculados a la experiencia que los agentes efectúan de las estructuras de esos espacios. Así, la inserción en diferentes campos organizados de acuerdo con las oposiciones (entre fuerte y débil, grande y pequeño, pesado y liviano, gordo y flaco, tenso y relajado, hard y soft, etc.) que mantienen siempre una relación de homología con la distinción fundamental entre lo masculino y lo femenino y las alternativas secundarias en las cuales se expresa (dominador/dominado, encima/debajo, activo-penetrar/pasivo-ser penetrado), se acompaña de la inscripción en los cuerpos de una serie de oposiciones sexuadas homologas entre sí y también con la oposición fundamental (2000: 76).

La violencia simbólica se enmascara con la violencia de tipo sistémica, acredita la existencia del sistema de control que subyace en el interior de una comunidad, dentro de su mismo orden social, y demarca la representación social sobre lo que es justo y normal dentro de una sociedad, obviando justificaciones. Siempre existirá una tabla de mandamientos por encima de otra, por ejemplo, muy por encima de las reglas democráticas y por encima de cualquier gobierno de turno, la mayoría de gobiernos occidentales basan su doctrina y última palabra en su Constitución o Carta Magna. La realidad es que una de las columnas fundamentales que sostienen y determinan el poder de la legitimidad será de aquella entidad que tenga pleno mandato y respeto por parte de las fuerzas de seguridad de un estado o comunidad. En otros casos, como bien podría suceder en ciertas regiones de Oriente Medio, el mandato de legitimidad podría llegar a estar determinado y sostenido por una tradición histórica o religiosa.

Todo mandato ejercido sobre un colectivo subordinado y bajo dominación se verá obligado, no solamente a acatar las imposiciones de los poderes económicos y políticos; aquí la violencia simbólica también juega su rol mediante la imposición de símbolos, creencias, la eventual obligación de olvidar, repensar o adoptar tradiciones, y estas también tienen incidencia y consecuencias hacia quienes se dirigen. Como si de un efecto dominó se tratará, las decisiones provocadas por la acción de la violencia simbólica podrán tener un efecto de acatamiento en un determinado sentido, que no será otro que aquel que determine la inercia de las reglas sociales establecidas o las tradiciones. A pesar de todo, la evolución es posible gracias a que también surgen grandes puntos de ruptura (como podrían ser la adopción de otro sistema económico/social), que muchas veces rompen esa inercia y despiertan la

conciencia de heterogeneidad de los diversos grupos de una sociedad, llevando, en cuyo caso, a una suerte de evolución o adaptación a los tiempos a la sociedad.

Además de afirmar la convivencia de las violencias sistémicas y simbólicas, tampoco es descabellado pensar que una puede llevar a la otra, o que pueden retroalimentarse entre sí. Por ejemplo, la imposición de modelos de género occidentales, desde aquellos que pregonan la igualdad de género pasando por los que sugieren la apertura y tolerancia hacia los colectivos de homosexuales, lesbianas o transexuales, pueden llegar a significar un choque cultural en sociedades o comunidades históricamente cerradas o tradicionalistas, y su asimilación puede llegar a no ser tan inmediata como el acatamiento de una ley de emergencia económica, por ejemplo. Evidentemente, la adopción del modelo occidental muestra el sometimiento sin contemplaciones a unas decisiones que van en una determinada dirección según una jerarquía social determinada. Esto puede acarrear muchas más consecuencias de lo que representan, y si la adquisición de los valores occidentales conlleva también la transición o transformación de valores tabú o prohibidos en el pasado, es de esperar que si su asimilación no resulta satisfactoria podría derivar en otros tipos de violencias, desde protestas hasta represiones por poner solo unos ejemplos. Estos ejemplos, aunque completamente hipotéticos, no desmerecen la posibilidad de que se puedan concretar bajo determinadas circunstancias, y ejemplificarían, metafóricamente, la posibilidad de la convivencia implícita de las violencias subjetivas con las objetivas, es decir, con las de tipo sistémico y simbólico. La diferencia radica en la articulación de la violencia simbólica y la representación de la sistémica consta en la forma de percibir las dentro de la sociedad.

Por lo tanto, la violencia simbólica es practicada y se repite una y otra vez en la vida cotidiana, llevando a que las personas omitan el hecho de que algunos comportamientos o actitudes conllevan el componente de la violencia simbólica. Además, la violencia simbólica también se replica a través de la educación en el seno familiar, en la escuela o mediante la formación informal. Con el advenimiento de multitud de programas de televisión la violencia simbólica fue consumida y asimilada como un hecho natural que se constituía en el imaginario social mediante las conversaciones mostradas en la pantalla, a través de la publicidad, telenovelas y otros productos culturales. La asociación feminista Feminism România se ha manifestado sobre este tema:

De hecho, en Rumanía, muchos de los programas de radio o TV continúan promoviendo los valores de una sociedad patriarcal en la cual existe una desigualdad

de poder obvia e injusta existente entre hombres y mujeres, y ejercen la violencia hacia las mujeres bajo diversas formas (violación, acoso sexual, violencia domestica), o como mera diversión, con la finalidad de aumentar el rating (2014: 1).

El cambio de régimen necesita un largo proceso de adaptación a otro tipo de apertura social, y atraviesa lapsus de crisis, en gran parte debido a que la relación entre clase y género se plantea como un interrogante dentro del mundo dominado por el orden capitalista y global. Si durante el comunismo, las mujeres se veían en la obligación de tener un trabajo y al mismo tiempo se le exigía encargarse de la organización y el cuidado familiar, tal situación dejaba en evidencia, de forma implícita, que existía una clara situación de desigualdad de género. Concretado el paso hacia el capitalismo, se vislumbra una acentuación de las desigualdades y se intuye una complejidad aún mayor en lo que respecta a la situación de subordinación y dependencia de la mujer. De esto se deduce una doble lectura, por un lado, el trabajo ejercido por las mujeres puede ser comprendido como una forma social de emancipación, liberación y participación igualitaria con respecto a la dominación masculina y la dependencia económica respecto a su figura, pero, por otra parte, también puede ser entendido como un mecanismo social de dominación y subordinación ante una estructura social y económica que funciona como una figura paternalista.

En el imaginario de una sociedad patriarcal la mujer es una figura en condición de constante subordinación, y sobre la cual se ejerce un fuerte control desde la infancia. La transmisión ideológica dominante se vehiculiza a través de la escuela como principal herramienta simbólica que persigue, esencialmente, formar y reproducir la desigualdad de una manera naturalizada. Por ello, se busca que las niñas se ajusten a un determinado modelo social en el cual derechos, accesos y oportunidades, son estructuralmente asimétricos.

6. Manifestaciones de la violencia física y simbólica

La violencia en las representaciones literarias del poscomunismo es evidente y palpable. No es simplemente una manifestación aislada, sino que es una forma omnipresente y que tiene clara persistencia en los distintos discursos ideológicos y en la manera en la que se éstos se ejercen, a menudo, en la confluencia de los espacios íntimos y públicos. En las novelas propuestas existe una relación que se establece entre la violencia interindividual habitualmente presente en la relación entre los diferentes rangos generacionales (esencialmente adultos versus niñas) del propio seno familiar; así los hogares son presos de la violencia simbólica y sistémica (institucional y económica) a la que también se enfrenta toda la sociedad. Por ello, es necesario indagar en lo que representa la necesidad de los otros, y reflexionar sobre el cuidado impuesto sobre las niñas ya no solo como una forma de protección, que muchas veces es excesiva –bajo– el pretexto de la debilidad o incapacidad propia de la etapa infantil-, sino también como una manera de comprensión y responsabilidad hacia el otro que vive en un mundo común. En este orden de ideas, la problemática que se presenta nos invita a reflexionar ejerciendo una perspectiva ajena para intentar evaluar qué condiciones y circunstancias pueden llegar a empujar a las niñas a hacer uso de la violencia. También se hace necesario enfatizar el hecho de que las niñas son personas activas y que responden a los estímulos a los que quedan expuestas, haciéndolas visibles como participantes y protagonistas de la lucha por el reconocimiento de una comunidad. No obstante, aunque esta última mantenga un irrenunciable vínculo con el pasado, indefectiblemente también necesitará un desplazamiento de cara al futuro. La representación de la violencia en las novelas poscomunistas pone en evidencia todo el engranaje que compone al sistema social, del cual nadie consigue escapar, y donde la corrupción hace mecha en las diversas prácticas habituales de cualquier sujeto.

En la primera parte de este análisis se ha hablado del *habitus* en el sentido de representación de un proceso de socialización históricamente determinado, en el cual, por ejemplo, las niñas tienen unas determinadas pautas y prácticas sociales ya incorporadas y asumidas dentro del campo social. En el fondo, las estructuras que definen sus posiciones ya han sido previamente concebidas conforme las experiencias que tienen dentro de un espacio preestablecido y que comparten con quienes les ofrecen protección y cuidado. En este apartado, es interesante reflexionar en cómo se desarrollan las niñas en la nueva comunidad

de la que hacen parte, y también como logran articularse estas nuevas formas de convivencia que tienen lugar en diversos espacios tales como, un tren de pasajeros, o una determinada comunidad urbana o rural. En el corpus elegido, la violencia se integra en un sistema de representaciones tanto a nivel individual como a nivel estructural generado por un sistema político-social que se ha caracterizado por los bruscos cambios que trajo consigo el paso de la dictadura comunista al sistema capitalista. Este último constituyó un acontecimiento determinante y ha sido decisivo en la manera de construir una nueva sociedad que no deseaba ningún vínculo con el pasado opresivo. En el mundo infantil, la vulnerabilidad de las niñas ayuda a reconstruir su capacidad de resistencia convirtiéndola, de alguna manera, en un mecanismo de transición gracias al cual la violencia se percibe como algo que permite facilitar la convivencia en las ya fragmentadas comunidades descritas en las novelas. Es decir, a lo largo de estas narraciones se van construyendo, a través del empleo de diversos elementos, diferentes aspectos representativos de violencia directa e indirecta: la subordinación del cuerpo y del sujeto femenino en la infancia, la manipulación de una población infantilizada recién salida del comunismo, medios de comunicación que a través de la cara humanitaria que muestran no dudan en ejercer una violencia invisible mostrando todos los actos de violencia doméstica.

6.1. ¿Las niñas tienen las armas? La ambigüedad de la relación entre víctima y heroína

La novela de Ilis pone bajo interrogante el orden preexistente en la sociedad rumana. La representación de las niñas en la *Cruzada de los niños* abre un diálogo entre unas existencias hipotéticas y el desarrollo objetivo del mundo en el capitalismo. Es decir, en este texto literario la violencia visible producida por niñas y niños tiene un gran impacto en lo que se refiera a la construcción y distribución de posiciones sociales, y produce pánico y desconcierto porque se rompen las normas. La violencia ejercida por los infantes subvierte los modelos de interpretación del nivel patriarcal debido a que es poco común y existen pocas herramientas para reflexionar sobre sus fundamentos o finalidades sin caer en los estereotipos. Las niñas representan un comienzo del modelo femenino, el cual demarca como deben actuar y comportarse en la sociedad según los estereotipos que pesan sobre ellas: futuras mujeres sumisas, obedientes, dóciles. Como consecuencia de estas preconcepciones, la capacidad de ser agentes resulta olvidada, apartada, o ignorada.

El tren resulta ser casi metafórico, y llega a simbolizar la creación de una nueva comunidad, especialmente, cuando los niños/as logran aislarse de las influencias de adultos y tutores, y las niñas comienzan a implicarse en el desarrollo de la revolución iniciada por el grupo de niños. Tal como se ha mencionado en la primera parte de este análisis, el niño romaní, Calman, es quien modifica el estado de “normalidad” tras sus encuentros con Sonia, una niña que posee todas las cualidades para inscribirse en el patrón de la “niña buena”. Aparentemente se vislumbra un deseo sexual existente entre ambos, el cual puede tener diversas lecturas, la conexión sexual incipiente (a través de los besos, toques, miradas), y el juego de poderes entre un niño de clase baja, sin educación, con un estilo de vida libre y de pertenencia a una minoría habitualmente discriminada en Rumanía, y la niña de clase alta, educada, y con un estilo de vida disciplinada. No obstante, también podría darse otra interpretación a esta relación, quizás como dar respuesta a una manera de buscar en el otro algo que resulte complementario a uno mismo, que pudiese colmar algún hueco vacío o perdido del propio ser. Además de estas interpretaciones, existe un deseo de demostrarle al otro la complicidad necesaria para reforzar una idea o práctica que se pueda querer emprender.

El beso primordial e inocente de los dos niños, como fuente oculta e inexplicable de todos los acontecimientos que se sucederán en el plano de la realidad narrativa, Independientemente del motivo filosófico que supone la aceptación o negación de la presencia muda e inviolable del destino en el orden de la existencia e independientemente incluso de la idea seductora del beso puro como escena referencial y recurrente en los códigos hermenéuticos bíblicos o culturales, admitamos sin dudar que fue el destino que eligió a Sonia como mensajera de Calman, admitamos asimismo que, tras cumplir ella su misión con pleno convencimiento, reconciliando a Tiberiu con los alumnos de sexto y que una vez les había revelado a estos el mensaje de chico de Bucarest, el mismo destino escogió de nuevo a Sonia para llevar a cabo otra misión, ¡la de llevar al compartimiento de sus compañeros al niño que les había prometido la conquista del tren! ¡El tren es nuestro! (Ilis 2010: 165)

La autora utiliza una ironía para describir la paradójica situación en la que se encuentra uno de sus personajes cuando se ve envuelto en medio de una insólita posición de poder, un niño gitano y polizón en medio un grupo de niños y niñas de alta posición que lo admiten y lo respetan por lo que es. Sonia es quien construye el puente que conforma su relación con el niño gitano, en parte gracias a su inocencia, aunque también porque en determinado momento ella comienza a sentir cierto cariño hacia el pequeño Calman.

La construcción de relaciones existente entre los grupos de niños y niñas, y la homogeneidad que se presupone, abre una puerta a repensar la comunidad en relación con la construcción de un nuevo *habitus*, relegando todas las prácticas y costumbres sociales que las personas pudieran haber aprendido durante la infancia. La violencia infligida aquí puede no ser advertida por los menores como algo totalmente consciente o planificado con antelación, sino que surge de forma espontánea conforme avanzan los acontecimientos, como un grito de petición de libertad, que finalmente deviene como una forma de subversión a las normas impuestas, o incluso como método de defensa. Asimismo, este grupo niñas y niños actúa desde la ingenuidad propia de su edad y piensan que, por medio de la violencia, van a poder cambiar algo realmente.

Sonia, al tener encuentros amorosos con el niño romaní e idear la toma del tren rompe, de alguna manera, con su estilo habitual de vida, subvirtiendo los límites disciplinarios instituidos por su familia y/o tutores. Además, se ve a sí misma en medio de la intersección de poderes establecidos en el mismo seno del lugar, allí en donde su espacio y libertad para moverse queda demarcado por reglas que delimitan un estricto control sobre él, y donde la vigilancia está siempre omnipresente.

Quien habría dicho que Sonia, una niña educada, que por nada del mundo habría desobedecido a los profesores, a sus abuelos, a sus padres, a los adultos en general, se dejaría llevar por algo confuso e indescriptible ajeno a su docilidad acostumbrada y se abandonaría al movimiento continuo e intenso de la vida, a la que en un impulso impredecible del destino le pareció oír resonando como un eco lejano del mundo de los mayores (Ilis 2010: 170).

El cuerpo tiene la responsabilidad de participar en estas relaciones para cuestionar o moldear estos modos de interacción con el entorno, pero también se puede observar las relaciones de poder de las personas hacia las niñas y de estas hacia las personas mismas. En palabras de Foucault: “no hay un poder, sino que, dentro de una sociedad, existen relaciones de poder extraordinariamente numerosas y múltiples, colocadas en diferentes niveles, apoyándose unas sobre las otras y cuestionándose mutuamente” (1981: 168).

Desde la perspectiva de los tutores, el encuentro con el mundo de los adultos tiene que ser visto como una transición, pero debe serlo de una forma particular, una en cual las niñas y los niños deban ser preparados debidamente para dar este paso. La educación representa ser una importante herramienta que ayuda a entrar en una etapa subordinada a un sistema de valores que logra, por un lado, perpetuarse, y por el otro, entenderse como una

establecida normalidad desde la perspectiva infantil, una a la que no es posible negar o rechazar:

A medida que crecen se separan de dicho mundo, madurando e integrándose en el nuestro, la separación puede ser más o menos violenta, eso depende de cada uno, Yo creo que nuestro deber como pedagogos es concienciarlos de la presencia del mundo adulto y acostumbrarlos con tiempo a su funcionamiento para que la transición sea lo más fácil posible (...). Cuanto más conscientes sean los alumnos de que cada error implica un castigo, con mayor ahínco intentarán evitar cometerlos, por lo menos aprenderán a no repetir el mismo error dos veces, ¡este es el principio pedagógico más simple, la analogía! (Ilis 2010: 178)

La relación entre ambas generaciones se hace evidente y representa una crítica hacia todo aquello que hace que esa relación logre sostenerse, y en especial hacia los modelos pedagógicos que todavía hacen referencia a la estructura educativa del comunismo. Por un lado, la ruptura entre el pasado y el presente se sostiene en base a actos, tácticas, estrategias y maniobras de las instituciones, y lo presentan ante la sociedad bajo una nueva propuesta de derechos y obligaciones que el nuevo sistema les ha de ofrecer y exigir. No obstante, hay cosas de difícil asimilación en sociedades con fuerte tradicionalismo, y la implantación del nuevo sistema también se apoya sobre la habitual resistencia a observar de una forma objetiva los cambios sociales. Prefieren creer, a cualquier costa, que lo nuevo es definitivamente mejor y que llega para solucionar todos los problemas del pasado.

El dilema sobre qué debe hacerse o no, siempre según indique la normativa de los nuevos cambios, necesita una nueva interpretación, pero ya no a través de la reconducción de aquellos sujetos ubicados en la categoría 'desobedientes', sino a través de un diálogo que implique una política de formación de generaciones que preferentemente sientan conformidad con las realidades de su época.

La desobediencia ejemplificada en el rechazo de la niña conforma un modo de reinterpretar la posición de víctima en un sistema social, económico y cultural que cambia a nivel teórico pero que sin embargo en la práctica no queda resuelto de igual manera, ya que a nivel de mentalidades y tradiciones muchas cosas continúan inmutables y arraigadas en el pasado.

Por otra parte, Sonia dispone de una vida articulada por el cuidado y la protección de sus padres, pero en el tren descubre lo que realmente significa sentirse libre, algo que logra despertar un gran interés en ella. Alejada de la pasividad en que vive relegada cuando se encuentra en su hogar familiar, se halla en posición de ganar protagonismo al ser una pieza

relevante en la revolución que los niños hacen en el tren, y comienza a mostrar una faceta más activa que logra dar más visibilidad a otros espacios cuyos límites ya no son infranqueables. Por tanto, Sonia, como las demás niñas del tren encuentran un ambiente propicio en el cual recrear un mundo imaginario y la conquista del tren representa para ellas un acto digno de celebración, similar, quizás, al de un concierto en el cual ellas mismas sean las protagonistas:

¡Vamos a conquistarlo! musitó Sonia, para quien el mundo equivalía al público invisible de las salas de concierto y, sobre todo, las excesivas exigencias del jurado de interpretación a la que la joven violinista deseaba de todo corazón conquistar, ¡Vamos a conquistar! aprobó Agnes, que se imaginaba el mundo como una alfombra sobre la que ella se paseaba sin darle demasiadas vueltas, a la cabeza, sobre sus colores y formas y que, a pesar de eso, siempre se extendía tentadora bajo sus pies (Ilis 2010: 243).

Para Sonia, el acto de conquistar el tren resulta una tarea importante y que necesita una laboriosa preparación, pero también se muestra como una herramienta válida para conseguir impresionar al niño (Calmán) y demostrar que su preparación y dedicación a la causa es seria y fidedigna. Su pequeña amiga, Agnes, entiende de una manera un tanto diferente lo que significa esta conquista, y lo experimenta más como si fuera una estrella cinematográfica que camina por la alfombra de un festival de cine, lo que evidencia la gran exposición que las niñas tienen hacia las influencias mediáticas. En este fragmento, en sus mentes desfilan las imágenes de personalidades a las cuales ellas están acostumbradas a visualizar en la pantalla de la TV, típicamente modelos de artistas, o diferentes escenas de películas americanas.

Estas situaciones recreadas en su imaginario se convierten en cierta forma en un fiel reflejo de la sociedad, con sus tópicos, costumbres y tradiciones. De igual forma, también queda en evidencia el modo en el que se actúa desde el exterior, influyendo sin cesar a través de un mercado libre que se enfoca y fija como principal objetivo los cuerpos, que se encuentran en una etapa básica de asimilación de costumbres y tradiciones. Quedan así en una posición de víctimas aunque también de canalizadores de esas influencias, ya que desde su particular perspectiva terminan transformando la realidad acorde a lo que visualizan en una experiencia cotidiana. Las niñas adquieren valores imitando la forma de actuar de personas, reales o irreales, que se hallan en un determinado contexto o situación, o se atribuyen roles protagonistas propios de estrellas de cine y terminan entrelazando realidad y ficción. Son capaces de pensar que es posible trasladar todo lo que sucede en los mundos

virtuales a la realidad objetiva, cotidiana. Dentro de los mensajes que reciben de la pantalla, existen elementos conceptuales y procedimientos que también son adquiridos con gran facilidad. El *habitus* de las niñas resulta de la confluencia, por un lado, de la educación arraigada en el pasado y que es aquella utilizada por los profesores y por sus padres, y por el otro, las influencias propias del sistema capitalista, como si de una inoculación paulatina y permanente se tratase, imponiéndose lentamente el cambio de estilo de vida de una sociedad con una determinada identidad y tradición, pero cuyos valores son ahora empujados hacia aquellos que son específicos de una cultura imperialista.

Esta misma fragilidad de la frontera entre realidad y relato permitía para sus héroes favoritos de las películas aparecieran en el tren como lo más normal del mundo, allí estaban van damme, arnold schwarznegger, robocop, los caballeros Jedi comandados por obi-wan-kenobi, al igual que harry potter y la lechuza hedwig, herminone, representada por Diana, y ron, encarnado en Mihnea, la galería de actores y personajes de ficción se completaba con estrellas del pop, rap, hip-hop o house, eminem, britney, kylie minogue, djproject, enrique iglesias, beyoncé, usher o 3 sud-est, la historia seguía su curso y la risa cristalina de las niñas, aspirando a una madurez que tardaba aparecer, encontrando una y otra vez en los espejitos redondos que escondían en las manos el mismo rostro infantil, por mucho que los labios llevaran brillo y los párpados estrellitas convencidas de que el pintalabios y el maquillaje haría realidad su sueño de convertirse en mujeres, aspirando al famoso más sexy, orlando bloom o david beckham (Ilis 2010: 337).

Los héroes de las películas les transmiten una determinada percepción de poder y ofrecen la posibilidad de que otros mundos posibles de la pantalla se acerquen a su realidad inmediata, ofreciéndoles protección y cuidado en la forma de oferta publicitaria o sugerencia indirecta de nuevas tendencias (como se verá más adelante, las niñas del tren desean maquillarse tal y como lo ven en la TV) para de esa forma conseguir establecer una diferencia característica entre lo femenino y lo masculino, sugiriendo que las niñas desean transformarse en mujeres para cumplir con el rol estereotípico de aquellas mujeres que han visto en la tele.

Existe en ellas una atracción hacia el mundo de los adultos en parte porque a estos sí se les permiten cosas a las que ellas no tienen acceso, como, por ejemplo, el matrimonio. Mientras tanto, los pequeños tienen otra meta para satisfacer a los modelos masculinos estereotípicos, ser los héroes de acción de esas películas, los protectores de los débiles y de las indefensas niñas. Esta misma visión contribuye a perpetuar la posición dominante masculina en una sociedad heteropatriarcal.

Los detalles que marcan la “feminidad”, tales como el maquillaje o el pintalabios, ambos utilizados por las protagonistas, producen un tipo de imagen que despierta en ellas el deseo de agradar al otro. Alba Carosio sostiene que el consumo se percibe desde una búsqueda de la satisfacción propia, autónoma e independiente de los otros. No obstante, en este caso también se puede considerar como una manera de ejercer cierto adoctrinamiento sobre ellas, en parte debido a que “las mujeres tienen una relación más intensa con la moda, y para ellas la fantasía y la diversidad se hace más vistosa. La moda se muestra en el vestuario femenino, y resulta paradigmática para otros sectores de consumo” (2008: 146-147).

Las niñas de las novelas, al quedarse solas se ven en la posición de decidir cómo actuar por su cuenta, y su interés por los productos de belleza se conforma en base a los mismos patrones que se muestran tanto en la televisión o en sus hogares. El deseo de estos productos cosméticos es una marca de adultez y su consumo es una forma de inscribirse en el mundo de los adultos, actuar como mujeres y olvidar la infancia. En la familia, en la escuela y a través de los medios de comunicación, las niñas aprenden valores y forjan conductas. Los medios de comunicación refuerzan los roles de género y ayudan a la hipersexualización de las niñas, que es uno de los argumentos principales para afirmar su inferioridad. Esta sensación de poder aparentar como adultas implica sobrepasar los límites impuestos por los padres, y la toma de decisiones autónoma también contribuye a desarrollar esta impresión de libertad. Al mismo tiempo también aprenden que para recibir la mirada, amor, para sentirse deseadas, tendrán que comportarse como las estrellas de la televisión: maquillarse, ponerse tacones, moverse sensualmente.

En el momento en que Calman –que actúa como protector y proveedor de alimentos para los niños y niñas del tren– le consigue un pintalabios a Sonia, se formaliza una posición ya aceptada, como un símbolo de lo que tiene que conformar la futura mujer. El pintalabios marca una suerte de paso de la infancia a la edad adulta, pero también una subordinación a aquellos estereotipos que conforman el papel de la mujer.

El pintalabios de Valeria Cristea acabó en las manos de Sonia como regalo de Calman, la niña lo recibió emocionada, era la primera vez que le regalaban un pintalabios, había jugado con los de su madre, rompiendo incluso un par de ellos al intentar imitar el gesto que había visto, sobre el dorso de la mano, pero todavía no tenía uno propio, es más su padre no se lo permitía, ¡por más que tanto ella como su madre le hubieran explicado que todas las niñas tenían ya un estuche de maquillaje! Sonia corrió feliz al compartimiento a enseñárselo a Agnes, dejando a Calman sin palabras con la sonrisa tímida y azorada (Ilis 2010: 369).

El acercamiento de su madre como transmisora de conocimiento es continuar con la rutina de género, al unísono con los valores que son visibles dentro de una sociedad y que también son complementados con lo que pasa en Occidente y las directrices que allí se imponen. Florina Ilis abre el campo de perspectivas recurriendo a la ironía para evidenciar las ansias de libertad, demostrando que, aunque no ya no se está bajo el asedio de un régimen, en realidad sigue estando bajo otro tipo de controles.

Aunque las niñas asumen muchos de los estereotipos sobre la feminidad, desarrollan otras facetas, porque las niñas apoyan y sostienen de manera activa la conquista del tren. Ellas fabrican la munición mientras que las armas son manejadas por los niños: “Incluso las niñas, que hasta hace poco eran las víctimas de las bolitas de papel lanzadas con dichas armas, se habían mostrado dispuestas a elaborar ellas mismas las municiones” (Ilis 2010: 271). La causa es algo muy importante para ellas, y si antes las chicas eran las habituales víctimas de los juegos infantiles entre los niños, ahora participan activamente en la comunidad que ellas mismas ayudaron a construir en el tren, aunque se mantienen roles de género separados. También resulta interesante observar cómo se prepara la participación de las niñas de cara al intento de conquista del tren, ya que en todo este proceso no dudan en recurrir al uso de la violencia, herramienta que todo el grupo considera casi como un medio legítimo para reclamar justicia y que les sirve para demostrar que un mundo dirigido por los niños puede existir. La distribución de tareas para cada sexo propicia también la división del espacio “público” del “privado”, y los delimita como ámbitos que deben estar separados al tiempo en que ayuda a perpetuar la supremacía masculina y favorecer la discriminación de las niñas.

Las niñas son las que se quedan dentro del tren casi todo el tiempo, mientras que los niños, una vez consiguen las armas, comienzan a organizarse para reclamar sus derechos. “Tiberiu ya se veía dirigiendo el tren, imponiendo respeto a los canijos de sexto, convirtiéndose en el preferido de las chicas, ¡Estaría genial!” (Ilis 2010: 347).

El niño tiene, gracias a esta forma de pensar, la sensación de que logrará impresionar a las chicas a través de acto de coraje, algo que pueda servirle como demostración de sus “poderes”. Por ende, y dadas las circunstancias, su deseo de poder es a su vez una forma de mostrar una fachada diferente ante los otros, y crear la apariencia de que para él todo se reduce a un juego. La transferencia de placeres reafirma el lugar que tiene el niño desde una perspectiva de género, él necesita conseguir la admiración de las niñas que para conseguir mantener su lugar privilegiado. Detrás de toda la inocencia específica de los niños, persiste

todavía la ideología patriarcal que logra mantenerse a través del conocimiento y las prácticas sociales que ya están incorporadas. En esta cuestión también entra en juego el conjunto de características y comportamientos habitualmente impuestos de forma dicotómica a cada sexo haciendo uso de los procesos de socialización y los previos contextos. Por otro lado, el niño se alimenta de la admiración de las chicas, y la necesita para que esa condición de empoderamiento pueda existir porque él tiene la impresión de que, ejerciendo el uso, para él legítimo, de la fuerza, puede conseguir mostrar ante de los otros niños que él es el mejor.

Mientras los chicos piensan en cómo conquistar el tren o conseguir las armas, las chicas prefieren implicarse en la vida social dentro del tren. Allí conocen a una chica infectada con el virus del SIDA y no dudan en aceptarla dentro del grupo. El acercamiento hacia la nueva niña enferma es representación y muestra de una forma de responsabilidad y de amistad. La chica que padece la enfermedad, entra en contacto con las niñas como si estuviera dando sus primeros pasos de integración en la sociedad, dando una muestra de apertura hacia aquel mundo que siempre la había mantenido lejos y rechazada, por un lado, como consecuencia de la protección propia que sus padres le dan, y por el otro, porque al SIDA siempre se le ha percibido como un estigma de la sociedad y, por ende, los enfermos que la contraen muchas veces resultan apartados de la vida social.

La niña yacía sobre la banqueta de enfrente, los demás asientos del compartimiento los ocupaban niñas con las que Irina había hecho buenas migas, estaban calladas, pero ¡su mera presencia la hacía enormemente feliz! por mucho que ella tuviera ya dieciséis años y sus nuevas amigas no pasaran de los doce o trece se alegraba de todo corazón de que no la hubieran rechazado, las niñas la habían aceptado de buen grado, sin miedo, dándole de comer aunque Irina no pudiera probar bocado (Ilis 2010: 448).

Dentro del tren, y gracias a la ausencia de los padres o de los tutores, las niñas no se sienten condicionadas a tener en cuenta la opinión que la sociedad tiene sobre las personas que tienen SIDA. La empatía hacia el sufrimiento del otro, se puede entender como un estereotipo de género, sin embargo, el encuentro de las chicas, esta vez bajo un nuevo contexto, puede también sugerir la formación de una vida en común, disolviendo fronteras, establecer lazos y acercarse de otras personas. A través de este contacto con la chica enferma, se repiensa la posición de la víctima que ahora sale de su habitual situación de constante protección y pasa a conocer a personas que no la juzgan ni la condenan. Visto de esta manera, la vulnerabilidad en la infancia consigue direccionar la atención sobre el hecho de que las niñas se ven dispuestas a abrirse al sufrimiento del otro como una necesidad de supervivencia

y coexistencia bajo un mismo espacio. Es interesante mencionar que la mera ignorancia, o la ocultación de una enfermedad de este tipo, ha contribuido a considerar a algunos casos como 'especiales' e incluso a tratarlas como 'santas' simplemente por el hecho de haber contraído una enfermedad que los apartaba de la sociedad por su situación excepcional, la de ser diferente al resto. Es justamente a las niñas y a los niños a quienes más se les hace creer (en gran parte debido a la enseñanza o sobreprotección de los padres) que debido a su condición física (debilidad, fragilidad, el miedo de no contagiar a otros) no pueden realizar algunas tareas que otras personas sí, y se evita hablar más en detalle sobre este tema. En tales casos, muchas veces no saben el tipo de enfermedad que padecen o ni tan siquiera si existe un tratamiento, y esta resulta ser una problemática muy habitual, especialmente en zonas rurales. La adolescente con SIDA de la novela de Illis, realmente se considera a sí misma como una santa y, por ende, su condición de creación divina le asegura una existencia destinada al sufrimiento. Para ella y para sus padres, la única manera de salvación podría ser, quizás, era el acercamiento de los espíritus divinos:

Los padres de Irina de Moinești sabían que, sin el apoyo de alguien bendecido con el don de entender el registro sagrado de la vasta lengua rumana nunca van a dar con el nombre del lugar adonde, en sueños, la Santa Madre les había ordenado llevar a su hija, llegó a su oídos el nombre de un monje, el hermano Emanuel, que vivía en un monasterio de Moldavia, sobre el cual se decía que podía interpretar cualquier sueño o visión, una vecina le había contado a la madre de Irina la historia de una mujer de la otra escalera del bloque que había acudido al monje con una gran desgracia (Illis 2010: 36).

La estigmatización y la discriminación que habitualmente practica la sociedad hacia quienes padecen estas enfermedades hacen que este tipo de historias se reproduzcan y se les asigne connotaciones místicas, por ejemplo, se termina acudiendo a imaginarios divinos para poder vivir con la enfermedad. Además, el hecho de llevar esta enfermedad no significa que necesariamente se haya contraído por la vía sexual, sino que también puede darse por descuido de las enfermeras o por las precarias condiciones sanitarias de los hospitales rumanos. Miriam Torrens Arnal hace importantes referencias al papel del Estado y la economía en la organización de las familias, relaciones de género, y medidas reproductivas, su análisis también se enfoca en el caso de la Rumanía comunista y las consecuencias de su política reproductiva (2008: 30). En este sentido, habla sobre la indiferencia de las instituciones con respecto a cuestiones relacionadas a la sexualidad. Por otra parte, también

analiza lo que sucede con los casos de enfermedades venéreas y como las instituciones suelen gestionar este tipo de situaciones.

No duda en afirmar que debido a que todo aquello era destinado principalmente al control del cuerpo, el resultante ha sido un aumento de la desigualdad en las nuevas épocas, ya postsocialistas, y el descubrimiento de múltiples nuevos casos de SIDA en Rumania.

El primer caso de SIDA en una institución de menores fue registrado en 1985 pero la existencia de casos de SIDA fue deliberadamente silenciada por el régimen hasta el punto que en 1988 el Ministerio de Salud prohibió registrar diagnósticos de SIDA en los certificados médicos. Para combatir la alta tasa de mortalidad infantil, los médicos administraban antibióticos por vía intravenosa de manera rutinaria. Como resultado de transfusiones de sangre y uso de jeringuillas no esterilizadas y utilizadas repetidamente se extendió la epidemia de SIDA en instituciones infantiles estatales (Torrens Arnal 2008: 31).

Otro aspecto importante de la novela es la conexión emocional existente entre Calman y Sonia y que abarca desde la amistad hasta la responsabilidad. En una ocasión se da una situación de emergencia en la cual Calman se halla en peligro y necesita ayuda. Cuando esto acontece, Sonia no duda en recurrir al uso de un arma de fuego para defenderlo.

La niña no sabía qué hacer, había visto este tipo de escena en las películas miles de veces, había creído que todo sería muy simple, se aproximaría a los chavales con el arma, les pediría que dejaran de pelearse y ellos obedecerían, sin embargo, independientemente de lo que ocurriera en las películas o en la imaginación de Sonia, los chicos seguían porfiando con obstinación creciente, azuzados por las miradas de la niña, con el arma en la mano Sonia se sentía impotente, iba a tener que soltarla y abalanzarse con los brazos abiertos hacia ellos para pedirles que se detuvieran, ¡eso es lo que debería hacer! (Ilis 2010: 499).

La niña está en una posición ambivalente: es quien tiene las armas, pero a la vez continua con su papel de víctima. Tal situación sugiere una reflexión acerca de la vulnerabilidad y la condición humana que expone a una determinada persona a la dependencia hacia el otro. En este particular, ella ve al pequeño Calman como alguien digno de ser cuidado, intuye que le necesita porque lo considera más expuesto a los avisos, y a la vez es también una relación de reciprocidad, ya que ambos se tienen cariño mutuamente. El hecho de que la niña sea la que tiene un arma, no la exime de quedar totalmente expuesta al otro, en el sentido de que es testigo de un acto de violencia, al mismo tiempo puede infligirla, y sin embargo tampoco deja de ser una potencial víctima de la misma. Al sostener el arma en sus manos instiga a la violencia, pero al mismo tiempo consigue llamar la atención. El arma

se quiere como una marca de intimidación para intentar conseguir un objetivo de manera inmediata, sin embargo, la asociación directa del arma con la niña no logra pasar desapercibida para los otros niños.

En otro orden de ideas, la disputa entre los dos chicos, ambos niños de la calle, se puede entender como una simulación de la lucha por el poder, esencialmente, debido a que la imagen que transmite el hacer uso de un arma de fuego está subjetivamente asociada al género masculino. No obstante, también puede sugerir una sexualización de cualquier mujer que disponga de este tipo de objetos. Es decir, el arma, en lugar de poner fin al conflicto entre los niños representa más bien lo contrario, un elemento que los incita a la pelea. Esto puede deberse a que, de forma inconsciente y subjetiva, existe una ligera tendencia a pensar que la violencia que pueda ejercitar una niña no debería ser tenida en cuenta, ya que se entiende como un tipo de violencia que no podría realmente dañar a nadie.

6.2. Alternativas para escapar de la violencia física. La cuestión de la prostitución y la pedofilia

La historia de Lizoanca comienza con acto de violencia física brutal. El padre de Lizoanca golpea a su hija bajo el simple pretexto de que la niña necesita disciplina, y considera que este es el único camino posible para conseguir someterla a la obediencia y sumisión. La menor actúa en solitario, y sus motivaciones y métodos provocan una reacción que pueden llevar a una serie de prácticas que, vistas desde su limitada perspectiva, intuye que le pueden ser útiles a la hora de construir un espacio que le permita estar a salvo de las torturas que habitualmente sufre, tanto de aquellas propinadas por los tutores de su escuela, como de aquellas que se dan en su propio seno familiar. Sin embargo, la violencia física y emocional que se aplica sobre ella es una forma de aprovechamiento de aquellas personas que solo tienen como fin explotar su cuerpo bajo el pretexto de prestar apoyo y protección de los que la torturan física y psíquicamente.

Esta relación entre educación y violencia provoca más rechazo y resistencia por parte de la niña. O sea, se puede leer como una reacción a todo aquello que atenta contra su integridad física.

Aunque a éstos no hacía falta gran cosa para enfadarles, bastaba un balbuceo o una mirada a su padre que éste perdiese los nervios. Se levantaba inmediatamente de la cama o de la silla y plas, le soltaba dos bofetadas con la mano bien abierta, una detrás de otra, hasta que ella se volvía resignada y aturdida hacía la pared. Cuanto más fuerte

la golpeaba más ganas le entraban ganas de matar a aquel desgraciado hacia el cual no sentía desde hacía mucho tiempo ningún sentimiento filial. La golpeaba incluso cuando no hacía nada. (Ruști 2014: 15).

La formulación de la víctima que se halla bajo constantes torturas injustificadas, queda explicada por Adriana Cavarero (2009) cuando se refiere a las condiciones de vulnerabilidad específicas de las víctimas inermes en momentos en que los seres humanos se vuelven más susceptibles a la manipulación y al descrédito, y advierte que quienes sufren tales agresiones se convierten en “cadáveres ambulantes”. La reflexión de esta teórica comprende los testimonios que Levi y Rousset hacen sobre las personas de Auschwitz que sufrieron los campos de concentración, y en ellos se basa para reafirmar la perspectiva arendtiana que subraya la dignidad ontológica primaria de la condición humana. En este tipo de casos, el horrorismo expresa la total aniquilación de la singularidad de los humanos. Esta es exactamente la situación de Lizoanca.

Por otro lado, en esta novela las torturas físicas y emocionales son dirigidas hacia una niña, y, por lo tanto, todo el caso termina convirtiéndose en una forma de convertir el cuerpo en un objeto manipulable, de forma que Lizoanca queda en una posición de total indefensión. El imaginario de los golpes recibidos y los maltratos aplicados ponen en evidencia el rostro. Es decir que la parte más violentada del cuerpo es la parte más visible, donde se pueden dejar rastros. Las bofetadas, los arrancar el pelo, los tirones de orejas, que representan gestos de disciplina, no tienen ninguna concreción pedagógica, bien al contrario, bien al contrario.

La directora había levantado el tono como señal de que el hombre había sido demasiado blando y este entendió el mensaje de inmediato. La agarró por las mandíbulas con sus dedos agrietados, intentando volver la cara hacia él. Ella se resistió un segundo y después lo miró furiosa. Los ojos negros, sombríos y fulgurantes a un tiempo, lo sacaban de quicio. Cuando sus miradas se encontraron, al momento asomó al pecho de Cristel el animal muerto de hambre que era su único vínculo. El hombre le atizó una bofetada que la hizo resbalar desde la silla.

– ¡Ay de mí, tranquilícese señor Nita, ya le pegaré usted en su casa, ahora lo hemos llamado para hablar (Ruști 2014: 50).

Ni el padre ni los profesores le ofrecen una vía intermedia. La niña es perseguida constantemente por sus tutores y la llevan a articular formas de resistencia o a acudir a otras personas que le ayuden a evitar las agresiones que habitualmente recibe, tanto de sus tutores en la escuela como de sus padres. En la novela, padres y educadores no prestan ninguna

atención ni se muestran como responsables hacia la niña, y quienes desean ayudarla deciden buscar una tercera alternativa, acudir a la autoridad del pueblo, la policía.

En este caso la imagen de la policía se basa en el fomento del miedo, y esta sensación se hace más palpable en quienes pudieran haber cometido algún acto grave, un delito. La situación se complica en cuanto el policía comienza a investigar pero desplaza el centro de atención y opta por uno que no es el deseado por los tutores. El policía también está implicado y forma parte de la problemática de la niña con la que ha mantenido de manera recurrente relaciones sexuales, y aun a sabiendas de que su deber es protegerla, decide actuar con cautela ya que su integridad para actuar de forma debida se ve obstaculizada por su reprochable acercamiento a la menor. En este juego de perspectivas, él sabe que le conviene desviar toda la atención hacia el tutor más cercano a Lizoanca, su padre, y decide hacer hincapié en que los actos violentos que este comete contra la menor no son los más adecuados para educar a su hija.

–Yo solo te digo esto: sí vuelves a pegarle podría ser que vengan los de Protección de Menores.

–¡Señor, pues que vengan! ¿Y si vienen qué?

–Te la quitarán y la llevarán a un orfanato.

–Pues que se la lleven, señor, puede que así saquen algo de ella.

–Pero a usted le multarán.

–¡Pues seguro! ¿Cómo no va a poner la policía una multa? Todo el mundo quiere sacarme el dinero (Ruști 2014: 56).

El orfanato se utilizaba para asustar a los padres de un menor cuando estos no cumplían con sus responsabilidades familiares. La perspectiva de que las autoridades deban llevarse a la niña a esa institución provoca una primera reacción de rechazo por parte de los padres; les asusta, quedan a la defensiva. Los orfanatos eran considerados lugares plagados de niñas y niños infectados con todo tipo de enfermedades y en donde las y los internos se hallaban en las condiciones más insalubres e inmundas, siempre encerrados en pequeñas habitaciones. Por lo tanto, el orfanato era una institución que tenía una consideración negativa, semejante, por ejemplo, un manicomio, un lugar regido por la disciplina y la experimentación y que causaba pánico solamente con oírlo nombrar. Esta categorización se debe en gran parte a que siempre se lo ha relacionado con una de las formas más brutales de encerramiento y privación de la libertad, aunque también se debe a al hecho de que si durante la época comunista una persona resultaba abandonada implicaba entonces una ofensa hacia la integridad familiar que Ceaușescu tanto defendía y promulgaba.

La violencia afecta físicamente a la niña y es complicado entonces lograr escapar de ese círculo vicioso de rebeldía-castigo-rebeldía, por eso considera que cualquier forma de salida puede ofrecerle una vida mejor, alejada de los maltratos. El maltrato físico es el menos soportable y como la niña nunca había conocido ninguna alternativa a aquellos actos violentos y punitivos, la entrega de sí misma hacia la otra persona que le muestra cariño y cuidado es total, y actúa sin pensar en sus consecuencias o siquiera cuestionar el comportamiento del otro. Recurre a la prostitución sin realmente saber su significado o las implicaciones de ejercerla, y ello se debe a que, desde su perspectiva, recibir dinero, dulces, ropa o pequeños regalos representa una forma de legítima retribución de bondad, cuidado, o amistad, por parte de los hombres que acuden a ella. Sin embargo, estos hombres se aprovechan de su desconocimiento para continuar teniendo relaciones sexuales. Asimismo, la sociedad moderna la condena y la perpetúa al mismo tiempo, y aunque ve al pedófilo como a un enfermo que juega en contra de todas las normas naturales, a la vez lo retroalimenta con los nuevos estímulos publicitarios y de libertad de prensa inescrupulosa de la incipiente modernidad europea en Rumanía, permitiéndole a ese enfermo encontrarlo como un regreso a la juventud cada vez que establece ese contacto prohibido con la niñez. El pedófilo esconde su condición ante la sociedad, y habitualmente muestra una personalidad “normal” en su vida cotidiana. En la sociedad rural de la novela, y en la cual los niños son frecuentemente maltratados por sus padres, los pedófilos tienen un punto de partida para sus obsesiones:

la necesidad de un padre en el pedófilo lo lleva a idealizarlo de manera extrema, cargándolo de características primitivas de gran poder y fuerza, haciendo de él un padre omnipotente con el cual se identifica, lo que lo lleva a someter y abusar del niño desvalido. También se describe como causa de pedofilia el abandono, la carencia y el aislamiento del niño, el cual, en estas circunstancias, se refugia en un mundo sexual fantástico que le brinda excitación, estimulación y apoyo, y al que queda fijado para siempre (Caponni 2002: 42).

Como Caponni comenta, la violencia paternal es uno de los factores que suelen empujar a las niñas a buscar cariño en alguien que, muchas veces, se aprovecha de ello. Por una parte, las niñas no siempre tienen la experiencia necesaria para percibir lo que bueno o malo según los parámetros de una determinada sociedad; por otra parte, la figura paternal ha sido entendida en los mismos parámetros encasillados, por lo tanto, la protección se hace bajo unos estandartes impuestos. En la novela, esa ambigua faceta del pedófilo puede apreciarse en el personaje de Greblă, quien es esencialmente un amigo para Lizoanca, y un anciano a

quien ella logra trasladar a su propio mundo infantil. Cuando ella le contagia la enfermedad, le proporciona los mismos consejos que ella ha recibido en el hospital, y lo hace como un gesto de amistad. No obstante, el anciano obvia la inocencia de la niña y no puede evitar caer en las redes del irresistible poder de la seducción; él la ve ahora con otros ojos. Greblă entra en la categoría de los pedófilos que Caponni denomina “pedófilos románticos”:

Este seduce a los niños con una equivocada ternura, se siente enamorado de ellos, los trata con mucho cariño, y está convencido de aportarles mucho beneficio y amor. Muchos de estos pedófilos románticos tienen acercamientos amorosos hacia los niños cargados de elementos de erotización de la relación, aunque sin llegar al contacto sexual. No obstante, detrás de esta falsa ternura siempre hay una seducción narcisista terriblemente destructiva. Esta es una condición sumamente peligrosa para el grupo social, por el carácter solapado de su forma de presentación, que la hace difícil de pesquisar y de denunciar (2002: 44).

Cuando la lista de la Sanitaria sale a la luz, Vică, el policía ahora preso del acoso de los medios y de la gente del pueblo, busca redención por haber tenido relaciones sexuales con la niña ya que es consciente de que, aun representando la autoridad del pueblo, ha transgredido las normas. No obstante, sus disculpas no son del todo sinceras pues, aunque admite cierta culpabilidad, desea relativizar su responsabilidad. Como pretexto, se basa en que otros hombres de la comunidad también contrajeron la enfermedad de Lizoanca y culpa a los padres de la niña por haberla dejado en situación de abandono. Él supone que Lizoanca contrae la enfermedad como consecuencia del maltrato de sus padres. En esta situación existe un juego de poderes porque como él representa a la “autoridad”, él debe ejercer su trabajo y encontrar a los culpables. Es así como se excusa sugiriendo que el origen de todos los acontecimientos se encuentra en el propio seno familiar de la niña. A pesar de todo lo acontecido, él sigue aferrado a su condición de autoridad y pretende usar esta “ventaja” llevando a dos asistentes sociales a la casa de la niña con el fin de arrestar a sus padres. Una vez que el caso se hace público, el policía decide reforzar las apariencias, con cierto cinismo, ejerciendo su trabajo correctamente y como debió actuar desde un principio. Pensaba que estigmatizar a los padres lo exoneraría de su culpa:

Al día siguiente, Vica fue a Bucarest, entregó todo el papeleo y volvió con dos asistentes sociales jóvenes. Había mandado llamar a Vizitiu y a la Sanitaria, que habían corrido como un tornado temiendo que les hubiera caído encima un comité de inspección. Cuando llegaron todos a casa de Lizoanca, esta se encontraba en un charco de sangre y continuaba jadeando sobre el pozo hasta el que su madre la había

arrastrado durante la noche. Cristel no estaba en casa, y Florenta estaba allí también junto al poyo, como si ya no hubiera nada que hacer (Ruști 2014: 188).

¿Qué sucede en estos casos en los que la misma autoridad intenta encubrir sus pensamientos delictivos?, ¿Que significa que el pedófilo esconda sus deseos culpando a los ‘otros’? En este caso, la víctima se halla totalmente vulnerable porque la sociedad se desentiende del hecho de que la niñez implica desconocimiento, se encuentran suscritos a sus propias leyes, que a su vez son producto de su aislamiento, su ignorancia y su tradicionalismo inconsciente. El policía evidencia que es el producto de una sociedad sin escrúpulos, corrupta e ignorante, que no se responsabiliza de sus actos. Vică no duda en aprovecharse de la situación familiar de la niña que convive a diario con una enfermedad aún más dañina que la sífilis: la violencia y el abandono familiar. Vică puede catalogarse en el grupo de los pedófilos ‘cínicos’. En palabras de Caponni, los pedófilos que se inscriben en esta categoría tienen unas características bien definidas:

En este caso, a las características anteriores se les suman rasgos psicopáticos que hacen al sujeto proclive al engaño y a la mentira, a estar permanentemente urdiendo formas de seducir, de manejar y abusar de los niños, sin ninguna consideración por ellos. Hay ausencia de elementos de ternura que refleja falta de afectividad en la relación, un absoluto distanciamiento emotivo y carencia total de cualquier tipo de responsabilidad. Una vez descubierto y sometido a peritaje psiquiátrico, estos individuos aparecen como personas banales, aburridas, emocionalmente tontas. Dejan la sensación de que lo que dicen es exacto, pero de alguna manera falso (2002: 44).

Lizoanca también tiene relaciones con el vicealcalde de pueblo, Vizitiu. Este personaje juega un papel importante en la novela, porque no solo representa una autoridad del pueblo, sino que además actúa con decidida cobardía. Tiene también una relación con Goarna, la mejor amiga de Lizoanca, con la cual no duda en emplear la violencia física en cuanto se entera de que está embarazada de él. Vizitiu cumple un papel que oscila entre el pedófilo cínico y el sádico que “no busca solamente placer sexual en la relación; persigue además, en forma consciente, el ejercicio del poder, a través de su capacidad de asustar, humillar, degradar y hacer sufrir a la niña”(Caponni 2002: 4). En consecuencia, lo más perverso de la comunidad se encarna en quien la autoridad representa.

La figura de Vizitiu ejemplifica a una sociedad inmersa en la corrupción, lo que revierte en una degradación mayor de la sociedad a través de la venganza como sentimiento recurrente. Este aspecto se evidencia de alguna manera en la novela cuando, en un

determinado momento, Lizoanca se ve coaccionada por la asistente sanitaria para delatar a todos aquellos hombres con los que ha mantenido relaciones. De entre todos los nombres que puede dar, uno acude a su mente de inmediato: el vicealcalde, Vizitiu. A pesar del miedo y las presiones, es consciente de que puede sacar provecho de su situación y de la enfermedad que su cuerpo padece. Es así como decide inculpar, en primer lugar, al vicealcalde. Sus motivaciones van más allá de la insistencia y la coacción que la sanitaria ejerce sobre ella, lo que realmente desea la niña es vengarse de Vizitiu por la violencia que ejerció sobre su amiga Goarna. De alguna manera establece un paralelismo entre su vida y la de su amiga: una figura masculina que ejerce violentamente su poder y evidencia el menosprecio a la figura femenina, desprotegida y vulnerable, a través de agresiones, no solo psicológicas, sino fundamentalmente físicas, ya que el cuerpo es el que recibe el peor castigo.

En estos casos de pedofilia, las niñas no pueden reaccionar conforme a la ley porque la institución está corrupta, con sus ejecutores jugando el papel de macabros pedófilos. La sociedad, con cada individuo ejerciendo su función, bien o mal, establece un marco de norma, actuación y ejemplo para los nuevos ciudadanos. Es así como resulta tan difícil la erradicación de la corrupción en sociedades que poseen niveles muy altos de ésta. A su vez, en sociedades liberales y laicas, las presiones sexuales y la oferta de violencia están también sustentadas en una libertad de expresión que mediante una media inescrupulosa se publicitan sin ningún recelo. Bajo estas condiciones, en un marco social en el que las leyes se ven afectadas, las personas tratan de adaptarse a ellas y de este modo, el orden interior de una sociedad es reconfigurado bajo las nuevas premisas.

En los pueblos sumidos en la corrupción es muy fácil detectarla en diversos ámbitos profesionales que hacen uso de una posición privilegiada de poder. La encontramos en la justicia, en policías, en políticos, y también en la medicina. La sociedad moderna concedió a los médicos el poder moral y científico de decidir sobre la vida de sus pacientes, ese mismo poder no está exento de corrupción, al menos, en pueblos como el de Lizoanca, cuya sociedad ya está totalmente inmersa en ella. En una sociedad corrupta como en la que vive Lizoanca, un médico, por ejemplo, puede sentirse legitimado a corromperse de la misma manera que lo hacen otros entes de autoridad con tanto o más poder que él. En otras palabras: Si los policías y los políticos se corrompen y permanecen impunes, ¿por qué un médico, considerado ente de autoridad sanitaria, no podría, por ejemplo, ocultar un caso de mala praxis? Evidentemente, este aspecto es muy contextual, ya que dependerá del grado de

corrupción y desorganización que una sociedad pueda tener. En un caso de este tipo, y bajo un contexto de sociedad corrupta, un médico corrupto sabe que, para el correcto ejercer de su profesión, debe aplicar unas normas que están escritas “sobre papel”, pero fuera de él, sabe que, además de la retribución profesional, puede ejercer su profesión “privilegiada” sacando pequeños beneficios “extra”.

El cuerpo es testigo de todas estas transformaciones y actitudes de la sociedad, y actúa en consecuencia a su contexto. En una parte de la novela, un policía abusa de su poder, ve una niña a la que desea, y no duda en quebrantar las leyes que el mismo pregona, utilizando su cuerpo para alcanzar su satisfacción sexual. Lizoanca y su amiga Goarna, aun siendo niñas, recurren a la prostitución porque están atrapadas en una sociedad que les ignoran, o condiciona los hechos, distorsiona las realidades en función de los intereses los que disponen del poder. Como se ha visto en este análisis, las dos chicas mencionadas se encuentran en una red de poderes y negociaciones de sus propios cuerpos, y también la utilización de los mismos. Las chicas viven en una constante manipulación, muestra de poderes y una ilusión de cuidados. Cada uno de los hombres piden algo a cambio de su protección y desafortunadamente estos tratos que hacen a un nivel corporal y por supuesto sexual.

6.3. El cuerpo violentado. El aborto como experiencia violenta en la infancia

En la parte sobre las consideraciones teóricas, se ha subrayado la problemática del aborto como una expresión de dos hechos sucedidos en tiempos diferentes (pasado y presente) y que están unidos, de alguna manera, a través de la experiencia corporal. Aunque la historia de *Hai să furăm pepeni* está contada en la primera persona, por una mujer que atravesó experiencias similares en el pasado, se trata de narrar la empatía de una telespectadora anciana con la situación de la niña gitana, empujada a un aborto en el presente. Toda esta historia ofrece diversos niveles de lectura, y el nivel final es el que representa el sufrimiento más inmediato, el más tangible, es decir, el dolor físico del acto del aborto en sí.

La novela nos describe en un primer nivel, una anciana que mira un debate en la televisión. Se habla de la historia, de alguien que no conoce, en este caso, una niña a la que se pretende forzar a abortar porque ha sido violada por su tío. En sí, ella siente una empatía por esa persona desconocida porque también le ha tocado pasar por una experiencia similar en su juventud. Sin embargo, se describe el paso del tiempo, las prohibiciones del pasado, y

el dolor físico y los peligros que entonces conllevaba realizar un aborto en la clandestinidad. En esta situación, la cuestión se dirige hacia el incesto, pero como no se puede conocer la opinión de la niña gitana Floarea, ni tampoco la de su tío agresor, toda la discusión se reduce a la información que ofrece el programa de televisión. Aquí se representa otro nivel, el de las personas que intervienen en un debate sobre alguien a quien en realidad no conocen, y aún así intentan decidir el futuro de una niña.

Aun cuando quizás las técnicas abortivas puedan haber mejorado y ya no provocan el dolor que causaba en épocas pasadas, esta niña sufrirá la sensación de intromisión en su cuerpo. Esta niña termina viajando a una clínica de Inglaterra empujada por su familia y la opinión social. La novela omite relatar detalles de la operación en sí, de si la niña sufrió dolor o no, si lloró o si sintió la intrusión en su cuerpo, o si debió acudir más veces a esa clínica para posteriores revisiones o limpiezas. La novela tampoco nos permite sacar conclusiones años después del hecho ya acontecido, y ver si en realidad a esa niña le han quedado secuelas, psicológicas, físicas o psicosomáticas. En el relato, todo parece reducirse al debate previo, al ahora, al obvio acto atroz sufrido por la niña, pero no se piensa más allá. Aunque la novela omita todos estos detalles, se sabe que existen o existirán consecuencias o cualquiera de los dilemas planteados, ya que estamos ante una situación que altera la normalidad de las cosas. En definitiva, todos podemos hablar, debatir, o decir que algo sucederá de tal o cual manera cuando, en realidad, nadie tiene una bola de cristal para definir tajantemente el futuro que correrá el cuerpo de una niña, ya sea a nivel físico o psicológico. No obstante, es la autora la que nos invita a reflexionar sobre algunas de estas cuestiones desde su experiencia biográfica.

La experiencia de la narradora, que no es exactamente la misma que la de la niña gitana, sugiere que existen vidas más allá de la verbalización y el espectáculo de los debates, y aquí es donde entran en juego los daños psicológicos que se derivan de un aborto traumático y que tienen tanta relevancia como los físicos. Sin embargo, Floarea, ya no solamente debe lidiar con el trauma, el recuerdo o el miedo que tuvo que sufrir cuando tuvo el contacto sexual, ahora debe sufrir con el tratamiento mediático y social que rodea y sigue fomentando su miedo y sufrimiento. Evidentemente se plantea un dilema que no es de fácil resolución ya que existen diversas posiciones al respecto, y mientras una parte plantearía, como sucede en el debate televisivo, que no hacer nada al respecto acarrearía futuros problemas físicos, mentales, y mucho sufrimiento en la niña violada; otra, como la misma narradora, sugieren que el sufrimiento y el daño también podría estar asegurado en el caso contrario, el de decidir

por la niña obviando lo que sienta o piense y realizar ese aborto justificándose con la vulnerabilidad y el desconocimiento intrínseco de su condición de niña. Por ejemplo, en esta carta se muestra la indiferencia pero al mismo tiempo la profesionalidad de una clínica médica con respecto al caso de Floarea:

“La familia de la madre precoz no divulgará ni su nombre ni los posibles beneficios que pueda obtener como consecuencia de la extirpación del feto ni el posible uso de órganos o productos biológicos provenientes del mismo; no nos resulta de interés por qué dos clínicas privadas con reputación rechazaron el caso y lo enviaron a un hospital público. Le aseguramos que la contactaremos. Cordialmente, Av. P. C.” El correo electrónico había llegado tres días antes de la llegada del vuelo de Air France al aeropuerto, del que bajó la pequeña Floarea con unos pantalones arrugados de chándal azul marino y un chimpancé de peluche en brazos, mientras que Zambila, la madre de Floarea, una joven de 24 años, de la que ya hemos hablado anteriormente, llevaba en la cabeza un pañuelo que le cubría la frente y unas gafas grandes y negras (Iuga 2010: 67).

Por un lado, se trata de que otras personas toman decisiones en el nombre para ayudarla, pero, por el otro lado se puede leer como una forma de discriminación, en el sentido en que de los participantes en un *talk show* deciden sobre la situación de la niña porque proviene de una familia de gitanos, sin educación y con una situación económica precaria. En este sentido, se puede interpretar que por ser niña y pertenecer a una etnia condenada significa que debería ser ayudada a todo coste para que estos tipos de situaciones no pasen. Denise Roman sostiene que:

Due to their dissimilitude in the Romanian post-Communist context, Roma, Hungarians, Jews, women, homosexuals, disabled, the aged, and, recently, immigrants from Asian and African countries are regarded as inferior, alien, or, in a word, as the Other. There are many Western constructions and deconstructions of contemporary progressive public policies directed against multiple discrimination (2001: 62).

Dentro de esta relación asimétrica, y retomando las ideas de Yuval-Davis (1997), Denise Roman explica que:

no matter how marginal a national (e.g., Hungarian, Jewish) or cultural (e.g., sexual preference) minority, women's claims as relations of power still remain peripheral within that very minority, mainly because the leadership is generally male, and it customarily develops a traditional or multicultural politics devoid of a relational gender problematic (2001: 63).

Por lo tanto, la situación se centra en una política étnica en la que las cuestiones de género se ignoran, como Roman sostiene:

The most dramatic situation in Romania is that of Roma women, especially young girls, who live under overlapping levels of discrimination: by Roma men (gender subordination), by Romanians (ethnic and gender subordination), and by the “minimalist citizen” post-Communist condition (civic and political subordination) (2001: 63).

Es interesante observar el hecho de que la autora menciona la edad de la madre de la niña, lo que lleva a subrayar la fragilidad de los cuerpos ante las presiones del matrimonio. Tanto a la madre como a la niña se les pueden percibir como instrumentos biopolíticos del ejercicio de poder y sumisión de unos cuerpos sobre otros, abusados, vulnerados. Esta imagen de vulnerabilidad muestra la contradicción que aparece entre algunos aspectos de la vida y la política. La situación representa en la narradora una herida simbólica en su cuerpo, en el sentido en que ella narra en nombre de la niña gitana, pero al mismo tiempo pretende abrir un espacio común en el cual puedan conjugarse diversidad y aprendizaje dentro del cual la gente reúna y aprenda mutuamente con sus propias experiencias sociales y corporales.

El relato, entre otras cuestiones, muestra como el cuerpo de la niña es utilizado como una herramienta de cambio en manos de la voluntad de otros, mientras que sus deseos e intereses quedan completamente eliminados del discurso normativo. La autora intenta reconstituir la historia de la niña a través de la ficción como una manera de huir del cliché y realizar un relato de la situación según diversos planos, analizando la imagen de la niña como fuente de deseos y de reacción a las presiones, pero también a través de su propia infancia. El aborto que tiene que hacerse la niña romaní es el elemento que desestabiliza la situación y violenta su propio cuerpo. Estos procesos parecen utilizarse como un medio útil para recuperar la integridad del cuerpo, una individualización corporal que deja atrás las emociones, los deseos, las formas de amor.

Existe cierto interés personal de la narradora en la relación que la niña de la novela tiene con el pedófilo. A este último se lo muestra como un monstruo sin sentimientos y digno del más oscuro ostracismo, y a través de la experiencia de la narradora, la niña cobra voz, gana la representación necesaria para cuestionar y desobedecer todo aquello que es impuesto por otros. El caso en cuestión nos sugiere, de alguna manera, que la violencia física ejercida sobre el cuerpo de la pequeña sobre el cual se practica el aborto, significa un planteamiento sobre la vulnerabilidad de las niñas que se hallan bajo unas condiciones extremas. En esta novela,

aparece el agravante de que las decisiones sobre el cuerpo no son tomadas por los tutores más cercanos a la víctima, sino que son producto de las presiones de una audiencia televisiva. Teniendo en cuenta estas circunstancias, cabe señalar que Foucault (1999: 24) considera el acto comunicativo como la base de las relaciones de poder, es decir que, por intermedio de la comunicación, un conjunto de signos y símbolos, la persona es sometida o somete. Aquí también entra en juego la estructura familiar y las presiones sociales y mediáticas que ésta recibe, y son que muchas veces son tan acusadas que se traducen en presiones directas también hacia las menores de la familia.

Todo va bien cuando acaba bien, esto es lo que importa. Cuando acabó la limpieza general, para la que utilizaron las mejores aspiradoras, la gran bolsa de basura, que había custodiado en su contenedor materno durante seis meses, acabó en un hornito o en una amasadora, para que la niña volviese a encontrar la alegría de la infancia y olvidara... (Iuga 2010: 83).

A la niña no se le permite saber, conocer, hablar, o experimentar su sexualidad, y como consecuencia de ello, acaba siendo una presa dócil y susceptible de sufrir maldades tales como el abuso y la violación. La violencia se ejerce con más frecuencia durante la infancia, ya que durante este período estas acciones se las podría considerar casi como naturales, porque es cuando la autoridad patriarcal marca a las niñas como si de algo de su propiedad se tratase, provocando miedo y acudiendo a la protección, o sobre protección, como formas de manipulación. En este contexto, es importante educar sexualmente a la sociedad para conformar un ámbito social que logre erradicar el abuso/violación y que al mismo tiempo promueva el placer y el bienestar social y sexual, comenzando por el de las niñas. La autora subraya la necesidad de entender y escuchar a las niñas y tener cuenta sus capacidad para el placer sexual y sugiere que la violencia no siempre debe ser justificada desde una perspectiva en la cual las víctimas siempre son las niñas, es decir, los seres más frágiles y susceptibles de abuso. M.M. Rivera Garretas retoma el concepto de Adrienne Rich “heterosexualidad obligatoria” como prescripción hacia las mujeres de un “modelo que comporta la definición del cuerpo femenino –nunca del cuerpo masculino- como un cuerpo violable, un cuerpo idealmente siempre accesible para los hombres” (1994: 75).

Se puede decir que todo esto lleva al mismo círculo de control y sumisión, y, por tanto, el uso del término “víctima” no implica necesariamente considerar a las niñas como sujetos pasivos o disminuir su capacidad de fortaleza para superar las consecuencias de las agresiones sufridas. Elizabeth Schneider sostiene que “victimization and agency are not

extremes in opposition; they are interrelated dimensions of women's experience" (1993: 395). El victimismo está ya incorporado en la sociedad, como etiqueta para poder llamar al cuidado, simpatía o protección, pero por el otro lado implica una limitación en lo que concierne la fuerza y la capacidad de acción de las mujeres. Esta interpretación es válida también en el caso de las niñas, donde las presiones existen doblemente.

Como se ha dicho, la novela gira sobre la historia de una niña que aparece en la televisión y su cuerpo está sometido a las decisiones y presiones de sus tutores, pero también de la audiencia. Esto genera cierta empatía en la narradora ya que ella atravesó situaciones similares durante su infancia y experimentó el deseo sexual, incluso a edades tan tempranas.

En la novela, no se trata solo de una violencia individual, sino que también es un caso de violencia sistémica que afecta a todo el funcionamiento de la sociedad. El caso de violencia individual se vislumbra a través de la violación que la niña sufre por parte de su propio tío; no obstante, en la novela no se enfatiza este tanto este aspecto, sino que se centra más en los diálogos de los psicólogos que acuden al plató televisivo y que dan allí sus consejos sobre el caso. Aquí se subraya también la problemática del incesto sobre el que no se trata de establecer una cuestión moral, sino que simplemente se pretende encontrar un punto de partida en la cuestión: puede darse en cualquier tipo de sociedad y puede permanecer oculto, silenciado, o incluso se puede hacer un espectáculo televisivo. La ilustración que se hace del caso de la niña lleva a una crítica directa de la sociedad rumana y en especial hacia sus conceptos de familia, racismo, o sexismo, temáticas cuya interpretación tiene un anclaje con las tradiciones del pasado, pues en estos ámbitos se mantiene la inercia de las mentalidades que miran constantemente hacia atrás, y les cuesta asumir los cambios con gran dificultad.

El incesto es entendido y tipificado como delito por los diferentes códigos penales de sociedades occidentales, y su prohibición se basa en su posibilidad de existir y en reconocer una determinada casuística dentro de una misma estructura, y bajo un contexto y circunstancias sociales determinadas. En tal sentido, se hace necesario resaltar que en cada sociedad existen unas determinadas normas, leyes, prohibiciones o pautas de conductas que hacen posible la transmisión e incorporación de las conductas idóneas que permitan garantizar que futuros casos de incesto se puedan evitar.

“...el feroz agresor de dieciocho años, tío de la niña, al que se le acusa no solo de violación, sino también de incesto...”. El chico se declara no culpable. Sus padres, que a su vez son los abuelos de Florea (...), piden una prueba de ADN en el hospital londinense para esclarecer la paternidad (Iuga 2010: 84).

Es importante subrayar la persistencia del incesto como tabú, factor que agrava las consecuencias que conlleva a quien lo padece. Esa mirada hacia un lado no permite enfrentar el problema o asumirlo debidamente como un malfuncionamiento del sistema que da cobijo al entorno de la niña. En este caso, los vínculos familiares de la niña romaní quedan en entredicho. La ley comienza a actuar únicamente cuando el embarazo de la niña es completamente evidente, y los parientes de la pequeña reaccionan solo después de haber comprendido que se han transgredido los límites de la normalidad. El cuerpo de la niña queda expuesto a dos actos violentos diferentes, por un lado, sufre la propia experiencia del aborto cuyo objetivo es “liberarla” de un embarazo no planeado al mismo tiempo que desconoce las trágicas consecuencias que esto acarrea, y agravando la fragilidad integral de su persona, tanto a nivel corporal como psicológico. Asimismo, la cuestión del incesto sugiere dos vertientes diferentes, la de un cuerpo deseado que debería decidir sobre sus sentimientos, placeres o deseos, y por el otro la posibilidad, remota o no, de ser víctima de la violencia sexual ejercida por el entorno familiar. Al tratarse de una menor, se requiere necesariamente la protección de sus progenitores. Sin embargo, en este caso hablamos de una relación parental muy compleja y complicada.

En Rumanía problemáticas como el aborto o el incesto son todavía consideradas temas ‘tabú’ y, por lo tanto, para evitar su perpetuación, se ejercitan presiones hacia el cuerpo sin tomar en cálculo, en ningún momento, los deseos y placeres que puede tener una niña. Es importante añadir que Gayle Rubin (1986: 140) sostiene que existe una marca simbólica que configura la experiencia del sujeto varón de manera diferente a la del sujeto femenino a partir del intercambio de mujeres, lo cual hace necesariamente que la subjetividad, en tanto construcción de género, sea dispar en uno y otro caso. En este sentido, la niña, de la historia, importa menos en lo que concierne las decisiones sobre su cuerpo y aunque supuestamente se quiere su protección, sus deseos y placeres no están tomados en cálculo.

El tema del incesto sirve para subrayar que los límites tienen su punto de violencia. Una relación incestuosa es problemática y para abordarla desde diferentes perspectivas significa restricciones o barreras ya impuestas. También es necesario plantear que los mismos tabús y estereotipos que a su vez se perpetúan indefinidamente. Cuando la madre descubre que su hija está embarazada de su hermano, reacciona con violencia golpeando a su propia hija, empieza a echar culpas a su propia madre (a la abuela de la niña) porque no saber cómo educar y controlar a su hijo, que, por ser varón disponía de un lugar privilegiado en la familia.

En este sentido, las familias gitanas se construyen entorno a la típica familia patriarcal en donde el hombre representa el centro de atención y es la figura que se concibe como el orgullo del hogar. La responsabilidad de la abuela de la niña romaní no tiene que ver con los instintos femeninos sino más con el deber de cuidar y defender a su propio hijo, el hombre de la casa. El papel que la mujer juega en este caso es como si de objeto de propiedad o de transacción 'simbólica' se tratara, y para ella, los hijos son y serán siempre el centro de su vida.

Sal de mi casa, guarra, vete, que no quiero verte, que solo te van las pollas y, encima, tu hija le abre las piernas a Rică Plecatu', el que toca el tarogato, el que se junta con siete muchachas y se pasa el día con la hierba, así las atrae; creo que ya le están saliendo canas y se tira solo a jovencitas, porque de otra forma no se le levanta... y deja de meterte con mi Sile, yo no estoy de parte de nadie, pero te comerán los gusanos como a la perra esa, y ¿qué pasa, si eres mi hija? (Iuga 2010: 103).

El hecho de que la sociedad continúa perfilando los mismos comportamientos patriarcales empuja a que las mujeres de comunidades pobres continúen creyendo que estar arropadas por un hombre, y seguir a pies y puntillas sus directrices, sigue siendo la única vía de escape a la pobreza y se terminan autoconvenciendo de que la vida del hombre cuenta más que la vida de una mujer. Ambos personajes femeninos, la madre y su niña, soportan una carga represiva relacionada con la subestimación de su propio sexo, y son reducidas a la condición de subalternas, e incluso agredidas constantemente por la propia abuela. La aplicación de la violencia verbal, esencialmente mediante el insulto, o la agresión física y psíquica, representan diversas maneras de intentar reducir las a la condición de objetos insignificantes, y las condenan a ser eternamente menospreciadas.

6.4. Resistencia o victimización en *Kinderland*

Kinderland es una novela en la cual la violencia visible es una forma de subrayar la vulnerabilidad que padecen niñas y niños que se han quedado solos y sin apoyo familiar, y cuya situación genera a su vez otro tipo de violencia: la envidia entre personas que viven en una misma comunidad. En Rumanía existe una violencia de base que pueden padecer muchos niños y niñas de nuevas generaciones y que sufren las consecuencias, directas e indirectas de las crisis económicas actuales. Esta última se hace palpable cuando las juventudes sufren la ausencia total de la autoridad disciplinaria y afectiva que conlleva el fenómeno de la emigración económica. Es decir que, muchas veces, como consecuencia de la soledad y el abandono, niñas y niños disponen de una libertad atípica, quizás mentirosa, y que se debe a

la carencia de ciertos límites que habitualmente son marcados por los padres. Según este planteamiento también se dan casos de un particular tipo de violencia física que ejercida por personas cercanas a estos niños y niñas que sufren estas situaciones de abandono y cuyos padres ausentes trabajan en el extranjero. Tales circunstancias propician, como mencionamos antes, la envidia y el robo de pertenencias. Dado el hecho de que muchos de estos niños y niñas son envidiados y vistos como los receptores inequívocos del dinero que envían sus padres desde la lejanía, propicia que otros quieran aprovecharse de esta situación de abandono a sabiendas de que se encuentran solos y sin padres a la vista, y buscan el momento propicio para entrar a sus casas y robarles la comida, el dinero, o los juguetes.

Mejor no le digo a nadie que mamá y papá no están en casa, que, si no, después vienen un montón de niños gamberros a robarnos los juguetes y a comerse la comida, y, encima, te dan una colleja en la nuca si te quejas. Te tienes que llevar bien con todo el mundo, entenderte bien con todos para que no te roben nada, para que no te peguen, tenerles respeto... (Corobca 2014: 31).

La utilización de la violencia hace que toda acción, actitud o palabra que denigre o lastime las emociones o la autoestima de una persona involucre una descarga de agresividad sobre la víctima, un hecho que, en este caso, se vea agravado debido a que la víctima resulta ser una niña. Es interesante analizar la posición de la víctima que sufre esta situación porque a pesar de sentir el ejercicio del poder por parte de los otros individuos, reconsidera su victimización y la transforma en una forma de protección hacia su familia, y en este caso, específicamente hacia sus hermanos. Por lo tanto, se utiliza el concepto víctima como medio para personificar la culpabilidad, en el sentido en que como punto de partida se tiende a buscar e intentar castigar a los agresores, y exigirles que asuman responsabilidades, muchas de las cuales, a menudo, recomponen el círculo habitual de entendimiento en el cual se basa una comunidad.

Ante la pobreza contextual resulta interesante traer a discusión el discurso moral que gira en torno a la víctima. La precaria situación económica del país y de la comunidad en la que vive es generalizada y sus vecinos también sufren necesidades, aunque en un modo diferente al de ella. Aquí es cuando nos planteamos si la necesidad y la inocencia justifican los medios que llevan, por un lado, a la carencia protección y afecto familiar, un derecho del cual ella carece; y por el otro, sus pequeños vecinos quizás sí tengan ese afecto familiar, pero no tienen qué comer. Todas las situaciones, aunque diferentes, llevan a estos niños y niñas a

actuar de maneras desesperadas por no tener una infancia normal, ni tampoco la protección adecuada del sistema en el cual viven.

La niña debe mantener una relación de entendimiento con sus vecinos, otros familiares y, esencialmente, las niñas y niños de su entorno. No obstante, en el momento en que estos ven como ella recibe regalos o comida de los padres, se convierte en una fuente que puede ser explotada.

Anoche nos asustamos un montón. Oímos golpes en la puerta y nos despertamos todos, hasta Marcel. (...) Dan llevaba dos cuchillos, uno para cortar el cerdo, que le dejó papá cuando se fue para protegernos de los enemigos, y otro que sacó de no sé dónde; yo cogí la hachita que tengo debajo de la cama por si acaso, y nos dirigimos hacia la puerta. A Marcel lo convencimos para que vigilara la habitación. Tú vigila el dinero de debajo de la alfombra, nuestro tesoro, que, si no, no tendremos dinero para la comida ni para los juguetes. Sabe que sin dinero es imposible y es lo que buscan los ladrones o los bandidos cuando vienen, así que él estuvo de acuerdo con una misión tan importante (Corobca, 2014: 32).

La niña debe proteger la familia y al mismo tiempo mantener una relación amistosa con el resto de la comunidad. En este sentido, la violencia ejercida sobre ella y sus hermanos demuestra la vulnerabilidad intrínseca de los pequeños, y representa también una muestra de ejercicio del poder por parte de los adultos representando, al mismo tiempo, una quintaescencia del estado precario en el cual se encuentra la población.

La menor vive en una constante situación de vulnerabilidad, y en este sentido, para ella la violencia representa una señal, un llamado de atención que la empuja a tratar de buscar y encontrar maneras de cohabitación con el resto de las comunidades para, justamente, evitar futuros actos de violencia y agresiones hacia su persona, y también ahuyentar todo aquello que pueda representar un peligro para su familia.

Para la niña, la amistad, o la responsabilidad hacia su familia representan una cuestión importante ya que considera como parte de su propio deber el cuidar de la casa y de sus hermanos. Sin embargo, desde su perspectiva también significa una forma de participación, le ayuda a sentirse parte de la comunidad y a crear los vínculos necesarios para lograr sostenerse por sí misma, sin ningún tipo de protección parental. Derrida sostiene:

Para amar la amistad, no basta con llevar luto por el otro; uno debe amar el futuro. Y no hay mayor categoría para el futuro que la de “quizás”. Este pensamiento aúna la amistad, el futuro y el quizás para abrirse a la llegada de lo que llegue, es decir, necesariamente en el régimen de un posible cuya possibilitación debe prevalecer sobre lo imposible. Porque un posible que fuera posible (no-imposible), un posible seguro

y ciertamente posible, accesible de antemano, sería un pobre posible, un posible sin futuro, un posible ya dejado de lado, por así decirlo, asentado en la vida (1997: 29).

La concepción de la amistad que la niña tiene respecto a los contactos con el mundo exterior, o incluso con la relación que tiene con sus hermanos demuestra una forma de apertura y aceptación de su propia vulnerabilidad, la adapta según sus intereses y la transforma en un vínculo que le ayuda a facilitar la convivencia. Por otra parte, aunque viven presas del miedo, o expuestas a la envidia de los otros, la constancia en sus ansias por la supervivencia del día a día, especialmente en los momentos duros, es muy grande. Existen momentos especialmente difíciles, tales como cuando se quedan sin dinero o cuando son golpeados por otros niños, y bajo los cuales la niña no duda en oponerles resistencia, especialmente a todas esas interacciones que la exponen a una situación de vulnerabilidad más asfixiante. Asimismo, y pese a todas las adversidades, la niña puede encontrar en todo aquello que la rodea algo que le ayude a superar esos malos momentos. Es decir, que el mensaje de la novela es marcar nuevas formas de visibilidad a aquellas realidades que no hayan sido tomadas en cuenta por la política social y económica del país, en especial aquellas que se materializaron con posterioridad al año 2007, momento en el cual la grave situación económica del país empujaba a la emigración.

Por lo tanto, la niña se encuentra en la posición de tener que alternar su propia inocencia e inexperiencia con todas las responsabilidades que tiene que asumir ante la ausencia de sus padres y las miradas de indiferencia de su comunidad. No obstante, la manera de mirar y cuestionarse todos estos aspectos también debe hacerse desde la perspectiva infantil, más real y objetiva, entenderla como la niña que es, e intuir que su verdadero deseo pasa por ser protegida y recibir amor, crear vínculos, y jugar con sus amigos sin tener que rendir cuentas a nadie sobre su situación económica o social.

También tenemos un asistente social en el pueblo que nos pregunta si tenemos síntomas de depresión y nos tira por la valla unos libritos sobre el amor de los padres y sobre la preparación de los niños a los problemas de la migración. Parecía como si nos tuviéramos que preparar para la guerra, como si nuestros padres no fueran a volver nunca, y fuéramos a estar solos para siempre y a criarnos solos.. (Corobca 2010: 96).

Tanto a la niña como a sus hermanos se les prepara para una situación atípica para su temprana edad, y se les impone un modelo de aprendizaje en la cual deben aprender a actuar como si fueran unos sujetos ya maduros y que deben amoldarse a una realidad que no les

pertenece, y la cual, quizás, persista durante mucho tiempo. Es claramente visible el hecho que la niña presiente que todos estos estereotipos del mundo adulto intentan marcarle un determinado ritmo de vida del cual ella no puede permitirse permanecer ajena, sino que es algo que debe ser asumido indefectiblemente debido a que la situación es producto del pésimo momento económico y social, sin cuestionarse el porqué o el trasfondo de tal situación. Según lo expuesto anteriormente, el asistente social del pueblo la trata como una víctima más del proceso migratorio, el cual requiere asumir medidas extremas, como si de una guerra se tratara, algo que simplemente sucede y hay que acatar porque existen situaciones, tales como la pobreza o el contexto sociopolítico, que se escapan de sus manos.

Por el otro lado, la evidente ausencia de las personas adultas permite a la niña experimentar nuevas formas de autonomía y de adaptación a los nuevos parámetros de convivencia. Teniendo en cuenta esto, la niña acude a unas estrategias de resistencia (por ejemplo, cuidando del dinero o escondiendo la comida) y esto le atribuye, de una manera u otra, tener cierta independencia, pero al mismo tiempo está expuesta a la envidia de los demás, y a los peligros que esto conlleva. En consecuencia, la niña intenta mantener una relación de cordialidad y convivencia sana con el resto de los sujetos. Incluso, muchas veces, se abstiene de comer ciertas cosas delante de los demás u ostentar innecesariamente su buen, aunque solitario bienestar. Bajo este contexto, la violencia física y emocional que el entorno ejerce sobre la niña, desestabiliza su antiguo estilo de vida pero a su vez la empuja a crear un espacio propio y a buscar medios para sobrevivir a las adversidades. Por lo tanto, la joven se da cuenta que a su alrededor existen diversas instituciones públicas que deberían ofrecerle protección, y sin embargo hacen más acuciante la condición de vulnerabilidad. Asimismo, muchas veces sus propios instintos de supervivencia, sumados a su empeño en resistir y enfrentar a las adversidades, implican para ella emprender una fase de recuperación: mantener siempre presente su deseo de volver a tener a toda su familia a su lado, organizarse apropiadamente para llevar a cabo las tareas cotidianas de la casa, y mientras, proteger a sus hermanos y mantenerlos a salvo de los peligros que les acechan. Desde esta perspectiva, en situaciones de precariedad se necesita la ayuda del otro, como sostienen A. Pie Balaguer y J. Solé Blanch: “es decir, recuperar lo más humano de aquello que nos hace humanos: la necesidad del otro, el reconocimiento de ese otro, el compartir la interioridad, la sensibilidad y la simpatía por el otro” (2011: 4).

Por lo tanto, el odio y la envidia de las personas de su entorno son consecuencia de la percepción que el resto tiene sobre ella. Ven en ella a una niña indefensa y pequeña sobre la cual pueden descargar todas sus frustraciones y resentimientos, como si se tratara de una venganza hacia todo aquello que deja en evidencia todas sus carencias, especialmente contra aquellos que disponen de un mayor bienestar económico o material ignorando el sufrimiento o el trasfondo de las circunstancias de la niña. La niña puede relacionarse y recrear vínculos con personas de su entorno que quizás nunca hubiera establecido si las circunstancias fueran otras y, sin embargo, esas relaciones están condicionadas más por lo material que por lo humano, ya que en condiciones de pobreza extrema la necesidad de comida es algo esencial y relega todo lo demás a un segundo plano. Esta es quizás la meta más primordial, lograr la subsistencia, satisfacer lo más básico y comenzar por lo que está más accesible o que no representa un obstáculo, por ello se la percibe como un ser débil y vulnerable, como una presa fácil a quien se le puede robar o abusar fácilmente. Como menciona Adela Cortina:

quien carece de compasión no puede captar el sufrimiento de los otros; quien no tiene capacidad de indignación carece del órgano necesario para percibir las injusticias. Las emociones son antenas que nos permiten conectar con países desconocidos, sin ellas no tendríamos noticia de tales países. La ceguera emocional produce ese analfabetismo emocional sin el que la vida ética es inviable (2007: 87).

Los profesores del colegio al que la niña asiste no dudan en hacer uso de la violencia psicológica, o incluso la sexual sabiendo la situación de esta niña. Este tipo de agresiones que se enmascaran con el proceso disciplinario se deben al hecho de que las niñas se encuentran en situación de abandono, sin ningún tipo de protección parental, y una situación como tal, puede propiciar, por ejemplo, un exceso de atrevimiento por parte de sus tutores. En una ocasión, su profesor de rumano les toca de una manera demasiado “amigable”, una situación claramente de abuso tanto físicamente como emocionalmente.

En la clase de rumano, los sustantivos “pecho”, “caderita”, y “blusita” no se pueden declinar, sin que el profesor se pase un rato hablado de la forma, el número y el caso en concreto. “¡Y hasta que no se lo digas a tu padre, imbécil, seguirás repitiendo curso y no acabarás nunca! ¡Estás en séptimo curso y apenas sabes escribir, inepta!” ¡Por suerte, a mí no me ha tocado, porque no me ha crecido el pecho y hay otras tetonas en clase! Y el año que viene, dicen que vendrá un profesor nuevo y joven. ¡Señor, sé bueno y envíanos a un profesor nuevo, o mejor, a una profesora, y sávanos de este pesado, que, de todos modos, no nos enseña nada! (Corobca 2014: 129).

A través de esta violencia psicológica y emocional se aprovecha de la condición de vulnerabilidad de las niñas para “educarlas” y, supuestamente, también cuidarlas. Se trata de un acto que pretende dominar, poseer y dosificar a la persona a través de la sexualidad. En este caso no se trata solamente de una agresión sexual sino también de un abuso de confianza, más que nada, porque ante la ausencia de los padres, son sus tutores las personas más cercanas y en quienes las menores depositan toda su confianza e inocencia. Para la protagonista de la novela, asistir al colegio es una forma de convivir a diario con una amenaza natural, como algo que está supeditado a la voluntad divina, que no se puede controlar o rechazar. En tales circunstancias, una forma de interpretar los actos del profesor podría centrarse en las formas en las cuales éste transmite su conocimiento, es decir, utiliza sus formas de acercamiento objetivo para justificar sus otras intenciones, unas que ya entran dentro del terreno de la subjetividad y el abuso.

Laura Lowenkron, al analizar el concepto de vulnerabilidad en relación con el grado de consentimiento que se tenga del acto sexual, en este caso el abuso sexual sostiene que “the inability of resistance, according to this definition of abuse of a position of vulnerability, seems to derive less from an asymmetry between the agent and the victim than the absence of “real” and “acceptable” alternatives” (2015: 242). Se trata de una asimetría desproporcionada en la reclamación de autoridad sobre los cuerpos que son abusados, y en este caso, entre el profesor, que piensa que tiene el poder de tocar a las niñas a su antojo como parte de su labor educativa, y la posición de la niña, que comenta el caso pero no logra que nadie le atribuya el mismo poder que al profesor, ni muchos menos autoridad alguna. Lowenkron habla sobre las ambigüedades en relación con los conceptos de vulnerabilidad y abuso de poder sosteniendo que:

The ambiguities in relation to notions of *vulnerability* and *abuse of power* acquire particular relevance in approaches concerned with the vision of people from poor regions of the world, particularly women (Piscitelli 2010: 369), because it makes young women from third world countries, by articulating different vulnerability factors (gender, age, social class and nationality), be construed as privileged locus of “passivity” and therefore the “victimization” (2015: 241).

La violencia, en este caso, se queda a medio camino entre reconocimiento e incorporación porque, por un lado, puede ser visible, verbal y sexual, pero por el otro, también indetectable debido a la posición de privilegio que ocupa el profesor, por tanto, es imposible definirlos de una forma tangible y queda oculta en la dinámica de las fuerzas patriarcales

7. Violencia sistémica en la sociedad poscomunista

En esta parte, se han ejemplificado las violencias visibles como un gran abanico que abarca desde violencias heteropatriarcales o físicas, hasta las psicológicas o verbales. Son las más obvias, palpables y fácilmente identificables en el marco de comprensión de lo que se considera violencia en la actualidad, sin embargo, también hay violencias más complejas, que van más allá del reconocimiento y de la acción inmediata, como la violencia simbólica, que a menudo está directamente relacionada con el poder.

En este apartado es interesante analizar la violencia entendida en su relación con el Estado como mediador de las relaciones humanas. Se trata pues de una forma de violencia sistémica que en la Rumania poscomunista se produce al incorporar el sistema capitalista de libre mercado, que en Occidente ya había sido asimilado, y sustituir de manera brusca el sistema dirigista anterior. A la euforia de la libertad le siguió la preocupación por cuestiones como la búsqueda de empleo, que ahora ya no asegura el Estado, o lidiar con los diferentes niveles de sueldo y desigualdad de los ingresos. Además, el estilo de vida occidental se mezcla con las formas de vida socialistas y su misma precariedad, que se mantienen con una fuerte inercia frente a las novedades que implica la adopción de la democracia representativa y del modelo económico capitalista, movidos por el deseo de convertirse en una copia lo más fiel posible a su original y así alcanzar los ideales de Occidente, como el regreso a la cuna de la civilización o el bienestar. En Rumanía la transición hacia el capitalismo ha sido diferente a la de otros países de Europa de Este, más cercanos a la Europa occidental (como es el caso de Polonia, Chequia o la antigua Yugoslavia), ya que estos últimos contaban con una tradición de mayor apertura, porosidad y receptividad que facilitó la adopción y asimilación de la economía de libre mercado (Buden 2010: 2).

La situación social, económica e institucional en Rumanía era muy frágil en el período de transición, cuando se procede al control y desmantelamiento de las instituciones y estructuras socioeconómicas dependientes del Estado, que se habían mantenido sin cambios significativos durante el período comunista, vertebrando la cotidianidad y la vida de las personas. Rumanía es en ese momento una sociedad infantilizada que ansía un aperturismo imitativo de las estructuras socioeconómicas occidentales. Esto permite que las compañías hagan negocios muy rentables, se fomente la corrupción y se genere una gran inflación. Por lo tanto, es importante resaltar el hecho de que nos estamos refiriendo a un sistema totalmente

nuevo y a su incorporación en un país que hasta aquel momento se hallaba bajo la autoridad de un régimen dictatorial. Este cambio abrupto propició importantes choques entre generaciones, especialmente contra aquella mentalidad todavía nostálgica anclada en el pasado.

En este análisis de las cuatro novelas, la atención se dirigirá hacia la violencia sistémica, una forma de violencia invisible, en la que se enlazarán las condiciones políticas con las vidas de los personajes. Esto permitirá cuestionarse en qué manera el capitalismo irrumpe en el control de las vidas y los cuerpos con sus técnicas de control y manipulación, y que incluyen como herramienta destacada la violencia invisible. De esta forma, la violencia se pone en evidencia cuando el sistema, a su más alto nivel, acusa sus propios fallos, aquellos de naturaleza propia. Esto sucede porque se pretende implantar un sistema político y económico que funciona en otras sociedades pero sin tener en cuenta las particularidades y la idiosincrasia del país; la implantación se produce sin las necesarias adaptaciones, siguiendo el principio de 'copiar-pegar'. Florina Andreescu denomina al período 2000-2012 como postransición y reflexiona sobre el papel del individuo y su relación con el estado y la nación en producciones cinemáticas cuyo enfoque principal está dirigido hacia la centralidad del individuo. Ella sostiene que:

The themes of state and nation receive less attention and come to be seen as less important than the concerns of the individual. The strengthening of neoliberal values and institutions, as well as the EU membership, have thus greatly diminished the earlier emphasis on Romanian national identity (2013: 5).

La violencia sistémica es el resultado de una transición marcada por las muchas deficiencias, e incluso la inexistencia, de políticas institucionales realmente comprometidas con la transformación y que permitiesen negociar el cambio. Hay que tener en cuenta, y este es un condicionante decisivo, que en buena medida los funcionarios del período comunista (en ámbitos tan importantes como la policía o la medicina) lograron mantener sus cargos aun después del cambio de régimen. Y en lo que concierne a los modelos educativos, sociales o culturales, también podemos afirmar que se transformaron conforme a las demandas occidentales, pero sin tener en cuenta el impacto que estos nuevos principios organizativos podrían suponer en su relación con el pasado comunista. No se trata pues de una simple instauración de violencia estatal que permite que el incivismo se apodere de las relaciones sociales una vez incrementados los niveles de inseguridad económica o las deficiencias

sociales, sino de un poder según el cual el estado puede controlar las vidas a través de la manipulación ejercida por los medios de comunicación. A la vista del complejo entramado social y de relaciones que aparecen en las cuatro novelas, puede intuirse que la violencia sistémica facilita la aparición de la violencia subjetiva, el choque entre personas, adultos o incluso entre niñas y niños. En ellas, las muestras de violencia pasan de ser casos atomizados o excepcionales a sistémicos cuando se convierten en noticia a través de los medios de comunicación, haciendo que el caso puntual de violencia vaya más allá de los límites de lo privado. Además, el hecho de que las protagonistas sean niñas sitúa en el foco en la vulnerabilidad y el género, ya que ellas habitualmente están sometidas a diversos tipos de violencia subjetiva, ejercida por su entorno más cercano y por el resto de la comunidad, especialmente por personas que representan la autoridad. Así pues, el período de postransición se refleja en la ficción literaria como una transición continua que logra perpetuarse a través de la sucesión generacional. Žižek (2009) considera que la problemática y casuística asociada a la violencia subjetiva no es un fenómeno absurdo que se deriva de un trastorno psicológico, sino que responde a una situación social previa. Sin embargo, como se ha dicho, la violencia subjetiva se percibe igual que la violencia objetiva ya que resulta mucho más arduo identificar los sujetos que la ejercen. Resulta interesante observar en qué modo se establece conexión entre ambas formas de violencia, ya que de alguna forma ambas se retroalimentan, es decir, a menudo una deriva en la otra, prolongando de manera ilimitada los mecanismos de violencia. Por ello, la violencia hace parte de la vida humana y siempre ha estado allí, casi hegemónica.

Gramsci entiende y define la hegemonía refiriéndose a ella como una forma de dominación conformada: “la combinación de fuerza y consentimiento se equilibran recíprocamente, sin que la fuerza predomine excesivamente sobre el consenso. De hecho, la intención es siempre asegurar que la fuerza aparezca basada en el consentimiento de la mayoría” (1971: 80). La diferencia distintiva y esencial entre hegemonía y dictadura es que esta última aplica la coerción arbitrariamente, sin normas reguladoras, mientras que la hegemonía, aunque es organizada en la sociedad civil, está relacionada con el Estado: “Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no solo justifica y mantiene su dominio, sino que logra hacerse con el consentimiento activo de aquellos sobre los que gobierna” (Gramsci 1971: 244).

También hay que tener en cuenta el impacto que supuso el cambio de sistema para la gente: mayor libertad pero también asimilación de la novedad como paso imprescindible para alinearse a los países occidentales. Por lo tanto, se intenta acudir a una organización estatal y a la importación de leyes que muchas veces ni siquiera se toman en consideración debido al ingente volumen de cambios que eso supondría. La violencia sistémica oprime y trata de manera violenta a las personas. Quienes la ejercen son las personas e instituciones designadas, paradójicamente, para protegerlos, y entre ellas, también, gobiernos enteros y todo su engranaje político y económico. Es importante mencionar que en todo este entramado no solamente se incluye a las instituciones del estado. El ámbito privado tiene un papel importante en la propagación de este tipo de violencia, que también contribuye a la creación de un espacio para el control y manipulación de los sujetos.

En este análisis, se prestará atención a como se conjuga el poder de los ámbitos privados (los medios de comunicación), junto con las instituciones del estado y su representación bajo formas y personas que abusan de su poder institucional para manipular, aprovecharse o ejercer poder sobre personas a las que consideran débiles y carentes de reacción o capacidad de resistencia a las presiones.

7.1. Las huellas de un sistema en tránsito. La violencia de la niñas como una reacción de la opresión del sistema en la novela de Florina Ilis

El proceso de incorporación de las regulaciones y normativas inscritas en las condiciones de existencia de los sujetos en su etapa de aprendizaje supone una acción pedagógica disciplinaria que tiene lugar en espacios institucionales determinados —familiar o escolar—, o bien lo llevan a cabo otro tipo de agentes dotados de autoridad para imponer las normas. En las novelas estudiadas la capacidad de reacción y resistencia de las niñas constituye, de alguna manera, una respuesta a los cambios sociales y al choque de mentalidades que se produce en el período poscomunista. Superan, así, el modelo tradicional de la víctima y se convierten en personajes que actúan y ponen en cuestionamiento toda esta etapa de tránsito social, político y personal.

La cruzada de los niños ilustra los cambios culturales, sociales y políticos que tienen directa incidencia sobre aquellos individuos que habitualmente son considerados vulnerables. En este relato no existe ninguna categoría detenta en exclusiva la condición de vulnerabilidad, ya que esta posición puede estar ocupada por cualquier persona sin importar su edad,

condición social, género, raza o clase. El *boom* de los modelos y prácticas occidentales produce un aumento de la corrupción y el chantaje. En esa situación, los cuerpos frágiles e inocentes están expuestos a la libertad de elección y al mismo tiempo mantienen el antiguo sistema tutelar de valores, costumbres y organización institucional. En este estado de cosas, la violencia sistémica no es necesariamente una violencia intencionada, sino que proviene de la ignorancia generada por la caída del régimen —dejan de ser vigentes los saberes aprendidos—, y la propia situación de perplejidad y desorientación que esto genera. En el pasado se vivía bajo un régimen dictatorial que ha dejado en herencia una situación de vulnerabilidad nacional por eso se acude a los agentes exteriores occidentales para que “enseñen” nuevos saberes y nuevas directrices a un país rezagado, afectado y desubicado, y que debe afrontar la crisis de un cambio tan profundo. Este hecho ha dado lugar a más precariedad económica, social, cultural, a un capitalismo exagerado en el cual se hacía necesario consumir, preferentemente de manera compulsiva, un gran abanico de productos importados, sin importar si eran de primera necesidad o no, y considerarlos como la adecuación a los tiempos venideros, o como el método infalible para “progresar” y no quedarse atrás. Esta conversión del “ciudadano comunista” en “ciudadano consumista” afecta de manera prioritaria a las niñas y niños de la “generación poscomunista”. Su formación se sitúa entre el deseo de alcanzar los valores y prácticas asociados al libre mercado y la democracia participativa, por una parte, y, por otra, los valores y tradiciones vigentes de la etapa socialista que transmiten la familia, la comunidad y las instituciones sociales en su conjunto. Aunque las generaciones anteriores muestran un ansia de libertad, esta viene lastrada por la nostalgia y una cierta inercia en su mentalidad y forma de vida. Hay un importante giro generacional. Reflexionando sobre estas situaciones, Boris Buden afirma:

There is no relation of domination that seems so natural and self-evident as the one between a child and its guardian, no mastery so innocent and justifiable as that over children. One does not take their freedom away, but suspends it temporarily, postpones it, so to speak, for the time being. A patronized child as political being enjoys a sort of delayed freedom. And in case one day the promise of freedom turns out to be a delusion, one can always say that it was just a children’s fairy tale. The repressive infantilization of the societies that have recently liberated themselves from communism is the key feature of the so-called postcommunist condition. It comes to light in the ideology of the postcommunist transition, a peculiar theory that addresses itself to the task of understanding and explaining the postcommunist transition to democracy (2010: 2).

Como se ha señalado en la primera parte de esta tesis, las niñas del tren son receptivas a todo tipo de información, reaccionan creando su propia comunidad junto con los niños, una comunidad que se mantiene lejos de las presiones que los adultos ejercen habitualmente sobre ellos. Ya en el tren, su única preocupación pasa por mantenerse al margen de cualquier tipo de control, de la disciplina de sus profesores, o las miradas incriminadoras de sus padres, u otros adultos. Las niñas y los niños utilizan la violencia como si se tratara de un juego y viven y actúan como si creyeran que su mundo es real e irreal al mismo tiempo. En su inocencia, piensan que sus actos no conllevan ningún tipo de consecuencias o represalias, y se limitan a vivir su momento aprovechando que están solos y sin las constantes quejas parentales. El hecho de que ningún sistema político está exento de fallos, problemas e imperfecciones, y que muchas veces se terminan aceptando tácitamente las desventajas con respecto a otras realidades sociales, aceptando incluso como habitual que el desarrollo aletargado o precario de un país entra dentro de la normalidad, propicia un espacio para la violencia y la resignación. Sin embargo, también es importante interrogarnos hasta qué punto las más vulnerables del sistema, las niñas, se aprovechan del descuido de los adultos para idear y llevar a la práctica sus propias formas de organización y prácticas disciplinarias. La violencia en el tren se construye a partir de los fallos, la desconfianza y la ignorancia sistémicos. Si lo que se desea es corregir su malfuncionamiento se requiere la identificación de culpables, e incluso un castigo o rectificación ejemplares, ya que no podemos olvidar que los actos irresponsables de los jóvenes del presente se consideran actos de los adultos del futuro.

¡Los niños no vienen de otro planeta! ¡Hay que acostumbrarlos a que más allá de su inocencia existe una moral del castigo con la que se van a topar antes o después! ¡Ninguna sociedad moderna se puede desarrollar libremente si antes no sienta las bases de dicha moral! Existe en todas partes, y si no vayan a Occidente, ¡verán! ¡Todo el mundo hace de su capa un sayo y cuando le llega la hora de responder por sus actos se esconden tras principios, abstracciones, el Estado, la inmunidad parlamentaria! ¡Por eso tenemos revolucionarios sin revolución, corrupción sin corruptos, procesos sin inculpados, Securitate sin informantes, soborno sin vendidos, policía sin policías! (Ilis, 2010: 145).

La mirada fija en Occidente pone en marcha la comparación de aquel mundo aventajado con el propio país, y en el cual las normas y las reglas no se respetan. En este contexto se requiere una educación conforme a los marcos de regulación occidentales, ya que en el propio país los límites morales han desaparecido. Como se ha visto en la primera parte de esta tesis, los profesores acuden a la constante comparación de las normas y las leyes propias

con las de países desarrollados occidentales. Por lo tanto, se idealizan sus estándares y se convierten en modelo educativo. Bauman reflexiona sobre lo que representa esa ruptura con el pasado, y la considera una suerte de bisagra que ha dado lugar a la construcción de otro tipo de configuraciones, que, sin embargo, son tan rígidas e inexorables como aquellas que reemplazaban. El prólogo del libro *Modernidad líquida* dice:

todos los moldes que se rompieron fueron reemplazados por otros; la gente fue liberada de sus viejas celdas sólo para ser censurada y reprendida si no lograba situarse –por medio de un esfuerzo dedicado, continuo y de por vida– en los nichos confeccionados por el nuevo orden: en las clases, los marcos que (tan inflexiblemente como los ya disueltos estamentos) encuadraban la totalidad de las condiciones y perspectivas vitales, y condicionaban el alcance de los proyectos y estrategias de vida. Los individuos debían dedicarse a la tarea de usar su nueva libertad para encontrar el nicho apropiado y establecerse en él, siguiendo fielmente las reglas y modalidades de conducta correctas y adecuadas a esa ubicación (Bauman 2004: 12).

A través de la adjetivo líquida o líquido Bauman explica la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista y privatizada, que se ratifica por el carácter transitorio y volátil de sus relaciones. Los cambios que tuvieron lugar en Rumanía como resultado de la caída del régimen dejaron una sociedad engullida por un mercado individualismo, la alienación por el trabajo y la degradación de las personas sin empleo, e incluso el esclavismo laboral que impone el descompromiso y el solipsismo.

En la novela, la violencia se representa como un circuito en el cual quienes están siempre en la posición dominante son quienes reaccionan a las presiones e influencias de todo lo que se proyecta a su alrededor. Las niñas participan activamente en la preparación del intento de conquista del tren. El uso de la violencia resalta aquellas acciones que demarcan el rol social de cada persona y la participación del estado en la evolución de la nación después de la caída del comunismo. La relevancia normativa, política y económica de los perpetradores y victimarios hace que, para poder sobrevivir en las políticas de Estado, se naturalice una forma de convivencia con la corrupción, la elusión, la omisión, la negligencia y la ignorancia. Como hemos apuntado, en la novela aquellos personajes que vivieron bajo el comunismo consideran que el bienestar financiero de los padres que trabajan en corporaciones debería ser un factor definitorio de la felicidad de sus criaturas.

¿En qué trabaja el padre? indagó curiosa la profesora de lengua, Es directora de marketing en una empresa de automóviles extranjera, le explicó la señorita Ileana, en situación económica ponía excelente. ¡Creo que les va de maravilla con el dinero!

añadió la joven profesora de matemáticas, ¡Ya, ya! ¡Niños bien! estalló la señora Constantinescu, ¡Por eso hacen lo que les da la gana! ¡No les falta de nada! Teléfonos móviles, objetos caros, (...) ¡Los niños de hoy en día ya no valoran las cosas! (Iliş 2010: 151).

Las personas criadas durante la época comunista, en una sociedad disciplinaria de control y castigo, comienzan a percibir la vida de otra manera tras la caída del régimen. El paso dado hacia la sociedad del consumo es un hecho tan relevante que se convierte en una sociedad de posibilidades debido a que la gran cantidad de productos que pasaron a inundar el mercado no pueden satisfacer completamente las demandas de la nueva generación y, por tanto, se entra en un circuito según el cual el consumo queda definido por la producción, y las ansias de conseguir cosas que antes que eran limitadas. Por eso, la instauración del capitalismo en Rumanía y las habituales políticas del consumismo crean una burbuja de felicidad según la cual tener una vida próspera tiene que ser directamente proporcional a la felicidad individual.

Desde esta perspectiva, “todo es producción”, tal y como sostienen Deleuze y Guattari. Existe un registro de la producción, pero también hay una producción del registro. De igual manera que hay un consumo de la producción, y una producción del consumo.

Por suerte que *todo* es producción: producciones de producciones, de acciones y de pasiones; producciones de registros, de distribuciones y de anotaciones; producciones de consumos, de voluptuosidades, de angustias y de dolores. De tal modo todo es producción que los registros son inmediatamente consumidos, consumados, y los consumos directamente reproducidos (2005: 13).

De modo que como todos estos cambios se realizaron de una manera busca, se ha creado un sistema que termina realimentándose con los deseos de los consumidores. Asimismo, al mismo tiempo las personas no pusieron impedimentos y entraron, casi de forma inconsciente, en esa misma rueda de producción y consumo.

En estas circunstancias, las niñas encuentran un mundo diferenciado y condicionado por la distancia generacional y mental. Berger y Luckman (1988) reflexionan sobre el desarrollo de los niños en el mundo social aunque sin tomar en consideración las cuestiones de género. No obstante, es interesante observar el uso de la metáfora del juego para analizar en qué manera se objetivan e institucionalizan los productos de la interacción humana como, por ejemplo, aquellas situaciones en las cuales la niña o el niño acepta roles y actitudes, los internaliza, y los adopta como propios. Por lo tanto, desde la perspectiva de la víctima, se

logra una identificación con lo que los otros consideran oportuno y se termina naturalizando las reglas impuestas:

La sociedad ofrece al candidato a la socialización un lote preestablecido de otros significativos que debe aceptar en bloque sin contar con la posibilidad de decir algo al respecto [...]. O sea, que cada uno se tiene que espabilar con los padres que le han tocado. Esta desventaja injusta, inherente al hecho de ser un bebé, posee una consecuencia obvia: sin duda, aunque el niño sea un mero sujeto pasivo de su proceso de socialización, de hecho son los adultos quienes dictan las reglas del juego. El niño podrá jugar con entusiasmo o de mala gana; pero este el único juego posible. Corolario fundamental: puesto que el niño no interviene en la elección de sus otros significativos, automáticamente se identifica con ellos. Y, por el mismo motivo, ineluctablemente interiorizará su realidad concreta (Berger y Luckman 1988: 53).

La mirada sociológica de estos dos autores es reduccionista y bastante generalista, ya que tanto niñas como niños pueden —y de hecho lo hacen— cuestionar la realidad que se les ofrece, por supuesto, dependiendo de las circunstancias. Los progenitores, o el sistema político en que se nace no se pueden elegir, no obstante pueden reaccionar a las presiones o manipulaciones, especialmente cuando se les consideran como objetos pasivos, dóciles y obedientes. Ahora bien, la cuestión es determinar qué es lo que sucede cuando estos cuerpos son utilizados y controlados de una manera sutil, por ejemplo, cuando tanto el sistema como medios de comunicación establecen conexiones con las personas a través de una faceta netamente humanitaria y que no solo tiene como objetivo buscar, construir y mantener una falsa y superficial sensación de bienestar, sino que al mismo tiempo también pretenden cierta manipulación de los individuos. Žižek analiza la violencia que es inherente al sistema: “no solo la violencia física directa, sino también de las más sutiles formas de coerción que imponen relaciones de dominación y explotación, incluyendo la amenaza de la violencia” (2009: 20). Como en la realidad más cercana tienen la impresión de que todo lo que se ve en televisión es lo normal, e incluso pueden asimilar tipos de comportamiento y actitudes que marcan e influyen en su vida. En la primera parte de la tesis se ha señalado la fascinación de las niñas por las artistas musicales y como sus modelos de conducta interpersonales se complementan con la observación de otros modelos humanos, exactamente tal y como los perciben en los medios de comunicación. Cabe mencionar que la violencia de las imágenes mediáticas actúa de manera diferente en función de los roles de género, hecho que contribuye a reforzar la desigualdad. Los niños piensan que el tren es un escenario más

del mundo de los videojuegos y las niñas creen que podrán conseguir la celebridad en aquel microuniverso que se conforma durante el viaje.

¡El tren es nuestro! ¡Ese era el mensaje de los conquistadores! ¡Si era posible conquistar un tren, por qué no iba a ser posible conquistar el mundo entero! ¡Vamos a conquistarlo! propuso Bogdan, imaginándose el mundo como un terreno 3D verdadero, como en Total Annihilation, en la que fuerzas virtuales se enfrentan conforme las reglas de los juegos RTS, ¡Vamos a conquistarlo! estuvo de acuerdo Bogdan, cuyas imaginaciones sobre el mundo se habían consolidado en el universo de bits de internet o de los juegos de ordenador, ¡Vamos a conquistarlo! se unió también Denis, para quien el mundo no era más que un montón de muggles, empezando por su padrastro, y a los que él, Denis, tenía que abrirles los ojos a la magia latente que duerme en las cosas, ¡Vamos a conquistarlo! aulló, como si se tratara de una manada de lobos que se abalanzan famélicos sobre el mundo, el puño de Raul!, ¡Vamos a conquistarlo! musitó Sonia, para quien el mundo equivalía al público invisible de las salas de concierto y, sobre todo, las excesivas exigencias del jurado de interpretación a la que la joven violinista deseaba de todo corazón conquistar, ¡Vamos a conquistarlo! aprobó Agnes, que se imaginaba el mundo como una alfombra sobre la que ella se paseaba sin darle demasiadas vueltas a la cabeza sobre sus colores y formas que, a pesar de eso, siempre se extendía tentadora bajo sus pies (Ilis 2010: 243).

En este fragmento se muestra cómo inciden los productos mediáticos en la vida de las niñas y cómo se reconstruye su manera de actuar a partir de los estereotipos de género más habituales. Los mensajes de los medios no solo transmiten conocimientos acerca del mundo cotidiano, sino que al mismo tiempo influyen en las ideas y conductas al difundir continuamente hábitos, estilos de vida o valores. Florina Ilis juega con los fundamentos de una organización social que se basa en la perpetuación de los estereotipos de género y que las niñas incorporan desde una edad temprana, aunque también sugiere que ellas recurren a ese imaginario simplemente porque es el único disponible. Por otro lado, la participación de las niñas en la conquista del tren se materializa a partir de sus deseos e incluso a partir de aquellos conocimientos culturales que conforman sus expectativas.

La violencia ejercida por las niñas es una reacción a la violencia invisible sistémica, constitutiva de la sociedad y que se inculca a todos los estratos de forma performativa. Los símbolos culturales que corresponden a la edad de las niñas tienen influencia a lo largo de todo su desarrollo y propicia que ellas tomen unas decisiones u otras dependiendo, además, de sus capacidades o limitaciones (mentales, físicas, o por nivel de experiencia). Poseen una condición predeterminada de colectivo vulnerable pero la vulnerabilidad es un marco de movilización: el hecho de ser expuesto y usado, o, por el contrario, ser agente de lucha y de cambio. Al tratarse de niñas, su capacidad de agencia es más bien una forma de subversión o

un cuestionamiento de ciertas posturas que se constituyen desde su condición de vulnerables, y que persiguen mantenerlas en su rol y en la dinámica paternalista. Incluso, y haciendo especial hincapié en este caso, es evidente que la vulnerabilidad es la característica de una posición determinada, sino que se puede concluir que, a grandes rasgos, es relativa, es decir, los individuos de una misma sociedad a menudo pueden intercambiar roles, exactamente como sucede en la novela cuando los viajeros quedan relegados al nicho de “vulnerables” a partir del momento en que las niñas y los niños toman el control del tren. Por ello, las tutoras reconocen que la infancia es muy influenciada, en particular por los medios de comunicación y defienden la necesidad de mantener los límites impuestos.

¡Ya has visto a tus alumnos, tutora! se dirigió la señora Constantinescu a la señorita Ileana, ¡Con armas! ¡Estos son las nuevas generaciones! ¡Películas de acción, internet, videojuegos con monstruos que matan! ¡Superpolicías y superhéroes! ¡Estos son las nuevas generaciones! ¡Estos son nuestros alumnos! No hay nada más catastrófico que el fanatismo de la infancia, ¡solo los niños pueden matar a alguien como si fuera un juego! Para ellos la vida es un juego y la muerte ¡una abstracción de ordenador! Créanme, aseguro proféticamente, ¡no hay nada peor que el juicio de un niño! (Ilis 2010: 363)

Es muy significativo el intercambio de posiciones de las niñas y niños y las tutoras, invirtiendo los roles de poder. Las niñas piensan que la recién conseguida libertad las legitima para ocupar todo el espacio sin atender a ninguna subordinación y ni dar cuentas a nadie:

La risa cristalina de las niñas, aspirando a una madurez que tardaba en aparecer, encontrando una y otra vez en los espejitos redondos que escondían en las manos el mismo rostro infantil, por mucho que los labios llevaran brillo y los párpados estrellitas, convencidas de que el pintalabios y el maquillaje haría realidad su sueño de convertirse en mujeres, aspirando al famoso más sexy, orlando bloom o david beckham, (...) por encima de la realidad del tren de los niños, ondeando como una bandera, ¡la alegría de un hermoso día de vacaciones en que nadie les decía qué tenían que hacer o cómo debían portarse! (Ilis, 2010: 337).

La educación de las niñas se desarrolla como un instrumento básico que utiliza la comunidad, y con una intervención menos directa del Estado, con el fin de proporcionar conocimientos y elementos formativos necesarios para la vida de una persona. Bajo estas circunstancias, se pretende construir un modelo de individuo siempre bajo las premisas del heteropatriarcado, y estableciendo que sus campos de acción queden condicionados preferentemente por un orden sistémico que les indique cómo actuar o comportarse. Reflexionando acerca de estas circunstancias, podemos añadir el hecho de que la niña

protagonista de la novela Sonia, es la líder que coordina el grupo de las niñas y quien logra juntar a los grupos que previamente estaban separados por sexos. Esa capacidad de ejercer poder y toma de decisiones conjunta que les permite ser los dueños del tren se puede analizar a partir de palabras de Arendt cuando afirma que “corresponde a la habilidad humana para actuar, no en solitario, sino de modo concertado (in concert), pertenece a un grupo, y solo sigue existiendo mientras el grupo se mantenga unido” (1970: 44). Las niñas unen fuerzas con los niños, ponen las bases para que el grupo elija sus líderes, e incluso ayudan a admitir a niños vagabundos para que ellos también contribuyan a la construcción un idílico mundo bajo el poder infantil. No obstante, no todas sus acciones son bienintencionadas, y también proponen y hacen uso de la violencia. Aunque Hannah Arendt (1970: 47) reflexiona sobre la violencia en relación a un contexto político, es también interesante relacionarla con la carencia de las pasiones, con esas fuerzas que atraviesan a una persona y que terminan sacándola de sí misma. En el caso de las niñas se puede hablar de la cuestión de violencia desde un punto de vista de las pasiones, desde una inconsciencia que es específica a su edad, de una pasión que abre puertas para entrar y salir de las presiones sociales. Por ello, la violencia representa una forma de experimentar formas que están fuera de su estado natural o bajo circunstancias atípicas.

7.2. La violencia institucional y simbólica hacia la niña en *Eliza a los once años*

En la segunda novela *Eliza a los once años*, la violencia es un tema importante en el desarrollo de los acontecimientos. Como hemos dicho, Lizoanca, la protagonista, sufre todo tipo de violencias por parte de su padre, sus tutores, los vecinos del pueblo en que vive. Además, también es víctima de violencia indirecta infligida por figuras representativas de instituciones sociales y medios de comunicación. En este caso, la violencia subjetiva la genera en gran parte el mal funcionamiento del sistema de gobierno. La novela recrea la situación en que se encuentran el mundo rural en Rumanía, con multitud de pueblos aislados cuyos habitantes viven atrapados por la nostalgia y mantienen las mismas costumbres que tenían durante la época comunista. La apertura hacia todo que significa novedad es mucho más visible en la teoría que en la práctica, y únicamente se hace uso de ella cuando se precisa ejercer una forma de manipulación sobre aquellos que representan una amenaza al “orden natural” de las cosas. Extrapolando el relato se puede entender que al haber estado tanto tiempo bajo la constante

presión de la censura, el individuo no sabe cómo reaccionar ante la nueva y abrumadora libertad de expresión que lo rodea y pasa a ser una presa fácil para la manipulación. Ante la repentina ausencia de una autoridad totalitaria e idealista, cada persona contribuye a la construcción de un mundo en el que se busca definir elementos que reemplacen la autoridad ahora ausente.

El episodio que deja en evidencia el mal funcionamiento del sistema es el de la enfermedad de la niña. Lizoanca dispone ahora del poder de desplazar a los hombres de su anterior estatus, antes intocable y respetado. La niña comienza entonces a comprender el funcionamiento de la sociedad en que vive ya que todos los habitantes del pueblo, incluso las autoridades, conocen la verdadera historia, pero en lugar de narrarla desde un enfoque que persiga hacer justicia y defender los derechos morales de una niña, se deja ver la cobardía y la doble moral de la sociedad masculina. El caso de la menor no es una simple representación del cambio sino que, por el contrario, representa una amenaza hacia el orden patriarcal como primer organizador social. La historia muestra que las esposas de aquellos hombres con los que Lizoanca mantuvo relaciones, no quieren la disolución del estatus patriarcal y se aferran a él acusando a la niña de haber contagiado a sus maridos. La acusan porque el acto sexual no fue contra su voluntad, de modo que la primera reacción de las mujeres no es culpar a sus hombres, sino culpabilizar a la niña. Ella ha puesto en evidencia las carencias conyugales y, por lo tanto, de una manera u otra esto saca a luz la problemática que existe en torno del matrimonio, cuando una pareja no puede divorciarse por culpa de una mentalidad arraigada en la estructura patriarcal, porque el hombre representa el pilar de la familia: “También las mujeres de Satul Nou estaban enfadadas con Lizoanca mucho más que con sus propios maridos o sus hijos. ¿La violó alguien? ¡No! Y entonces que quiere? Que se calle de una vez y que nos deje en paz!” (Ruști 2009: 65).

Esta actitud de las mujeres de pueblo no puede dejar de entenderse dentro de la lógica interna de la sociedad heteropatriarcal. Con anterioridad, Foucault había definido el poder como algo difuso que se encuentra en todas partes e incluso gobierna nuestros cuerpos. El poder tiene un carácter relacional que implica a por lo menos dos partes y donde hay poder hay resistencia (1978: 54). Pierre Bourdieu habla de una lógica paradójica donde la dominación masculina y la sumisión femenina no se contradicen, sino que, por el contrario, verifican el orden impuesto a hombres y mujeres que se adaptan a él. Estas “lógicas” son productos de una construcción social del mundo y de sus poderes, pero es una construcción práctica ni

intelectual, ni consciente, ni libre. Ese poder se inscribe en los cuerpos bajo la forma de esquemas de percepción que orientan la admiración, el respeto y el amor por el hombre (Bourdieu 1999: 79).

La situación se complica una vez que entra en juego también la enfermera del pueblo, que está al tanto de la situación de la niña y la utiliza para vengarse de los mismos hombres con los quienes la pequeña tuvo relaciones sexuales. En la segunda parte del libro, “La lista de la Sanitaria”, la autora la describe tanto física como moralmente cuando narra episodios de su infancia, ofreciendo un “pretexto” para justificar sus actos. Ella abusa psicológicamente de la niña únicamente para satisfacer, por un lado, sus deseos de venganza, y por el otro, para llamar la atención. Intenta sacar a la luz los nombres de los hombres con quienes la niña ha tenido relaciones sexuales, aunque en una primera instancia, su primer impulso la lleva a ponerse del lado de los “pobres” hombres que contrajeron la enfermedad por desconocer que la niña tenía sífilis:

O sea que se pega por acostarte con los hombres.

–Y mirándola con sus ojos de presentadora de televisión, explicó. Todos los hombres con quienes has estado en la cama tienen ahora esta enfermedad. Y ellos, los pobres, puede que no lo sepan. ¡Debemos averiguar por dónde has andado para que la enfermedad no se extienda! ¡Si acaba pasando eso, al culpable, es decir a ti, podrían llevarlo a la cárcel! ¿Entiendes lo que te digo? ¡Seguro que lo entiendes, porque eres bastante lista! (Ruști 2014: 93).

Es curioso ver como todo se resuelve en un círculo vicioso sociedad-poderes-modelos-individuos. La menor que crece con estos modelos de referencia, posiblemente termine practicándolos, quizás de forma inconscientemente, porque tal vez no conoce otros. Lizoanca ha conocido a la autoridad policial (en la figura de Vică, uno de los hombres con quien tiene relaciones sexuales), y alguien también como Vizitiu que abusa de su poder para abusar de las menores. Incluso una “profesional” como Sanitaria que, aunque mantiene su apariencia profesional, tampoco actúa de forma ética: “Tenemos que averiguar con quienes estuviste para que la enfermedad no se contagie más” (Ruști 2009: 130). Sus verdaderos intereses pasan por coaccionar a la niña para obtener una información que inculparía a los hombres que la habían rechazado toda la vida, por lo tanto, pretendía aprovecharse de la situación simplemente como acto de venganza.

En esta situación, tanto los hombres como los representantes de la autoridad en el pueblo, se aprovechan de la situación de la niña y en especial de su condición de víctima.

Mejor dicho, consideran ventajoso considerarla una víctima ya que necesita a alguien que la defienda y de esta forma poder actuar en su nombre. Alán Arias Marín considera que la noción de víctima es muy compleja, ya que está cargada de una polisemia cultural que muy a menudo da lugar a interpretaciones intuitivas y también a prejuicios: por un lado, se prefiere evitar el término víctima basándose en la necesidad de las personas de no ser estigmatizadas en función de sus vivencias y de desestimular la posición pasiva que se produce, sobre todo si la persona es receptora de asistencia psicológica o social por esa misma condición (2012: 13). Y, por otro lado, se defiende el uso de la designación de víctima como una forma de resistencia activa, reconociendo y reconociéndose no solo en el sufrimiento, sino también, y especialmente, en la condición de actores políticos –por tanto, sujetos de derechos–, en procurar que se haga justicia, se reparen los daños ocasionados y se garantice la no repetición de las violaciones (Arias Marín 2012: 20).

El desarrollo de los hechos propicia un espacio idóneo para que la niña sea reducida a la condición permanente de víctima, o que también pueda ser utilizada por otros para conseguir una venganza que nada tiene que ver con ella. La condición desfavorable que le atribuyen en realidad no responde a una protección de los derechos de las niñas, sino que pretende solucionar conflictos de otras personas o amenazar quienes han tenido relaciones sexuales con Lizoanca. El caso de la niña que contrae la sífilis se convierte un espectáculo mediático una vez que la enfermera del pueblo no logra obtener ninguna información de la niña. La menor solamente percibe a los hombres como unos amigos que pueden ayudarle a tener una vida tranquila lejos de la violencia brutal de los padres.

De esta forma, la historia de Lizoanca llama la atención de la prensa, y aún más cuando la enfermera hace público el caso a nivel nacional. La espectacularización de la realidad y la exhibición de la intimidad y lo privado que conlleva este tipo de dispositivo televisivo no supone solo una cuestión de entretenimiento, sino que tiene implicaciones más profundas. La operación de mostrar, de someter a la vista de todos evoca la imagen del panóptico de Bentham que Foucault (1980) utiliza como metáfora de las nuevas relaciones de poder en la modernidad. El panóptico representa el lugar perfecto para hacer posible el control sobre los individuos y para con toda certidumbre las transformaciones de las que pueden ser objeto. Este dispositivo polivalente implica el efecto de ser visto pero al mismo tiempo no poder ver a quien observa. Es una sensación que sugiere una vigilancia colectiva y sin origen visible, una forma de situarse bajo la sombra de un poder implícito, el cual que se

ejerce en formas sutiles. Es un hecho que la sociedad rural rumana, donde solo en contadas ocasiones un individuo común se muestra ante las cámaras, este se expone desconociendo el carácter de una audiencia que lo observa, y aunque no la puede ver la presente, y sabe que de algún modo están efectivamente allí. Por eso se percibe una sensación de timidez que resulta magnificada cuando se vive bajo un cierto aislamiento espacial y social, alejado de los espacios mediáticos. El paralelismo con el panóptico no solo es aplicable a la retransmisión y espectacularización del caso de Lizoanca a través de la televisión, sino que es posible entender la propia vida de la sociedad rural como un dispositivo similar. Como todo en la novela acontece en un pequeño pueblo, los individuos que forman parte de él conocen la actividad cotidiana de todos los demás habitantes, y consecuentemente cada persona está bajo la observación de las otras. Esa misma sensación de sentirse objeto de la vigilancia social provoca que al verse enfrentados a la presencia de las cámaras, tergiversen su versión de los hechos, distorsionando la verdad e incluso llevando a la historia hacia la exageración y el sensacionalismo que la prensa desea: “En el televisor daban otra vez noticias al respecto. En la pantalla aparecía escrito en letras bien grandes: ¡Ha llenado el pueblo de sífilis!! El policía de Pueblo Nuevo aparecía en primer plano, muy a sus anchas, diciendo tonterías hasta por los codos” (Ruști 2014: 130).

Una vez entran en escena los medios de comunicación se modifica el estado de la cuestión en función de los intereses del mercado y audiencia. Si bien se trataba de un caso a nivel local, y que hasta cierto punto se mantenía bajo el más profundo silencio, el caso se termina desvelando y adquiere otras connotaciones. La novela muestra cómo se hace uso de la cara humanitaria de los medios de comunicación como una forma de la violencia invisible. Es decir, el hecho de que se quiere hacer eco del caso, de mostrarlo en toda su esencia, no resulta suficiente de por sí, sino que al mismo tiempo también se requiere que encaje con las expectativas de *rating*. Por lo tanto, los instrumentos tecnológicos son importantes porque sugieren una veracidad de los hechos acontecidos, gracias a que la cámara es considerada “objetiva”, “capta sólo lo que ve” (Eco 1983: 86), aunque en verdad este hecho no es más que una falsa percepción de la realidad, producto de la gran ambigüedad que se trasmite en las imágenes. Este nuevo lenguaje televisivo que Umberto Eco denomina “la neo-televisión” es un modelo caracterizado, entre otras cosas, por hablar más de sí misma que del mundo exterior, que neutraliza la dicotomía entre programas de información y programas de ficción, que produce realidad en lugar de demostrarla —“de espejo de la realidad pasa a ser productora

de la realidad” (1983: 87)— y le otorga al telespectador el papel protagonista en la configuración de la programación televisiva.

Cabe mencionar que los habitantes del pueblo empiezan a construir sus historias sobre el caso de la niña, inventan hechos o hacen comentarios que aparecen en la tele o en prensa. La noticia se difunde rápidamente y el caso adquiere otra magnitud. En consecuencia, la publicación en ciertos periódicos de la noticia se hace bajo títulos aberrantes y sensacionalistas, tales como “Prostituta a los 9 años” (Ruști 2014: 140). Existe entonces un entorno social envenenado, en donde mediante los cauces habituales de comunicación se proyecta una verdad distorsionada, mejor dicho, reconstruida. Para captar más audiencia la información circulante se alimenta con exageraciones y datos de dudosa veracidad y generan más controversia que, a su vez, se retroalimenta a sí misma. Umberto Eco considera que:

estamos hoy ante unos programas en los que se mezclan de modo indisoluble información y ficción y donde no importa que el público pueda distinguir entre noticias “verdaderas” e invenciones ficticias. Aun admitiendo que se esté en situación de establecer la distinción, esta pierde valor respecto a las estrategias que estos programas llevan a efecto para sostener la autenticidad del acto de enunciación. (1983: 90).

En otro orden de ideas, D ebord (1967) denuncia la falta de lógica del espectáculo: la ausencia de consciencia a la hora de tener clara la importancia de discernimiento entre algo verdadero y algo falso, porque lo primordial para el espectador es identificar y reconocer el tema; por el contrario, la reflexión, en este contexto de periodismo banal, es algo que la televisión no se puede, o no se quiere, permitir. Los espectadores tienen que vivir con la intensidad del momento, la noticia tiene que impactar para de esta manera propiciar la manipulación del espectador en futuros acontecimientos mediáticos. Cabe de señalar que, delante de la videocámara, se explica que la situación de la niña desde el punto de vista de los habitantes del pueblo atendiendo a las demandas del público espectador.

Varios canales habían emitido programas sobre el caso y, mientras unos solamente hacían referencia a la enfermedad, que debía ser tratada a cualquier precio, otros sin embargo hablaban sobre la responsabilidad de los padres.

–La niña estaba abandonada a su suerte –opinaba un hombre gordo, bajo cuya imagen apareció la inscripción: Ion Preda, psicólogo.

–Yo diría, que los padres son quienes tienen la mayor responsabilidad.  No es posible que una niña llegue a prostituirse sin que sus padres lo sepan!

Sin embargo, la gran mayoría estaba preocupada por la irresponsabilidad de las autoridades: el alcalde se halla de excursión por Europa, opinaba alguno, y la policía

no había hecho nada. Aunque al parecer la escuela había informado ya hacía tiempo del caso (Ruști 2014: 124).

En este sistema complejo entran en juego varios factores, que son los que generan la violencia ejercida sobre la niña; una violencia de la que, se infiere nadie parece querer hacerse cargo, ni siquiera para intentar cambiar la situación en la que se encuentra la niña. Los medios de comunicación dirigen su mirada hacia la amplificación del caso para intentar multiplicar las audiencias, las autoridades muestran indiferencia, los habitantes del pueblo que inventan hechos para conseguir salir en la pantalla.

—¿Con Lizoanca? ¡Ni siquiera lo sabíamos! ¿Acaso piensa usted que nosotros en el ayuntamiento sabemos lo que sucede en las camas de la gente? ¡Es lamentable que haya podido pasar algo así! Es un caso de prostitución infantil alentado por el comportamiento de los padres.

Luego Vizitiu se lanzó a una larga divagación sobre el papel de los padres, lo que hizo que Lena cerrase el micrófono aburrida. (Ruști 2014: 140)

Por otro lado, la prostitución de la niña es una forma institucional de aceptación ya que, por una parte, los hombres del pueblo intercambian protección por sexo, y por otra, se omite la gravedad del maltrato de los padres. Este intercambio se hace abusando de la inocencia de la pequeña Lizoanca. Incluso algunos hombres como el vicealcalde, Vizitiu, o el policía, Vică, la amenazan con enviarla a un centro de acogida para menores y revocar su libertad. En esta situación, se hace uso dos tipos de violencia, la emocional y la institucional, y de esta manera se construye un espacio de dominación y obediencia ejercido sobre la menor.

De forma inesperada, el impacto de los medios adquiere otra significación, la niña vapuleada y criminalizada por la presión mediática, es señalada por toda la comunidad como la culpable de todas sus miserias y comienza a ser asediada por la gente, pero en el buen sentido. Comienzan casi a admirarla, la reconocen fácilmente, ansían desesperadamente cruzársela e intercambiar unas pocas palabras con ella. Este cambio de actitud solo puede explicarse porque Lizoanca entra en un circuito mediático, sugiere en la gente que la ve una mezcla de sensaciones que van desde la pena hasta la fascinación por la celebridad, la misma que hace que una persona se vuelva más interesante y visible con una simple aparición en televisión.

Además, la conocía todo el hospital, y venían a verla desde otros pabellones, grupos de dos o tres mujeres, a veces incluso con sus parientes, para preguntar desde la puerta: ¿Está aquí la prostituta de once años? Después de identificarla decían: ¡Mirad qué

enfadada está!, o bien, en realidad parece más guapa que en la pantalla de TV. Y le daban algo bueno, un caramelo, una manzana o incluso una muñeca. (Ruști 2014: 104)

Lizoanca adquiere fama a partir de los comentarios negativos que recibe, fruto de las frustraciones ajenas. La menor es testigo de cómo su enfermedad y sus consecuencias no previstas, son una inesperada retribución, una fama que no buscó y que vino de la mano de su libertad. Ella no sabe cantar, ni se viste bien, carece de cualquier virtud o característica extraordinaria, simplemente actuó de manera instintiva y desde el desconocimiento de las implicaciones del uso de su cuerpo. En los programas de la televisión, se aparece junto a otra niña, una joven estrella que canta llamada Trestiana, para crear la complicidad entre las niñas y despertar la emoción del público, pero también para aumentar los índices de audiencia explotando el caso de Lizoanca. La intención de la reportera es conseguir información de la niña sobre los hombres del pueblo:

Lizoanca meditó un segundo y después, mirándola directamente a los ojos, le dijo con una voz de ultratumba.

–Es mi nombre. ¿Y tú cómo te llamas?

–¡Lena! Dime, ¿te gusta ver la televisión?

–¡Pues claro!

–¿Y qué te gusta ver?

–¡A Trestiana!

–¡Oh! ¿Te gusta cómo canta? ¿O qué te gusta de ella?

Lizoanca miró con simpatía a la reportera y le contestó como si se dirigiera a alguien conocido:

–¡Los zapatos de hojalata!

Lena estaba ahora convencida de que había creado un hilo de complicidad entre ellas, de modo que le preguntó en voz baja:

–He oído de tú también eres una estrella aquí. ¿Es verdad que los hombres te aman? (Ruști 2014: 99)

Para Lizoanca, Trestiana es una figura idílica, parece tenerlo todo. Imagina el entorno de Trestiana con una familia feliz, con un padre amoroso que jamás abusaría de su hija; un entorno marcado por la fama, el dinero, la posibilidad conseguir todo y el poder de ser amada por los demás. Pero en la parte final de la novela, el relato se encarga de desmitificar este idealismo del personaje y deja en claro que la biografía de Trestiana no se corresponde con su vida sino que es un relato ficticio de falsas apariencias creadas por la televisión. Lizoanca se da de cuenta de ello cuando descubre a la verdadera estrella en la institución de menores. El caso de Trestiana sugiere que tal vez no es real todo que parece, que detrás de las personas

siempre pueden existir facetas ocultas, tal vez algún secreto que no deba hacerse público, algo vergonzoso o incriminatorio.

Un hecho excepcional digno de mención se produce una vez que Lizoanca se transforma en celebridad, y Trestiana le regala sus zapatos con tacones. Ese encuentro supone una fusión entre lo imaginario, la fantasía televisiva, y lo real, el mundo de Lizoanca. El regalo se realiza ante las cámaras y por eso es difícil distinguir las verdaderas intenciones de Trestiana hacia una niña a la que acaba de conocer. Estos actos de la niña cantante eran siempre orquestados por su padre, como un modo de reforzar la imagen pública de su hija. Aunque las niñas lo consideran como una forma de amistad, en realidad solo lo es en apariencia ya que el gesto está rodeado de influencias externas (el padre de Trestiana, los medios de comunicación, y la presión de la gente del pueblo).

Así que había decidido regalárselos a Lizoanca. Pero las cosas no eran tan sencillas, porque todos sus deseos debían pasar por el cerebro de su padre. Y este había decretado que no podía tratarse de la simple entrega de un regalo, sino que todo tenía que ser grabado, retransmitido y completado junto con otras escenas que él ya había pensado detenida y minuciosamente (Ruști 2014: 163).

Para Lizoanca, recibir estos zapatos no solo significa un gesto de amistad, simboliza la transformación en lo que ella admira, significa convertirse en una estrella como Trestiana. En este caso, tras la apariencia idealizada de Trestiana se esconde una manipulación tanto o más cruel que la que experimenta Lizoanca. La cantante también es víctima de la violencia de su padre en un doble sentido: es objeto de explotación infantil, y tiene relaciones sexuales con su padre. Al final las dos niñas viven bajo una misma moral que permite perpetuar este tipo de violencias y que hace que todo sea entendido de una manera diferente dependiendo el punto de vista con el que se mire la situación.

—¿Te pegaba fuerte? —Preguntó Lizoanca, intentando asimilar la nueva cara que había adquirido para ella aquel padre con el que había soñado tiempo atrás.

—¿Pegarme? ¿Por qué?

—¡Es decir que no era tan malo!

—¿Pero entonces, qué te hacía para que estuvieses enfadada con él?

Trestiana estaba confundida y la pregunta le perforó el cerebro: ¿Qué hacía él?(...)

—Es verdad, podría haber sido mucho peor, haberme metido en un sótano, como hizo aquel austriaco que tuvo a su hija encerrada hasta el final de su vida. (...)

—Lo que me ha hecho es peor que si me hubiera pegado. (Ruști 2014: 203)

La conversación de las niñas muestra como la moral social considera la gravedad de los hechos en función de la violencia física. La tolerancia social y la falta de conciencia también contribuyen a que no se denuncien muchos de los casos. Trestiana denuncia a su padre por un hecho inesperado: la deja embarazada. Ella se encuentra al lado de un puesto de policía y actúa de una manera natural, porque en realidad nadie de su entorno se atreve a denunciar los hechos: “Dijo que al principio de su embarazo, aunque empezaba a notársele la barriga, todo el mundo la seguía tratando como si nada hubiera pasado. Incluso su estilista se hacía el tonto, aunque en él había tenido confianza” (Ruști 2014: 202).

Cada una minimiza los problemas de la otra, por ejemplo, a Lizoanca no le parece tan grave el hecho de quedar embarazada de su padre, le parece mucho peor ser objeto de golpes y maltratos contantes. La niña no ve las relaciones sexuales como algo agresivo, sino como algo bueno a la vez que desconocido, algo que trae más ventajas que desventajas.

Para entender el contexto de manipulación que se vive en la novela, resulta útil recordar que la violencia, tal y como la conocemos, no tiene por qué ser explícita. De esta manera, el contraste entre los casos de Trestiana y Lizoanca que muestra la novela, sirve para describir varios tipos de violencia ejercidas sobre las niñas: física, psicológica y simbólica.

La niña cantante se convierte en prisionera y víctima de un mundo consumista y maléfico, encarnación femenina de un mito de la modernidad, la figura de la mujer consumidora y consumista, vendedora y compradora, mercancía y mercader a un mismo tiempo, a la que Rita Felski se refiere como “The All-Consuming Woman” (1995: 75). Esta figura, surgida en la modernidad, tiene concreción célebre como el personaje de Nana, protagonista de la novela homónima de Zola. Felski la define como “prostitute, actress, avid consumer, she is situated at the very heart at the cash nexus, her social status and sexual identity shaped by fashion, image, and advertising, her perverse erotic desires linked to modern urban decadence” (1995: 75). Esta definición que se puede aplicar perfectamente a Trestiana: una joven cantante, a la que solo le preocupa su imagen y vive presa de un mundo corrupto y materialista. En el centro para niños maltratados, Lizoanca descubre otra faceta de la niña; la ve como una antiheroína, una chica superficial y egoísta que quiere quitarse de encima a su propio hijo cuando éste aún ni siquiera ha nacido, para poder continuar su carrera sobre los escenarios. Su entorno está formado, exclusivamente, por personas que la tratan como un producto de marketing, y ninguna de ellas le muestra un afecto genuino.

Como se ha visto, paradójicamente, Lizoanca pasa a convertirse en una popular y admirada *vedette* gracias a sus desgracias: la niña con sífilis, marginal y rechazada por toda la comunidad, se convierte en una niña famosa y apreciada. Esta inversión de roles solo es posible a través del dispositivo mediático y de su influencia sobre los habitantes del pueblo. La prensa no verifica los testimonios, prefieren directamente darles veracidad para alimentar el morbo y así convertir a Lizoanca en espectáculo, transformándola injustamente en un motivo de burla y superficialidad. Frente a la banalización y la explotación del morbo que los medios producen al cruzar las historias de Lizoanca y Trestiana, la novela desplaza el foco hacia la intimidad de las dos niñas, para mostrar la crudeza de la explotación y los abusos que han sufrido.

Las niñas se ven atrapadas en medio de una red de violencias que terminan asumiendo como parte de su hábitat natural, tanto, que las situaciones de explotación y manipulación ya se convierten en algo habitual para ellas. La novela muestra el cinismo del doble discurso de los que supuestamente tienen que velar por los derechos fundamentales de los individuos, ya que al mismo tiempo los manipulan, de una u otra forma, a través de la vulneración y abuso de sus cuerpos, al tiempo en que cuando surgen momentos de reacción y/o resistencia de las personas en causa, es cuando realmente se muestran los fallos de un sistema, imperfecto como todos, pero que hace que la violencia parezca natural e incorporada de raíz en la cotidianidad de las personas.

7.3. Hai să furăm pepeni: moralidad y medios de comunicación

Ya se ha dicho que en la novela de Nora Iuga el elemento articulador es el aborto, en especial, la libertad de decisión de las mujeres sobre su cuerpo, especialmente cuando se trata de una niña. En este caso, la niña se encuentra imposibilitada para decidir si debe abortar o no por las presiones, primero de su familia, y luego, de los medios de comunicación, de toda la sociedad.

Para buscar un sentido a toda esta situación, la escritora recurre por momentos a su experiencia personal, tanto a su infancia como a su adolescencia. El libro se percibe como una provocación a las normas sociales, evidencia la imposibilidad de diálogo que existe entre sus individuos, y pretende llevar un análisis abierto, sin tapujos ni temores a sentirse juzgados. Por lo tanto, Nora Iuga nos propone reflexionar sobre los nuevos tiempos y la ineficacia de la sociedad contemporánea, que solo genera una masa homogénea de seres entregados a un

individualismo sin salida, en el que el sistema, sus estrategias de consumo y de *marketing* solamente promueven una banalización constante.

En la novela, el caso de la niña se aviva en los debates televisivos. En uno de ellos, una mujer adinerada se ofrece a ayudarla y a conseguirle una clínica en Inglaterra para que allí pueda practicarse el aborto. El viaje al extranjero no sería otro que esquivar el rechazo social que pudiera sufrir por parte de la comunidad:

la niña pequeña romaní abre los ojos, pide comida bajo el sol amistoso que sonrío desde las cortinitas con estampados de flores, bebe su lechecita y come las magdalenas, come algo de caviar y se toma un sorbo de zumo fresco de piña. Luego, una rumana adinerada de Londres la vestirá bien elegante para llevarla a ver el cambio de guardia en el Palacio de Buckingham y entonces estará tan feliz... (Iuga 2009: 26).

La autora ironiza sobre cómo los medios utilizan el caso para mostrar solamente un punto de vista que omite totalmente los sentimientos de la niña o sus necesidades, y que por el contrario, prefiere mostrar una faceta más cínica de la historia, por ejemplo, dando voz a la mencionada mujer adinerada que se ofrece a financiar el cuidado de la niña y a contribuir con unos bienes materiales que ayudarían a “invisibilizar” la falta y a que la niña olvide su aborto y sus traumas más rápidamente. Bajo estas circunstancias particulares, identificar a la niña como víctima y no como persona es problemático, tal y como sostiene Kathleen Barry cuando habla de la violencia hacia las mujeres: “el victimismo niega a la mujer la integridad de su humanidad a través de la entera experiencia, y está creando un marco para que los otros la conozcan no como persona sino como víctima, alguien que ha sufrido una violencia” (1987: 45).

Esta representación mediática propaga un tipo de comportamiento que concibe esta corporalidad, marcada por la diferencia sexual y la edad, como un “cuerpo dócil” que, según Foucault (1997: 247), “puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”. Por otra parte, los medios de comunicación tampoco dudan en utilizar el cuerpo de la pequeña como una manera de ofrecer espectáculo al público y darle el derecho a opinar sobre el destino de un ser humano: “para el bien de la sociedad, la emoción es siempre provechosa, así piensan los cerebros sexuales de las señoras psicólogas y así se conquista a los telespectadores con el rigor que las caracteriza al ponerlo todo en una ecuación” (Iuga 2009: 23).

A partir de este cuestionamiento, nos planteamos en qué manera la violencia hacia el cuerpo de la niña se convierte en un acto de manipulación por parte de los medios de comunicación. Al respecto, recordamos palabras de Gérard Imbert que sostiene:

Con la tele-realidad, la espectacularidad ya no alcanza sólo a la realidad visible —la de los objetos del mundo— sino que se sumerge en la realidad invisible, la de la intimidad de los sujetos, sustituyendo una actualidad —la de los hechos “objetivos”— por otras: la del cotilleo, del rumor o, simplemente, de una realidad generada por el propio medio (2004: 75).

A lo largo del libro, el relato de la historia de la niña gitana se complementa con la descripción de hechos autobiográficos ocurridos en la infancia de la narradora y al mismo tiempo las dos Nora entran un dilema existencial. Nora Iuga utiliza la violencia de las imágenes sexuales como una manera de subvertir todo aquello que conforma la normativa y que no puede ser cuestionado. Las voces narradoras, aunque exponen opiniones contrapuestas, encarnan a un mismo personaje, una señora de 80 años que rememora y revive su infancia a través de múltiples facetas.

Pero nosotras... ¿quién es nosotras?, Nora B., Nora A., Ninel o Nori, cuando una está arriba, la otra está debajo, nos identificamos siempre con Floarea o con Maureen, con Madame Teodorovici o con Omama, y cuando algunas veces, al abrir los ojos durante la noche, veo como Sile levanta esa manta con su mano tan grande, como la Estatua de la Libertad, vista desde el Puente de Brooklyn, la sacude de una manera obscena delante de mí y ladra (Iuga 2009: 146).

En esta novela se representa un tipo de violencia invisible y los medios de comunicación recurren a ella para transformar el cuerpo de una niña en espectáculo, buscando constantemente provocar y exacerbar la manifestación de las emociones. En este sentido, el hecho de que se pone bajo debate la situación de esta niña, es un motivo que ya de por sí representa una agresión tanto de parte de los que deciden su destino directo, es decir, su familia, como también el de toda esa gente que debate sobre su caso abstrayéndose de cualquier sentimiento que la niña pueda tener.

En esta novela, la autora también aprovecha para denunciar la violación de los derechos de libertad e integridad personal que suprime el goce de los derechos civiles, sociales y culturales de las niñas. Por eso, la historia de la novela pone al debate el hecho de entender el deseo sexual como algo natural, ya sea para las niñas como para los adultos. No obstante, existen diversos factores que alteran este entendimiento y tergiversan su significado ya que

tanto el propio sistema, por intermedio de, por ejemplo, los medios de comunicación, o incluso la moralidad religiosa, contribuyen a que la mayoría acuda a estas excusas para justificar sus acciones o interpretaciones, provocando que las personas teman o escondan su sexualidad, incluida la infantil. Los diversos agentes sociales son el principal motor de creación de concepciones, valoraciones o percepciones que se tienen de la sexualidad. Todos estos elementos forman parte de un sistema que, a través de los medios de comunicación, puede construir, influenciar o transformar opiniones. La niña romaní logra atraer toda la atención de los medios comunicación y consigue poner en evidencia la complicada relación de acercamiento hacia un tema ya de por sí complejo, y sobre el cual siempre ha existido una visible ambigüedad. Jenny Kitzinger (2004: 25) argumenta que los medios de comunicación tienen un papel muy importante en todas estas cuestiones, especialmente al referirse a aquellos casos que tienen como epicentro temáticas sociales conflictivas, tales como el abuso infantil o el incesto. En esta investigación es fácil percibir como los medios de comunicación pueden redefinir las experiencias de los individuos, e influir en el flujo de la comunicación interpersonal y jugando también con la contribución del reconocimiento del público. Se examinan las iniciativas feministas que buscan desafiar la problemática de la violencia sexual, exponer la urgencia de considerar al incesto como un grave problema social, así como también hacer un seguimiento del desarrollo de las alteradas identidades de las personas. Kitzinger cuestiona los estereotipos que habitualmente se tienen sobre los abusadores, la construcción social que existe sobre los pedófilos en el discurso de una determinada comunidad, así como también la influencia que los medios de comunicación tienen en la sociedad y a la cual pretende inculcar e incentivar el reclamo de mejores maneras de hacer periodismo, uno que sea responsable, ético y no dañino (2004: 170).

Por ello, la niña que ha sido objeto de abusos sexuales no es vista como una persona capaz de tomar decisiones por su cuenta ni tampoco se le ofrece posibilidad alguna de exponer sus propios hechos o sentimientos. El caso solo tiene camino posible y no es otro que hacer justicia rápidamente, buscar y condenar a los culpables, identificar a las víctimas, hacer pública la situación y ofrecerla como ejemplo para que no vuelva a repetirse una situación similar. Sobre este tipo de reacción, o *modus operandi* habitual, Kitzinger menciona:

Many abused children, like adults in similar situation, not surprisingly, become resigned and listless in the face of overwhelming odds. The dramatic imbalance in power and socially sanctioned routine subordination of children means that they are often malleable 'objects of victimization' (1997: 170).

La novela propone una mirada diferente al caso de abuso en cuestión, ya que ni la niña ni el agresor tienen derecho a expresar su opinión y partiendo desde esta situación, la violencia generada nace a partir de la sociedad, más allá de los hechos obvios, depravaciones y delitos que aparecen en el caso. La sociedad también juega su parte, y toda la situación se amplifica en un amplio y variado espectro de vejaciones, la suspensión de la infancia “normal” debido a que la menor queda embarazada, la inoculación de un terror insuperable a nivel emocional desde las presiones mediáticas y a todo ello le sumamos el hecho de que todos parecen sentirse legitimados, muchos incluso detrás de una pantalla de televisión, a opinar y tomar decisiones en el nombre de los que han sufrido y tenido relaciones sexuales traumáticas. Y no todas las decisiones son bienintencionadas o solidarias con el caso y sus protagonistas. La autora enfatiza esta cuestión y denuncia la perversidad que muchas veces se esconde detrás de la pantalla de un televisor, con todo lo que ello implica (realidad-irrealidad, veracidad-mentira, objetividad-subjetividad, exageración-tergiversación).

A todo esto se añade la destrucción interna que supera de manera exponencial a la destrucción física que la invasión del cuerpo produce. Sin duda, la niña es víctima por su extrema vulnerabilidad y por la relación asimétrica que se plantea entre el ofensor y ella pero eso no significa que se puede hablar de dos cuerpos sin sentimientos.

Se trata de una niña romaní, de diez años, como dicen estos con su *political correctness*, violada, aparentemente, por su tío, un joven de diecisiete años. La ayudó una rumana rica, emigrante en Londres, a que abortase allí al final del sexto mes de embarazo... No quiero alargarlo, pero veo que esta idea de violación empieza extenderse de forma preocupante, ya no sé dónde empieza una violación y hasta dónde puede llegar... (Iuga 2010: 72).

El enfoque de la autora a menudo recurre a sus propias experiencias, cuestiona la manera en la cual se ejerce reflexión acerca de la violación como problemática, y sugiere que alrededor de este tipo de actos siempre se crea una asimetría entre dos cuerpos dependiendo su contexto social y circunstancial: edad, sexo, incesto, etnia o clase social. Por ende, se hace evidente la urgente necesidad de ejercer una reflexión que parta desde un enfoque conceptual en lugar de hacerlo desde una simple forma superficial, se requiere observar y comprender la totalidad de la problemática que existe en torno al acto de violación. Asimismo, se demuestra la fragilidad de las perspectivas en lo que concierne a la mirada paternalista. En sociedades como las que aparecen en las novelas, ciertas dosis de violencia masculina siempre se han sido consideradas como algo natural y relacionado con la supervivencia de la especie, un hecho ya

observable en niños varones, esencialmente porque sobre estos últimos siempre han existido típicas concepciones prefabricadas, como, por ejemplo, su vigorosidad, hiperactividad o competitividad.

Por el contrario, sobre las niñas siempre recaían otro tipo de concepciones, especialmente aquellas que les atribuyen pasividad e ingenuidad. Por lo tanto, la manera en que se trata el aborto de la niña, se intuye más como una pretensión de reintegrarla en la normalidad de sociedad, recuperar su inocencia y hacer borrón y cuenta nueva, como si nunca nada hubiera pasado. La necesidad de retornar a la normalidad es problemática debido a que la niña romaní tiene que seguir un camino ya decidido por otros individuos, y también por una red de convenciones. Es aquí donde se acude a la violencia invisible de un sistema que quiere funcionar según unas ideas ya formadas y neutralizadas. Se observa que la cuestión de la violación, del aborto, de la sexualidad, siempre se interpreta desde una mirada muy estrecha, ya sea desde la perspectiva del agresor, o la de la víctima.

La narradora subraya su interés por todo aquello que representa una salida de lo común, y lo que da una vuelta de tuerca a aquella normalidad tan defendida por los que no quieren ver la otra cara de la problemática existente entre sujeto y sociedad.

He tenido bastante tiempo para darme cuenta de que nada me despierta más interés que aquello que no se inscribe en la opinión general: la anormalidad y la rebeldía –la oscuridad en la que el brillo de los cuchillos sigue la estrangulación de la lógica. Quizá esto pase: en los trayectos crepusculares del cerebro se proyecta cine mudo, películas que siempre y en todo momento rompen el blanco y negro como el recuerdo del útero, como la proposición del sueño (Iuga 2010: 31).

De esta forma, la autora defiende el estado de resistencia que muestra (o que debiera mostrar) la figura débil que deja en claro su oposición a los hechos y circunstancias, y defiende la singularidad y particularidad de las personas dentro de la sociedad. La atracción por la anormalidad o por la rebeldía significa una posible lectura hacia la libertad de los cuerpos y el poder de la decisión más allá de las definiciones identitarias. El mestizaje entre la realidad del caso y la propia intimidad, permite descubrir un umbral inapreciable que excede todas las combinaciones binarias que transgreden las normas y crea otros campos de exploración de la verdad. Ahora bien, teniendo en cuenta la mentalidad que se retrata en el libro y el cuidado excesivo e hipócrita que muestran los medios de comunicación, hace que la comunidad (los psicólogos, los políticos o la mujer rumana adinerada) se preocupe por la situación en la cual se encuentra la niña, y ello puede propiciar un espacio de control y vigilancia como aquel al

que se refiere Jenny Kitzinger: “Focusing on children’s weakness and ‘incapacity’, the call is for increased surveillance, we are urged to guard ‘our’ children closely and avoid letting them out alone or at night” (1997: 173).

En esta complicidad sugerida a través de la experiencia de la memoria de la narradora que revive su pasado, se retrata una forma de vulnerabilidad que es constitutiva de la subjetividad y muestra una apertura radical a la otredad. Existe una simetría entre los dos cuerpos de la experiencia narrada; uno, el que subvierte las normas a través de su memoria, y el otro, el que representa un ejemplo de resistencia de cara al presente de la sociedad, y al que pone en evidencia todos aquellos fallos que son producto, al menos en parte, de una mentalidad hipócrita e individualista.

7.4. La violencia sistémica hacia las niñas sin protección parental

Liliana Corobca trata el tema de la migración el cual, como se ha mencionado antes, es un problema delicado y muy predominante en la sociedad rumana de comienzos del siglo XXI. En esta novela se recrea el espacio en el cual se narran, además de la propia historia de la protagonista, situaciones de violencia doméstica que se suceden en hogares que han sufrido, de una u otra forma, el drama de la emigración económica. La novela denuncia el tipo de fricciones que habitualmente pueden surgir entre aquellos que no han tenido la fuerza de emigrar, los que prefieren seguir en la inercia de vivir el día a día, y también entre jóvenes mujeres que han tenido que recurrir a la prostitución como medio para sobrellevar las dificultades económicas. Asimismo, surgen conflictos que afectan directamente a la normalidad de las relaciones familiares, como por ejemplo, en los casos en que los hombres que emigraron y rehicieron su vida en el extranjero, vuelven a casa con otros niños. También se retratan situaciones en las cuales las niñas son abusadas sexualmente por profesores, y se narran los entresijos que se cuecen entre la creciente corrupción y la falta de justicia, o la ausencia de derechos humanos básicos. Todos estos detalles ayudan a proyectar un mundo en el cual el sistema general de un país, especialmente si este se encuentra en una situación precaria, repercutirá en las actuaciones de los ciudadanos con menos recursos económicos. El interés de la autora por la problemática de la migración se debe a la necesidad de subrayar la alarmante situación de los países que se encuentran en un acuciante estado de precariedad económica y con un sistema de gobierno deficiente. Teniendo en cuenta esta imagen de desintegración económica y social que sufre el país retratado en la novela, la autora enfatiza

el hecho de que esta comunidad rural solamente está poblada por personas que se hallan bajo una situación de vulnerabilidad extrema, como lo están las niñas, niños y personas mayores.

La violencia sistémica reflejada en esta novela, puede entenderse como una consecuencia de la migración excesiva. La atracción hacia el occidente o hacia los países vistos como “proveedores de trabajo”, está siempre presente en el imaginario de cada persona que desea mejorar su situación y ver satisfechos unos derechos básicos, además de intentar mejorar las perspectivas económicas y conseguir dinero para adquirir bienes materiales. Los ingresos de las personas que se encuentran bajo una pobreza extrema son tan bajos que no les permiten adquirir ni siquiera una cantidad apropiada de alimentos que les permita poder desempeñar sus actividades económicas y sociales satisfactoriamente. En consecuencia, estos ingresos tampoco les alcanza para atender el resto de sus necesidades básicas, como por ejemplo, salud, vivienda o educación. De esta forma, algunas de las niñas encuentran una forma de resistencia a través de la organización y estructura de un estilo de vida en donde los pilares decisivos no son otros que los padres. Liliana Corobca no es solo la autora del texto en cuestión, sino un sujeto que interactúa con el lector a través de su texto, y le transmite un gesto de solidaridad y empatía. Establece un diálogo con palabras pero también lo hace a través de establecer una conexión personal con los hechos narrados, esencialmente debido a que la historia transcurre en un pueblo similar a aquel en el que ella vivió durante toda su infancia pero que con el advenir del tiempo se ha visto despoblado como consecuencia de la crisis migratoria. Marian Miheț sostiene que la nueva generación de jóvenes, es decir, la misma que se describe en la novela de Corobca, es una generación mutilada por la migración económica y cuyos únicos actores importantes son las niñas y niños que deben convertirse en adultos de forma prematura:

En la gran deforestación de la globalización solo tiene sentido la maduración forzada. Liliana Corobca escribe una novela interesante con muchas secuencias memorables (...). El libro nos advierte (...) de una realidad deformante, que lleva anunciándose desde hace tiempo de manera apocalíptica, pero cada vez más ignorada: el fin de la pertenencia (2013: 1).

En este caso, la afirmación de Miheț está relacionada con la falta de entendimiento de los cambios que acontecen, en el sentido de que una vez que se hace efectiva la entrada en un mundo capitalista, las personas se ven liberadas y ven ampliado el ámbito geográfico por el cual pueden movilizarse con tal de conseguir empleo y dinero. La propia situación de inestabilidad del sistema incide en su dinamismo y también puede ayudar a dar viabilidad a

aquellas personas consideradas como casos extremos de vulnerabilidad. Sin embargo, la interpretación de los grupos focales introduce elementos más complejos y que guardan relación con la adscripción a aquellos roles que cumplen las niñas en la sociedad una vez que no tienen a los padres en sus casas. Es allí donde aparecen claramente las nociones de responsabilidad y control. La sociedad legitima el hecho de que las hijas mayores de la casa se hagan cargo de hermanos y hermanas menores y tareas del hogar. En una de las cartas que la protagonista de la novela escribe a su madre habla sobre el abandono de las zonas rurales y la construcción de un hábitat constituido solo por niñas y niños, abuelas y abuelos:

Todos los pueblos de Moldavia son pueblos de niños, como el país entero... Sobre todo, si contamos a los ancianos, quienes también se comportan como niños. Los hombres y las mujeres normales, sanos, aptos para trabajar y que viven en el pueblo son una rareza, una minoría.. (Corobca 2013: 133).

Cabe subrayar, que la niña observa como la comunidad en que vive sufre el exilio económico y que en este caso los que tienen que reorganizarse son los que quedan en casa. Pero en esta situación, y quizás debido a las circunstancias dadas, las soluciones gubernamentales no existen. Por un lado, porque el dinero que viene de fuera, es decir, aquel proveniente de los padres que emigraron y que trabajan en el extranjero, se ve como un tipo de ingresos que contribuye a la economía del país; por el otro, es una manera de acudir a este tipo de casos, crear herramientas de interpretación social, y prestar atención a las necesidades de los seres humanos.

Aprovechando la coyuntura, las políticas gubernamentales han aprovechado la situación de ignorancia que afecta en gran parte a aquellas personas que se vieron en la necesidad de emigrar, y cayeron en la relajación e ineptitud, sin ninguna voluntad de desarrollar medidas que puedan mejorar la situación de las personas que se quedaron sin sus padres. La condición de pobreza no se debe solamente a la ausencia de los elementos esenciales para la subsistencia y el desarrollo personal, sino que que las raíces son más profundas, circunstancias que van más allá, y que llevan a que aun pudiendo cubrir estas necesidades, los ingresos se ubican por debajo de una imaginaria línea de pobreza. El problema social que afrontan las personas que se quedan sin sus padres es acuciante y sin solución a corto plazo, ya que salir fuera del país como emigrante económico no es algo que se haga por corto período de tiempo, sino que más bien se suele convertir en una situación constante y alargada en el tiempo:

La ilustración que se hace del caso de la niña de la novela, en el cual se ejemplifica a la protagonista como una adulta precoz que debe quedarse al cuidado de sus hermanos ante la ausencia de sus padres, es tan solo uno de los múltiples ejemplos de menores que se encuentran en este estado de abandono. Por esta razón, la violencia sistémica se mitiga temporalmente con la euforia del conseguir regalos, como si de un consuelo para tontos se tratara, pero deja heridas muy profundas a nivel emocional, como bien dice la protagonista de esta novela: “Mejor sin tanta ropa, de marca, pero tener una madre” (Corobca 2013: 22).

Como ya se ha adelantado, las políticas públicas dan lugar a un espacio violento e invisible que se canaliza a través de la ignorancia de la situación misma, y el cual provoca que la menor tenga que hacerse cargo de la familia. Al principio del libro, la niña debe que resolver una situación de emergencia en la cual su hermano pequeño resulta herido por una picadura de garrapata. Ella, sin tener conocimiento alguno sobre cómo curar a su hermano, se ve en la necesidad de solicitar ayuda y, sin embargo, tampoco aparece nadie apropiado que pueda ayudar a resolver su situación, ya que las personas que sí encuentra o son demasiadas viejas, o están en su misma situación:

La niña salió al camino. Podría haber llamado a los vecinos, pero a esa hora no había nadie en casa. Más adelante vivía la abuela de una compañera del colegio, pero tampoco estaría en casa y, de todos modos, no tendría la vista tan buena para sacarle la cabeza de la garrapata. La niña recorrió el camino en busca de la persona adecuada. Llamó al tío Vasile, pero los únicos que le respondieron fueron los perros de toda la barriada. Al ladrido unánime de los perros, no hubo ni un movimiento en las casas, las puertas no se inmutaron, nadie abrió a ver quién los llamaba y por qué (Corobca 2013: 6).

La comunidad rural en la cual vive se halla, por un lado, bajo un marco de relaciones construidas a través de la amistad y el apoyo, y por otro, regido por un sistema relacional marcado por la tradicionalidad o fruto de intereses que tiene como centro los adultos, una mirada pesimista en relación con las otras formas de socialización realizadas por los polos extremos: los jóvenes y los ancianos. No obstante, el personaje femenino, ya tiene asignado el papel que debe cumplir, y sabe que indefectiblemente se tratará de un trabajo doméstico, además inoculado de tal manera que la misma niña se autoconvenciera y considere que es su deber cumplir con las tareas del hogar, proteger a sus hermanos y hacerse responsable de cualquier cosa que falte. El juego económico y político, en conjunción con las reglas establecidas y que favorecen sólo unos pocos individuos y que a la vez desestabiliza las comunidades rurales. El hecho es que, si en efecto el modelo económico no garantiza el

derecho a la vida, o ni siquiera un mínimo nivel de bienestar a toda la población, significa entonces que existe una violencia infligida hacia un grupo de personas que a través de claras demostraciones de desinterés muestran sus deficiencias ya a niveles básicos de comportamiento, especialmente cuando situaciones como esta acontecen. Roswitha Scholz desarrolla una teoría del valor-escisión que le permite analizar la contradicción entre capital y vida, reconceptualiza el capitalismo como el patriarcado productor de mercancías, sosteniendo que “con el despliegue del capitalismo, la totalidad de la vida a lo largo y ancho del planeta se ve configurada por el automovimiento del dinero, y en conexión con esto el trabajo abstracto, que surge solo con el capitalismo, aparece como si fuera algo ahistórico, como un principio ontológico” (2013: 47). La teoría de Scholz ayuda a reflexionar sobre la afirmación anterior en su relación con el contexto de la novela, y sobre la dinámica de las relaciones existentes entre integrantes de una misma familia, en donde generalmente las mujeres o las niñas realizan el trabajo doméstico mientras que los hombres están fuera consiguiendo el dinero y buscando cubrir las necesidades básicas de los menores. Por ello, el cuidado de los otros se entiende como una característica propia o incluso un deber que corresponde al género femenino. Esto se inculca implícitamente como una responsabilidad dirigida hacia la mujer, o niña en este caso, de manera que se acude al deber para mantener y perpetuar esta situación de desigualdad e intentar naturalizarla. Si se tiene en cuenta que se trata de un poder simbólico en el que las relaciones de dominación se encuentran inscritas en el cuerpo como el *habitus*, de ahí la gran estabilidad de un orden social al haber alcanzado la sumisión inmediata, casi natural, de los dominados.

En la novela, se intuye el hecho de que la niña no recibe apoyo de sus personas más cercanas ni tampoco de las instituciones del pueblo. La escuela habitualmente actúa como institución que genera un primer espacio común en el que las personas comienzan su proceso de aprendizaje social e integración en la comunidad. Sin embargo, la protagonista de la novela dedica tanto tiempo al cuidado de sus hermanos que no puede cumplir con las obligaciones escolares, por lo tanto, queda recluida en el espacio privado de la casa y se le impide la integración en la comunidad y la interacción social, aunque esta comunidad diste mucho de ser un entorno ideal y, a su vez, esté marcada por múltiples formas de violencia. Por otra parte, existe también un marcado desinterés de parte de sus profesores y de la institución educativa a su cargo, hecho que se hace aún más evidente cuando los menores quedan solos en los pueblos ya que nadie les pide rendir cuentas.

Desde lo institucional, uno de los profesores de la niña aprovecha su posición de poder para poner bajo cuestionamiento la falta de educación de las niñas e intenta hacerlas quedar en ridículo. Detrás de la historia narrada está la larga carta que la niña escribe como confesión, y que cobra relevancia en evidenciar la necesidad de ejercer resistencia a los poderes. A través de las confesiones, la niña encuentra una sencilla forma de entender todo lo que sucede a su alrededor y las manifiesta como un efectivo método de resistencia a las presiones exteriores.

La protagonista de la novela puede estar acostumbrada a la desigualdad y puede pensar que su familia pronto volverá a su casa, pero vive en una sociedad en donde existen fronteras constituidas por las diferentes leyes, normas, costumbres e identidades sociales que enmarcan y restringirán sus actuaciones. Las cartas que escribe a su madre son el único recurso disponible para identificar los problemas que tiene una niña desprotegida, no solo por su familia, sino también por la sociedad.

Conclusiones: Romper barreras. Las niñas no son invisibles

Como se ha podido apreciar, las novelas propuestas (*La cruzada de los niños*, de Florina Ilis; *Eliza a los once años*, de Doina Ruști; *Hai să furăm pepeni* [Vamos a robar melones], de Nora Iuga y *Kinderland*, de Liliana Corobca) subrayan la diversidad de la infancia, vista y vivida por las niñas en diferentes situaciones o espacios temporales que han ayudado pensar en sus maneras de actuar para cuestionar los tópicos, resistir a la opresión y la violencia y, por supuesto, ser tomadas en cuenta.

Visto desde de los elementos contextuales, y la forma en la que se entrelazan pasado y presente (mentalidades y generaciones arraigadas en el comunismo frente a la mirada que se dirige al capitalismo occidental), hemos mostrado que las niñas juegan un papel importante en la infancia, influidas por los cambios sociales, políticos y económicos. Para las niñas, estos acontecimientos son de vital importancia en su desarrollo, ya que de ellas no solamente se espera un rol de activa participación en el proceso de socialización, sino que también, a través de sus acciones, pueden transformar las realidades sociales.

El primer bloque se ha dedicado a problematizar las facetas del concepto de vulnerabilidad en relación con la experiencia de las niñas según los diferentes contextos. En el **capítulo 1** se ha hecho énfasis en que la vulnerabilidad no es solamente una condición de riesgo, o la susceptibilidad a sufrir algún tipo de daño, perjuicio o de padecer la incertidumbre, sino que es también un concepto a través del cual se cuestionan las relaciones del poder y la limitación de la condición de agencia de las niñas. Se han subrayado también las características de la vulnerabilidad sin dejar de tener en cuenta toda la complejidad existente en torno al del término y, en especial, cuando se trata de medir su relación con los procesos sociales de formación y apertura hacia los otros.

Por eso también se ha traído a discusión la perspectiva sociológica en la cual se acude al concepto de *habitus* formulado por Pierre Bourdieu (1990) para articular la vinculación entre la vulnerabilidad, la resistencia, las estructuras sociales y las prácticas de los agentes durante la infancia. Por ello, hemos considerado necesario indagar en la relación que se establece entre el *habitus* y cuestiones como la vulnerabilidad, sexualidad junto con la situación económica y las políticas gubernamentales. En tal sentido, desde la filosofía política, siguiendo las reflexiones de Emmanuel Levinas (1977, 1987, 1991, 1993, 1994, 1997), Judith Butler (2004), Adriana Cavarero (2009), se ha subrayado la dinámica que implica la

fragilidad, debilidad, inseguridad, la insuficiencia de este enfoque y la necesidad de repensar la vulnerabilidad a partir de la interdependencia personal. Justamente esta interdependencia es la que queda comprendida a su vez por la relación con los otros, y tal como ejemplifican estas novelas, también implica una desigualdad cuando las niñas son doblemente discriminadas: por ser pequeñas y por tener un cuerpo femenino.

En lo referente a esta cuestión se ha mostrado que existe una distinción entre el hecho de ser vulnerable y el de poseer tal condición. Es decir, a partir de una lectura atenta de las novelas, se ha podido comprobar que la vulnerabilidad puede ser un indicador para identificar a las víctimas, poder ayudarlas y apoyarlas, pero, al mismo tiempo, existe un abuso de esta condición, ya sea para llevar a cabo un acto determinado o aprovecharse de una situación dada para crear una relación de poder entre los que ofrecen la ayuda (padres, instituciones, organismos) y los que la reciben, en este caso, las niñas. La condición de vulnerabilidad se ve afectada por aspectos contextuales, como, por ejemplo, la situación personal, geográfica o las circunstancias particulares de una determinada persona.

Como hemos intentado argumentar a lo largo de este trabajo, cualquier persona se puede encontrar, en un determinado momento, en posición de vulnerabilidad debido a circunstancias tales como la pobreza, la discapacidad psíquica o física, la edad, el género, la cultura o la situación familiar. Es importante señalar que las niñas de las novelas analizadas (las niñas del tren, Lizoanca, Floarea o Cristina) son menores vulnerables por el hecho de encontrarse en situaciones que pueden considerarse extremas como, por ejemplo, ser objeto de violencia doméstica o sufrir abusos de diversa índole. En consecuencia, su búsqueda de una salida a las situaciones que padecen, a menudo las lleva a confrontarse con tutores, padres o instituciones.

El concepto de vulnerabilidad nos llevó a reflexiones en torno a la dependencia en la infancia, poniendo en cuestión hasta qué punto una niña puede, o se le permite, tomar decisiones por su cuenta. En este sentido, y con el objeto de ampliar el análisis, se ha reflexionado sobre temas como la fuerza (qué significa tener fuerza en la infancia y como se conjuga la fuerza y la vulnerabilidad en el caso de las niñas), pero también el exceso de protección, una relación que depende de ciertas obligaciones (lo que se le permite o no a una chica de parte de las personas adultas o instituciones), de las concepciones sociales o de la apertura de una sociedad rumana.

Como hemos demostrado a lo largo de la tesis, cada niña tiene la capacidad de agencia (es decir, el derecho de que se tome en cuenta sus opiniones y preferencias en asuntos que les concierne), incluso la que está sometida a la vulnerabilidad ingresa en un ámbito determinado con disposiciones adquiridas que la posicionan en la sociedad a partir de las relaciones con los demás. El marco teórico finaliza con el análisis de la intersección entre vulnerabilidad y poder, subrayando que el contexto descrito en las novelas es suficientemente importante como para argumentar que la posición en que se encuentran las niñas se ve influida y condicionada por conductas sexistas, la precariedad económica, el control excesivo y el abandono familiar.

En el **capítulo 2**, hemos pasado al análisis más detallado de las novelas. Teniendo en cuenta que la niña todavía ocupa un lugar periférico en los estudios sociológicos e históricos del concepto de la infancia —así lo han afirmado Ariés (1986, 1987), De Mause (1991), Varela (1986), Pachón o Muñoz (1991, 1996)—, nos interesaba explorar cómo se construyen las diferencias de género y qué implica ser niña en la sociedad contemporánea, aun a pesar de que sigan construcciones y representaciones sociales patriarcales que condicionan su existencia (Rita de Cássia Marchi (2011) o Raquel Gonçalves Salgado (2012)). También hemos estudiado cómo las formas en que actúan las niñas tienen que ver con relaciones de clase, etnia y circunstancias sociales (cf. Gail Hawkes y Tinashe Dune 2013), tal y como ha quedado ejemplificado en el análisis de cada una de las novelas. Así, nuestro interés ha girado en torno a la observación de las niñas y a cómo estas logran desarrollarse en cada *habitus*, que afecta, directa o indirectamente, al grado de vulnerabilidad, la agencia de las niñas y sus libertades. Por esto, para tener un enfoque particular y fragmentario y para sacar a la luz los mecanismos estructurales y las estrategias que han perpetuado estructuras de relaciones de dominación y subordinación entre los géneros, también hemos subrayado el hecho de que existe una diferencia entre poseer la etiqueta de vulnerabilidad y tener la condición de vulnerabilidad. La representación de diversos contextos en estas novelas, muestra que las vidas de las niñas están configuradas a través de las disposiciones adquiridas por medio de las experiencias prácticas, pero también a través de las normas y valores inculcados por las instituciones.

En cada una de las novelas nos centramos en un análisis contextual para poner en evidencia como se construyen relaciones de vulnerabilidad entre niñas y niños, niñas y adultos porque el grado de vulnerabilidad de las personas depende de factores físicos, económicos,

sociales. En *La cruzada de los niños*, de Florina Ilis, las niñas tienen incorporados unos valores heredados de una clase social privilegiada, son dóciles y sumisas ante las personas adultas, pero a lo largo de la narración se cuestionan estos valores y adquisiciones. La novela de Doina Ruști, *Eliza a los once años*, deja en evidencia el contexto precario en el que una niña vive así como las expectativas de una sociedad machista y paternalista, donde se quiere educar a base de torturas físicas y psíquicas por parte tanto de las personas adultas como de las instituciones. En la tercera novela, *Hai să furăm pepeni*, de Nora Iuga, se pone en evidencia la relación entre dos tipos de vulnerabilidades y corporalidades marcadas por la edad: el cuerpo de una niña *versus* el cuerpo de una anciana, representada, en este caso, por la propia narradora cuando rememora su pasado. Un elemento significativo es el hecho de que ambas comparten experiencias similares (el aborto), aunque trascurren en contextos y *habitus* diferentes (niña gitana y pobre *versus* anciana que rememora su experiencia del comunismo). Por lo último, en la novela *Kinderland* de Corobca, una cuestión muy importante es la migración, que subraya la vulnerabilidad de las niñas que quedan sin los padres. Este contexto da lugar a la problematización de la relación que existe entre el *habitus* y la vulnerabilidad, así como de las implicaciones que esto tiene cuando a una niña se le asigna el deber de cuidar de sus hermanos debido a que sus padres se vieron obligados a migrar para proveerles de mejores condiciones de vida. Dado que las circunstancias contextuales y el *habitus* pueden condicionar el grado de vulnerabilidad de las niñas, como se ha visto en estas novelas, también nos pareció analizar el poder de transformación, de cuestionamiento, de resistencia de las niñas ante determinadas estructuras sociales, mentalidades o perspectivas ideológicas.

De ahí la necesidad de plantear una reflexión, en el **capítulo 3**, sobre la relación entre poder e inocencia, teniendo en cuenta la afirmación de Foucault: “en cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social” (1992: 147). Los *habitus* suponen disposiciones subjetivas que hacen que el sujeto piense el mundo de manera limitada, sin embargo, en el análisis de estas novelas, se ha podido apreciar que las niñas se encuentran en un período de aprendizaje y reciben influencias de todo lo que pasa a su alrededor, intuyéndose un *habitus* en constante cambio. En este sentido, las niñas representadas en la novela *La cruzada de los niños*, de Florina Ilis logran escaparse de la vigilancia y el control de sus tutores y de esta forma intentan configurar su propio espacio lúdico, bastante irreal, y en el cual se cambian los códigos de cohabitación dentro de un mismo espacio, concreto y cerrado, que en esta la novela está representado por el tren. A

través de la inocencia se construye el poder, dado que los límites se diluyen en las relaciones con las otras personas con quien entran en contacto. *Eliza a los once años*, de Doina Ruști tiene en el centro el cuerpo de la pequeña Lizoanca, que tiene el poder de seducción en los hombres. Su vulnerabilidad, inocencia, la situación precaria son aspectos que articulan relaciones de poder y también manipulaciones, pero al mismo tiempo cuestiona los límites y las libertades que tiene una niña. Como se ha dicho, en la novela *Hai să furăm pepeni*, de Iuga hemos hecho una lectura desde la memoria para demostrar cómo se articulan el poder, la vulnerabilidad y la inocencia a través de dos cuerpos que viven experiencias similares. El poder de compartir espacios y experiencias nos permitió pensar la vulnerabilidad corporal en relación con los límites y los tabús impuestos por la sociedad (comunista o capitalista). En el caso de la narrativa de Corobca, en *Kinderland*, al tratarse de una situación en la que una niña de 12 años se encarga de configurar la familia, se problematiza la relación que hay entre la inocencia de la infancia y la vulnerabilidad como fuerza, para construir nuevos enlaces y resemantizar el concepto de la familia, que en este caso está compuesta por una niña y sus hermanos.

En el **capítulo 4**, nuestra lectura subraya que una vez acontecida la aparición del elemento “agitador” (se puede tratar de un personaje, o una situación) se produce una ruptura de la linealidad de su *habitus*, o al menos lo problematiza. Por esta misma razón, en *La cruzada de los niños*, el *habitus* puede ayudar entender el acercamiento entre la niña rumana y el niño gitano, y hace cuestionar la dinámica de las relaciones de poder en función de clase, raza y género. En la segunda novela, *Eliza a los once años*, un elemento “perturbador” es la enfermedad (la sífilis) de la protagonista que pone en evidencia la vulnerabilidad de todo el mundo, ya que todos están expuestos al contagio y a la vergüenza. La novela de Iuga, *Hai să furăm pepeni*, abre una problemática sobre el cuerpo femenino que juega un papel importante al subrayar la vulnerabilidad de las dos personas (la niña romaní y la anciana rumana que tienen la misma experiencia, el aborto, pero desde dos *habitus* y contextos diferentes) y esta situación da otra dinámica en torno a la sexualidad, deseo y responsabilidad, en relación con obligación, control o protección excesiva. Finalmente, la novela de Corobca, el *habitus* y el contexto ponen en evidencia que la ausencia de la madre (una imagen estereotipada), hace que la niña cumpla este papel. Por lo tanto, de la niña no se espera otra cosa que no sea cumplir esas mismas expectativas y prácticas que generalmente se ciernen sobre las mujeres, solamente por el hecho de serlo.

Así pues, estos puntos de ruptura y factores desestabilizadores están relacionados también con una violencia que transita en todos los niveles de la sociedad, tanto de forma visible como invisible. El segundo bloque aborda el tema de la violencia con el fin de poder poner en diálogo y relación el contexto social con los hechos ficcionales.

En estas novelas la violencia visible tiene una presencia significativa (a través de diversos tipos de abusos físicos, torturas, maltratos o por medio del lenguaje), por esta razón, en el **capítulo 5** centramos nuestra atención en esos elementos que ha hemos definidos como violencia tangible, es decir, aquella que se puede ver, apreciar. De esta manera, la violencia representada está configurando un sistema que deja en evidencia la vulnerabilidad de las personas, la fragilidad de las relaciones y su dominación de los cuerpos femeninos (Kohut 2002; Butler 2004, 2009). En este apartado también hemos comparado lo que sucede en Occidente frente a lo que sucede en el Este, subrayando el hecho de que, en Rumanía, el período de transición (entre 1989 hasta la entrada de la Rumania en la Unión Europea) se caracterizó por la existencia de una libertad que bien podría considerarse “caótica”, por el cambio político. En ese período el marco regulatorio legal era casi inexistente, difuso e inconcluso, e incluso se observó un *boom* de la corrupción tanto en instituciones como a nivel interpersonal. La violencia física, exceptuando la de tipo criminal, resultaba prácticamente ignorada (violencia doméstica, sexual, de género o emocional). Aun así, las reglamentaciones y las leyes con respecto a la violencia de tipo físico llegaron con retraso, y las personas ya no temían ejercerla como antes porque sentían una sensación de libertad que durante el comunismo era prácticamente inexistente.. En este sentido, en nuestra reflexión entre Rumanía y el Oeste de Europa, ponemos en evidencia esta ocultación retomando conceptos tales como paternalismo (Brown 2011, Gilson 2016), la posición de la víctima (Cavarero 2009) o hipervisibilización de la violencia (Romero 2012).

Asimismo, ha sido necesario hablar sobre el concepto de violencia doméstica (Fábian 2010) en relación con los países del Este, y se ha hecho hincapié en que, aunque las causas y los efectos no son diferentes a lo que también puede suceder en otros países, durante el período de transición en Rumanía existieron muy pocas asociaciones o departamentos que hubieran podido propiciar, por ejemplo, una ayuda inmediata a las niñas o a las mujeres que se encontraban sometidas a situaciones de abuso o maltrato. Es decir, en una sociedad libre, pero al mismo tiempo infantilizada (Buden 2010), la protección de las personas se hacía en

función de diversos intereses, aspecto que nos llevó a reflexionar sobre la relación existente entre violencia y corrupción.

Por lo tanto, las novelas representan niñas en situaciones que ponen en evidencia el papel de la víctima. Teniendo en cuenta el aspecto de la violencia doméstica, nos pareció oportuno pensar en lo que significa ser víctima en un estado de pasividad o, por el contrario, resistir o actuar ante prácticas de sometimiento y abuso. Ya que cada una de las niñas analizadas en las novelas tiene maneras diferentes de resistir la violencia, consideramos necesario mirar con atención lo que supone ser una víctima, ya que ser víctima no significa situarse en una posición de subordinación. Por esta razón, y a partir de los estudios de Nils Christie (1986), Joan Menefee (1999) Rebecca Stinger (2014), hicimos hincapié en una deconstrucción del término para repensar el concepto sin caer en los estereotipos. La víctima es vulnerable y, sin embargo, a través de la lectura de estas novelas, también se puede decir que cada niña buscaba evitar encontrarse a sí misma en posiciones de pasividad.

Las situaciones en las que se encuentran las niñas están relacionadas con violaciones, abusos sexuales, prostitución, por eso advertimos la necesidad de reflexionar en torno a la sexualidad. Los silencios sobre el sexo en la infancia propician que las niñas desconozcan los aspectos sexuales más básicos sobre su cuerpo y las conviertan en el objeto de maltratos, abusos, o incluso las puede empujar hacia la prostitución. Debido a las consecuencias posibles, orientamos nuestra reflexión en torno al abuso y el desconocimiento, por la importancia que tiene la prostitución infantil y su representación en los casos de los personajes Lizoanca y Florea. También se ha hecho referencia a aquellos actos habitualmente relacionados con la “explotación” o la “elección” (Sanders, O’Neill; Pitcher 2009), y se ha reflexionado acerca de cómo se articula este discurso desde una perspectiva más amplia, que no permita caer en el estereotipo recurrente de la prostituta como persona de una condición condenable moralmente.

Una cuestión importante y todavía tabú en la literatura y en la sociedad rumanas es el aborto, descrito en la novela *Hai să furăm pepeni*, de Nora Iuga. Este hecho nos hizo repensar aspectos relacionados con el sexo como práctica que se da entre las niñas y los adultos (sea como violación o como placer sexual), donde las condiciones sexuales están vulneradas y precarizadas. Nuestra argumentación también giró alrededor del consentimiento de una menor para decidir por sí misma un aborto, pero también sobre la responsabilidad de las personas adultas y el derecho a la privacidad o apoyo de parte de las instituciones. Hemos

mostrado que existe una formulación estereotípica sobre la víctima y el agresor (Marcus 1992), dicho de otra forma, que la mujer, en nuestro caso la niña, es culpabilizada de su propia violación. Aquí también existe una manipulación y exageración mediática (Levine 2002) que hace una distinción sin matices entre la víctima y el agresor. En este caso, se puede decir que las delimitaciones no ayudan a resolver, porque existe una interpretación *standard* que hace que estos casos sigan perpetuándose. Replantear una relación entre placer y abuso significa prestar atención a los sujetos y entender un fenómeno que va más allá del hecho de poner etiquetas o catalogarlo de una u otra forma. Por lo tanto, teniendo en cuenta que alrededor de estas temáticas aún existen tabúes que tienen relación con la violencia más visible y que además se sitúan en la misma línea de perpetuación estereotípica, nos hizo entender que existen también otras fuerzas, poderes, o engranajes sociales y políticos que tienen que ver con el funcionamiento de las instituciones.

El marco teórico sobre violencia, se ha elaborado a partir de los elementos compartidos en las cuatro novelas, y esta metodología ha ayudado no solo a ofrecer una imagen de conjunto sobre la representación del cuerpo, la vulnerabilidad, el poder y la violencia en y de las niñas y su significación como representación de la Rumanía poscomunista, sino que ha ayudado a deconstruir e interpretar los tabúes. La violencia es un tema recurrente, transversal, y explícito en todas estas ficciones. En estos textos no se pregunta por las causas o el origen de la violencia, sino que se describen las estrategias de supervivencia de las personas que se ven afectadas por ella. En efecto, la parte teórica pretende ser un primer intento de comprensión de cómo aparece en los textos de ficción, pensándola desde la perspectiva de una sociedad del Este, desde sus similitudes y diferencias con Occidente.

A partir de los análisis de las novelas, hemos propuesto una reflexión acerca de la participación de las niñas en los actos violentos, **capítulo 6**, para poder retomar el planteamiento teórico sobre la etiqueta de la víctima y, especialmente, su asociación con la pasividad, los límites de los abusos, la responsabilidad y el exceso de protección. En la novela de Florina Ilis, las niñas participan en actos violentos y nuestra lectura muestra que las niñas representan un medio a través el cual los chicos se apoderan del tren, hecho que hace referencia a un victimismo que no debe entenderse como pasividad porque ellas dirigen esta posición hacia la formación de responsabilidades, otras amistades o un cuidado recíproco. A partir de la novela de Ruști, observamos cómo la violencia física es una constancia que nos hizo pensar hasta qué punto el terror y el miedo actúan sobre el cuerpo empujándolo a la

huida. Al mismo tiempo, ante los abusos de parte del padre y las instituciones, Lizoanca busca alternativas para sobrevivir sin la protección de ellos, y a cambio se ve empujada a prostituirse. Nuestra lectura no se ha detenido en el cuestionamiento de los límites entre permisividad y pedofilia, porque los hombres con quienes tiene contacto la niña abusan de su condición para pedirle favores sexuales. Por el contrario, teniendo esta problemática presente, la novela de Iuga también nos ha permitido reflexionar sobre el cuerpo violentado y la experiencia del aborto en la infancia. Más bien para subrayar el hecho de que la niña no puede decidir sobre su cuerpo y que las decisiones no son tomadas ni siquiera por los tutores más cercanos a la víctima, sino que son producto de las presiones de una audiencia televisiva. El cuerpo femenino se convierte en un aspecto nacional, la cuestión del aborto se lee como un espectáculo, sometido por violencias de diferente índole: físicas, psíquicas, emocionales, o incluso raciales. En la novela escrita por Corobca, la violencia física aparece en una relación directamente proporcional a la exposición de la niña al mundo en el cual vive, y en consecuencia, se magnifica el riesgo de ser lastimada.

Como hemos enfatizado, la violencia representa una característica obvia en estas novelas, y los acontecimientos más impactantes se suceden cuando entran en escenario los menores, y en especial las niñas, como objeto de su aplicación. Hemos intentado argumentar que la violencia física está directamente relacionada con la violencia sistémica o simbólica, aún más cuando nos referimos a los brutales efectos del capitalismo en la sociedad rumana. Por lo tanto, era necesario hablar asimismo sobre las violencias invisibles, porque es la que conlleva perpetuar violencias más próximas e interhumanas.

En nuestra lectura de las novelas, en el **capítulo 7**, se observa que a través de la violencia sistémica, las niñas resultan oprimidas y tratadas de una manera violenta por parte de ciertas personas (o lo que éstas representan) y de quienes trabajan en instituciones del sistema designadas para protegerlos; entre ellas encontramos gobiernos enteros y lo que representan, incluido todo su engranaje político, social y económico.

Considerando las reflexiones de Žižek (2009) acerca de la violencia sistémica u objetiva para referirse al funcionamiento del sistema económico y político (capitalista), hemos subrayado que existe una mezcla de mentalidades que se mueven entre el presente y el pasado, entre el trabajo público y el privado, entre instituciones del estado y las nuevas asociaciones privadas de diversos tipos. La violencia sistémica o institucional engloba también un tipo de violencia simbólica y su tratamiento en los medios de comunicación, un aspecto que en el

pasado régimen comunista estaba muy controlado y saturaba los medios con propaganda totalitarista, pero que después de la caída, y una vez establecida la incipiente libertad de expresión, tiene otras falencias: publicidad sexista que presenta imágenes comerciales con contenido misógino y voluntad de animar al consumismo más desmedido, difundiendo la representación de la mujer como objeto sexual. La violencia simbólica representa una forma de imposición y perpetuación del sistema de dominación social entendido como legítimo (Bourdieu y Passeron 1996).

Partiendo de la novela *La cruzada de los niños*, de Florina Ilis, subrayamos el hecho de que la violencia directa, personal y física de las niñas se entrelaza con la violencia sistémica más cultural e institucional, aunque tal afirmación no necesariamente tiene como fin establecer una determinada clasificación, sino que más bien se procura problematizarla a partir de un contexto dado. Las niñas acuden a la violencia más como una liberación de las protecciones paternalistas de los tutores. La violencia puede representar una respuesta ante una presión social e institucional (controles, vigilancia, límites, obligaciones).

En *Eliza a los once años*, de Doina Ruști, la violencia es un modo perpetuo. La niña protagonista se encuentra en un círculo violento generado tanto por las instituciones como por las personas adultas, y se somete a una violencia simbólica que está basada en la autoridad masculina, como la pretensión de convertirla en una niña perfecta y obediente, y esperar de ella un determinado modo de actuar y comportarse. Continuamos refiriéndonos a este tema en la novela *Hai să furăm pepeni*, de Nora Iuga cuando analizamos los mensajes violentos que informan a la opinión pública sobre el aborto de la niña, y vemos cómo los debates de la TV acerca del caso se centran en los estereotipos del cuerpo femenino, el cual se encuentra diseccionado por la dicotomía del “cuerpo materno” o el “cuerpo erótico”.

En *Kinderland*, de Liliana Corobca mostramos que existe una sutil y quizás disimulada (o encubierta) violencia por parte del Estado hacia las personas pobres, aunque también hacia los menores y ancianos que se quedan sin protección social, en este caso, una niña de 12 años. Como mencionamos, la crisis económica ha sido una catástrofe especialmente en los países pobres, quién tiene que lidiar con una gran camada de políticos corruptos y sexistas.

En esta tesis se ha intentado articular un análisis que subraya el hecho de que, a pesar de la vulnerabilidad aparente (o la vulnerabilidad entendida como pasividad), estos textos muestran unas niñas que desafían los estereotipos con especial énfasis en los espacios de

autoridad y agentividad que ocupan a lo largo de la narración. Tal como hemos expuesto, existen discursos estereotípicos sobre la vulnerabilidad que hacen posible la docilidad de las niñas, junto con la subordinación y manipulación, en lugar de pensar este concepto en relación con las necesidades particulares de las menores. Por último, como se ha demostrado, la violencia visible e invisible hacia las niñas se genera para mantener la opresión y el control hacia ellas, pero al mismo tiempo, la violencia con que ellas responden es una huella de que tienen derecho a ser escuchadas y tomadas en cuenta.

La infancia no enfatiza un solo tipo de sujeto sino una multitud de sujetos y subjetividades que necesitan una mayor exploración para ver cómo se construyen las diferencias entre las niñas blancas y las de otras etnias, las niñas y los niños. De momento, este análisis es un comienzo para abrir enlaces y marcar puntos de discusión a partir de la narrativa rumana poscomunista escrita por mujeres.

Conclusions: Breaking the borderlands: girls are not invisibles

As shown in this dissertation, the novels proposed (Florina Ilis' *La cruzada de los niños*; Doina Ruști's *Eliza a los once años*; Nora Iuga's *Hai să furăm pepeni* and Liliana Corobca's *Kinderland*) emphasize the diversity of childhood, experienced and perceived by girls in different situations or temporary spaces. These novels have helped their readers think about the ways the girls are forced to act in order to be taken into account, to challenge stereotypes, and to show resistance to oppression and violence.

Thinking of the contextual elements, and the way in which they are intertwined between past and present (mentalities and generations rooted in Communism in the face of Western capitalism), I have shown that girls play an important role in a childhood influenced by social, political and economic changes. For these girls, these events are very important in their development, as they do not only expect to have a role of active participation in the process of socialization, but also through their actions they become crucial in the transformation of social realities.

The first part of this work has been dedicated to exposing the facets of the concept of vulnerability in relation to the girls' experience in different contexts. In the Chapter 1, it has been emphasized that vulnerability is not only a condition of risk, or susceptibility to suffering, harm or uncertainty, but is also a concept through which the relationships based on power and the limitation of girls' agency is questioned. The characteristics of vulnerability have also been highlighted by taking into account the complexity of the term, especially when it implies perceiving the girls' relationship with social processes of formation and openness to others.

From the sociological perspective, the concept of *habitus* has been brought to the discussion. It is a concept formulated by Pierre Bourdieu (1990) in order to articulate the link between vulnerability, resistance, social structures and the agents' practices during childhood. For this reason, I have considered it necessary to investigate the relationship between *habitus* and issues such as vulnerability and sexuality along with the economic situation and government policies. In this sense, from a political philosophy perspective, following the reflections of Emmanuel Levinas (1977, 1987, 1991, 1993, 1994, 1997), Judith Butler (2004) and Adriana Cavarero (2009), I underlined the dynamics that involve fragility, weakness, insecurity, and the insufficiency of this approach, as well as the need to

rethink vulnerability from the point of view of personal interdependence. It is precisely this interdependence, understood through the relationship with the others, as exemplified in these novels, that also implies inequality, because the girls are doubly discriminated: for being very young and for having a female body.

Concerning this issue, it has been shown that there is a distinction between being vulnerable and having this condition. That is, from a careful reading of the novels, vulnerability can be seen as a way to identify the victims in order to help and support them, but, at the same time, this condition is being abused either to carry out a specific act or to take advantage of a given situation, in order to create power-based relationship between those who offer help (parents, institutions, associations) and those who receive it - in this case, the girls. The condition of vulnerability is affected by contextual aspects, such as one's personal situation, geographical location or the particular circumstances of a specific person.

As I have tried to argue in this dissertation, any person can be, at a certain moment, in a position of vulnerability due to circumstances such as poverty, mental or physical disability, age, gender, culture or family situation. It is important to point out that the girls portrayed in the literary works analyzed (the girls from the train, Lizoanca, Floarea or Cristina) are obviously in a state of vulnerability because their experiences can be considered extreme; for example, being subjected to domestic violence or suffering various types of abuse. Consequently, their search for a way out of these negative situations often puts them at odds with their tutors, parents or even persons from the public institutions.

The concept of vulnerability has led me to reflect on autonomy and dependence in childhood, questioning to what extent a girl can, or is allowed to make decisions on her own. In this sense, and in order to broaden the analysis, I have approached subjects such as vulnerability seen as strength (what it means to have strength in childhood and how strength and vulnerability are combined in the case of girls), but also the excess of protection, a relation that involves certain obligations (what adults or institutions allow and what they do not allow girls to do) or depends on social customs and on the openness of the Romanian society towards these issues.

As I have shown throughout this dissertation, each girl has the capacity of agency (that is, the right to take into account her opinions and preferences on matters that concern her), even the girl who is subject to vulnerability in a determined space with acquired dispositions that position her in the society beginning from the relations with the others. The

theoretical framework ends with the analysis of the intersection between vulnerability and power, emphasizing that the context described in the novels is important enough to argue that the girls' position is influenced and conditioned by sexist behavior, economic precariousness, excessive control and family abandonment.

In Chapter 2, I have gone on to the more detailed analysis of the novels. Considering that girls still have a peripheral position in the sociological and historical studies of the concept of childhood - as argued by Ariés (1986, 1987), De Mause (1991), Varela (1986), Pachón or Muñoz (1991, 1996) - we were interested in exploring how gender differences are constructed and what it means to be a girl in contemporary society, even though patriarchal social constructions and representations condition their existence (Rita de Cássia Marchi (2011) or Raquel Gonçalves Salgado (2012)). I have also studied the ways in which girls act, have to do with class relations, ethnicity and social circumstances (Gail Hawkes and Tinashe Dune 2013), as exemplified in the analysis of each of the novels. Therefore, my interest has focused on how the girls manage to develop in each *habitus*, which affects, directly or indirectly, the degree of vulnerability, the girls' agency and their freedom. Thus, our reflection has emphasized the fact that girls question the *habitus*, because it is not a device of passive knowledge, but represents a source of unconscious dispositions. Therefore, in order to have a particular and fragmentary approach and to bring to light the structural mechanisms and strategies that have perpetuated structures of relationships of domination and subordination between genders, we have also emphasized the fact that there is a difference between having the label of vulnerability and having the condition of vulnerability. The representation of diverse contexts in these novels shows that the girls' lives are configured through the dispositions acquired through practical experiences, but also through the norms and values instilled by the institutions.

In each novel's case, I have focused on contextual analysis to highlight how relationships of vulnerability between girls and boys on one hand, and girls and adults on the other hand are built because people's degree of vulnerability depends on physical, economic and social factors. In Florina Ilis' *La cruzada de los niños*, the girls have assimilated inherited values from a privileged social class, they are docile and submissive to adults, but as the novels' action progresses these values and acquisitions are questioned. The novel by Doina Ruști, *Eliza a los once años*, highlights the precarious context in which a girl lives, as well as the expectations of a sexist and paternalistic society, where the adults want to educate their girls

on the basis of physical and mental torture. In the third novel, *Hai să furăm pepeni*, by Nora Iuga, the relationship between two types of vulnerabilities and bodies marked by the age is revealed: the body of a girl versus the body of an old woman, represented in this case by the narrator herself who recollects her past. A significant element is the fact that both share similar experiences (an abortion), although they live in very different contexts and *habitus* (poor, gypsy girl versus old woman who recalls her experience during the Communism era). Finally, in the novel *Kinderland* by Liliana Corobca, a very important issue is migration that underlines the vulnerability of girls who are left without parents. This context gives rise to the problematization of the relationship between *habitus* and vulnerability, as well as the implications when a girl is assigned the duty to care for her siblings because her parents were forced to migrate to provide them with better living conditions. Given the fact that contextual circumstances and *habitus* can condition the girls' degree of vulnerability as seen in these novels, we also decided to analyze the power of transformation, questioning and resistance of girls to certain social structures, mentalities or ideological perspectives.

Chapter 3 explores the relationship between power and innocence, taking into account Foucault's statement: "en cualquier sociedad, relaciones de poder múltiples atraviesan, caracterizan, constituyen el cuerpo social" (1992: 147). The *habitus* suppose subjective dispositions that make the subject think about the world in a limited way. Nevertheless, in the analysis of these novels, I have shown that the girls go through the learning phase and are influenced by everything that happens in their surroundings; this can be considered a *habitus* in constant change. In this sense, the girls portrayed in the novel *La cruzada de los niños* by Florina Ilis manage to escape the vigilance and control of their tutors and in this way they configure their rather unreal own play space in which they change the codes of cohabitation within a single, specific and closed space, which in this novel is represented by the train. Power is built through innocence, since limits are diluted in relationships with other people with whom they come in contact. *Eliza a los once años* by Doina Ruști explores the body of the little Lizoanca that has the power to seduce men. Her vulnerability, innocence, precarious situation are aspects that articulate power relations and also manipulations, but at the same time, they question the limits and liberty that a girl has. In the case of Iuga's novel *Hai să furăm pepeni*, I discussed how memory is used to show that power, vulnerability and innocence are articulated through two bodies living similar experiences. The power of sharing spaces and experiences allowed us to think about corporal

vulnerability in relation to the limits and taboos imposed by society (communist or capitalist). In the case of Corobca's narrative, in *Kinderland*, in which a 12-year-old girl is in charge of configuring the family, I have shown the relationship between innocence of childhood and vulnerability as a strength in order to build new links but also to problematize the concept of the family, which in this case is composed of a girl and her brothers.

In each novel there is a revulsive moment that shakes the facts and causes a decisive break point in the narration. In this sense, the way that I have read the chapter 4's story is that once a character or situation appears, a rupture in the the linearity of its *habitus* occurs. For this same reason, in *La cruzada de los niños*, the *habitus*, can be the concept that helped me to explain the relationship between the Romanian little girl and the Roma boy, but also questions the dynamics of power relations in terms of class, race and gender. In the second novel, *Eliza a los once años*, the protagonist's disease (syphilis) is a "break point" element that highlights everyone's vulnerability, as they are all exposed to contagion and shame. Iuga's novel *Hai să furăm pepeni* raises a problem about the female body that plays an important role in underlining the vulnerability of the two persons involved (the Roma girl and the elderly Romanian woman who share a common experience, abortion, but in two different moments and contexts) and that implies rethinking concepts such as sexuality, desire and responsibility, in relation to obligation, control or excessive protection. Corobca's novel, the *habitus* and the social context underline that in the absence of her mother, the girl is expected to fulfill the role of adult women by doing domestic labor.

So these breakthroughs and destabilizing factors are also related to violence that permeates all levels of society, both visibly and invisibly. The second block addresses the issue of violence in order to be able to put into dialogue and relationship the social context with the fictional facts.

In these novels the visible violence has a significant presence through various types of physical abuse, torture, maltreatment or violent language. For this reason, in chapter 5 I'm focusing my attention on those elements that I have defined as tangible violence, a type of violence which can be felt and proved. Likewise, the violence shapes a system that highlights the vulnerability of people, the fragility of relationships and their domination of female bodies (Kohut 2002; Butler 2004, 2009). In this chapter, I have also compared what happens in the West in comparison to the East, underlining the fact that in Romania the transition period (from 1989 to Romania's entrance in the European Union) was characterized by the

existence of a freedom that could well be considered “chaotic” due to political change. During this period, the legal regulatory framework was almost non-existent, diffuse and unfinished, while a spike in corruption was evident both at institutional and interpersonal level. Physical violence, with the exception of criminal violence, was almost ignored by lawmakers (domestic, sexual, gender, or emotional violence). Even so, regulations and laws regarding physical violence came late, and people were no longer afraid to partake in violent behavior, because they felt a sense of freedom that during communism was virtually non-existent. In this sense, throughout my reflection on the comparison between Romania and Western Europe, I have highlighted this concealment in which concepts such as paternalism (Brown 2011; Gilson 2016), the position of the victim (Cavarero 2009) and the hypervisibilization of violence (Romero 2012) are nevertheless taken into account.

It has also been necessary to talk about the concept of domestic violence (Fábian 2010) in relation to the countries in the East, and it has been emphasized that although the causes and effects are not different from what can also happen in other countries, during the transition period in Romania there were very few associations or departments that could have facilitated, for example, immediate assistance to girls or women who were subjected to abuse or ill-treatment. That is to say, in a free, but at the same time infantilized society (Buden 2010), the protection of people was based on different interests, an aspect that led me to reflect on the relationship between violence and corruption.

Therefore, the novels describe girls in this type of situations, which highlight the role of the victim. Considering the aspect of domestic violence, I thought it opportune to think about what it means to be a victim in a state of passivity or, on the contrary, to resist or to respond to the practices of submission and abuse. Each of the girls analyzed in the novels has different ways of resisting violence, and this made me consider it necessary to look closely at what means to be a victim, since being a victim does not mean posturing oneself in a position of subordination. For this reason, and from the studies of Nils Christie (1986), Joan Menefee (1999) and Rebecca Stinger (2014), I’ve emphasized the deconstruction of the term in order to rethink the concept without falling into stereotypes. Although the victim is indeed vulnerable, after reading these novels one will definitely agree that each girl sought to avoid finding herself in positions of passivity.

The situations in which the girls are found are related to rape, sexual abuse, prostitution, which is why I thought it best to look closer at the concept of sexuality. The

lack of talk about sex during childhood determines girls to ignore the most basic sexual aspects of their body and makes them the object of abuse or pushes them towards prostitution. Due to these possible consequences, I have focused my discourse on abuse and ignorance, as well as on the important role prostitution plays in the portrayal of two characters, Lizoanca and Florea. I have analyzed the acts usually related to "exploitation" or "choice" (Teela Sanders, Maggie O'Neill and Jane Pitcher 2009), and I've reflected on how this discourse is articulated from a broader perspective, which prevents the discourse from falling prey to the recurrent stereotype of the prostitute portrayed as morally blamable.

An important and still taboo subject in Romanian literature and society is abortion, described in Nora Iuga's novel *Hai să furăm pepeni*. This fact made us reconsider some aspects related to sexual relations between the girls and the adults (such as rape or sexual pleasure), where sexual conditions are characterized by insecurity and physical violation. My argumentation also dwells on the issue of a child's consent with regards to having an abortion, as well as on the adults' responsibility and the girls' right to privacy or support from institutions. I have shown that there is a stereotypical formulation about the victim and the aggressor (Marcus 1992): the woman herself, in our case the girl, is blamed for having been violated. These sensitive issues are prone to media manipulation and exaggeration (Levine 2002) that make a clear-cut distinction between victim and aggressor. In this case, one can argue that delimitations do not help to find a solution, because this standard interpretation leads to such cases being continuously perpetuated. Rethinking the relationship between pleasure and abuse means paying attention to the subjects and understanding a phenomenon that goes beyond labeling or cataloguing it in one way or another. Therefore, keeping in mind that these themes will continue to be affected by taboos that are related to the most visible violence and that are subject to the same stereotypical perpetuation made me understand that there are also other forces, powers and social and political frameworks involved in the functioning of these institutions.

The theoretical framework on violence has been constructed by considering the elements shared in the four novels. This methodology has helped not only to offer an overall view of the representation of the body, vulnerability, power and violence in what concerns the girls and their significance as a representation of post-Communist Romania, but has also helped to deconstruct and reinterpret taboos. Violence is a recurrent, transversal and explicit theme in all these fictional works. These books' intention is not to find violence's root-cause

and origin, but rather to describe the survival strategies of people who are affected by it. In fact, the theoretical part is intended as a first attempt to understand how it appears in fiction, thinking from the perspective of an Eastern society, from its similarities and differences with the West.

Starting from the novels' analysis, I have proposed a reflection on the participation of girls in violent acts, chapter 6, in order to rethink the theoretical approach on the "victim" label and especially its association with passivity, the limits of abuse, responsibility and over-protection. In the Florina Ilis' novel girls do participate in violent acts, and my reading shows that girls represent a means through which boys take over the train. This type of victimhood should not be equated with passivity, because the girls shift this position towards assuming responsibilities, establishing new friendships or providing mutual care. In Ruști's novel physical violence is constant, a fact which made me consider to what extent terror and fear act on the body and push one to escape. Confronted with abuse from her father and the institutions, Lizoanca looks for alternate ways to survive without the protection of her parents, and in turn is forced to prostitute herself. My reading has also questioned the limits between permissiveness and pedophilia, because the men with whom the girl has contact abuse her condition when they ask her for sexual favors. Concerning this aspect, Iuga's novel has also led me to reflect on the violated body and on experiencing an abortion in childhood, or rather to underline the fact that the girl cannot make decisions about her body. These decisions are not even made by the closest tutors; in her case they are the product of pressure in a television program. The female body becomes a national subject; discussions about abortion turn into a show, inflicting violence of a different nature: physical, mental, emotional, or even racial. In the novel written by Corobca, physical violence appears in a relationship directly proportional to the girl's exposure to the world in which she lives, and consequently increases the risk of being hurt.

As I have emphasized, violence is an obvious feature of these novels, and the most shocking events occur when children, and especially girls, are portrayed as the object of their application. I have tried to argue that physical violence is directly related to systemic or symbolic violence, especially when we refer to the brutal effects of capitalism in Romanian society. Therefore, it was necessary to speak also about invisible violence, because this type of violence is immediate and interhuman.

In chapter 7 it is shown that, through systemic violence, girls are oppressed and treated violently by different people (or what they represent) and by those who work in state institutions designated to protect them. The latter include whole governments and what they represent, including all their political, social and economic machinations.

In what concerns Žižek's (2009) reflections on systemic or objective violence referring to the functioning of the (capitalist) economic and political system, I have emphasized that there is a mixture of mentalities that move between the present and the past, between public and private work, between state institutions and new private associations of various types. In this sense, the systemic or institutional violence also includes a type of symbolic violence and the manner in which this issue is treated by the mass media, an aspect that was heavily state-controlled and saturated with totalitarian propaganda in the past Communist regime. Freedom of expression was universally hailed after the fall of Romanian communism; however it was soon apparent that mass media's liberty had several shortcomings: sexist advertising in which commercials featured misogynistic images that encouraged excessive consumerism, perpetuating the representation of women as sexual objects. Symbolic violence represents a form of imposition and perpetuation of the system of social domination understood as legitimate (Bourdieu and Passeron 1996).

Discussing the novel *La cruzada de los niños*, by Florina Ilis, I have emphasized the fact that the direct, personal and physical violence to which girls are subjected is intertwined with the more cultural systemic and institutional violence. However, this statement's purpose is not necessarily to establish a classification; it rather seeks to problematize it starting from a given context. The girls' use of violence can be seen as liberation from the paternalistic protections of their tutors; violence can and does represent a response to social and institutional pressures (controls, surveillance, limits, and obligations).

In *Eliza a los once años* by Doina Ruști, violence is a perpetual mode. The girl is trapped in a violent circle created by both institutions and adults, and is subjected to symbolic violence that is based on the male authority. The pretext is transforming her into a perfect and obedient girl; a certain way of acting and behaving is expected of her. This issue is also addressed in Nora Iuga's novel *Hai să furăm pepeni*, and in discussing this novel I have analyzed the violent messages that inform the public about the girl's abortion. Here we see how TV debates about this case focus on stereotypes of the female body, polarized by the dichotomy between the "maternal body" and "erotic body".

In *Kinderland*, Liliana Corobca shows that there is a subtle and perhaps hidden (or covered) violence originating from the state itself and directed towards poor people, but also minors and elders who are left without social protection; in this case, a 12-year old girl. As I have mentioned, the economic crisis has proven to be a catastrophe especially in poor countries that are also confronted with numerous corrupt and sexist politicians.

This thesis has attempted to articulate an analysis that underlines the fact that, despite their apparent vulnerability (or vulnerability understood as passivity), the girls portrayed in these novels also challenge stereotypes with special emphasis on the spaces of authority and agentivity which they occupy throughout the narrative. As I have discussed in the paper, there are stereotypical discourses about vulnerability that make girls' docility possible, along with subordinating and manipulating them, rather than thinking of this concept in relation to the particular needs of the children. Lastly, as it has been shown, visible and invisible violence towards girls is generated to maintain oppression and control over them, but at the same time, the violence with which they respond in turn is a mark of their having the right to be heard and taken into account.

Infancy does not emphasize a single type of subject but a multitude of subjects and subjectivities that need further exploration to see how the differences between white girls and those belonging to other ethnic groups, girls and boys alike, are constructed. For the moment, this analysis is a starting point to build bridges and set points of discussion stemming from the Post-communist Romanian narratives written by women.

Bibliografia citada

Corpus

- Corobca, Liliana. *Kinderland*, Cartea Românească, 2013.
- Ilis, Florina. *Cruciada copiilor*, Cartea românească, 2005.
- Ilis, Florina. *La cruzada de los niños*, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo. Traducido por Javier Marina, 2010.
- Iuga, Nora. *Hai să furăm pepeni*, Polirom, 2010.
- Ruști, Doina. *Lizoanca la 11 ani*, Editura Trei, 2009.
- Ruști, Doina. *Eliza a los once años*, Ediciones Traspies. Traducido por Oana Ursache, Enrique Noguerras, 2014.

Bibliografía teórica y crítica

- Adkins, Linda. "Reflexivity: Freedom or habit of gender?". *Feminism After Bourdieu*, editado por Linda Adkins y Bev Skeggs, Blackwell, Oxford, 2004, pp. 190-203.
- Agra Romero, María Xosé. "Con armas, como armas: la violencia de las mujeres". *Isegoría: Revista de filosofía moral y política*, nº 46, 2012, pp. 49-74.
- Allen, Louisa y Toni Ingram. "'Bieber Fever': Girls, Desire and the Negotiation of Girlhood Sexualities". *Children, Sexuality and Sexualization*, editado por Jessica Ringrose, Emma Renold, Danielle Egan, Palgrave Macmillan, 2015, pp. 141-158, doi: 10.1057/9781137353399_9. Fecha de acceso: 17 mayo 2016.
- Andreescu, Florentina. *From Communism to Capitalism. Nation and State in Romanian Cultural Production*. Palgrave Macmillan, 2013.
- Anghel, Remus Gabriel y Istaván Horváth. *Sociologia migrației. Teorii și studii de caz românești*. Polirom, 2009.
- Andrei, Cristina. "Cinci probleme care fac din copiii României „noua generație de săraci” a Europei", *Gândul*. <http://www.gandul.info/stiri/cinci-probleme-care-fac-din-copiii-romaniei-noua-generatie-de-saraci-a-europei-15748773>. Fecha de acceso: 18 octubre 2016.
- Anton, Lorena. "Socialist Mothers and their legacies: Migration, Reproductive Health and 'Body-Memory' in Post-Communist Romania". *HAL Archives Ouvertes, Sciences de l'Homme et de la Société*, <https://halshs.archives-ouvertes.fr/hal-00785532/>. Fecha de acceso: 15 mayo 2015. Preprint.

- Arias Marín, Alán. “Derechos humanos: entre la violencia y la dignidad”. *Derechos humanos*, México, nº 19, 2012, pp. 13-37.
- Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Alianza Editorial, 1970.
- Ariès, Philippe. “La infancia”. *Revista de Educación*, nº 281, 1986, pp. 5-17.
- Ariès, Philippe. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Taurus, 1987.
- Ayuste Gonzalez, Ana y Monserrat Paya Sanchez. “Mujer gitana y educación: un camino hacia los Derechos Humanos”. *Encounters of Education*, nº 5, 2004, pp. 101-124.
- Băban, Adriana. “Women's sexuality and reproductive behavior in post-Ceaușescu Romania: A Psychological Approach”. *Reproducing Gender: Politics, Publics, and Everyday Life After Socialism*, editado por Susan Gal y Gail Kligman, Princeton University Press, 2010, pp. 225-250.
- Barry, Kathleen. *La esclavitud sexual de la mujer*. Grijalbo, 1987.
- Baudrillard, Jean. *El otro por sí mismo*. Anagrama, 1988.
- Bauman, Zygmunt. 2005, *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura, 2005.
- Beck, Ulrich. *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Paidós, 2000.
- Bell, Shannon Reading. *Writing and Rewriting the Prostitute Body*. Indiana University Press, 1994.
- Benporath, Sigal R. “Autonomy and Vulnerability: On Just Relations Between Adults and Children”. *Journal of Philosophy of Education*, vol. 37, nº 1, 2003, pp. 127–145.
- Benson, Susan. “Inscriptions of the Self: Reflections on Tattooing and Piercing in Contemporary Euro-America”. *Written on the Body: The Tattoo in European and American History*, editado por J. Caplan, Princeton University Press, 2000, pp. 234-254.
- Berger, Peter y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*. Amorrortu, 1988.
- Bianciotti, María, Celeste. “Cuerpo y género: apuntes para pensar prácticas eróticas de mujeres jóvenes. Aportes de Judith Butler y Pierre Bourdieu”, *Relaces. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, nº 6, 2011, pp. 70-82.

- Bianciotti, María Celeste. “Sobre performances y efectos performativos: género, juventud y seducción femenina. Sexualidad, Salud y Sociedad”. *Revista Latinoamericana, Norteamérica*, n° 0, 2011, <http://www.e-publicacoes.uerj.br/index.php/SexualidadSaludySociedad/article/view/1209>. Fecha de acceso: 26 mayo 2017.
- Birulés, Fina. “La memòria i la matèria primera de la indignació”. *Tripodos*, n° 25, 2009, pp. 82-89. <http://www.raco.cat/index.php/Tripodos/article/view/144341/196143>. Fecha de acceso: 11 enero 2016.
- Blaise, Mindy. “Kiss and tell: Gendered narratives and childhood sexuality”. *Australasian Journal of Early Childhood*, vol. 35, n° 1, 2010, pp. 1-9.
- Blanco, Jessie, 2009. “Rostros visibles de la violencia invisible: Violencia simbólica que sostiene el patriarcado”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, vol. 14, n° 32, 2009, pp. 63-70, http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012009000100007&lng=es&nrm=iso. Fecha de acceso: 27 abril 2017.
- Boldt, Gail. “Sexist and heterosexist responses to gender bending in an elementary classroom”. *Making a Place for Pleasure in Early Childhood Education*, editado por Joseph Tobin, Yale University Press, 1997, pp. 188-213.
- Bornay, Erica. *La cabellera femenina*. Ediciones Cátedra, 2010.
- Bourdieu, Pierre. “Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo”. *Materiales de sociología crítica*, editado por Varela Julia, La Piqueta, 1986.
- Bourdieu, Pierre. *La nobleza de Estado*. Grandes écoles y espíritu de cuerpo. Siglo Veintiuno, 2013.
- Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*. Grijalbo, 1990.
- Bourdieu, Pierre y Loic Wacquant. *Respuestas: por una antropología reflexiva*. Grijalbo, 1995.
- Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Anagrama, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, 1999.
- Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*. Anagrama, 2000.
- Bourdieu, Pierre. *Argelia 60: estructuras económicas y estructuras temporales*. Siglo XXI, 2006.
- Bourdieu, Pierre. *Cosas Dichas*. Editorial Gedisa, 2007.
- Bourdieu, Pierre. *Campo del poder y reproducción social*. Ferreyra Editor, 2007.

- Braidotti, Rosi. *Sujetos Nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista, contemporánea*. Paidós, 2000.
- Breslau, Karen. "Overplanned Parenthood: Ceausescu's Cruel Law", *Newsweek*, nº 22, 1990, p. 35.
- Brown, Kate. "'Vulnerability': Handle with Care". *Ethics and Social Welfare*, vol. 5, nº 3, 2011, pp. 313–321.
- Buckingham, David. *La Infancia Materialista: Crecer en la Cultura Consumista*, Ediciones Morata, 2011.
- Buden, Boris, 2010. "Children of postcommunism". *Radical Philosophy*, nº 159, 2010. <http://www.identitymove.eu/assets/pdf/boris%20buden.pdf>. Fecha de acceso: 10 enero 2016.
- Burgos, Díaz, Elvira. *Qué cuenta como una vida: La pregunta por la libertad en Judith Butler*, A. Machado Libros, 2008.
- Burgos, Díaz; Elvira. "Transdeseante: la aventura de la identidad". *Granada, treinta años después. Aquí y ahora. Jornadas feministas estatales, Granada 5, 6 y 7 de diciembre de 2009*, Feminista. Federación Estatal de Organizaciones Feministas, 2010, 6 pp. 45-48. <http://www.feministas.org/transdeseante-la-aventura-de-la.html>. Fecha de acceso: 19 febrero de 2017. Preprint.
- Butler, Judith. *Gender trouble: Feminism and the subversion of identity*. Routledge, 1999.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Paidós, 2002.
- Butler, Judith. *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence*. Verso, 2004.
- Butler, Judith. "Performatividad, precariedad y políticas sexuales". *Revista de antropología Iberoamericana AIBR*, vol. 4, nº 3, 2009, pp. 32-336. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62312914003>. Fecha de acceso: 13 febrero 2016.
- Butler, Judith. "Bodily Vulnerability, Coalitions, and Street Politics. Differences in common", *Gender, vulnerability and community*, editado por Joana Sabadell-Nieto y Marta Segarra, Rodopi, 2014, pp. 97-119.
- Butler, Judith. "Vida precaria, vulnerabilidad y ética de cohabitación". *Cuerpo, memoria y representación. Adriana Cavarero y Judith Butler en diálogo*, editado por Begonya Saez Tajafuerce, Icaria, 2014, pp. 47-81

- Calvert, Karin. *Children in the house: The material culture of early childhood, 1600-1900*. Northeastern UP, 1992.
- Canditatu, Laura. “Statutul legal al avortului în Romania”. *CriticAtac*, abril, 2012, <http://www.criticatac.ro/15716/statutul-legal-al-avortului-romania/>. Fecha de acceso: 19 enero 2017.
- Capponi, Ricardo. “La pedofilia: Sus características y consecuencias”. *Revista Mensaje*, n° 509, 2002, pp. 40-47.
- Carosio, Alba. “El género del consumo en la sociedad de consumo. La ventana”, vol 3, n° 27, pp. 130-169, 2008 http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362008000100006&lng=es&nrm=iso. Fecha de acceso: 07 abril 2017.
- Cauduro, Andrea, Andrea Di Nicola, Marco Lombardi y Paolo Ruspini. “Prostitution and Human Trafficking: Focus on Clients Canada: Immigration and Refugee Board of Canada”. *News from Helsinki Watch: News from Romania*, ROM7587, 2009. <http://www.refworld.org/docid/3ae6acf09c.html>. Fecha de acceso: 18 enero 2017.
- Castel, Robert. *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Castagnone, Eleonora, Michael Eve, Roberta Petrillo Enza y Flavia Piperno. *Madri migranti: Le migrazioni di cura dalla Romania e dall’Ucraina in Italia: percorsi e impatto sui paesi di origine*, n°34, 2007 http://feri.it/wp-content/uploads/2014/06/Madri_migranti.pdf. Fecha de acceso: 14 mayo 2016.
- Cavarero, Adriana. *Horrorism: Naming Contemporary Violence*, Columbia University Press, 2009.
- Cesereanu, Ruxandra. “Există o „literatură Viagra“?”. *Observatorul Cultural*, n° 254, 2005, <http://www.observatorcultural.ro/articol/exista-o-literatura-viagra-2/>. Fecha de acceso: 12 marzo 2017.
- Chiricosta, Alessandra. “La forza femminile nelle Vie marziali”. *Guerriere sensibili. Sulla forza femminile*, editado por Federica Giardini, Iacobellieditore, 2011, pp. 20-39.
- Christie, Nils. “The Ideal Victim”. *From Crime Policy to Victim Policy: Reorienting the Justice System*, editado por Eduard Fattah, Palgrave Macmillan, 1986, pp. 17-30.
- Clegg, Stewart. *Frameworks of power*, Sage Publication, 1989.

- Codoban, Aurel. "Postcomunismul. Simulacrul postmodern al modernității noastre capitaliste". *Genealogii ale postcomunismului*, editado por Adrian T. Sârbu, Alexandru Polgar, Ideea Design&Print, 2009, pp. 209-217.
- Cordoș, Sanda. *Lumi din cuvinte. Reprezentări și identități în literatura română postbelică*, Cartea Românească, 2012.
- Cortina, Adriana. *Ética de la razón cordial. Educar en la ciudadanía en el siglo XXI*, Ediciones Nobel, 2007.
- CorpT. "Dezbatere: Proza românească în mileniul III (2001-2013)", *Revista de literatură Corp T*, 2013. <https://corpult.wordpress.com/2013/11/19/116/>. Fecha de acceso: 14 febrero 2015.
- Crenshaw, Kimberly. "Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: a Black Feminist Critique of Antidiscriminaton Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics", *Feminist Legal Theory*, editado por Wisberg, D. Kelly, Foundations, 1993, pp. 139-167.
- Cullen, Fin; Sandy, Laura. "Lesbian Cinderella and other stories: Telling tales and researching sexualities equalities in primary schools", *Sex Education*, vol. 9, nº 2, 2009, pp. 141-154.
- Debord, Guy. *La société du spectacle*. Gallimard, 1992.
- Deleuze Gilles y Félix Guattari. *El Anti Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Editorial Paidós, 2005.
- De Lauretis, Teresa. *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Horas y Horas, 2000.
- De Mause, Lloyd. *Historia de la infancia*. Alianza, 1991.
- De Palma, Renée y Elizabeth Atkinson. *Interrogating heteronormativity in primary schools: The no outsiders project*, Trentham Books Limited, 2009.
- Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad*, Editorial Trotta, 1997.
- De Torro, Alfonso. *Cartografías y estrategias de la 'postmodernidad', 'postcolonialidad' en Latinoamérica. 'Hibridez' y 'Globalización'*, Iberoamericana/ Vervuert, 2006.
- Dijkstra, Bram. *Idolos de perversidad*, editado por Vicente Campos Gonzales, Editorial Debate, 1994.
- Dorfman, Ariel. *Imaginación y violencia en América*, Anagrama, 1972.

- Dragomir, Dan Alexandru, Carmen Necula y Raluca Simon. "România: Emerging Market for Trafficking? Clients and Trafficked Women in Romania". *Prostitution and Human Trafficking. Focus on Clients*, editado por Andrea di Nicola, Andrea Cauduro, Marco Lombardi, Paolo Ruspini, Springer, 2009, pp.123-163.
- Ema López, José Enrique. "Del sujeto a la agencia (a través de lo político)". *Athenea Digital*, nº 5, 2004, pp. 1-24.
- Ema López, José Enrique. "Política y vulnerabilidad corporizada: más allá de la victimización". *Encarna(c)iones. Teoría(s) de los cuerpos. Cuerpos que cuentan*, vol IV, editado por Meri Torras, Noemí Acedo, Editorial UOC, 2008, pp. 89-97.
- Eco, Umberto. *La estrategia de la ilusión*, Editorial Lumen, 1993.
- Espinosa, María Ángeles. *Las hijas e hijos de mujeres maltratadas: consecuencias para su desarrollo e integración escolar*, Instituto Vasco Mujer, 2004.
- Estébanez Bueno Gloria, González Ruiz Gerardo. "¿Dónde detectamos el sexismo?". *Tabanque: Revista pedagógica*, nº 5, 1989, pp. 67-82.
- Falcón, Lidia. *Violencia contra la mujer*, Círculo de Lectores, 1991.
- Fábián, Katalin. *Politics of Domestic Violence in Postcommunist Europe and Eurasia. Activism, National Policies, and Global Forces*. Indiana University Press, 2010.
- Felski, Rita. *The Gender of Modernity*, Harvard University Press, 1995.
- Fernández, José. "La noción de violencia simbólica en la obra de Pierre Bourdieu: una aproximación crítica". *Cuadernos de Trabajo Social*, nº 18, 2005, pp. 7-31. <http://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/8428>. Fecha de acceso: 26 mayo 2017.
- Finkelhor, David. *El abuso sexual al menor: causas, consecuencias y tratamiento psicosocial*. Editorial Pax-Mexico, 1980.
- Foucault Michel, *La verdad de las formas jurídicas*. Gedisa, 1981
- Foucault, Michel. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós, 1990.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad, la voluntad del saber*. Siglo XXI, 1998.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, 1999.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI, 1999.
- Foucault, Michel. *Estrategias de poder*. Ediciones Paidós Ibérica, 1999.
- Foucault, Michel. *Éstética, ética y hermenéutica*. Ediciones Paidós Ibérica, 1999.

- Foucault, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Foucault, Michel. *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Alianza Editorial, 2001.
- Foucault, Michel. *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Friedman, Marilyn. "Moral Responsibility for Coerced Wrongdoing: The Case of Abused Women Who "Fail to Protect" Their Children". *Vulnerability: New Essays in Ethics and Feminist Philosophy*, editado por Catriona Mackenzie, Wendy Rogers, Susan Dodds. Oxford University Press, 2014, pp. 33-60.
- Frost, Giner S. *Victorian Childhoods*. Praeger – Westport, 2009.
- Gaitán, Lourdes. *El espacio social de la infancia. Los niños en el Estado de Bienestar*. Comunidad de Madrid-Conserjería de Sanidad y Servicios Sociales, 1999.
- Garcés, Marina. *Un mundo común*, Bellaterra, 2013.
- Gámez Fuentes, María José y Sonia Núñez Puente. "Medios, ética y violencia de género: más allá de victimización". *Asparkia: Investigación feminista*, nº 24, 2013, pp. 145-160.
- Giddens, Anthony. *Estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Alianza, 1979.
- Giddens, Anthony. *Central Problems in Social Theory*. University of California Press, 1979.
- Giddens, Anthony. *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Cátedra, 2006.
- Gill, Rosalind. "Empowerment/sexism: Figuring female sexual agency in contemporary advertising". *Feminism and Psychology*, vol. 18, nº 1, 2008, pp. 35-60.
- Gilman, L. Sander. *Health and Illness. Images of Difference*. Reaktion Books, 1995.
- Gilson, Erinn. "Vulnerability and Victimization: Rethinking Key Concepts in Feminist Discourses on Sexual Violence". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 42, nº 1, 2016, pp. 1-28.
- Glajar, Valentina y Dominica Radulescu. Introduction. "*Gypsies*" in *European Literature and Culture, Roma in Europe*, Palgrave Macmillian, 2009, pp. 29-42.
- Goodin, Robert. *Protecting the vulnerable: A reanalysis of our social responsibilities*, University of Chicago Press, 1985.
- Gonçalves Salgado, Raquel. "Da menina meiga à heroína superpoderosa: infância, gênero e poder nas cenas da ficção e da vida". *Cadernos CEDES*, vol. 32, nº 86, 2012, pp.

- 117-136, doi: <https://dx.doi.org/10.1590/S0101-32622012000100008>. Fecha de acceso: 14 mayo 2016.
- Gramsci, Antonio. *Selections from the Prison Notebooks*. International, 1971.
- Greer, Chris. "News media, victims and crime". *Victims, crime and society*, editado por Pamela Davies, Peter Francis, Chris Greer, 2007, pp. 20-49. <http://dx.doi.org/10.4135/9781446212202.n2>. Fecha de acceso: 14 mayo 2016.
- Harrison, Paul. "Corporeal remains: vulnerability, proximity, and living on after the end of the world". *Environment and Planning A*, nº 40, 2008, pp. 423-445.
- Hayden, Deborah. *Pox: genius, madness, and the mysteries of syphilis*. Basic Books, 2004.
- Hawkes, Gail, Dune, Tinashe. "Narratives of the sexual child: Shared themes and shared challenges". *Sexualities*, vol. 16, nº 5-6, 2013, pp. 622-634.
- Heller, Agnès. *Sociología de la Vida Cotidiana*. Península, 1987.
- Herzberg, Heidrun. "Habitus de aprendizaje y dinámicas de aprendizaje a lo largo de la vida". *Cuestiones Pedagógicas*, nº10, 2010, pp. 143-158.
- Higgins, Lynn; Silver, Brenda. "Introduction: Rereading Rape". *Rape and Representation* editado por Lynn Higgins y Brenda Silver, Columbia University Press 1991, pp. 1-11.
- Hurubean, Alina. "Post-communist Romanian Feminism and Gender Equality. Between stereotypes, conceptual ambiguities and thinking outside the box". *Analyze. Journal of gender and feminist studies*, vol. 1, nº 15, 2013, pp. 1-15. http://www.analyze-journal.ro/library/files/numarul_1/alina_hurubean.pdf. Fecha de acceso: 24 mayo 2016.
- Iepan, Florin. Director. "Decrețeeii", Westend Film, TV Produktion, Sub-Cult-Ur, 2004. <https://www.youtube.com/watch?v=ZgZJ-IV8Et0>. Fecha de acceso: 28 julio 2016.
- Inness, Sherrie. "Introduction". *Millennium Girls. Today's girls around the world*, Rowman & Littlefield Publishers. 1998, pp. 2-14.
- Irigaray, Luce. *Espéculo de la otra mujer*. Saltés, 1978.
- Iuga, Nora. *Hai să furăm pepeni*, Polirom, 2010.
- Ivanu, Ovidiu. *Identitate culturală și mental colectiv românesc în postcomunism (1990-2007)*. Editura Ekion, 2013.
- Jackson, Stevi y Momin Rahman. *Gender and Sexuality*. Polity Press, 2010.
- Jackson, Stevi y Sue Scott. *Theorizing Sexuality*. Open University Press, 2010.

- James, Allison y Alan Prout. *Constructing and Reconstructing Childhood. Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*. Oxon: Routledge, 2010.
- Kaneva, Nadia y Elza Ibroscheva. "Media and the birth of the post-communist consumer". *Media transformations in the post-Communist world. Eastern Europe's tortured path to change*, editado por Peter Gross, Karol Jakubowicz, 2013, Lexington Books, 2013, pp. 67-85.
- Kincaid, James. *Erotic Innocence. The Culture of Child Molesting*. Duke University Press, 1998.
- Kideckel, David. "The Undead: Nicolae Ceaușescu and Paternalist Politics in Romania Society and Culture". *Death of the Father: An anthropology of the end in Political Authority*, editado por John Borneman, Berghahn, 2004, pp. 123-147.
- Kitzinger, Jenny. "Who are you kidding? Children, power, and the struggle against sexual abuse". *Constructing and Reconstructing Childhood: Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*, editado por Allison James, Falmer Press, 1997, pp.157-182.
- Kitzinger, Jenny. "Defending Innocence: Ideologies of Childhood". *Feminist Review*, nº 28, 1998, pp. 77-87.
- Kitzinger, Jenny. *Framing Abuse: Media Influence and Public Understanding of Sexual Violence Against Children*. Pluto Press, 2004.
- Kohut, Karl. "Política, violencia y literatura". *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 59, nº 1, 2002 pp. 193-222,
<http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/viewArticle/202>. Fecha de acceso: 26 mayo 2016.
- Komarovsky, Mira. *Women in the Modern World*. Little Brown and Company, 1953.
- Kowarick, Lúcio. *Viver em risco: sobre a vulnerabilidade socioeconômica e civil*. Ed. 34, 2009.
- Krauskopf, Dina. "Dimensiones críticas en la participación social de las juventudes". *participación y desarrollo social en la adolescencia*, Fondo de Población de las Naciones Unidas, 1998, pp. 119-134.
- Kristeva, Kristeva. *Pouvoirs de l'horreur : essai sur l'abjection*. Édition Seuil, 1980.
- Lee, Nick. *Childhood and society. Growing up in an age of uncertainty- Issues in society*. Series editor Tim May, Open University Press, 2001.

- Levine, Judith. *Harmful to Minors: The Perils of Protecting Children from Sex*, University of Minnesota Press, 2000.
- Levinas, Emmanuel. *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Ediciones Sígueme, 1999.
- Levinas, Emmanuel. *Ética e infinito*. Machado Libros, 2000.
- Loscertales, Felicidad y Trinidad Núñez. *La mirada de las mujeres en la sociedad de la información*. Siranda editorial y Visionnet, 2007.
- Lotz, Mianna. "Parental Values and Children's Vulnerability". *Vulnerability: New Essays in Ethics and Feminist Philosophy*, editado por Catriona Mackenzie, Wendy Rogers, Susan Dodds, Oxford University Press, 2014, pp. 266-283.
- Lowenkron, Laura. "Consent and vulnerability: some intersections between child sexual abuse and the trafficking in persons for sexual exploitation". *Cadernos Pagu*, nº 45, 2015, pp. 225-258, doi: <http://dx.doi.org/10.1590/18094449201500450225>. Fecha de acceso: 07 abril 2017.
- Luna, Florencia. "Elucidating the Concept of Vulnerability: Layers Not Labels". *IJFAB: International Journal of Feminist Approaches to Bioethics*, vol. 2, 2009, pp. 121-139, doi: 10.1186/s12961-016-0164-6. Fecha de acceso: 14 junio 2016.
- Mayall, Berry. "The Sociology of Childhood in Relation to Children's Rights". *The International Journal of Children's Rights*, nº 8, 2000, pp. 243-259.
- Maccoby, Eleanor. *Sex role. Socialization. A focus on women*, Mayfield Publishing Company, 1979.
- Marchi, Rita de Cássia. "Gênero, infância e relações de poder: interrogações epistemológicas". *Cadernos Pagu*, nº 37, 2011, pp. 387-406. <http://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/cadpagu/article/view/8645026>. Fecha acceso: 24 mayo 2016.
- Martínez, Julia Evelyn. "Violencia simbólica contra mujeres". *Pueblos, Revista de información y debate*, 2011. <http://www.revistapueblos.org/old/spip.php?article2290>. Fecha de acceso: 23 mayo 2016.
- Marcu, Silvia. "Rumanía en el nuevo contexto geopolítico europeo". *Papeles del Este*, nº 8, 2004, pp. 1-27.

- Marcus, Sharon. "Fighting Bodies, Fighting Words: A Theory and Politics of Rape Prevention". *Feminists Theorise the Political*, editado por Judith Butler, Joan W. Scott, Routledge, 1992, pp. 385-403.
- McNair, Brian. *Striptease culture: sex, media and the democratisation of desire*, Routledge, 2002.
- Menefee, Joan. "From the Mouths of Politicians: Representing children in the public sphere". *Cultural Critique*. Monográfico *The politics of impeachment*, nº 43, 1999, pp. 105-117.
- Megías, Ignacio; Ballesteros, Juan Carlos. *Jóvenes y género. El estado de la cuestión*, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, 2014.
- Miheț, Marian. "Joaca de-a cei mari". *România Literară*, nº 27, 2013. http://www.romlit.ro/joaca_de-a_cei_mari. Fecha de acceso 14 abril 2017. Preprint.
- Montes Aristizábal, Patricia. "Eros y la cabellera femenina". *Hombre y la máquina*, 2007, pp. 116-129. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=47802814>. Fecha de acceso: 27 junio 2015.
- Mora, Ana Sabrina. "Cuerpo, género, agencia y subjetividad". *Antropología del cuerpo*, 2009, <http://www.antropologiadelcuerpo.com/index.php/publicaciones/publicacionesarticulos/57-teorias-y-metodos-sobre-cuerpo-y-performance/244-qcuerpo-genero-agencia-y-subjetividadq>. Fecha de acceso: 14 junio 2015.
- Mulvey, Laura. *Visual and Other Pleasures*. Palgrave Macmillan, 1989.
- Mungiu, Cristian. Director. "4 meses, 3 semanas y 2 días", Mobra Films Productions / Postproduction Abis Studio / Saga Films, 2007.
- Muraro, Luisa. *El orden simbólico de la madre*. horas y HORAS, 1994.
- Murphy, Ann V. *Violence and the Philosophical Imaginary*, State University of New York Press, 2012.
- Noaptefărălună. "Prostituția: o industrie a bărbaților, pentru bărbați, împotriva femeilor", *Anarhism*, 2016. <https://revolutionarhista.wordpress.com/2016/03/25/prostituția-o-industrie-a-barbatilor-pentru-barbati-impotriva-femeilor/>. Fecha de acceso: 13 mayo 2017.
- Nussbaum, Martha. "Objectification". *Philosophy and Public Affairs*, nº 24, 1995, pp. 249-291.

- Ofrim, Alexandru. "O scurtă istorie a comunismului din România", *Dilema veche*, n° 482, 2013. <http://dilemaveche.ro/sectiune/tema-saptamanii/articol/o-scurta-istorie-comunismului-romania>. Fecha de acceso: 14 mayo 2015.
- Ohi, Kevin. *Innocence and rapture. The erotic child in Pater, Wilde, James, and Nabokov*, Palgrave Macmillan, 2005.
- Ortega Sánchez, Isabel. "Nuevos itinerarios corporales de seducción: la estética del contorno genital", *Dossiers feministes*, n° 18, 2014, pp. 139-150.
- Parsons, Talcott. *El sistema social*. Revista de Occidente, 1976.
- Pavez Soto, Iskra. "Sociología de la Infancia: las niñas y los niños como actores sociales", *Revista de sociología*, n° 27, 2012, pp. 81-102.
- Petreu, Marta. "România: construcția unei literaturi după căderea comunismului și literatura doamnelor", n° 71, 2016. http://www.pravaliaculturala.ro/evantaiie_2016-6.html. Fecha de acceso: 1 mayo 2016.
- Pérez Sánchez, Carmen Nieves. "La construcción social de la infancia: apuntes desde la sociología". *Témpora: Revista de historia y sociología de la educación*, n° 7, 2004, pp. 149-168
- Pie Balaguer, Asunción y Jordi Solé Blanch. "Deconstruir la discapacidad para repensar la autonomía", *XII Congreso Internacional de Teoría de la Educación. Autonomía y responsabilidad: Contextos de aprendizaje y educación en el siglo XXI*, 2011, pp. 1-17, <http://www.cite2011.com/Comunicaciones/A+R/007.pdf>. Fecha de acceso: 13 marzo 2017.
- Postman, Neil. *The Disappearance of Childhood*. Random House, 1994.
- Postman, Neil. *Tecnópolis*. Galaxia Gutemberg, 1996.
- Qvortrup, Jens. "Childhood Matters: An Introduction". *Childhood Matters: Social Theory, Practice and Politics*, editado por Jens Qvortrup, Marjatta Bardy, Giovanni Sgritta y Helmut Wintersberger, Avebury-European Centre Vienna, vol. 14, 1994, pp. 1-23.
- Radulescu, Dominca. "Get out of my uterus! A manifesto against reproductive politics in the academic world and in the world at large, Feminist activism in Academia". *Essays on personal, political and professional change*, editado por Ellen C. Mayock, Domnica Radulescu, Mcfarland & Co Inc Pub., 2010, pp. 27-45.
- Rahman, Momin y Stevi Jackson. *Gender and sexuality: Sociological approaches*. Polity, 2010.

- Rădulescu, Sorin M. "Evoluția legislației în domeniul protecției și asistenței sociale a copilului în România". *Revista Română de Sociologie*, n° 3-4, 2011, pp. 257-280. <http://www.revistadesociologie.ro/pdf-uri/nr3-4-2011/05-SRadulescu.pdf>. Fecha de acceso: 4 junio 2016.
- Renold, Emma. "They won't let us play... unless you're going out with one of them: Girls, boys, and Butler's 'heterosexual matrix' in the primary years". *British Journal of Sociology of Education*, n° 27, 2006, pp. 489-509.
- Rivera, Garretas y María Milagros. *Nombrar el mundo en femenino*. Icaria, 1994.
- Roberts, Ken. *Youth in Transition in Eastern Europe and the West*. Palgrave Macmillan, 2008.
- Robinson, Kerry "In the name of 'childhood innocence'. A discursive exploration of moral panic associated with childhood and sexuality". *Cultural studies review*, vol. 14, n° 2, 2008, pp. 113-129.
- Rodríguez, Ileana. *Convergencia de tiempos. Estudios subalternos / contextos latinoamericanos estado, cultura, subalternidad*. Rodopi, 2011.
- Rodríguez, Iván. "¿Sociología de la Infancia? Aproximaciones a un campo de estudio difuso", *Revista Internacional de Sociología*, 26, 2000, pp. 99-124.
- Roman, Denise. "Gendering Eastern Europe: Pre-Feminism, Prejudice, and East-West Dialogues in Post-Communist Romania". *Women's Studies International Forum*, vol. 24, n° 1, 2001, pp. 53-66.
- Roper, Steven. *Romania, The unfinished revolution*. Amsterdam, 2000.
- Rousseau, Juan Jacobo. *Emilio y otras páginas*, CEAL, 1991.
- Rubin, Gayle. "El tráfico de mujeres. Notas sobre la 'economía política del sexo'". *Nueva Antropología*, vol.8, 1986, pp. 95-145.
- Ruiz, Yolanda. "Violencia contra la mujer en la sociedad actual: análisis y propuestas de prevención". *Universitat Jaume I*, 2007, 12 pp. 1-12. http://repositori.uji.es/xmlui/bitstream/handle/10234/78453/forum_2007_18.pdf?sequence=1. Fecha de acceso: 16 abril 2016.
- Saez Tajafuerce, Begonya. "El cuerpo en diálogo o de la inclinación". *Cuerpo, memoria y representación: diálogo entre Adriana Cavarero y Judith Butler*, editado por Begonya Saez Tajafuerce, Icaria, 2014, pp. 7-16.
- Sanders, Teela, Maggie O'Neill y Jane Pitcher. *Prostitution: Sex Work, Policy and Politics*, Sage, 2009.

- Schneider, Elizabeth. "Feminism and the False Dichotomy of Victimization and Agency". *New York Law School Law review*. nº 38, 1993, pp. 387-399. <http://heinonline.org/HOL/Page?handle=hein.journals/nyls38&div=29&gent=1&collection=journals>. Fecha acceso: 15 abril 2015.
- Scholz, Roswitha. "El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género". *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, vol. 5, 2016, pp. 44-60 <http://constelaciones-rtc.net/article/view/815/869>. Fecha de acceso: 15 abril 2017.
- Schöpflin, George. "Postcommunism: The problems of democratic construction", *Daedalus*, vol. 3, nº 123, 1994, pp. 127-141.
- Skattebol, Jennifer. "Playing boys: the body, identity and belonging in the early years", *Gender and Education*, nº 18, 2006, pp. 507- 522.
- Sibilia, Paula. *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económico, 2008.
- Stan, Sonia Cristina. *Manipularea prin presă, București*. Humanitas, 2004.
- Steinberg, Shirley y Joe Kincheloe. *Cultura infantil y multinacionales: la construcción de la identidad en la infancia*. Morata, 2000.
- Surdu, Laura, Eniko Vincze y Marius Wamsiedel. *Roma school participation, non-attendance and discrimination in Romania*, UNICEF, Vanemonde Publishing, 2011.
- Taylor, Affrica y Cathy Richardson. "Queering home corner", *Contemporary Issues in Early Childhood*, nº 6, 2005, pp. 163-173.
- Torrens Arnal, Miriam. "¿Qué sucede cuando el padre es el Estado? el caso de Rumanía", *Construyendo intersecciones: aproximaciones teóricas y aplicadas en las relaciones entre los ámbitos del parentesco y la atención a la salud en contexto intercultural*, coordinado por Anna Piella Vila, Lucía Sanjuán Núñez y Hugo Valenzuela García, Donostia, 2008 pp. 23-40.
- Vaggione, Juan Marco. Introducción. *Sexualidades, desigualdad y derechos. Reflexiones en torno a los derechos sexuales y reproductivos*, editado por José Manuel Morán Faúndes, María Candelaria Segró Ruata y Juan Marco Vaggione, Ciencia, Derecho y Sociedad Editorial, 2012, pp. 13-59.
- Verdery, Katherina. *What was socialism and what comes next*. Princeton University Press, 1996.
- Warner, Marina. *Six myths of our time*. Vintage, 1995.

- Vincze, Eniko. "Criminalizarea avortului și lipsa justiției reproductive", *Critic Atac*, 2012.
<http://www.criticatac.ro/15741/criminalizarea-avortului-lipsa-justiiei-reproductive/>. Fecha de acceso: 12 marzo de 2017.
- Waldmann, Peter. "Politische Gewalt". *Pipers Wörterbuch zur Politik*, I, 1985, pp. 741- 745.
- Weeks Jeffrey. *The world we have won. The remaking of erotic and intimate life*. Routledge, 2007.
- Wintersberger, Helmut. "Infancia y ciudadanía: El orden generacional del Estado de Bienestar". *Política y Sociedad*, nº 43, 2006, pp. 81-103.
<http://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/23810>. Fecha de acceso: 25 mayo 2017.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Editorial Egales, 2006.
- Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia, Seis reflexiones marginales*. Paidós, 2009.